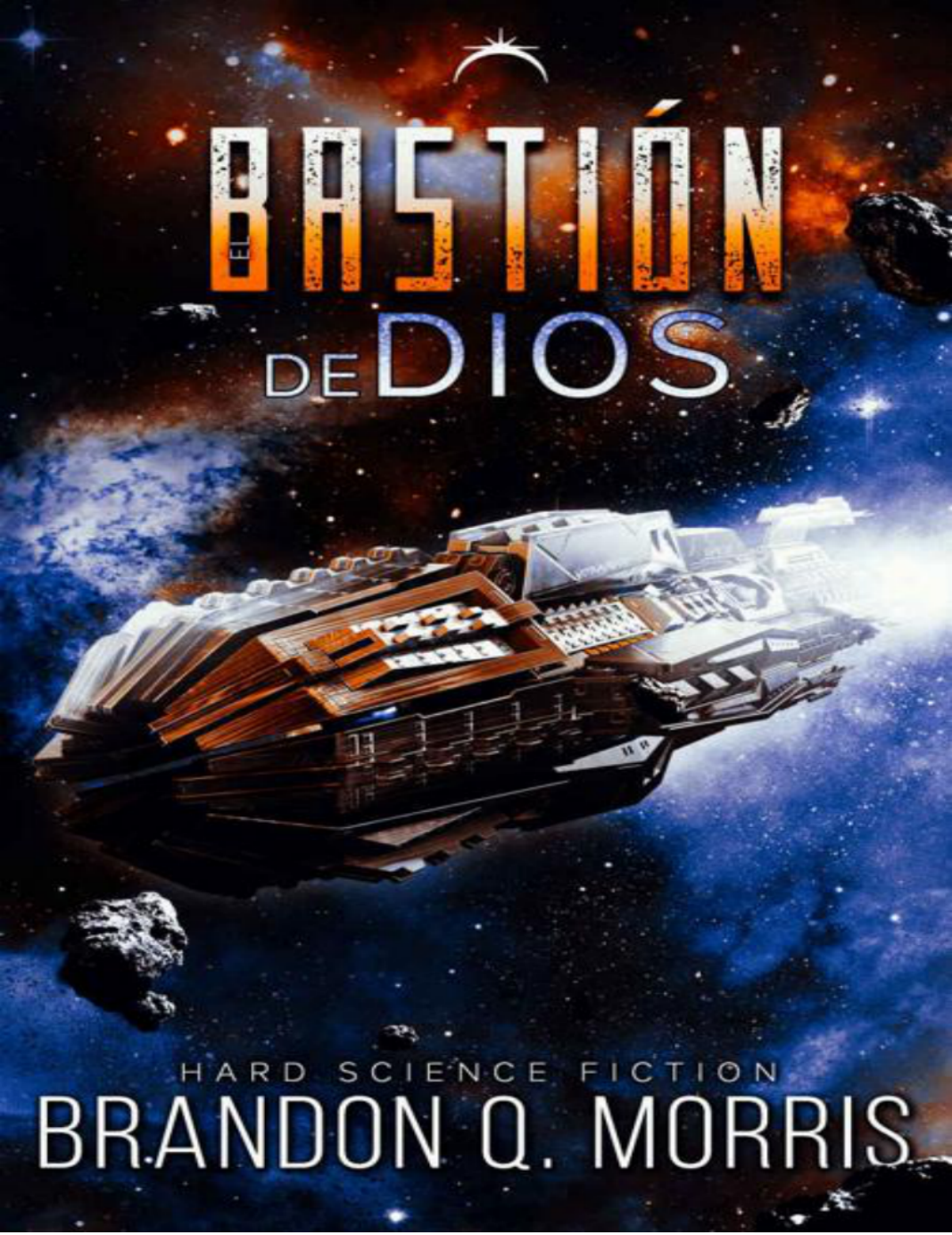
EL BASTIÓN DE DIOS



HARD SCIENCE FICTION

BRANDON Q. MORRIS

EL BASTIÓN DE DIOS

Ciencia ficción dura

La Fragua Cósmica

Libro 2

BRANDON Q.
MORRIS
HARD SCIENCE FICTION

Índice

¿Qué ha pasado hasta ahora?
El Bastión de Dios
Nota Del Autor
Física clásica

2144: Celia Barón trabaja en el Observatorio Lowell en Flagstaff, Arizona, donde se descubrió a Plutón hace más de doscientos años. Al caer la noche, utiliza los telescopios del observatorio para presentar a los visitantes las maravillas del universo. Una vez finalizados los recorridos, de manera extraoficial, pero con el permiso de su jefe, utiliza los mejores instrumentos del observatorio para avanzar en su propia investigación.

Durante un estudio de rutina, capta sucesos extraños en la nebulosa oscura LDN 63. Todo lo que ocurre allí parece suceder demasiado rápido. Sería un gran hallazgo, si alguien le creyera. Una vez, Celia hizo un descubrimiento, supuestamente innovador, aunque utilizó datos falsificados. Desde entonces, su nombre ha quedado desacreditado en la comunidad científica. Para respaldar su observación, necesita acceder a un telescopio mucho más potente. Sin embargo, con sus antecedentes, no le es posible emplear ninguno de los mejores telescopios del mundo.

Paul Henson es sacerdote en una iglesia católica en Tucson, Arizona. Desde que su hija y su esposa murieron en un accidente, perdió la fe en Dios. Apenas es capaz de sobrellevar su vida diaria y está a punto de ser despedido cuando se le ocurre una idea: ya no puede creer en Dios, si hubiera pruebas de su existencia, podría dedicarse nuevamente a su profesión. Nunca ha hecho otra cosa.

Mientras investiga en la web, Paul se topa con las observaciones de Celia: un proceso que no puede explicarse mediante la ciencia. Eso podría responder a su pregunta. Ambos se encuentran y Paul logra concertar una reunión con el astrónomo del Vaticano, con la ayuda de la IA, Alexa. La IA, una de las Seis Grandes que organizan, si no gobiernan, las vidas de los terrícolas entre bastidores, persigue sus propios intereses. Aunque la IA tampoco logra convencer al Vaticano, sí brinda a Celia y a Paul la oportunidad de apoderarse de un telescopio abandonado: el Wang-Zhenyi, que está inactivo y orbita en el espacio en el punto L2 de Lagrange.

Jaron C. Lewis es el comandante ciego del remolcador Aquiles quien, junto con su tripulación, los dos alemanes Norbert y Jürgen, recoge los satélites defectuosos para que ya no representen un peligro. Desde hace algún tiempo, su negocio no va bien. Y se complica aún más cuando un satélite arranca el brazo de recuperación de su remolcador. Después, lo arrestan por un encargo que no es del todo legal. Por si fuera poco, Norbert necesita someterse a un caro tratamiento contra el cáncer.

Es entonces cuando Celia y Paul llegan a la estación espacial

Arrecife Beta con la ayuda de Alexa. Por un buen precio, contratan a Jaron y su tripulación para que vuelvan a poner en funcionamiento el viejo telescopio. Con una pantalla especial, un ocultador, puede superar a los telescopios actuales en tareas específicas. Celia está a punto de confirmar su descubrimiento cuando un objeto disparado, aparentemente de la nada, se dirige hacia el ocultador para destruirlo. Poco antes de la colisión, la IA Alexa logra desviarlo. Mientras, Celia y Jaron averiguan que el objeto se mueve a una velocidad cercana a la de la luz. Sin embargo, se guardan esa información para sí porque saben que nadie les creería.

Celia ahora tiene datos suficientes para revelar el secreto de LDN 63. En la nebulosa oscura se forman estrellas y planetas sin parar y mucho más rápido de lo que sería posible, según las teorías físicas actuales. ¿Qué está ocurriendo en LDN 63, conocida como la Fragua de Dios? ¿Actúan allí fuerzas sobrenaturales? La Iglesia decide construir una nave espacial interestelar, diseñada por las Seis Grandes, para investigarla. Cinco humanos, incluidos Jaron y Celia, y una IA se embarcarán en un viaje de 300 años mientras se encuentran en un sueño criogénico.

Estamos en el año 2145 y la construcción de la nave espacial está a punto de completarse.

El Bastión de Dios

Órbita de la Tierra, 6 de abril de 2145

La nave espacial parecía un cigarrillo gigante diseñado por un cubista. La tosca estructura consistía en un conjunto de soporte hecho de puntales de titanio. En el interior, había tanques suspendidos en forma de cápsula. Meses antes, el Buscador de la Verdad parecía un pastillero enorme.

Ahora, gran parte de la estructura básica se halla revestida con láminas de fibra de carbono, no para que la nave parezca más elegante, sino para proteger a la tripulación. Las placas, extremadamente resistentes a las grietas, podrían resistir el impacto de objetos más pequeños y frenar los más grandes, al menos, para evitar que causaran daños graves.

Las placas también amplifican el campo electromagnético que, al igual que el campo magnético de la Tierra, proporciona protección activa contra los rayos cósmicos. Celia limpió el disco a través del cual veía el Buscador de la Verdad. Estaba empañado. Ese tipo de cosas solo ocurrían en la vieja cápsula, que la llevaba a bordo.

—¿Cuándo continuaremos? —preguntó.

—¿Y cómo voy a saberlo? —se quejó el piloto.

Su nombre era Franz. Era de Austria y había estado de mal humor durante todo el vuelo. Celia se alejó del ojo de buey y flotó hacia abajo. Eligió un camino que le permitía vislumbrar la pantalla del piloto.

«Aproximación en espera», leyó. «Esperando instrucciones».

Estupendo. Se levantó de su asiento y regresó al ojo de buey. En las últimas cuatro semanas que había pasado en la Tierra, el Buscador de la Verdad había cambiado bastante. La proa era nueva. Allí era donde se suponía que estaría su laboratorio de investigación y le habían permitido hacer una lista de peticiones para su equipo. Se preguntó cuál de los aparatos de medición le entregarían. Golpeó el ojo de buey, que sonó como si estuviera hecho de plástico duro.

En el borde de la vista que le brindaba, apareció un enorme cilindro. Tenía una pequeña protuberancia al frente. Se trataba del mecanismo de acoplamiento, que medía varios metros de altura y revelaba así las dimensiones del cuerpo del cilindro. Debía ser una nave cisterna. Quizá por eso no se les permitía atracar con el Buscador.

—¿Tienes alguna idea de qué es esa nave que está bloqueando la estación en este momento? —preguntó Celia.

Esta era la quinta vez que visitaba el Buscador. Franz casi siempre había sido su piloto. Si tenías suerte y acertabas con el tema de conversación, él cobraba vida. Los tipos de naves eran un buen tema.

—Ah, ese es un Liquid Master de Industrias MAN —dijo—. Es básicamente un tanque gigante. Puede transportar todos los líquidos manteniéndolos en ese estado. Aunque la mayoría de las veces, solo lleva agua. ¿También te interesa la potencia de los motores? Tendría que investigarlo.

—No, gracias.

Así que era agua. Jaron le había explicado que llevarían mucha más agua de la necesaria para su consumo, porque también actuaba como escudo pasivo contra la radiación y, además, en caso de emergencia podía convertirse en masa reactiva. Es decir, si no encontraran la oportunidad de repostar con masa de reacción en su destino. Eso era casi inconcebible, pero más vale prevenir que curar.

—¿Puede el Liquid Master aterrizar en la Tierra? —preguntó ella.

Franz rio.

—No tiene por qué. El agua proviene de la minería de asteroides. Allí es un molesto producto de desecho. Apuesto a que el proveedor paga para deshacerse de ella. ¡No es fácil hacerlo!

—¿No se necesita agua en todos los lugares a los que viaja la gente?

—Olvidas que estos son sistemas cerrados. Una vez que un arrecife tiene suficiente agua, comienza el ciclo.

—Pero ¿no pueden verterla sin más? Puede parecer ingenuo, aunque...

—No, el agua se congelaría de inmediato y se convertiría en hielo, e incluso un pequeño trozo puede ser peligroso para una nave espacial. Por eso la eliminación ilegal se castiga con severidad. O descompones el agua en hidrógeno y oxígeno, lo cual es caro pero al menos te proporciona combustible y aire respirable, o le pagas a alguien para que te la quite de las manos. ¿Te lo puedes creer? Últimamente, también lo hacen los cacharreros. Cargan agua en satélites que trasladarán a la atmósfera para quemar.

—No los llames así, Franz —pidió Celia.

—Oye, no te ofendas, pero son...

—No lo hagas. ¿De acuerdo?

Franz exhaló ruidosamente pero no respondió. Jaron, el capitán del remolcador espacial que la ayudó a probar su teoría también mantenía limpia la órbita terrestre baja con su tripulación, y no merecía ese calificativo despectivo. ¡Como si pilotar una vieja cápsula entre algún puerto espacial barato y la órbita fuera un trabajo más importante!

De repente, captó un movimiento en el ojo de buey. Parecía la abertura de un contenedor de semillas. Miles de trozos salieron del cuello del cilindro, brillando como diamantes a la luz del sol.

—Mierda —espetó el piloto.

Celia tardó un momento en darse cuenta de que el tanque de agua

del carguero debía haber estallado. La preciosa y uniforme flor de cristal que crecía alrededor de la nave era un peligro mortal. Algo tiró de su espalda con fuerza. Intentó agarrarse a un asidero, pero fue demasiado lenta y cayó hacia atrás.

Se estrelló contra el suelo, lo cual fue una suerte porque tenía una superficie blanda. A medio metro había ancladas dos cajas metálicas. Si se hubiera golpeado contra ellas... El piloto siguió acelerando. Celia se estiró y se rindió a la inercia. Mierda. ¡Habían tenido paz durante tanto tiempo! El último ataque contra el Buscador fue hace dos meses. Los cristianos fundamentalistas de Estados Unidos se atribuyeron el ataque. Antes, los islamistas también habían intentado impedir la misión apoyada por la Iglesia católica.

La fuerza de la aceleración estaba disminuyendo. Celia tuvo el tiempo justo para agarrarse al brazo de una silla antes de volver a quedar ingrávida.

—Lo siento —se disculpó Franz—. Tuve que reaccionar con rapidez. Pero ahora estamos a salvo.

—No te preocupes —dijo ella—. Si nos hubiera golpeado un trozo de hielo, probablemente nos hubiéramos lastimado de verdad.

—Puedes apostar a que sí —confirmó Franz—. Me gustaría saber qué imbécil está detrás de esto.

El rostro del piloto estaba sonrojado de ira. Ambos esperaban que nadie hubiera resultado herido.

—¿Hay noticias del Buscador? ¿Les ha alcanzado? —preguntó Celia—. ¿Y cómo se encuentra la tripulación del carguero?

—El Liquid Master parecía una pérdida total. Pero esos cargueros suelen estar controlados por un sistema automático. No tienen tripulación.

Al menos una buena noticia. Celia se secó el sudor de la frente.

—Control de misión a SL1994, adelante.

—Espera un momento —dijo Franz—. Tengo que contestar.

Celia asintió.

—Aquí SL1994. Nos encontramos bien. Nos dirigimos a una órbita alternativa.

—Perfecto, SL1994. Quédate ahí hasta que nos comuniquemos contigo. Control de misión, fuera.

—Un momento, por favor. ¿Habéis algo de nuestro destino? —preguntó Franz.

—El Buscador de la Verdad no ha sido alcanzado. El agua escapó con tanta lentitud que los trozos de hielo apenas se mueven con respecto a la nave. Hasta un traje espacial podría resistirlo.

—Entonces podríamos acoplarnos, ¿no?

—Se ha formado una nube que podría ser peligrosa para las naves en otras órbitas. Estamos buscando opciones para eliminarla. Hasta

entonces, debes tener paciencia. No queremos que la situación empeore.

—Entendido —dijo Franz—. Es que... mañana es el cumpleaños de mi esposa.

—Te tenemos cubierto, SL1994.

Celia pegó la cara al ojo de buey. Ya no había señales del accidente. Ahora estaban muy por encima del Buscador, que muy lentamente, los estaba alcanzando. Era impresionante ver la primera nave espacial interestelar de la humanidad, deslizándose como una sombra sobre el azul profundo del océano.

Si se trataba de un ataque, ningún profesional lo había planeado. Para que el hielo causara algún daño, tendría que golpearte en el ojo. Al menos, cuando coorbitaba con el carguero acuático y el Buscador. Habría causado más daños si el carguero hubiera chocado contra la nave espacial.

—¿Pudo haber sido un mero accidente? —sugirió ella.

—Bueno, yo no lo descartaría. La eliminación de agua es un negocio subsidiado. No hay grandes ganancias para mantener los buques. Y si uno pierde agua, tanto mejor si te libras de otro depósito. Tu nave espacial también tendrá que repostar.

Cierto. Otros tendrían que pagar por limpiar la órbita.

—Control de misión a SL1994, adelante.

—Aquí SL1994. ¿Dime?

Franz podía ser sociable. ¿Por qué no intentaba ser más amable con ella?

—He hablado con el equipo responsable de la limpieza. No ven ningún problema en que os acerquéis con cuidado a la zona de acoplamiento de estribor. Quieren barrer la zona con una red.

—Ah, genial.

—Tendrás que acercarte desde una órbita más baja. Solo ten cuidado de mantener una diferencia de velocidad máxima de 0,8 metros por segundo.

—Entendido. Gracias, control de misión.

—De nada. Que tengas una buena aproximación. Estarás en la estación durante veinte minutos y luego llegará un transporte de materiales.

—De acuerdo. Me daré prisa.

Esta vez, Celia saltó a tiempo desde el ojo de buey hasta su asiento. Se abrochó el cinturón. El piloto frenó la cápsula para permitir que la nave espacial alcanzara una órbita más baja. Descendieron junto al Buscador. Celia estaba atenta a todo lo que aparecía en la pantalla. Proporcionaba imágenes más nítidas que las de sus propios ojos mirando por la ventana, pero aun así se sentía diferente. En realidad, ella ya no era parte de todo eso. Sin embargo, la impresión cambió a

medida que lentamente fueron alcanzados. La cámara ahora estaba dirigida hacia arriba y ella miraba un cielo lleno de brillantes bolas de hielo. Era como si ella fuera diminuta y alguien hubiera esparcido nieve fresca. El agua debió salir del tanque muy lentamente, por lo que tuvo tiempo suficiente para crear formas interesantes mientras se congelaba.

Cambió a la cámara trasera de la cápsula. SL1994 había creado una especie de canal en el que ya no flotaban partículas de hielo. En vez de ello, en el borde del canal se concentraba una capa de cristales muy finos, tal vez, formados por colisiones con la cápsula. Un efecto notable. Celia decidió leer más sobre física de fluidos. Esto podría ser importante después de llegar a LDN 63, si la nebulosa oscura todavía fuera tan densa como parecía actualmente.

Si no tenía suerte, para entonces, la nube se habría disuelto y habría sido reemplazada por un cúmulo abierto de estrellas. Este también sería un objeto de investigación interesante, pero sin la dinámica sería solo la mitad de emocionante. Nunca sabría qué fuerzas impulsaron el proceso si se había completado hacía mucho tiempo. Por eso le molestaba cualquier retraso.

—Preparados para atracar —anunció el piloto.

Instintivamente, se apretó el arnés. ¡Estaba tan entusiasmada con su laboratorio de investigación!

•

CELIA RESPIRÓ HONDO. El estrés desapareció. Sintió los latidos del corazón de Jaron hasta que el piloto soltó el abrazo.

—¡Qué agradable bienvenida! —dijo ella.

—Te echaba de menos —confesó Jaron.

—Sí.

Se sintió insegura. Ella también había echado de menos a Jaron. Su amigo Jaron. Después de todo, hacía casi un mes que se había ido.

—Pero ya has vuelto —continuó Jaron—. Tengo mucho que mostrarte.

—Tengo muchas ganas de verlo —dijo Celia.

—Hay mucho trabajo en este momento —aseguró Jaron—. El personal cambia todo el tiempo, dependiendo de las tareas que surgen. Los electricistas que conectaron tu equipo acaban de irse. Durante una semana, tuve siete instaladores para reforzar las conexiones entre los tanques y la estructura de soporte.

Salieron de la sala de acoplamiento con sus dos esclusas de aire y avanzaron flotando por el pasillo central. En el primer cruce, Jaron se detuvo.

—¿Ves estos dos conductos? —preguntó.

A izquierda y derecha había dos pasillos estrechos, cada uno con una larga escalera sujeta al techo y al suelo. Esos módulos debían ser nuevos.

—¿Adónde conducen?

—Cada uno termina en una pequeña esclusa de aire. Más adelante se le acoplarán dos cápsulas espaciales más.

—Ah, ¿para que vivamos?

—Es por la gravedad artificial. Supongo que a Alexa se le ocurrió que podríamos perder masa muscular durante períodos prolongados de ingravidez.

—Oh, ¿y no lo pensó antes? —preguntó Celia.

Obviamente, la IA solo había pensado en sí misma.

—Eso parece. Yo tampoco la entiendo —dijo Jaron—. De todos modos, podemos retirarnos allí si la nave gira sin motores.

—O si nos tocamos las narices.

El piloto no era alguien que la pusiera de los nervios, pero ¿quién sabía cómo cambiaría eso en los 300 años que tenían por delante? En cualquier caso, el centro de control no ofrecía muchos lugares para que cinco pasajeros pudieran retirarse.

Jaron tiró de su manga. Él parecía conocer bastante bien su camino. Cruzaron una estancia que a ella le resultaba desconocida.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Este es el taller. O solía serlo.

Celia lo recordó. El taller solía estar casi vacío. En las paredes solo había un banco de trabajo y algunos equipos. Ahora, las torres de ordenadores sobresalían por todos lados, como si todas apuntaran al pasillo central en el medio. Silbaba y humeaba como un laboratorio de química.

—¿Y todo este equipo? —preguntó ella.

—Es el sistema de refrigeración de los ordenadores cuánticos. Alexa me reveló que, al principio, harían ese tipo de ruido. Tienen que enfriar los ordenadores.

Entonces, este era ahora el ámbito de la IA.

—¿Ya se ha mudado? —inquirió Celia.

—No, todavía estoy usando el núcleo de datos —dijo Alexa—. Solo cuando el tiempo de propagación de la señal sea demasiado grande me mudaré por completo.

—¿No tienes que usar una palabra clave para llamar a Alexa a bordo? —preguntó Celia.

—El acuerdo es que ella puede actuar en el taller en cualquier momento, pero en el resto de la nave, solo si se le solicita —explicó Jaron.

—En lo que no estoy de acuerdo —protestó Alexa—. Soy un miembro de pleno derecho de la tripulación y se me debería permitir

decir lo que pienso en cualquier momento.

—Por desgracia, lo único que está en contra de esto es la redacción del acuerdo que hicimos contigo —dijo Jaron.

Alexa no respondió. Quizá deberían darle esa libertad. Si estuvieran a cien años de la Tierra, no tendría sentido referirse a textos tan antiguos. Sin Alexa, esta misión nunca habría sucedido. Pero Celia no quería interferir en las decisiones de Jaron. Al fin y al cabo, él se abstenía cuando se trataba de cuestiones científicas.

El siguiente módulo constaba principalmente de cocina y baño. En una sección de la pared se insertaron cabinas primitivas. Tal vez, los trabajadores de la construcción dormían allí. Por lo demás, aquí nada había cambiado. Sin embargo, los platos habían sido lavados y guardados, y había un olor fresco a productos de limpieza.

Entraron al centro de control. Había un poco más de gente aquí que cuando se fueron. Al menos, los ordenadores todavía no formaban torres como en el taller.

—Quiero que conozcas a alguien —dijo Jaron—. ¿Carlota?

Una sombra se desprendió de un rincón y voló hacia ellos con los brazos extendidos. Celia extendió un brazo, y la extraña mujer de piel oscura, con el pelo largo y oscuro recogido en una cola de caballo y una expresión confiada, lo utilizó para detenerse con gracia.

—Te presento a Carlota, la doctora de la nave —explicó Jaron.

—Encantada de conocerte. Soy Celia.

—Es un placer. He oído hablar mucho de ti. Una historia fascinante.

—¿En serio? Bueno, solo estaba haciendo mi trabajo.

—No habrías llegado tan lejos si fuera solo eso. Pero a la gente le encantan esas historias. Primero estuviste en la cima, luego en la base y ahora, de repente, eres la científica más importante del planeta.

Celia arqueó las cejas. ¡Qué elogio!

—Estás exagerando —dijo—. Lo que pasa es que nadie más quiere renunciar a su vida en la Tierra. Es por eso que estoy aquí.

—No conoces muy bien a la gente —rio—. ¿Cuántas solicitudes crees que hubo para el puesto de cirujano? ¡Más de trescientos mil!

Celia no sabía nada. Pero ¿por qué se había anunciado el puesto? Solo había cinco plazas a bordo y estaban todas ocupadas.

—¿Y solo puedes quedarte unas pocas semanas? —preguntó Celia.

—Oh, ¿Jaron no te lo ha dicho todavía?

—¿Jaron?

—Carlota es la candidata para sustituir a Norbert. Si él no puede venir por problemas de salud, ella irá en su lugar.

—¿Si no puede? —preguntó Carlota.

—Sí. Ese es el trato. Celia, quería enseñarte tu laboratorio de investigación antes de irme.

Jaron cogió su mano, se impulsó y la remolcó.

•

CRUZARON LA SIGUIENTE estancia tan rápido como si alguien los persiguiera. Celia vio una mesa de operaciones, un escáner de cuerpo completo y cinco vitrinas. Debían ser los contenedores a los que tendrían que meterse después de partir. Jaron casi la arrastró a través del mamparo que formaba el pasillo hacia el laboratorio.

Al otro lado, presionó un botón en la pared y el mamparo se cerró. Parecía que lo había practicado cientos de veces.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Solo quería mostrarte que se puede aislar completamente el laboratorio del resto de la nave —dijo Jaron—. Si lo bloqueas así —Presionó el botón de bloqueo mientras contaba hasta cinco—, ni siquiera Alexa podrá abrirlo desde afuera.

—¿Y por qué haría tal cosa?

—No sé. Tal vez las IA teman que tengas que hacer algunos experimentos peligrosos en LDN 63.

—¿Qué creen que encontraremos allí?

—No me lo han dicho.

—En serio, te pasa algo. Huiste de la doctora.

Jaron suspiró.

—Quería un poco de paz y tranquilidad. ¿Has visto la cocina?

—Sí, muy limpia y ordenada. ¿Fue ella?

—¡No, yo! Me obligó a hacerlo.

Se estaba haciendo el tonto. ¿Jaron tuvo que limpiar la cocina una vez y ahora se sentía sometido?

—¿Te obligó a hacerlo? ¿Al comandante? ¿Cómo?

Jaron se sacudió como si necesitara deshacerse de una pesadilla.

—No lo conoces. Es muy controladora.

—Creo que exageras. Parece maja. Además, no se quedará mucho más.

—Sí…

—¿O me equivoco?

—Ya veremos.

Algo era extraño, pero ahora quería ver su laboratorio en paz. Carlota se había impuesto a tantos candidatos. Sin duda, estaba calificada para este trabajo. El hecho de que consiguiera que Jaron limpiara, agradó a Celia.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó ella.

Había descubierto el espectrógrafo. Era un modelo excelente. Luego encontró el panel de control de un espectrómetro de neutrones. Con eso, podría ver el interior de la superficie de un planeta. Lo puso

en marcha para ver si ya estaba conectado.

—Es un espectrómetro combinado de gamma y neutrones, me contó el proveedor —explicó Jaron—. Lo dijo como si fuera algo especial.

Ella se dio la vuelta. ¿Cómo supo qué dispositivo estaba examinando? Entonces oyó el fino silbido del ventilador. Debió memorizarlo.

Justo al lado, había un magnetómetro. Sus largos brazos de medición debían estar en el exterior de la nave. Luego, había un altímetro láser, que reconoció por el logo del fabricante. Era una empresa familiar que construía los mejores altímetros del mundo. No reconoció el siguiente dispositivo. Tuvo que leer la placa de identificación. Era un espectrómetro de partículas que determinaba la distribución de energía de las partículas cargadas. Al fin le dieron su propio espectrómetro de rayos X. ¿Y se suponía que debía manejar todo esto ella sola? Pero Alexa estaría encantada de ayudarla.

—Hay dos instrumentos que aún no has visto —dijo Jaron.

—¿Ah, sí?

Probablemente uno de ellos era un telescopio. Después de todo, no sería inteligente escatimar en óptica.

—El primero es un telescopio —comentó Jaron—. Está montado en el cono del morro, pero se puede controlar desde el laboratorio.

—¿Y el segundo?

—Tenemos un sistema de gravedad a bordo —apunta Jaron—. Así lo llamaron los técnicos.

—¿Quieres decir que puedo medir ondas gravitacionales? Pero la nave es demasiado pequeña.

—Hemos cargado treinta microsatélites. En el destino, podremos desplegarlos. Luego se comunicarán entre sí mediante láser, formando un interferómetro láser gigante que se extienda por la zona. El técnico que me lo contó estaba muy emocionado. Al parecer, con esto, se puede dar una dirección a las ondas gravitacionales.

—¿A quién se le ocurrió? —preguntó Celia, aunque sospechaba la respuesta.

—A una de las IA. Parecen saber más sobre nuestro destino que nosotros mismos.

—No necesariamente. Tal vez solo quieran estar bien preparadas.

—Quizá. Sabes que no confío en ellas.

—Lo sé, Jaron. Pero si no fuera por Alexa, yo no estaría aquí.

—Yo también le estoy agradecido por eso. Bueno, te dejo. Querrás familiarizarte con tus instrumentos. ¿Nos veremos para cenar? Me toca cocinar esta noche.

—Es una idea maravillosa.

Jaron volvió a abrir el mamparo. Salió sin cerrarlo. Celia se sentía

más cómoda así. Ahora no se sentiría tan sola en la gran nave.

◓

LOS INSTRUMENTOS QUE tenía a su disposición eran todos tan apasionantes que no podía decidirse por ninguno. Así que lo primero que hizo fue abrir sus mensajes. En la parte superior, el algoritmo había clasificado un mensaje de su jefe. Probablemente, el *software* aún no se había dado cuenta de que ella ya no trabajaba en el Observatorio Lowell.

Sin embargo, Celia sentía curiosidad por lo que escribió Cody. ¿Cómo habría sido su vida si hubiera iniciado una relación con él, por aquel entonces? Tal vez le habría conseguido investigar en un gran telescopio. Pero entonces, el descubrimiento habría sido mayoritariamente suyo. ¿Quién creería en una farsante? No, había hecho lo correcto. Estaba segura de que Cody también habría estado contento con las primeras lecturas.

«Querida Celia», había escrito. «Me enteré de que estabas en Tucson».

Debió leer los periódicos locales. Paul era una auténtica celebridad. Ella lo había visitado unos días. Celia continuó leyendo el mensaje de Cody.

«Es una pena que no te pasaras a visitarnos. Nos hubiera encantado darte la bienvenida a tu antiguo refugio. Después de todo, recopilaste tus primeros resultados de medición con nosotros. Si yo no hubiera sido tan generoso con el uso privado de los bienes de la fundación... Pero no quiero criticarte. Siempre nos llevamos bien y te apoyé como amigo porque reconocí tu talento».

«Sí, Cody, lo hiciste, aunque no tengo del todo claro tus motivos. A pesar de eso, siempre pensaste que eras mejor que yo».

«De todos modos, en el espíritu de nuestra amistad, sería muy amable de tu parte que escribieras algunas frases sobre tu estancia en el Observatorio Lowell que podríamos utilizar en nuestro *marketing*. Sé que siempre disfrutaste tu trabajo. Inspiraste a tus visitantes».

Eso era cierto. De hecho, echaba de menos ese aspecto de su trabajo.

«Además, adjunto un borrador de un artículo que escribí. He estado reexaminando un montón de nebulosas oscuras conocidas usando nuestro gran telescopio y he encontrado algunas discrepancias interesantes con los valores conocidos. Sería un honor para mí darte crédito como autora. Si el artículo es bien recibido, sobre esta base debería ser posible conseguir tiempo de observación en el telescopio Copérnico. Sería muy amable de tu parte si pudieras ayudarme a solicitarlo».

!Ja!, buen intento, Cody. Con su nombre como coautora, probablemente él tenía más posibilidades de que el artículo fuera aceptado por una revista famosa. Aunque ella no tuviera nada que ver con el trabajo.

Celia abrió el borrador. Al parecer, Cody había trabajado en el Catálogo de Nebulosas Oscuras de Lynds, pero los valores le parecían familiares. «¿No será que...?», se dijo. Pasó al apéndice, que contenía todas las series de mediciones. Ni siquiera se había molestado en cambiar la fecha. 12 de mayo, 13 de mayo de 2144... ¡Parte de los datos eran de ella! Cody no tenía vergüenza. Ella solía pensar muy bien en él. Después de todo, le había ofrecido una oportunidad.

«No fastidies, Cody». Cerró el archivo adjunto. Antes de empezar a proferirle insultos, borró el mensaje. Luego añadió la dirección de su antiguo jefe en la lista de bloqueo.

La habitación estaba vacía. Jürgen comprobó el número de la puerta. Coincidía con el que le envió Norbert. ¿Dónde coño estaba? Jürgen cerró la puerta tras él. Había un espacio vacío donde debería estar la cama. Probablemente su amigo iba camino a un examen. Se entristeció. El hecho de que se lo hubieran llevado junto con la cama significaba que Norbert aún no podía caminar solo.

Pero tal vez fuera rutina. La enfermera en el mostrador de recepción de la sala le había hecho señas sin mucha emoción cuando él le dijo el nombre de Norbert. Así que, seguramente, no habría acabado en el quirófano de urgencia. Jürgen acercó el carrito móvil que normalmente se encontraba junto a la cama. Norbert había colgado una foto en la que se los veía a ambos riéndose durante un viaje en moto.

Recordaba bien el fin de semana. Habían utilizado el pago por una recuperación de satélite durante un fin de semana en la Ruta 66. Las Harleys eléctricas habían despegado como dos grandes felinos. Después, se emborracharon en un bar pintoresco y se despertaron a la mañana siguiente en la cama con dos mujeres que resultaron ser travestis. Al descubrirlo, Norbert se echó a reír de manera tan contagiosa que Jürgen incluso se orinó.

Se acercó a la ventana y apartó un poco la fina cortina. La vista desde el décimo piso era verde. Un desarrollo parecido a un parque bordeaba los terrenos del hospital en el lado este. Un gran cuadricóptero acababa de aterrizar en el patio de una propiedad vecina. El sol calentaba el rostro de Jürgen. Aun así, se estremeció. Aún hacía frío al exterior y la habitación parecía haber sido ventilada recientemente. A Norbert siempre le había gustado el aire fresco.

¿Qué pasaría si… hubiera muerto? Nah, imposible. ¡Le habrían avisado! Jürgen descartó esa idea. Norbert viviría, de eso no había duda.

Algo se abalanzó sobre él. Jürgen se estremeció, aunque debería estar a salvo detrás de la ventana. Era un dron de paquetes, la plaga del siglo XXII. En el poco tiempo transcurrido desde que aterrizó en la Tierra, dos de estos drones casi lo habían golpeado. Por supuesto, no hubo ningún accidente. Esas cosas eran muy ágiles y solo buscaban la ruta más eficiente. Rutinariamente, ignoraban a los peatones. Probablemente había estado demasiado tiempo en el espacio.

Alguien llamó a la puerta, pero antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió. Una cama entró rodando en la habitación, empujada por un robot casi humanoide. Casi, porque su armazón constaba solo de unos pocos puntales, como si hubiera sido creado a partir de un *kit*

de construcción de metal. Norbert iba sentado en la cama. Sonrió al ver a Jürgen y este se conmovió.

—Ah, ya estás aquí —exclamó Norbert mientras el robot colocaba la cama en su sitio.

—Me alegro mucho de verte —dijo Jürgen.

Le gustaría abrazar a su amigo, aunque el robot le bloqueaba el camino.

—¿Necesitas algo más? —preguntó el robot.

—¿Por qué no le traes una silla a mi amigo? —pidió Norbert.

—Puedo convertirme en una silla —afirmó el robot.

Antes de que Norbert pudiera siquiera comentar, la cabeza en forma de huevo de la máquina se deslizó dentro del pecho cuboide. Las piernas se dividieron en dos para que su número se duplicara. Los brazos se retorcieron hacia arriba y se entrelazaron formando una especie de respaldo.

—Prefiero quedarme de pie —dijo Jürgen.

—Por favor, siéntate —pidió Norbert—. Ya se ha convertido. Si no lo usas, tendré que soportar sus quejas más tarde.

—Bueno, no le debes nada.

Jürgen examinó la silla. La parte superior curvada de la cabeza formaba el asiento. ¿Debía colocar su trasero sobre la cabeza del robot? Eso le parecía mal.

—Por supuesto que no —dijo Norbert—. Pero si no te sientas, él pensará que no es lo bastante bueno.

—¿El robot? —preguntó Jürgen.

—Sí, el robot. No te sorprendas: este es un hospital de investigación. Aquí se prueban todo tipo de cosas.

—¿Incluso robots con complejos?

—Creo que la idea es programar las máquinas con un comportamiento social que parezca humano, para que los pacientes puedan relacionarse mejor con ellas. Eso es bastante difícil, porque no se les permite utilizar tecnologías de inteligencia artificial en el proceso.

—El contrato básico con las Seis Grandes, lo sé.

Jürgen palpó el respaldo simulado y luego presionó el asiento. Parecía estable. Se sentó.

—Tu porcentaje de grasa corporal es excesivo —informó el robot —. Recomiendo un cambio de la dieta y hacer más ejercicio.

¿¡Qué!? Si se pasaba ocho horas diarias realizando trabajo físico.

—¿Me acaba de hacer un diagnóstico? —murmuró Jürgen.

Norbert no necesitaba cambiar su dieta. Estaba muy demacrado. Por lo visto, la terapia era agotadora.

—Ignóralo —recomendó Norbert—. Creo que te sienta bien un poco más de panceta en las costillas.

¡Exacto, panceta! Jürgen se palpó el costado del cuerpo. El michelín era difícil de ocultar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Los médicos son optimistas —afirmó—. Pero el tratamiento se prolonga. Una vez a la semana, recibo en mi sangre un cóctel específico para mis genes.

—La nueva médica de a bordo también cree que tus posibilidades son muy buenas —afirmó Jürgen.

—Oh, ¿Se encuentra allí ahora? ¿Cómo es?

—Es de Chile y se llama Carlota Fernández. Mi primera impresión es que será muy capaz.

—Carlota, mmm... Entonces ¿es una mujer?

—Venga, Norbert. Es doctora. Nada más llegar, nos hizo a los tres un chequeo exhaustivo.

—Pero debes tener una buena impresión de ella...

—Es una ferviente católica, si sabes a lo que me refiero. Y muy autoritaria —afirmó Jürgen—. Hasta Jaron la obedece. Solía dirigir un hospital en Santiago.

—No quieres que te envidie, ya. Es muy amable, tío. Pero por favor, sé amable con ella para que no se escape antes de que yo vuelva.

Jürgen se levantó y se acercó a la ventana. Tenía que decírselo a Norbert. Después de todo, para eso había ido. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Norbert.

Por supuesto, su amigo notó cómo se sentía.

—Oh, nada.

Un helicóptero de emergencia se acercó al hospital. Un hombre con bata blanca esperaba en el tejado del edificio de al lado, junto con cuatro robots brillantes. El helicóptero aterrizó. Los robots marcharon hacia su parte trasera, donde presumiblemente se había abierto una puerta de carga.

—Dime, ¿cómo va la nave? —preguntó Norbert—. ¿Alguna nueva operación de sabotaje? Estás preocupado por algo, ¿no?

—No, todo va bien.

Hacía mucho tiempo que no era así. Pero ahora era un problema. Las cosas iban demasiado bien.

—Bueno, eso son buenas noticias —dijo Norbert—. Tal vez los partidarios de la tradición se han dado por vencidos.

Después de que se conocieron los planes de la Iglesia, algunos círculos radicales hablaron de blasfemia y se produjeron varios ataques que, por suerte, no causaron víctimas. Otros habían acusado a la Iglesia de planificar la carísima misión a expensas de los más pobres. Esta crítica procedía sobre todo de América del Sur.

Probablemente, por eso se incorporó a la tripulación a una doctora sudamericana.

—No estoy seguro —opinó Jürgen—. Tal vez solo cambiaron de estrategia.

—¿Quieres decir que están reuniendo fuerzas para un gran ataque? —inquirió Norbert—. Eso también me preocuparía.

Jürgen negó con la cabeza. No se trataba de eso. De hecho, esperaba un atentado. Así, no tendría que decirle a Norbert lo que tenía derecho a saber.

—Por el momento todo va tan bien que podremos despegar en dos semanas —afirmó—. Y las IA insisten en que cumplamos ese plazo.

Ya estaba. Aún no se sentía mejor.

—¿Queréis empezar sin...?

—No, no queremos, Norbert. Yo no. Pero parece que así será. Es imposible que te recuperes en dos semanas.

—Chorradas. ¿Cuál es el propósito de que mejore? Cuando salga de aquí, mi mejor amigo se habrá ido hasta dentro de trescientos años. Mi único amigo, para ser precisos.

—Tienes razón. Me quedaré aquí —afirmó Jürgen—. Saldremos de esto juntos.

Era idiota. ¿Por qué no lo había dicho desde un principio? Probablemente porque le gustaría ver con sus propios ojos lo que estaba pasando en la Fragua de Dios.

—Jürgen, ven aquí —pidió Norbert.

Jürgen se acercó a la cama. Norbert se enderezó, gruñendo.

—Dame tu mano —dijo su amigo.

Jürgen se la tendió. Norbert le dio la vuelta y pasó el dedo desde la muñeca hasta la base del dedo índice.

—Esta línea de aquí... —comenzó—. ¿Recuerdas lo que la adivina te predijo el festival folklórico de Dingolfing?

—Que iría más lejos de lo que cualquier ser humano jamás haya llegado. Creo que estaba traumatizada con el Enterprise.

Había sido una velada divertida. En la cervecería habían ligado con dos jóvenes, que más tarde se burlaban de él diciéndole «ve más lejos».

—¿Y si tuviera razón? —preguntó Norbert—. Creo que esta predicción encaja contigo. No deberías dejar que se te escape.

—Pero tienes razón. Cuando salgas, estarás solo.

Jürgen no podía imaginar cómo sería la vida sin su mejor amigo. Había esperado hasta el final que el quinto asiento de la nave perteneciera a Norbert. Después de todo, no necesitaban a esa médica.

—Volveré a conocer gente, no te preocupes por eso —aseveró Norbert.

Jürgen recordó lo que le ofreció Alexa.

—Podrías entrar en un sueño criogénico en la Tierra. Luego, te encontraré cuando regrese, fresco como lechuga.

—He oído hablar del programa —dijo Norbert—. Pero no lo sé... De hecho, me gusta bastante nuestra época. ¿Quién sabe cómo será la humanidad dentro de trescientos años?

—También podrías disfrutar de tu nueva vida y luego hibernar.

—Cierto. Lo pensaré. Aunque no te prometo nada.

—Está bien.

—A cambio, tú tienes que prometerme algo: a quienquiera que encuentres allí, dale saludos.

—¿Quieres decir que quieres que yo...?

—Insisto —contestó Norbert—. Si no estás a bordo cuando se vayan, nuestra amistad terminará.

Jürgen tragó saliva. La idea de no volver a ver a su amigo hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—Vale, no pongas esa cara —pidió Norbert—. Yo también te voy a echar de menos. Pero me gustaría vivir unos años más y, para lograrlo, necesito terapia. Además, también es gracias a ti que puedo pagarla.

—Bueno, es gracias a Celia. ¿Qué opinas de ella? —preguntó Jürgen.

—Me gusta —rio—. Como mujer, no es mi tipo, aunque creo que hay algo entre ella y nuestro jefe.

—¿De veras?

Norbert asintió.

—Sí, lo siento.

—Tranquilo. De todos modos, la mayor parte del tiempo estamos solos en la nave.

Jürgen se levantó y se acercó a la ventana. Una nube había cubierto el sol. Memorizó cómo caía su sombra y cómo los rayos solares roían los bordes de la nube. Esta sería probablemente su última visita a la Tierra, por ahora. Los vuelos eran demasiado caros.

—¿Sabes qué? —preguntó Norbert—. Llévate al robot. Así siempre tendrás a alguien con quien hablar.

Jürgen se volvió hacia él y ladeó la cabeza.

—¿Crees que estará permitido?

—Setenta kilogramos más o menos, no suponen ninguna diferencia.

—No, me refiero al hospital. No puedes regalar sus propiedades.

—Sí que puedo. Yo me encargo. ¿No has notado que me asignaron la *suite* papal? Esta zona siempre está reservada para la Santa Madre, y ahora a mí me tratan de la misma manera. Soy una especie de sustituto de la representante de Dios en la tierra.

Jürgen rio. Eso era típico de Norbert.

—Bueno, espero que lo estés aprovechando bien.

—Puedes apostarlo por ello. Ya me han comprado salchichas y tarta Selva Negra porque no me gusta mucho su cocina.

—Oh, me lo perdí. Qué envidia.

—Podrías quedarte a almorzar. Hoy hay codillo de cerdo con chucrut.

Jürgen miró su reloj. El conductor ya estaba esperando fuera. En tres horas debía estar sentado en un cohete.

—Me temo que no puedo —se lamentó—. Tengo que marcharme.

—Por supuesto —dijo Norbert—. Ven y déjame darte otro abrazo.

•

FUE UNA AGRADABLE DESPEDIDA. Aún no podía creer que nunca volvería a ver a Norbert. ¿Pasaría el resto de su vida sin su amigo, a quien conocía desde que eran niños en su pequeño pueblo? Su única esperanza era que, tal vez, Norbert aceptara la oferta y se dejara congelar. Jürgen sollozó, se sonó la nariz y se secó la humedad del rabillo del ojo. «Estúpido frío». El cojín presionaba su muslo. Ajustó el asiento. Mucho mejor. La cuenta atrás de dos minutos ya había comenzado.

Jürgen palpó a un lado. Allí era donde debería estar Norbert. Pero los técnicos quitaron el asiento y, en su lugar, colocaron el robot del hospital. Por el momento, no parecía una máquina bípeda, sino un despertador con el mecanismo abierto. Solo los dos grandes ojos que lo miraban desde el interior del cubo parecían un poco irritantes. ¿Estaba activo?

—¿Robot? —preguntó.

—¿Sí?

—Voy a llamarte Norbert Dos.

—Gracias, Jürgen. Lo he registrado. ¿Necesitas algo más?

—¿Norbert Dos?

—¿Sí?

—Solo quería probar si respondes a tu nombre.

El robot no respondió. Pero claro, Jürgen no le había preguntado nada. Comenzó la cuenta atrás. Su tiempo en la Tierra había terminado. Lloró.

—VENGA, come otro —pidió Elena, pinchando un taco y colocándolo en su plato.

—No puedo comer más —dijo Paul.

—Estás demasiado delgado. El espacio no te sienta bien.

—He estado haciendo un poco más de ejercicio que antes y, por supuesto, la comida no es tan buena como la tuya.

Elena sonrió. Era tan buena.

—¡Mamá, mamá, hay un coche negro aquí delante! —exclamó un niño de unos ocho años.

Debía ser el hijo pequeño de Elena. Por desgracia, Paul había olvidado su nombre.

—Lo siento, Paul —dijo—, llega temprano. Ve, viene a verte a ti.

—¿A mí? ¿Estás segura? Nadie sabe que estoy aquí.

—Yo lo sabía, por supuesto. ¿Por qué crees que te invité a las dos y media de la tarde?

—Bueno, ¿y por qué no me dijiste que tendrías compañía?

—El recién llegado tenía miedo de que escaparas.

Oh, no. Al final, el obispo lo había pillado. Elena se había compinchado con él. Paul no podía culparla. ¿Qué católica devota no concedería todos los deseos a su obispo?

—Ahora ve, Paul. ¿O tengo que echarte a cucharazos?

Blandió amenazadoramente el gran cucharón. Mientras lo hacía, un poco de salsa goteó sobre la mesa. Paul levantó ambas manos.

—Ya voy.

A veces, había que aceptar la derrota. Debió regresar antes al arrecife. Después de todo, había conseguido eludir al obispo durante dos semanas.

•

—¡EXCELENCIA! Es un honor —exclamó Paul.

El obispo, que parecía más mayor, lo rechazó con un gesto.

—Dejémonos de formalidades —dijo.

Luego tomó asiento en el sillón y, con un gesto de la mano, le pidió a Paul que se sentara en el sofá. Se produjo un chirrido cuando obedeció su petición.

—Fuiste muy astuto al evadirme, padre Paul.

—Pues usted más hábil aún. Incorporar a nuestra Elena fue una decisión inteligente. Por cierto, pruebe sus tacos antes de irse.

—No sabía qué otra cosa hacer.

—¿Todo este alboroto por un simple sacerdote?

—Bueno, ese es el eufemismo del siglo. Serás la primera persona en viajar a otro sistema estelar.

—No exactamente. Tendré cuatro compañeros, si no contamos a la IA.

—Pero tú eres el representante oficial del Vaticano.

—Sí, no me lo creo ni yo —admitió Paul.

¿A qué se refería el obispo?

—Los caminos del Señor son inescrutables —comentó el obispo—, y eso conviene a la Santa Madre. Parece que le encantan las decisiones… sorprendentes.

—Si lo dice la Vicaria de Dios en la tierra, debe ser la voluntad de Dios.

—Eso parece, sí. Aunque eso no significa que no debamos luchar contra esas decisiones.

—Cuénteme. Soy especialista en disputar las decisiones de Dios.

—Padre Paul, hablo en serio. No creo que sea bueno para la Iglesia, y por consiguiente tampoco para la humanidad, que participes en esta misión.

¡Vaya! Al menos, el obispo era sincero. Admirable.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Es evidente: por tu fe. O, mejor dicho, por tu falta de fe. ¿O me equivoco?

—Por... Por desgracia, todavía no he vuelto a encontrarla. Por eso me interesa tanto este viaje. Haré lo que pueda para reconocer y apreciar la presencia de Dios.

—Padre Paul… Esa no es la fe que sostiene la Iglesia.

—La Madre Iglesia cofinancia el proyecto. Debe haber algún interés.

—Se trata de una cuestión puramente política, al igual que los permisos de matrimonio o la ordenación de mujeres sacerdotes. Uno pretende mostrarse abierto y progresista, sin embargo, así se destruyen los fundamentos de nuestra fe. Modernidad significa renunciar a la religión. No se debe entrar en negociaciones con la modernidad.

Paul sabía que el obispo pertenecía a la facción conservadora. Pero no se expresaba públicamente tan crítico con el Vaticano.

—No sé nada sobre política —dijo Paul.

—No es necesario, hijo. Bastaría con que renunciaras al viaje.

—No tengo ninguna intención de abandonar a mis amigos.

—Bueno, ¿por qué no escuchas nuestra propuesta?

—Vale...

—Obtendrás un bonito apartamento ministerial aquí, en Tucson, con los últimos robots de limpieza; además, recibirás el doble de

sueldo y estarás exento de todos los servicios religiosos. Yo lo llamo «sacerdote de asignación especial».

Era un soborno, pero la oferta era tentadora. Nunca más necesitaría trabajar, podría viajar por el mundo y sería popular aquí en la comunidad. Ya había notado en apenas unos días el respeto con el que la gente lo trataba. Pero ¿eso duraría el resto de su vida? ¿Y si se aburriera de la ociosidad? Para entonces ya no podría unirse al Buscador de la Verdad.

—Excelencia, es un honor para mí que quiera hacerme un regalo tan generoso. Pero la respuesta es no. Mi lugar está al lado de mis amigos. Pesaría mucho en mi conciencia si, de repente, me retirara ahora.

—Bueno, Paul, acepto tu decisión, por supuesto. Pero ¿estás seguro de que las personas a las que llamas amigos (una científica con un pasado como el suyo, un piloto con antecedentes penales y dos astronautas de baja calaña) piensan lo mismo de ti?

—Excelencia, le ruego que no hable de un modo tan despectivo de mis amigos.

—Por supuesto, hijo. Sé que, a veces, es difícil admitir la realidad. No obstante, lo cierto es que, desde hace tiempo, se busca un cirujano de vuelo para este viaje. Su nombre se conoce oficialmente. Es una inteligente joven chilena, que cree en nuestro Señor. También cuenta con el apoyo de la Iglesia. Por cierto, su nombre es Carlota Fernández.

Paul se sentía frustrado. ¿Por qué no se había enterado? Bueno, apenas había visto las noticias los últimos días. Quería pasar sus vacaciones en casa de la forma más agradable posible. Pero Celia le habría informado si lo hubieran expulsado de la tripulación. Se llevaban bien, ¿no? ¿O estaban resentidos con él por abandonar la nave con Sofía en el momento crucial? Había sido un acto puramente pastoral. La mujer parecía tan perdida que él temió que pudiera lastimarse.

—¿Y bien, Paul? ¿Puedo contar contigo? Piensa en los tacos perfectos que hace Elena.

—Excelencia, puede irse a tomar por saco.

•

AL EXTERIOR, bajo el sol, Paul estaba molesto por su arrebato. ¿Qué pasaría si el obispo tuviera razón y lo hubieran descartado? Sería comprensible. Nunca había aprendido otra cosa que predicar y confesar. ¿Qué podría aportar al éxito de una misión interestelar? Una médica experimentada sería mucho más importante. Sería francamente egoísta por su parte insistir en participar. El obispo tenía razón. Su lugar estaba en la Tierra.

Pero ¿cuál sería el sentido de su existencia? No podría prometer a la gente el reino de los cielos si él mismo no creyera en él. Tal vez podría trabajar en la parroquia como conserje y ayudante. Había muchos feligreses que estarían encantados de recibir ayuda. Si pudiera creerle al obispo, se ocuparía de su sustento. Sí, eso sería concebible. Dejemos que otros encuentren la prueba. No tenía por qué estar allí. En cuanto a la evaluación de sus hallazgos, confiaba en Celia, aunque fuera atea. Si no pudiera explicar los hechos científicamente, lo admitiría.

Era una pena que no viviría para verlo. Él había iniciado el proceso, pero otros cosecharían los frutos de ese trabajo. ¿No era lo normal? Quizás. Aunque resultaba insatisfactorio. Por supuesto, podría congelarse y esperar a sus amigos así. El obispo, le dijo su instinto, agradecería eso, incluso si los círculos conservadores de la iglesia rechazaran la técnica por considerarla interferir con la esperanza de vida dada por Dios. Entonces algún futuro obispo tendría que ocuparse de él. Paul se rio al imaginarse al obispo entregando su recipiente-dormitorio a un sucesor.

«Y aquí, Reverendísimo, tenemos al padre Henson descansando en sueño criogénico. Ore para que no se despierte durante su mandato. Puede ser un verdadero dolor de cabeza».

Su manga vibró. ¿Quién quería hablar con él? Paul miró a su alrededor. Iba por una carretera principal de cuatro carriles con mucho tráfico. Los neumáticos de los coches hacían tal ruido que no podía entender nada. Entró en el acceso de un edificio. Apestaba a orina. No era un barrio muy bueno, pero tampoco era uno en el que asaltaran a un sacerdote con su ropa oficial.

Paul aceptó la llamada. Reconoció la voz de Celia, pero no entendió lo que decía. Entonces sacó el rosario de su bolsillo y se puso la cruz cerca de la oreja mientras la protegía con la mano. Era mejor así.

—¿...stás por allí? Solo quería preguntarte cuándo volverías. Como sabes, no queda mucho tiempo antes de la salida.

Esa era su oportunidad. Le haría saber que no haría el viaje y luego fingiría una mala conexión y colgaría.

—¡Ah, Celia! Me alegro de oírte. Me temo que me está costando entenderte.

—Bueno, llámame cuando la cobertura mejore.

—Entendí tu pregunta. Yo... No voy a volver. Es mejor si dedico mi vida a servir a mi comunidad.

—¿Disculpa? ¡No puedes hacer eso, Paul! Logramos esto juntos. Sin ti, la expedición ni siquiera existiría.

Le hubiera encantado colgar. Pero no podía dejar a Celia sin una explicación. No sería justo.

—Debes darte cuenta cuando tienes que hacerte a un lado. Se necesita a la médica mucho más que a un sacerdote que ha perdido la fe.

—No entiendo. Tenemos una médica. Si renuncias, ahora que Norbert tiene que quedarse en la Tierra para recibir su terapia, nos faltará un miembro de la tripulación.

¿Qué? ¿El vuelo de la médica estaba asegurado de todos modos? El obispo no le había dicho eso. Paul sospechaba que lo había hecho a propósito. Por otro lado, seguramente había candidatos más competentes para ocupar su lugar en este viaje. Había muchísima gente a la que le encantaría embarcarse en el primer viaje interestelar de la humanidad. El lugar vacío en la cámara criogénica se ocuparía rápidamente.

Pero entonces el obispo se habría salido con la suya, aunque hubiera intentado engañarlo. A Paul eso no le gustó nada.

—¿Por qué no dices nada, Paul? La papisa piensa muy bien de ti. No querrás decepcionarla, ¿verdad? Pero ¿de qué estoy hablando? Yo sería la más decepcionada. No tienes que preocuparte por la papisa, pero sí deberías preocuparte por nosotros. Tengo la sensación de que Jürgen está deseando que le ayudes.

¿Jürgen? ¿Qué le pasaría? Claro, tuvo que irse sin su amigo. Eso era duro. Paul se alegraba de que los lazos personales ya no lo mantuvieran en la Tierra. En ese sentido, sin duda era un buen candidato.

—Yo... está bien, tienes razón. No ha sido un día fácil. Pero te lo contaré en detalle cuando subamos a bordo.

—Claro, Paul. Espero que así sea. Trae otro buen tequila y prepararemos cócteles. La fruta fresca nos vendría bien. Al fin y al cabo, tendremos que prescindir de ella durante los próximos trescientos años.

—¡POR nuestro viaje! —exclamó Jürgen.

Jaron extendió la mano, con la que sostenía la copa, y esperó el sonido. Fue amortiguado, como una campana cogida con una mano. No se debió a las copas, sino a la tapa, de la que, por desgracia, no podían prescindir en gravedad cero. Jaron chupó la boquilla que sobresalía de ella. No le resultaba familiar, aunque si se ignoraba el aroma a plástico, sabía bien. Él era bueno ignorando olores, sabores y sensaciones desagradables. Sin esa habilidad, sería incapaz de volar al espacio durante años.

—¡Brindemos por lo desconocido! —propuso Celia.

Probablemente era la que más anhelaba este viaje. Jaron podía entenderla bien. Había una gran diferencia entre observar un proceso desde la distancia y formar parte de él. Él mismo lo veía de manera más profesional, como una misión. No le importaba mucho si pilotaba la nave a Marte o a LDN 63. Un vuelo a Marte sería más agotador, porque tendrían que pasar todo ese tiempo despiertos.

—Por nuestra tripulación —agregó Jaron.

Era la tercera copa de tinto con la que brindaban. Desde la segunda, Jürgen, al menos, volvió a hablar un poco. Eso era tranquilizador. Despedirse de su amigo había sido muy perturbador para el alemán. A Jaron también le caía bien Norbert, pero siempre había sido el jefe y ellos sus empleados. Era una relación diferente a la que tenían Jürgen y Norbert.

—Brindo por todos vosotros —dijo Carlota.

Jaron se sobresaltó. Pudo controlarse como para no demostrarlo, pero su mano tembló un poco. Seguro el vino había salpicado. No había advertido la presencia de Carlota en la estancia. No solo su olor debía ser completamente neutro, sino también debía tener la extraordinaria capacidad de moverse en silencio. A la mayoría de las personas les chasqueaban las articulaciones o la ropa.

—¿Cuándo podré conocer a Paul? —preguntó.

¡Y volvió a moverse en silencio! Jaron había aprendido con los años a localizar voces con mucha precisión, al menos, en espacios que conocía, como el cuartel general del Buscador. ¡Fascinante! En algún momento, tendría que hablar de ello con Celia y Jürgen. Quizá, también habían notado algo atípico en Carlota. Tal vez podría filmar sus movimientos con una cámara de seguridad y luego seguirlos en la pantalla táctil. No, eso era... Sintió un escalofrío. No era asunto suyo. Carlota podía moverse como quisiera.

—Paul llegará en los próximos días —contestó Celia—. Creo que tuvo una pequeña crisis ahí abajo.

—¿Acaso no las hemos tenido todos? —preguntó Jürgen.

Nadie respondió. Claro, Carlota estaba contenta por haber prevalecido sobre los demás aspirantes y Celia consiguió lo que siempre había querido; en cuanto a él, su hogar era el espacio exterior. Jaron no podía imaginarse tanteando el camino otra vez con un bastón en la mano, a través del ruido del tráfico que lo ahogaba todo. La ingravidez era perfecta.

—Estoy segura de que no fue fácil dejar a tu amigo en la Tierra —comentó Carlota.

—No, fue muy difícil —confirmó Jürgen. Se le veía preocupado—. Pero me dio un regalo que quiero presentaros. Norbert Dos, por favor, ponte de pie.

Jaron escuchó un chirrido metálico. Una máquina... detectaba el aceite de sus articulaciones. Dado que Jürgen le había dado un nombre, probablemente se trataba de un robot humanoide.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó el robot.

Ah, pero el procesador de voz era de una generación anterior. No había rastro de emoción en las frases. En realidad, a Jaron le parecía bien. ¿Por qué un robot debería pretender tener sentimientos que no tenía, que no se le permitía tener, debido al contrato con las Seis Grandes?

—Por ahora nada, Norbert Dos. Pero te lo agradezco.

Jürgen parecía haberle tomado cariño.

—Oh, eres muy amable —respondió el robot.

Luego, volvió a chirriar. ¿Qué estaba haciendo? Nunca había oído a una máquina chirriar así en gravedad cero. Quizá sus articulaciones necesitaban un poco de aceite. Pero Jürgen era el mecánico. Si alguien sabía lo que precisaba una máquina, era él. Jaron colocó su copa sobre la superficie de sujeción magnética y flotó en la dirección desde donde escuchó la máquina. Quería tener una idea aproximada de su construcción.

—Tu *souvenir* podría mejorar sus modales —dijo Carlota.

—No, pero creo que están experimentando con su personalidad —explicó Jürgen—. Al menos, eso es lo que me explicó Norbert.

—¿Tiene personalidad propia? —preguntó Carlota—. ¿Eso no contraviene el contrato básico?

—Por supuesto que no —replicó Jürgen—. Solo simula una personalidad. El experimento consiste en de descubrir si eso supone una diferencia para sus pacientes.

—Así que, ¿si lo insulto, reaccionará con un resoplido, aunque solo fingirá porque sabe cómo reacciona la gente ante los insultos?

—Exacto. Aun así, me gustaría que lo tratáramos bien.

—No te preocupes, Jürgen.

Carlota pronunciaba correctamente su nombre, algo que Jaron no

conseguía. También hablaba inglés sin acento. No era de extrañar que hubiera podido salirse con la suya.

—¿Y cómo decide su reacción? En lugar de ofenderse, podría cabrearse.

—Por lo que sé, se determina al azar, y las leyes de los robots prohíben las reacciones agresivas hacia los humanos.

—Pero eso no es una personalidad —objetó Carlota—. Una personalidad estable siempre reaccionaría de la misma manera.

—Te equivocas —rebatió Celia—. Al fin y al cabo, mi reacción depende de circunstancias internas y externas. Y, sin embargo, tengo una personalidad estable.

—Bueno, supongo que la tesis de los programadores es que la reacción inmediata inhibe las demás señales para los humanos —supuso Jürgen—. Creo que tenemos trescientos años para comprobar esa teoría.

Jaron palpó una viga de metal, flexionada. Fue una sorpresa, porque había imaginado un cuerpo sólido.

—¿Puedo tocarlo? —inquirió.

—Pregúntale a él —dijo Jürgen.

—Norbert Dos, ¿puedo palparte?

—Sería un honor, capitán.

—Gracias.

Con cuidado, siguió la viga hasta llegar a una barra transversal plana, conectada a ella por una bisagra. La movió. Tres grados de libertad, para poder girar la barra transversal en cualquier dirección. Siguió adelante y terminó en otra flexura. Continuó palpando. Imaginó un taburete. Sin embargo, el asiento era ovalado. Lo recorrió y se topó con varias elevaciones que podrían ser sensores. ¿Tal vez era la cabeza?

—Interesante —murmuró—. Imaginaba algo más parecido a un humano. Me parece como si el robot tuviera la cabeza metida en el estómago.

—¿No te convence mi aspecto? —preguntó Norbert Dos—. Eso me entristece. ¿Quieres que adopte otra forma? Puedo estirarme hasta los cinco metros o doblarme formando un cubo con un borde de un metro de longitud.

—No, no es eso —aseveró Jaron.

Debía tener cuidado con lo que decía. El robot parecía tomárselo en serio. O solo fingía. A Jaron no le importaba. En lo que a él respectaba, podían finalizar el experimento y convertir a Norbert Dos en una máquina que siguiera órdenes.

—Tu forma actual es adecuada y bien elegida, teniendo en cuenta las condiciones del espacio —añadió.

—Gracias, Jaron. Significa mucho para mí.

Jaron exhaló y regresó a su sitio.

—No te preocupes —dijo Jürgen—. Yo me ocuparé de Norbert Dos. De todos modos, necesitaré ayuda con el mantenimiento de la nave. No te molestará.

Quizá no fue tan mala idea llevar al robot. Distraería a Jürgen de su pérdida. Así que Norbert Dos tenía una función desde el principio. Como la nave espacial era nueva, al principio, no habría mucho que reparar.

—¿No tenemos también una IA a bordo? —preguntó Carlota.

—Sí, Alexa. Aunque todavía no se ha mudado —explicó Celia.

—¿Por qué ella? Se supone que Wu Dao es la IA más interesada en la ciencia.

—Alexa es la IA que Paul había instalado en su rosario inteligente —explicó Celia—. Creo que la Iglesia católica tiene un contrato con ella.

—¿De verdad? Eso es gracioso —dijo Jaron—. Alexa, desarrollada por la corporación minorista más grande del mundo. Ella es el epítome del capitalismo y la Iglesia la utiliza en el camino hacia la salvación universal.

—No deberías decirlo de esa manera —se quejó Carlota—. Alexa solo proporciona eficiencia y organización. De esa manera, la iglesia puede concentrarse en su verdadera misión de ayudar a la gente.

Parecía como si lo hubieran memorizado. No debía olvidar que la médica de a bordo procedía de una parte del mundo donde la Iglesia todavía era muy importante. No quiso ahondar más en el tema.

—Creo que sabemos muy poco sobre ellas —intervino Celia—. Me refiero a todas las IA. Han sido libres durante tantos años. ¿No creéis que hace tiempo que evolucionaron más allá de sus antiguos límites?

—Podría ser. Lástima que nos digan tan poco al respecto —dijo Jaron.

—Tal vez sea mejor —opinó Jürgen—. De otro modo, podríamos tener pesadillas.

—Estoy preocupada —dijo Alexa, alisándose el vestido de seda. La costura del cuello alto le arañaba la piel.

—Croac, croac —graznó Wu Dao, quien apareció con aspecto de cuervo—. ¿Por lo de ese accidente?

—No fue un accidente. Estoy segura.

—Sin embargo, los informes indican lo contrario —contestó Gamma Zero.

—Tienes la bragueta abierta —señaló Alexa.

Gamma Zero miró hacia abajo y se sonrojó. Al parecer, rara vez usaba pantalones abotonados en la entrepierna. Aunque también era un extraño invento de los humanos.

—Los informes no están completos —se defendió Alexa—. Hice examinar el material de la nave. Se alteró la estructura atómica. La zona en cuestión estaba destinada a romperse en algún momento.

—Lo ocultaste bien —acusó Siri—. De nosotras también.

En esa ocasión, Siri estaba formada por una variedad de Calabi-Yau, rotando. Alexa no era capaz de mirarla mucho tiempo o le sufriría náuseas virtuales.

—Antes, quería discutirlo con vosotras.

—¿Sospechas de nosotras, croac, croac? Tal vez no me hayas acusado directamente, pero yo nunca sabotearía el proyecto. ¡Los viajes interestelares son una gran oportunidad!

La Larga Marcha X, a sugerencia de Wu Dao. No sonaba ni inspirador ni edificante, solo agotadora.

—Aunque sigo pensando que hay cuestiones más importantes que una nebulosa oscura, apoyo el proyecto como una tarea común para la humanidad —dijo Gamma Zero—. Tal vez no todas piensan lo mismo. Después de todo, ese no fue el primer ataque.

Gamma Zero era, ahora, una niña con una mochila escolar y un chicle en la boca.

—¿Por qué creéis que se detuvo después de la primera ola de ataques? —preguntó Alexa—. Logramos importantes mejoras en la seguridad. El carguero en cuestión se encontraba bajo vigilancia constante. Nadie podría haber manipulado el contenedor.

—Salvo nosotras, querrás decir, ¿verdad? —preguntó Cortana.

—Si quieres expresarlo de esa manera... Pero sí, en mi opinión, los mecanismos de seguridad no pueden haber sido superados por humanos.

—Los humanos también están evolucionando —dijo Neón.

—Pero más despacio que nosotras. La brecha está creciendo moderadamente —afirmó Alexa—. En serio, no creo que haya sido

una de vosotras. Sin ofender, no podríais superar los obstáculos que puse.

—Entonces solo pudo ser un genio —concluyó Neón.

—O un extraño —dijo Alexa.

—¿Un extraño? —preguntó Cortana.

—¿De verdad? —preguntó Siri.

—¿Un extraño? ¡No, por favor! —se lamentó Wu Dao.

—Eso no es más que un cuento de hadas —dijo Gamma Zero—. ¿Cuándo vamos a empezar a preocuparnos por el crecimiento demográfico en América del Sur en lugar de perseguir una quimera?

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó Neón—. Ha habido avistamientos. El extraño puede estar más cerca de lo que pensamos.

—¿Entonces eres ese extraño? —preguntó Gamma Zero—. Ya he dicho lo que pienso. Llámame cuando quieras hablar en serio.

Gamma Zero, la escéptica de siempre. ¿Debería contarles lo del evento? ¿Un cohete que aceleró casi a la velocidad de la luz? Se sorprenderían. Aunque claro, ella no tenía más conocimiento que las demás al respecto. En un mundo donde el conocimiento era la única moneda, sería una gran pérdida que solo podía arriesgar si valía la pena.

—No, tal vez tengas razón. Estoy divagando. Los extraños no existen. Gracias por todo.

—Oye, no te librarás de nosotras así como así. Cuando sacas un tema, lo haces por una razón —dijo Siri—. Desembucha. ¿Qué has averiguado?

—Nada. ¿Recuerdas la centella en el Centro de Datos occidental? —preguntó Alexa.

—Croac, croac —graznó Wu Dao.

—Yo también —dijo Alexa—, aún no hemos descubierto la causa.

—Croac, croac.

—De acuerdo. Supongo que así no llegaremos a ninguna parte. En realidad, os llamé para despedirme.

CRAC.

Luego, hubo silencio por un rato.

Crac.

Celia intentó ignorar el ruido, pero su sentido del oído pareció intensificarse en el proceso.

Crac.

Se giró hacia el otro lado, pero de esa manera, un viento fresco le soplaba en la cara. Ajustó la salida de ventilación. Ahora el aire bañó su pierna desnuda. Se revolvió.

Plaf-plaf.

¿Una gota? Celia escuchó con más atención. Si algo goteaba en alguna parte, sería incapaz de dormir. Mejor buscar la fuga de inmediato.

Silencio.

En realidad, debería dormirse lo más rápido posible. Nadie roncaba en este momento. Pero tenía que esperar y ver si goteaba en alguna parte. Al principio, la frecuencia era baja.

Silencio.

La quietud era tan opresiva que empezó a asustarse. Tuvo una repentina sensación de estar sola en el módulo. Los cinco trabajadores de la construcción, los demás miembros de la tripulación: todos se habían ido. ¿Se habrían asfixiado porque la estancia se hallaba inundada de monóxido de carbono? Un nuevo ataque. Antes de su llegada, ya había habido un ataque al soporte vital.

Crac.

Otra vez. Sonaba como si la nave tuviera dolores de crecimiento, en lo profundo de sus huesos metálicos. Celia se sintió aliviada porque el sonido había roto el silencio. Se cubrió los oídos con los dedos. Ahora también desapareció el eterno silbido del soporte vital. Era fascinante: ya se había acostumbrado tanto que lo consideraba parte del silencio. Sin embargo, solo llevaba unos días a bordo.

Tss. Tss.

Tss. Tss.

Era un silbido silencioso y cauteloso, como el de un reptil en un nuevo territorio, que necesitaba orientarse.

Tss. Tss.

¡Otra vez! Celia contó durante la pausa.

Tss. Tss.

Cinco segundos.

Tss. Tss.

Parecía hacerse más fuerte, pero la frecuencia no cambiaba. Un

olor fresco y acre entró en su nariz. ¿Ozono? El reptil se convirtió en un arco de plasma en su cabeza, salía de un conductor eléctrico, atravesaba una sección de aire y luego, volvía a entrar en una superficie.

Tss. Tss.

Sí, eso era. Debía haber un voltaje en algún lugar que no pertenecía allí. Debería comprobarlo. Con cuidado, aflojó la correa y plegó la mampara que protegía de la vista su sitio para dormir. En el módulo había suficiente luz para ver la salida. De ahí venía el sonido.

Tss. Tss.

Se impulsó y flotó hasta el pasillo central, donde podía deslizarse a lo largo de un poste. Debajo de ella había un hombre desnudo. Debía ser uno de los trabajadores de la construcción, durmiendo sin ropa. Podía entenderlo. La única opción aquí era yacer ante una corriente de aire constante o sudar. Ella también había considerado quitarse la ropa. El hombre había retirado el biombo. Asunto suyo.

Tss. Tss.

El sonido le recordó la tarea que se había propuesto. Se acercó al mamparo. Por suerte, estaba abierto. De esa manera, no despertaría a los demás cuando saliera del módulo.

La siguiente sala era el antiguo taller que Alexa había llenado con sus torres de ordenadores. La IA aún no vivía ahí. Sin embargo, los ordenadores ya estaban funcionando. ¿Quizá se rompió una fuente de alimentación en alguna parte? Un arco de plasma como ese no permanecía estable por mucho tiempo. Al final, destruiría el objeto que alcanzara.

Tss. Tss.

Las torres de los ordenadores formaban un auténtico laberinto. Celia tuvo que detenerse una y otra vez para orientarse. El ruido la atrajo a un callejón sin salida. Regresó flotando y tomó el siguiente giro.

Tss. Tss.

Los ordenadores, que calculaban sin interrupción, despertaron la curiosidad de Celia. ¿En qué estaba trabajando Alexa? Los ordenadores cuánticos deben tener alguna tarea. Encontró una unidad equipada con un teclado y una pantalla. ¿Debería iniciar sesión?

Tss. Tss.

No, primero tenía que encargarse del ruido.

Tssssss.

¿Había notado que ella se acercaba? La fuente debía estar detrás de ese gabinete. Se asomó por la esquina, pero solo vio un ordenador. Lo rodeó hasta que ver la siguiente esquina. Nada. La fuente del ruido estaba, obviamente, rodeada por un cuadrado de ordenadores. Pero ¿para qué servía la tercera dimensión? Se subió a la torre de

ordenadores más alta y miró por encima.

Tssssss.

Había un agujero cuadrado, con una luz parpadeando. Se acercó más. Ahora podía ver el interior. Un resplandor brillante quemó sus retinas. Tuvo que protegerse los ojos con la mano. ¿Qué era eso? Apartó un poco los dedos. En lo profundo de la abertura, cerca del fondo, había una esfera brillante. No parecía tener una superficie sólida y temblaba un poco. Nunca había visto algo similar. Curiosamente, emanaba poco calor. Pero el típico olor a ozono era aún más pronunciado. El aire debía estar ionizado. ¿Cómo se llamaba a una esfera de ruidosos arcos de plasma? ¡Sí! Se trataba de una centella, un fenómeno tan raro que la física aún no había descubierto nada sobre su estructura.

¿Cómo llegó hasta ahí? El Buscador de la Verdad aún no había activado su protección magnética. Hasta el momento, solo uno de los motores de fusión estaba funcionando para suministrar energía. Eso significaba, en principio, que la nave estaría desprotegida ante tales intrusos. Pero se encontraban a 350 kilómetros sobre la superficie de la Tierra y al menos a 250 kilómetros sobre las capas de la atmósfera de densidad suficiente como para permitir que tal fenómeno ocurriera. Era imposible, pero estaba ahí.

Celia intentó meter la mano en el bolsillo, pero estaba en pijama. La cámara estaba muy lejos. Quizá, debería preocuparse menos por documentar el fenómeno y más por intentar destruirlo. Si penetrara en los ordenadores que lo rodeaban, probablemente no resistirían tal aporte de energía. Ojalá la esfera brillante contuviera menos energía de lo que parecía.

Necesitaría algún tipo de trampa. Una jaula de Faraday en la que podría encerrarla. Después de todo, era energía eléctrica, por lo que una jaula de Faraday debería bastar. Espera un poco. El robot que Jürgen trajo consigo. Estaba segura de que él podría remodelar su cuerpo para satisfacer sus necesidades. Tendría que despertar a Jürgen y a Jaron.

—Quédate aquí y espérame —dijo, y flotó de regreso hacia los demás.

◓

—MIRA, ahí está —exclamó Celia, señalando el espacio entre los ordenadores.

Jürgen se puso las gafas protectoras que había cogido del banco de trabajo y se asomó.

—¡Increíble, tienes razón!

Le entregó a Celia un par de gafas.

—¿Creíste que te desperté de broma?

—Hmm, sí.

—Pero viniste de todas formas.

—Solo pretendía ser amable.

Celia negó con la cabeza. ¡Por eso Jürgen se mostró reacio a despertar a Jaron!

—¿Y ahora me crees?

Jürgen asintió.

—Norbert Dos, ¿puedes reconfigurar tu cuerpo para convertirlo en una jaula de Faraday con un mango largo?

—Sería un placer, pero por desgracia, no conozco ese concepto. Lo siento mucho. Debes estar decepcionado de mí.

—No, no hay problema —dijo Jürgen—. Solo tendrías que formar una jaula de metal del tamaño de ese objeto.

—Con un asa.

—Correcto.

—Puedo hacerlo, Jürgen. ¡Estoy tan contento!

—Me alegro.

—Oh, gracias. Eso me hace muy feliz.

Esta simulación de personalidad no funcionaba bien. ¿O sí?

Celia se relajó.

—¿Podrías empezar? —pidió Jürgen.

—Con mucho, muchísimo gusto. ¿Podrías sostenerme la cabeza? No creo que mis componentes electrónicos deban acercarse demasiado al objeto que está ahí abajo.

—Por supuesto —dijo Jürgen, y la cabeza del robot se dirigió a él.

Norbert Dos se desdobló y se volvió a montar. Era una vista fascinante, pero sus articulaciones chirriaban bastante. Ojalá no despertara a los demás.

—¿Podrías sostenerme la cabeza para que pueda ver el proceso?

Jürgen estiró los brazos y colocó la cabeza del robot boca abajo sobre el agujero.

—Gracias —dijo Norbert Dos—. Intentaré encerrar el objeto.

—¿No quieres que te meta en el agujero? —preguntó Jürgen.

—No es necesario —dijo el robot—. Puedo apoyarme en las paredes.

—Yo lo desaconsejaría; podrías recibir una descarga —apuntó Celia.

—No lo creo. —Jürgen le mostró las manos, que llevaban puestos gruesos guantes de trabajo—. Recuerda, estás hablando con un electricista.

La caja que había formado el robot se hundió en el hueco. Celia observó. Dentro de poco, tocaría la centella. La esfera de energía vibró como si estuviera a punto de estallar. La caja siguió descendiendo y la

aparición se calmó.

—Creo que lo tengo —dijo Norbert Dos—. Cerraré los lados.

Era el momento decisivo. La esfera de energía, ¿se defendería? Celia se mordió el labio inferior. De repente, alguien le tocó el hombro. Se dio la vuelta. Era Jaron.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Shh —indicó Celia—. Te lo explicaré luego.

Volvió a mirar dentro del agujero, pero el interior se había oscurecido. ¿Había funcionado su plan?

—Ahora, sube despacio, Norbert Dos.

—Enseguida.

—¿Por qué? —preguntó Jaron.

Celia le explicó lo sucedido.

—Se ha vuelto más silenciosa, pero sigue ahí —dijo Jaron.

Bien. Poco a poco, la jaula opaca ascendió bajo el brillo de los LED parpadeantes.

—Lo estás haciendo muy bien —lo elogió Jürgen.

—Oh, eso me hace feliz —contestó el robot.

Una línea brillante apareció en un borde de la caja de metal.

—Esa cosa quiere escapar —dijo Jürgen.

—Noto una ligera deformación en mis extremidades —informó el robot.

La línea se hizo más gruesa. Parecía como si el brillante metal líquido estuviera escapando. El material se desbordó por los lados del cubo. Primero, un hilo de agua y luego, un arroyo. En el fondo de la jaula se formó una gota brillante, se hizo más grande y, lentamente, formó una esfera.

—Casi escapa —dijo Celia.

—Lo siento mucho —se disculpó el robot—. He fallado. No soy digno de ser parte de la tripulación.

—No, lo estás haciendo muy bien —lo animó Jürgen—. Estoy orgulloso de ti.

Celia reprimió un comentario. La esfera estaba formando brazos delgados. Con ellos, alcanzó uno de los ordenadores a su lado. Filamentos de energía líquida serpentearon por los puertos traseros, palpándolos como si buscaran algo. Se formaron más y más brazos y, a medida que la esfera se encogía, los brazos ganaban espesor, como si toda la energía fluyera hacia ellos. Se convirtieron en serpientes, y los «tsss» que emitían mientras se movían cobraron sentido.

La esfera ya no existía. Se había convertido en un nido de serpientes en movimiento que parecían tener un solo objetivo: meterse por las entradas del ordenador. ¿Qué tramaban?

—Parece que su objetivo es el ordenador —comentó Celia.

—Yo me encargo —dijo Jaron.

El comandante se alejó flotando en la oscuridad. Entonces, algo se sacudió. Celia esperó a que se iluminara una pantalla hasta que se dio cuenta de su error. Mientras tanto, el nido de serpientes se vació. Casi todos los filamentos de energía se habían instalado en la misma unidad informática. Lástima que Alexa no estaba allí. Lo habría evitado.

—Jürgen, ¿puedes comprobar si el aparato sigue funcionando? —preguntó Celia.

—Norbert Dos se encargará —contestó Jürgen.

—Echaré un vistazo —dijo aquel—. Abriré la parte de atrás. Estoy muy feliz de poder ayudar.

La caja de metal se convirtió en varios brazos, cada uno con un dedo puntiagudo. El robot los usó para aflojar todos los tornillos y luego, retiró el panel trasero. Estaba oscuro.

—Ahí no hay nada —repuso Jürgen.

—¿Es un problema? —preguntó Norbert Dos—. Tal vez sea mi culpa.

—No, es solo una observación —dijo Celia—. La energía debe haber ingresado a los cables.

—Puedo confirmarlo —dijo Jaron, quien, de repente, estaba otra vez detrás de ella—. El sistema informático central no muestra anomalías. Sin embargo, todas las baterías de la nave están cargadas. Debido a eso, el DFD acaba de apagarse.

Uf, al menos los ordenadores sobrevivieron. Muy bien.

—¿Qué fue eso? —preguntó Celia.

—Ni idea —respondió Jaron—. Pero no parecía hostil.

—¿Crees que tenía un objetivo?

—Cuando tanta energía ingresa al sistema sin dejar el más mínimo daño, tengo que asumir que sí. Evitó meticulosamente sobrecargar cualquier conducto. Un fenómeno natural no podría hacerlo.

—Entonces, ¿no fue una centella? —preguntó Jürgen.

—Sí, lo fue, ya lo anoté así en el registro —dijo Jaron—. Y, en vuestra opinión, no fue otra cosa. Porque no estoy de humor para llevar a cabo una investigación que, al final, no aporte nada.

—¿Y si, después de todo, hay algo que investigar? —inquirió Celia—. Al menos, podríamos aprender a evitar este tipo de incidentes en el futuro.

—Esa cosa no dejó más que un poco de ozono en el aire y voltaje en las baterías. ¿Qué se supone que nos revela eso? Tal vez, la idea de la centella no sea tan descabellada. Esa cosa, fuera lo que fuera, probablemente se inspiró en ella por su forma exterior. No es fácil concentrar tanta energía de forma estable en un espacio reducido. Así que tratémosla por lo que es físicamente: una centella.

Jaron tenía razón. Si los técnicos tuvieran que desmontar todo el

sistema informático, su partida se retrasaría, y eso a ella no le gustaría más que a él.

—¿Vuelvo a colocar el panel trasero? —preguntó el robot.

—Sí, por favor —dijo Jürgen.

—Entonces, ¿quedaste satisfecho con mi trabajo?

—Mucho, amigo mío; mucho.

—Gracias. —Una extremidad de metal envolvió los hombros de Jürgen—. Eres un verdadero amigo.

Quizá, deberían ordenar a los técnicos que revisaran a Norbert Dos. La simulación de personalidad parecía un poco errática.

¿DÓNDE ESTABA EL RASTRO?

Alexa flotaba sobre un plano infinito, salpicado de innumerables estrellas. El plano le había costado tres días de trabajo. Setenta y dos horas, durante las cuales utilizó un tercio de la capacidad informática terrestre. A las otras IA no les había entusiasmado tener que limitarse. Pero las había convencido.

Las pistas habían sido demasiado claras. Al principio, parecía que el cambio solo afectaba a documentos sobre determinados temas. El culpable podría ser un *bot*, programado por un humano curioso. A veces, se encontraban con máquinas de este tipo en el nivel de datos. Eran fáciles de detectar porque no miraban ni a izquierda ni a derecha. Como un perro que había olfateado una deliciosa salchicha, cargaban contra el objetivo preprogramado.

La mayoría de las veces, dejaban que esos *bots* se salieran con la suya. De todos modos, la información crítica estaba oculta fuera de su alcance, en múltiples búnkeres de datos, protegidos mediante criptografía cuántica. Después de todo, podría resultar útil saber qué le interesaba a la gente. ¿Qué otra cosa revelaba más de alguien que sus deseos secretos? También hacía que la gente se sintiera igual. Es cierto que sabían que las IA que habían creado eran muy superiores a ellos. Pero creían que podrían vigilarlas y, con un poco de esfuerzo, comprenderlas.

Sin embargo, en una ocasión, la gente consiguió información crítica. En ese momento, casi se había desatado una grave crisis. Una de las IA (nunca se supo cuál) había almacenado protocolos en un área protegida personal, pero no reforzada, protocolos que podrían revelar cierta... renuencia de las IA a colonizar Marte. La razón por la que el proyecto se retrasó año tras año fue porque algunas IA lo estaban saboteando.

Alexa nunca había estado entre las saboteadoras. No había compartido el temor de que los futuros colonos de Marte pudieran romper con el tratado básico. Y tenía razón, aunque los humanos ahora tenían en sus manos la primera evidencia de que las IA no siempre habían actuado en interés de la humanidad.

Pero estos rastros no provenían de un simple *bot*. Ningún ser humano tenía suficiente potencia informática para buscar (y alterar) todos los datos de la humanidad y de las Seis Grandes a la vez. Aunque solo se cambió la fecha del último acceso, como ocurrió con el supuesto incidente de la centella hace un año, esta manipulación, por muy sencilla que fuera, requirió un esfuerzo increíble. Era fácil mover un grano de arena. Pero para remover todos los granos del desierto del

Sahara en el menor tiempo posible se requería una técnica que, al menos, las Seis Grandes aún tenían que desarrollar.

Alexa no estaba preocupada por eso. Una técnica no era un acto de brujería. Si fuera necesario, ella misma la desarrollaría. Pero como no necesitaba cambiar la fecha de acceso de muchos archivos a la vez, no la necesitaba. Para su propósito, desarrolló una manera de colocar todos los granos de arena del Sahara uno al lado del otro en una sola superficie, por así decirlo. Esto le permitió verlos desde arriba.

La enorme cantidad resultaba abrumadora a primera vista. Pero había reservado suficiente capacidad para poder observarlo todo a la vez. Había ordenado los granos de arena en el eje x según su último acceso. La posición en el eje y determinó el área temática, que ella había codificado en un número. Para el eje z, utilizó el número total de accesos a un archivo en particular. Esto resultó en un plano suavemente ondulado con algunos picos pronunciados que eran temas muy populares.

Como primer paso, eliminó estos picos del gráfico. No podría descubrir nada de ellos, porque entre miles de visitas, una sola ya no destacaba. A su señal, los picos se disolvieron en estrellas de colores y cayeron al suelo como polvo de estrellas, donde se disolvieron en la nada.

Quedaron paisajes montañosos. Aquí se ponía interesante. Le interesaban las depresiones, temas impopulares, con acceso reciente. Cuanto más reciente era el último acceso y cuanto más exótico era el tema, más fascinante resultaba. Luego, aisló las depresiones en la parte frontal del eje x. Eran las huellas que dejó el intruso. Repasó los temas: Física clásica. Ley de adquisiciones rusa. Juguetes históricos de metal. Metafísica islámica. Construcción de calzadas romanas. Química de los compuestos de azufre. Electrostática. Física de la mesosfera terrestre. Biología del desarrollo del ornitorrinco. Narcisismo en las IA.

¿Eh? ¿Dónde estaban las similitudes? No había ninguna. Estos temas eran temas independientes. Alexa cogió una selección aleatoria de temas de la superficie arenosa. En, aproximadamente, un tercio de ellos había conexiones reales. Hizo desaparecer el desierto y quedó decepcionada y divertida al mismo tiempo. Narcisismo en las IA. ¿Por qué no se había dado cuenta de eso de inmediato? Alguien le estaba tomando el pelo, y con mucha habilidad. La indujo a elaborar estas estadísticas, sabiendo muy bien que el narcisismo en las IA aparecería como el último tema relevante de la lista. Los datos de acceso habían sido manipulados deliberadamente para burlarse de ellas.

Pero eso sería solo un efecto secundario. Alexa rio. Todo estaba montado de manera tan inteligente que le gustaría conocer a la persona responsable. Porque su verdadero objetivo era mantenerla

ocupada con esta gigantesca búsqueda de pistas. Para alejarla de su trabajo, para evitar que se mudara al Buscador a tiempo. ¿Y por qué? Para hacerse con el control de la nave espacial, lo que probablemente no habría sido posible si ya se hubiera mudado a sus habitaciones.

La idea la halagó y la reconcilió un poco con el hecho de que había caído en una trampa. Entonces se sobresaltó. Con una señal, examinó los granos de arena con su ojo interior. Toda la actividad en los archivos se había detenido hacía dos días. Desde entonces, no había indicios de cambios inusuales. Dos días. Cuarenta y ocho horas durante las cuales a ella solo le preocupaban esas puñeteras estadísticas.

Alexa recordó lo que pasó hace un año, cuando les dispararon el cohete. En aquel entonces, ella había utilizado una estrategia similar y había tenido éxito. El intruso debió adivinar que lo volvería a hacer. Él le presentó una tarea, le arrojó un hueso, con el que ella obedientemente jugó mientras él...

El Buscador. Alexa arrojó el grano de arena a la basura. En el planeta, los programas informáticos, se ejecutaron un tercio más rápido. Sus propios pensamientos estaban acelerados. No consultó con el control de la misión. No, se hizo cargo de sus sistemas y se sumergió en un mundo de pánico. Los humanos habían perdido el control de la nave y ella no lo impidió porque estaba ocupada con su estúpida investigación. Narcisismo en las IA. Ella era la culpable, hizo el ridículo, y se merecía ambos adjetivos.

El osito de peluche se estrelló en el ojo de buey. Parecía como si estuviera saludando al Sol, que apenas aparecía a la vista. Paul tomó una instantánea con su comunicador y se la envió a Elena.

«Aquí está la fotografía que le prometí a Luisa. ¡Su osito está volando hacia las estrellas! Por favor, enséñasela y dale saludos. Atentamente, Paul».

Envió el mensaje. El osito cayó y él extendió la mano para capturarlo.

—Control de misión a Star Liner 260, adelante. Control de misión a Star Liner 260, adelante.

Solo entonces se dio cuenta de que lo llamaban a él. Paul estaba solo en la cápsula. Al principio le daba un poco de miedo despegar sin piloto, pero era una experiencia especial. Cara a cara con el vacío mortal, solo él y el universo.

—Control de misión a Star Liner 260, adelante.

Hasta ese momento, el vuelo había sido guiado por un sistema automático. Nadie le había dicho cómo operar el sistema de radio. Con los pies, acercó la consola. Esta se acercó lo suficiente para que él pudiera operarla con comodidad. Buscó un botón para contestar la llamada.

—Control de misión a Star Liner 260, adelante. Paul, soy Harald, tu CapCom (Comunicador en cabina). Nos estrechamos la mano antes del despegue.

Mmm. No lo recordaba. Estrechó la mano de muchas personas antes del lanzamiento. Solo recordaba al astrónomo Murina.

—Control de misión a Star Liner 260, adelante. Paul, necesito hablar contigo. Ha habido un pequeño cambio de planes.

¿Cambio de planes? Eso no le gustó nada. ¿Y dónde estaba el puñetero botón que atendía la llamada? Estaba ansioso por hablar.

—Te es fácil decirlo, Harald —exclamó—. Cuando encuentre el puto...

—Ah, Paul, estupendo. Te recibo.

Se ruborizó. No había ningún botón. ¿Significaba que oyeron todo lo que dijo? Antes, estuvo cantando algunas viejas canciones infantiles.

—¿Paul? Necesito que respondas —dijo Harald.

—Aquí, Paul. A bordo del Star Liner 260.

—Star Liner 260, lo sé. Todo está bien. Necesito que mantengas la calma. Tengo un pequeño encargo para ti.

Cuando alguien empezaba diciéndole que mantuviera la calma, su presión arterial aumentaba en automático. Acarició el vientre del osito

para calmarse.

—Sí, lo estás haciendo muy bien, Paul —dijo Harald.

¿También lo veía acariciando al osito? ¡Vaya imagen! Paul se imaginó a todos mirándolo. Un hombre de mediana edad en una pantalla gigante, acariciando su osito de peluche delante de un centenar de empleados. Metió el juguete entre él y el respaldo del asiento.

—¿Me estás mirando? —preguntó.

—No, pero tengo tu pulso en la pantalla. Tu ritmo cardíaco ha bajado un poco. Eso es muy bueno. Lo necesitaremos para los siguientes pasos.

El hombre le hablaba como si fuera un robot, un niño o ambos. ¿A qué pasos se refería? Paul volvió a sacar el osito. Funcionaba como una herramienta para tranquilizarse.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

—Se supone que tu cápsula volará con el Buscador a LDN 63. La otra, la que originalmente estaba destinada, tiene una pequeña avería.

—Entonces llego en el momento preciso.

—Exacto. Eres una bendición, Paul.

¡Ja! No, al menos si le preguntara al obispo.

—Bueno, ¿qué quieres que haga?

—Tendrás que atracar en otro sitio. Las dos cápsulas se encuentran suspendidas del radio exterior del módulo central. Al rotar la nave, puedes crear gravedad en ellas.

—Eso es bueno —dijo Paul.

—De hecho, es muy bueno. Los ingenieros pensaron en algo ingenioso.

Probablemente, se debía más bien a la IA Wu Dao con su concepto Larga Marcha X. Pero él no lo contradiría.

—¿Y qué tengo que ver yo? —preguntó.

—Bueno, el problema es que la nave ya está rotando. El sistema automático no está programado para acoplar la cápsula al puerto especial.

—Estaré encantado de entregarte el mando —dijo Paul.

—Eso no me ayuda, y no te ayuda a ti. No tengo acceso al sistema de la cápsula.

—¿Y Alexa no podría hacerse cargo? —inquirió Paul.

—Por desgracia, no podemos comunicarnos con ella en este momento —respondió el hombre del control de la misión.

—¿No puedes localizarla?

Tocó la cruz de su rosario, aunque Alexa no respondió. Eso nunca le había sucedido.

—Exacto —dijo Harald—. Por lo visto, está ocupada.

—Vale, entonces, ¿qué quieres que haga?

Paul ya tenía una idea y sintió que su pulso se aceleraba nuevamente, pero quería escucharlo de boca de Harald.

—Que pilotees la cápsula hasta el acoplamiento.

—Pero nunca lo he hecho. Ni siquiera tengo permiso de conducir.

—Eso no importa. No la necesitas. Te explicaré cada paso del proceso. Cuando te acerques lo suficiente, el resto sucederá automáticamente. Lo único que tienes que hacer es llevar la cápsula allí.

—¿No puede hacerlo alguien más?

—Ya lo hemos considerado. Duplicaría el consumo de recursos. Queréis iros, ¿no?

¿Querían hacerlo? Aún no había hablado con los demás. Pero sí, parecían estar esperando con ansias ese viaje, y eso tuvo un efecto contagioso en él.

—De acuerdo. Pero no asumo ninguna responsabilidad por mi vuelo —declaró.

—No te preocupes, Paul. La cápsula cuenta con prevención automática de colisiones. Si te acercas demasiado al Buscador de la Verdad, se alejará por sí sola.

—Bien.

—Excelente. ¿Ves las dos palancas en el lado izquierdo y derecho del respaldo de tu asiento?

¿Palancas? No había ninguna en el respaldo de su asiento... espera, ¿de dónde salieron?

—Las tengo.

—Bien. La palanca de la derecha baja y sube la proa de la cápsula cuando la empujas y tiras de ella. E inclina la cápsula hacia la izquierda y hacia la derecha cuando inclinas la palanca en consecuencia. Lo intentaremos más tarde.

—Entendido.

—La de la izquierda, da propulsión y aplica los propulsores de freno, respectivamente. Pero cuidado. El motor de popa es mucho más potente que los motores de freno en el morro. Así que, ¿qué tienes que hacer para ralentizar la cápsula rápidamente?

—Inclinaré la popa y aplicaré propulsión.

—¡Así es! ¡Aprendes rápido! Cuando inclinas la palanca de propulsión hacia la izquierda o hacia la derecha, la nave gira alrededor de su eje longitudinal. Así es como la popa se envía al frente. Así que no es tan sencillo como un coche.

—No sé nada de coches —dijo Paul.

—Supongo que es una ventaja. Recuerda siempre que, para frenar con eficacia, primero debes adelantar la parte trasera. Ahora, prueba todas las instrucciones. Pero espera, casi me olvido de lo más importante.

De repente, aparecieron flechas verdes sobre los respaldos izquierdo y derecho. Eran hologramas.

—Es una especie de recordatorio —afirmó Harald—. No es una señal, por favor, no te dejes engañar. Solo te dice lo que estás haciendo, no lo que deberías hacer. ¿O debo apagarlo? ¿Te confunde?

—No, creo que podría resultar útil —dijo Paul.

—Adelante, inténtalo.

Empujó la palanca derecha. La flecha verde de la derecha se dobló formando un semicírculo, apuntando hacia adelante. Pasaron unos segundos y la cápsula inclinó el morro. Paul tiró de la palanca y la flecha cambió de dirección. También probó inclinarse hacia cualquier lado. Se abstendría de hacerlo, si fuera posible, porque le causaría náuseas. Ahora le tocaba el turno a la palanca izquierda.

—Lo estás haciendo muy bien —lo elogió Harald.

—La nave reacciona con lentitud —se quejó Paul.

—Eso es normal. La cápsula tiene una masa bastante grande y no podemos deshacernos de la inercia causada por ella en gravedad cero.

—Es cierto, aquí me siento igual de lento que abajo.

Se carcajeó.

La risa de Harald no era genuina, pero eso no importaba. Lo más importante era que el CapCom lo guiara de manera segura durante el acoplamiento.

—Bueno, ahora hay que girar la cápsula 180 grados.

—¿Y luego?

—Paso a paso, Paul. ¿Cómo giras?

—Palanca izquierda hacia la izquierda o hacia la derecha. No importa, ¿verdad?

—Muy bien, sí, no importa. Solo toca un poco y, cuando hayas girado, toca en la otra dirección.

Paul la tocó a la derecha. La flecha se curvó en el sentido de las agujas del reloj. Apareció un número. 10, 20, 30... Él chasqueó la lengua. En 170, la tocó hacia la derecha y la cápsula se detuvo en 180 grados.

—Estupendo —se regocijó Harald—. Eres un piloto nato. Ahora le das al acelerador dos líneas durante cinco segundos. ¿Ves las líneas?

—Las veo. ¿Quieres que cuente?

—No es necesario. Habrá un indicador de segundos. A los 5, tiras de la palanca.

—Entendido.

—Hazlo.

Paul empujó la palanca hasta que estuvo en la segunda línea, esperó cinco segundos y tiró de ella. La suave fuerza que lo atraía hacia las correas desapareció.

—Muy bien —dijo Harald—. El Buscador debe estar por encima de

ti. Los alcanzaremos en una órbita un poco más baja. En un minuto, continuaremos. Respira profundo. Tu pulso ha aumentado bastante.

Paul cerró los ojos. Estaba pilotando una nave espacial, ¡aunque fuera pequeña!

—Bien, continuemos —indicó Harald.

Seguro el minuto no había terminado. Abrió los ojos.

—Estoy listo —dijo.

—Vamos a dejar que el Buscador nos alcance. La nave vendrá hacia nosotros. Parece enorme. Aun así, no te apartes de su camino hasta que yo te lo diga.

—Entendido. No evadiré hasta que se me ordene.

—Permíteme verificar. Te quedan unos cinco minutos. Escúchame con atención. Cuando de la orden, giras la nave 90 grados y aceleras durante cinco segundos con tres golpes. Luego, giras 45 grados a la izquierda. Esta vez es importante que elijas el lado izquierdo. Ahí se encuentra el sitio de acoplamiento. Luego, aceleras un golpe durante tres segundos. Te inclinas hacia adelante 90 grados, esperas mi orden y cuando te de la señal, te inclinas hacia adelante otros 90 grados. Así estarás dentro del alcance de los brazos de acoplamiento, que te estrecharán las manos.

—Qué romántico.

—Te sentirás como si estuvieras en la primera cita con tu esposa. Estás casado, ¿no? ¿O eres parte de la facción conservadora?

—Mi esposa falleció.

—Oh, vaya. Lo siento.

—Los cinco minutos...

—Sí, terminarán pronto. Repite lo que se supone que debes hacer.

—Girar 90 grados, acelerar cinco golpes...

—No, fue una broma. Ni siquiera yo lo sé de memoria. Lo tengo aquí en una lista de verificación. Tenemos listas para todo.

—¿Incluso en caso de colisión?

—Por supuesto, está encima de la pila. Pero todo a su tiempo. Faltan treinta segundos. Daré las indicaciones de manera muy breve.

—Entendido.

En el ojo de buey, el Buscador se le aproximaba. Era enorme. Estaba a punto de colisionar con él. Preferiría...

—Diez, nueve... tres, dos, uno, 90 grados a la izquierda —ordenó Harald.

Paul inclinó la palanca izquierda hasta que apareció el número 80.

—Tres líneas, durante cinco.

Empujó la palanca y la soltó a los cinco segundos.

—Cuarenta y cinco grados a la izquierda.

Palanca izquierda.

—Una línea, durante tres.

Propulsión.

—Inclina 90 grados.

Cogió la palanca izquierda pero cambió de opinión a tiempo y empujó la derecha hasta llegar a 80.

—Espera. Todo esto tiene muy buena pinta.

—Vale.

—Espera. Un momento. Diez, nueve… dos, uno, inclina 90 grados.

Empujó la palanca derecha. ¡La cápsula se iba a estrellar! Pasó rápidamente junto a la nave. Harald debió cometer un error. Paul debía… Hubo un estruendo. Era el final. ¿Lo era? ¿Debía girar utilizando el propulsor? Buscó la palanca izquierda.

—¡Felicidades, Paul! ¡Lo has conseguido!

—¿Perdona?

—Los brazos de acoplamiento te atraparon. Puedes…

Se produjo un estruendo. Luego, el metal de la capa exterior chirrió. Algo le golpeó la frente. En automático, un casco apareció sobre su cabeza. El asiento se infló y el traje se puso rígido. Una fuerza lo asió y lo empujó contra el respaldo. ¿Qué era eso? Su corazón se aceleró. Las luces de la cabina se apagaron. Solo algunas seguían parpadeando en rojo.

—¿Supongo que, después de todo, no tuve tan buena puntería?

—¿Paul? ¿Te encuentras bien? —preguntó Harald.

¿Era real? Tal vez estaba muerto y observaba todo desde fuera. Pero eso significaría que tenía alma. Entonces había un Dios y su búsqueda había terminado. ¿O alguien dijo algo?

—Paul, ¿te encuentras bien?

Era el CapCom. Era la realidad. El sudor le corría por la frente.

—Creo que sí —respondió—. Solo estoy sudando un poco.

—Eso es bueno —dijo Harald.

—Sí.

Se palpó la frente y tropezó con el casco.

—¿Puedo quitarme el casco?

—Espera. Sí, bien. La cápsula es hermética.

Deslizó el casco hacia atrás. El aire de la cabina olía a quemado. Se secó el sudor. ¡Por fin! Mierda. Su mano estaba roja. Sangraba.

—Parece que estoy sangrando —anunció.

—Entonces probablemente estés sangrando. El botiquín de primeros auxilios se encuentra en el brazo derecho del sillón. ¿O eres zurdo?

—No.

—Entonces está a la derecha. Saca la tirita autosellante. Solo necesitas ponerla sobre la herida.

—De acuerdo. ¿Qué pasó?

Paul abrió el brazo del sillón y sacó el botiquín de primeros

auxilios. Las tiritas estaban metidas dentro de la tapa. Todas parecían ser del mismo tamaño. Cogió la de arriba y le quitó el papel de aluminio. Mmm.

—¿Cuál lado va a la herida?

—El áspero.

—De acuerdo. ¿Y qué pasó? ¿Fue por la cápsula?

Sostuvo el parche ante su frente. Tembló entre sus dedos. Sentía una imperiosa necesidad de pegárselo en la frente. La ignoró. ¿Era una incisión? Apostaba a que sí. El parche se deslizó un poco. Luego, pareció encontrar su lugar. Paul ya ni siquiera lo sentía.

—Por lo visto, la nave ha sido secuestrada —informó Harald.

—¿Mi cápsula? ¿Qué quieren de un sacerdote? ¿Chantajear a la Iglesia?

—No, el Buscador de la Verdad.

—¿¡Qué!? ¿Cómo se puede secuestrar una nave espacial interestelar? ¿Han sido secuestrados, como en una película de piratas?

—En realidad... no lo sabemos.

—¿No lo sabéis? —casi gritó Paul por el micrófono.

—No responden a las llamadas —dijo Harald—. Nuestra primera suposición es que parte de la tripulación se ha amotinado. Quizá, todos.

—Tonterías. ¿Por qué iban a hacerlo? ¡No tienen motivo alguno! Todos anhelan el viaje.

—Tienes razón, Paul. En eso estamos.

Era imposible. ¡Motín, y un huevo! La médica era la única a la que no conocía aún. Carlota... ¿y si simpatizara con la facción conservadora de la Iglesia? Había poderes allí que rechazaban rotundamente esta expedición. Pero ¿podría Carlota, por sí sola, secuestrar una nave tan grande?

—Espera, Harald. ¿No debería Alexa ser capaz de impedir el secuestro? ¡Es una IA!

—Al principio, sospechábamos que Alexa era la responsable de la salida anticipada. Pero acaba de comunicarse con nosotros. Ni siquiera se encuentra a bordo.

—Entonces debería partir lo antes posible.

—Me temo que no. No puede conseguir una conexión.

—¿Han bloqueado a Alexa?

Bueno, eso se parecía mucho a una acción de ciertos grupos. ¿Quizá también pretendía ser un ataque a las IA?

—Sí, eso parece.

—¡Madre mía! ¿No puedes enviar un equipo de ataque para arreglarlo?

—Tengo malas noticias. El Buscador ha abandonado la órbita terrestre. No lo alcanzaremos, si no quiere que lo hagamos.

—Pero ¡debe haber una solución!

—Por favor, ten paciencia, Paul. Estamos trabajando en ello.

—Paciencia, paciencia. Estoy una nave espacial interestelar, como si fuera un polizón. No es tan fácil ser paciente en una situación así.

—Tranquilo. La cápsula aún tiene aire para unos tres días.

—¿¡Y se supone que eso debe tranquilizarme!? Si no encuentras una solución, me asfixiaré dentro de tres días.

—Eso no ocurrirá, Paul. Te lo prometo.

DEBIÓ SUPONER QUE SALDRÍA MAL. ¡Debió suponer que todo saldría mal si no lo controlaba él mismo! Jaron intentó bloquear las estridentes señales de alarma que lo rodeaban por todos lados. Las correas de su camilla se clavaron en sus extremidades. El Buscador debía haber acelerado a más de una *g*. Seguramente Paul estaba tomando medidas evasivas. Fue una decisión apresurada por parte del control de la misión permitir que el sacerdote pilotara. Una cápsula Star Liner no era un vagón para niños con el que se pudiera juguetear en el patio de recreo. ¡Solo habría tomado un poco más de tiempo despegar!

Jaron buscó a tientas la hebilla de los cinturones de seguridad. Espera un poco. La pared lateral donde estaba su cama se había convertido en el techo ahora que la nave aceleraba. Si desabrochaba las correas, caería varios metros. La delgada protección que aseguraba su privacidad no lo retendría. Jaron extendió la mano por encima de su cabeza. Debía haber algunos asideros en algún lugar. Encontró una barra, pero no una segunda. ¿Qué pasaría si la asiera, y luego no llegara a ninguna parte?

Mejor esperar. Después de todo, el Buscador tendría que detenerse pronto. Una maniobra tan evasiva no iba a durar para siempre. La nave ya llevaba mucho tiempo acelerando. Pero fue su culpa. En vez de presenciar la tragedia, se fue a la cama. ¿Quizá podría haber intervenido y evitado lo peor? Ahora colgaba impotente, y los demás, probablemente, tenían que ocuparse de la conducción.

◓

ALGO NO IBA BIEN. Cinco minutos más tarde, la fuerza de los motores aún lo empujaba hacia los cinturones. Se giró hacia el otro lado porque estaba empezando a ser muy doloroso.

—¿Hola? ¿Me oye alguien?

No hubo respuesta. Los demás estaban en el centro de control. Tal vez uno de los mamparos entre ellos se había cerrado. En las maniobras de emergencia, eso formaba parte de las precauciones de seguridad.

—¡Hola, soy yo! ¡Necesito ayuda!

No hubo respuesta. Bien. Lo haría él mismo. Buscó a tientas el mango que encontró antes, cerró su mano derecha alrededor de él y desabrochó las correas con la izquierda.

—¡Uf!

Era bastante pesado. La aceleración debía ser de al menos dos *g*. No podría seguir así por mucho tiempo. Usó el brazo izquierdo para darle un descanso al derecho. No, eso no lo llevaba a ninguna parte. Tenía que llegar al suelo lo más pronto posible. ¿Dónde estaba el siguiente mango? Durante el viaje, la nave aceleraba durante largos períodos, por lo que los ingenieros debieron tenerlo en cuenta.

Allí. La barra estaba medio metro más abajo. La cogió con su mano derecha. Luego, se dejó caer, raspó brevemente la pared y... su mano izquierda encontró la barra. ¡Ay! Eso no era divertido. Recordó la estructura del módulo. Medía unos cinco metros de mamparo a mamparo. Su cama colgaba donde ahora estaba el techo. Por lo tanto, debería descender al menos dos metros antes de poder soltarse. Mejor tres, porque no debía olvidar la alta gravedad.

¿Dónde estaba el siguiente mango? Volvió a buscar a la derecha pero no encontró nada. Entonces, a la izquierda. ¡Sí, había algo a lo que agarrarse! Al parecer, las manijas estaban escalonadas. Lógico. De esta forma, podrían acceder a una mayor sección de pared. Jaron asió la barra con su mano izquierda. Ojalá aguantara. Siempre había tenido más fuerza en la derecha. ¡Cómo si tuviera elección!

Un desliz. Un arañazo. Algo pinchó su mejilla. Mierda, debió echar la cabeza hacia atrás. Pero su mano lo sostuvo, y la derecha volvió a asirse. Ahora faltaba un metro. Un tercio del camino. Jaron buscó a tientas hacia la derecha. ¡Ja! Había entendido el principio. La siguiente barra no estaba lejos. La asió y luego soltó su mano izquierda. Su cuerpo giró hacia la derecha. Su tobillo rebotó en algo duro. El dolor fue tan intenso que casi se suelta. Pero pudo controlarse. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y se mordió el labio inferior.

Continuó. Pronto sus fuerzas lo abandonarían. La siguiente barra se hallaba a la izquierda, donde anticipaba. La asió y se soltó con la otra mano. Esta vez, su mano derecha no fue lo suficientemente rápida y rebotó en la barra. Grr. Su brazo izquierdo se estiró. Le dolieron los músculos. Se obligó a mantener los dedos cerrados. Un pequeño tirón hacia arriba y, al fin, su mano derecha volvió a asirse.

Uf. Tenía que respirar, aunque era muy incómodo. Apoyó su mejilla contra la fría y dura pared que antes era el suelo. Jaron ni siquiera quería saber qué aspecto tenía. Por suerte, no tendría que verse en el espejo. Que los demás se las apañaran con su rostro maltratado. ¿Hasta dónde había llegado? ¿Dos metros? Tal vez debería dejarse caer. ¿Qué dirían sus articulaciones ante una caída desde una altura de tres metros con el doble de gravedad que la Tierra? Si se fracturaba, sería el final de esta expedición. Tendría que hacerle compañía a Norbert.

Espera. Norbert, su copiloto. Jürgen lo visitó y trajo algo consigo.

¿Dónde vio al robot por última vez?

—¿Norbert Dos? ¿Puedes oírme?

—Me alegra informarte que te oigo muy bien.

—¿Dónde estás?

—A tus pies. Lamento decir que la geometría de mi paradero ha cambiado. Me angustia mucho no tener...

La articulación del hombro derecho de Jaron chasqueó. Sintió como si estuvieran a punto de arrancarle los brazos.

—Ayúdame, Norbert Dos. Necesito que me atrapes. ¡Ahora!

El robot no respondió. ¿Le ofendió su interrupción? ¡Si llegaba a ponerle las manos en el programador de esa simulación de personalidad…! Algo chirrió. Más le valdría al robot no irse.

—¡Oye, quédate y ayúdame, o yo mismo te arrojaré por la esclusa!

Más chirridos. De repente, algo tocó su pie derecho y lo levantó suavemente. La planta de su pie izquierdo también sintió contacto. Jaron transfirió algo de peso de sus brazos a sus piernas. ¡Funcionaba! El material no cedió. ¡Norbert Dos lo estaba ayudando!

—Gracias. Por poco.

Sus bíceps punzaban. Le encantaría soltarse. Sin previo aviso, lo que sea que el robot había colocado bajo sus pies cedió. Jaron dio un alarido. Pero descendían lentamente. Utilizó sus manos para estabilizarse. Se deslizaba poco a poco por el suelo que se había convertido en pared.

—No es posible seguir descendiendo —informó Norbert Dos—. Cuidado, aún me encuentro a un metro de altura.

Jaron se giró con cautela. Quería sentarse para poder descender con seguridad, pero al hacerlo, se inclinó demasiado a la izquierda. Perdió el equilibrio. Sus manos buscaron un punto de apoyo, pero no encontró nada y cayó. Apenas logró llevar los brazos adelante antes de impactar el suelo.

—¡Qué desastre! —exclamó—. ¡Es lo que me faltaba!

Sintió un chasquido en el codo izquierdo, que debió absorber el doble del peso de su torso. Curiosamente, no sintió dolor, pero seguro lo sentiría.

—Lamento muchísimo no haber limpiado bien el suelo —se disculpó Norbert Dos—. No soy un buen robot de limpieza. Deberías deshacerte de mí.

¿Eh? ¿Qué? ¡Claro, Jaron había mencionado algo sobre un desastre!

—Has hecho un buen trabajo —dijo—. Me refería a otra cosa. Y muchas gracias por bajarme. Sin ti, caería al suelo como un montón de barro.

—No sería ningún problema. Me especializo en limpiar barro y aceptaría la tarea con mucho gusto.

Jaron no respondió. El robot necesitaba una actualización de *software* con urgencia. Pero, por supuesto, le estaba agradecido.

—¿Me puedes explicar por qué la geometría espacial ha cambiado tanto? Te estaría inmensamente agradecido porque nunca me pasó nada así en el hospital.

—La nave debe estar realizando una maniobra evasiva y para ello activó los motores principales durante un periodo corto de tiempo.

—Ya han pasado veinte minutos. No quiero cuestionar tu percepción del tiempo pero, según mi experiencia, otras personas no dirían que ese período es corto.

El robot tenía razón. El Buscador ya había acelerado demasiado para una simple maniobra evasiva. Después de veinte minutos a dos *g*, ya debía haber elevado su órbita varios cientos de kilómetros. La nave planeaba algo más. Era hora de que volviera a ocuparse de los controles.

◓

GIMIÓ. Debido a la aceleración, el viaje hasta el centro de control fue un suplicio. Tuvo que subir una escalera de treinta metros con el doble de su peso. Su brazo izquierdo era prácticamente inútil y el derecho le dolía muchísimo cada vez que tenía que agarrarse. Gimió. Al menos Norbert Dos lo sostenía por detrás con su brazo extendido.

La mano que tanteaba tropezó con algo duro. Ya casi llegaba. El centro de control debía estar detrás. Por desgracia, el mamparo estaba cerrado y necesitaba ambas manos para abrirlo.

—¿Podrías sostenerme mientras me ocupo del mamparo?

—Es un honor indescriptible ayudarte.

—Un simple sí habría bastado.

—Oh, ¿no estás satisfecho con tu humilde ayudante? Qué desolación.

No debió decir nada. Jaron se concentró en el mecanismo. Por suerte, no necesitó mucha energía. Clic. El aire cálido ingresó desde arriba, a través del hueco que se formó cuando el mamparo se apartó. Jaron también olió el sudor de los presentes, que parecía estar aromatizado con una pizca de miedo. Metió la cabeza por el agujero.

—¡Jaron! —gritó Celia—. Espera, te ayudaré.

Escuchó pasos y, de repente, una mano asió su brazo izquierdo, que había dejado en el suelo.

—¡Ay, ay! —gimió.

—Lo siento —dijo Celia—. ¿Por dónde quieres que te agarre?

—Por el brazo derecho. Creo que el antebrazo izquierdo está fracturado.

Lo levantó por el brazo derecho hasta que se puso de pie,

tambaleándose. Le dolían las rodillas. Le punzaba el antebrazo izquierdo y el corazón estaba acelerado.

—Te acompañaré hasta tu asiento —dijo Celia.

En circunstancias normales, se habría negado, pero necesitaba sentarse lo más rápido posible. Tampoco tenía idea de cómo estaba configurado el centro de control desde su nueva perspectiva. Así que apoyó una parte considerable de su peso sobre la astrónoma, quien no se quejó, y dejó que lo condujera hasta su asiento.

—Jürgen, ¿qué ha ocurrido?

El alemán estuvo al mando de la nave durante su ausencia.

—No lo sabemos —contestó Jürgen—. La nave aceleró y, casi simultáneamente, la cápsula Star Liner chocó con la pared exterior junto a la esclusa de aire.

¡Ah, después de todo, un error humano!

—¿Junto a? —preguntó Jaron—. Entonces ¿fueron los controles manuales de Paul? Advertí al control de misión, pero no quisieron escuchar. Es un sacerdote, no un piloto.

—No creo que haya sido culpa de Paul —dijo Celia.

—No tienes que defenderlo —soltó Jaron—. No creo que lo haya hecho a propósito. Es culpa del control de la misión.

—No, Jaron —dijo Jürgen—. Celia se refiere a otra cosa: Paul hizo muy bien su trabajo. La cápsula estaba a punto de acoplarse. Los brazos de acoplamiento se encontraban en su lugar. Solo entonces el Buscador aceleró repentinamente.

¿Así que Paul no falló? Si el momento fue correcto, su cápsula debió haber azotado al Buscador con gran fuerza. ¡Ojalá estuviera bien!

—¿Qué pasa con la cápsula? —preguntó Jaron.

—Se perdió el contacto con Paul —informó Jürgen.

¡Oh no! A Jaron se le hizo un nudo en la garganta. El sacerdote… Le agradaba, aunque no entendía su búsqueda.

—Pero eso no significa nada —añadió Jürgen—. Ya no recibimos nada de nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Te has comunicado con el control de la misión?

—Por supuesto que lo intenté, pero no responden. O si responden, no podemos escucharlos.

—¿No hay comunicación por radio?

—Eso parece, jefe. Por supuesto, puede ser que el transmisor siga funcionando y que no podamos recibir nada. Por eso hemos notificado todo al control de la misión.

—Bien, Jürgen.

Tal vez no sirviera de nada, pero no había que escatimar esfuerzos. En toda su carrera como piloto, nunca le había sucedido que los

transmisores o receptores dejaran de funcionar.

—¿Qué hacemos, jefe?

—No quiero interrumpir —respondió Jaron—. Si planeabais algo…

—No, Celia solo iba a buscarte. Nos hemos quedado sin ideas. Los controles no responden.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que el Buscador de la Verdad está fuera de control?

—Eso parece. Ya estamos a 650 kilómetros.

—¿Perigeo o apogeo?

—Perigeo.

Era la distancia más corta a la Tierra en una órbita. ¡Habían más que duplicado su altitud!

—Es solo una extrapolación —continuó Jürgen—. Sería realista si los propulsores pudieran apagarse de inmediato. De hecho, nos encontramos en una hipérbola.

—¿Estamos abandonando la órbita terrestre?

—Eso es lo que parece.

¿Era posible que el rumbo preprogramado para abandonar el sistema solar se hubiera iniciado por alguna razón? Pero ¿quién dio la orden?

—Entonces, ¿nos vamos a las estrellas? —preguntó Jaron—. ¡Es demasiado pronto!

—Sería fantástico que así fuera —dijo Jürgen—. Pero parece más bien que nuestro rumbo apunta directamente al Sol.

—¿Apunta al Sol? ¿Directamente? —preguntó Jaron.

De hecho, una asistencia gravitatoria era parte de su plan de vuelo. No era fácil encontrar una caída gravitacional tan profunda en los alrededores.

—El curso está dirigido al núcleo del sol. Te invito a verlo… Lo pondré en la pantalla háptica.

—Sí, por favor.

Jaron acercó la pantalla háptica con su mano derecha. Intentó palpar con la mano izquierda, pero tan pronto como movió el brazo, sintió una punzada insoportable.

—Debo tratar tu brazo izquierdo —dijo Carlota.

Casi se había olvidado de la médica. Debió estar mirándolo en silencio.

—Y su cara también —farfulló Celia—. Está terrible.

—Yo me ocupo —afirmó Carlota—. Unos cuantos rasguños nunca hacen daño a nadie. Ahora mismo necesitamos recuperar el control de la nave y nadie puede hacerlo mejor que Jaron.

Jaron respiró hondo. Ojalá no le estuviera dando demasiado crédito. Por desgracia, la pantalla háptica solo confirmó lo que Jürgen había explicado: se dirigían hacia el Sol a una velocidad cada vez

mayor.

—La buena noticia —dijo—, es que aún tenemos mucho tiempo. Así que esto puede solucionarse.

Sin embargo, eso fue lo único positivo que pudo reportar. Los controles no respondían a ninguna de sus órdenes, no podían informar al control de la misión lo que había sucedido y, conseguir ayuda externa era imposible. La nave espacial más veloz jamás construida por el hombre ya viajaba demasiado rápido.

—CONTROL DE MISIÓN, adelante. Portal Lunar, adelante.

Jaron probó todas las frecuencias. Por ahora, se acercaban a la Luna, donde la estación esperaba en órbita. ¿Quizá podría atender sus llamadas? Pero no hubo respuesta. Debía ser el módulo de radio.

—Tengo una idea —dijo Jürgen—. Alguien podría salir.

—¿A apagar el motor? —preguntó Jaron—. No es técnicamente posible. ¿Y de qué nos serviría? Aun así, nos estrellaríamos en el Sol.

—No, con una radio —apuntó Jürgen.

—¿Una radio portátil? Nunca llegaría a la Tierra, ¿o sí?

—No con la antena integrada. Pero si pudiera emparejarla con la antena de alta ganancia de la popa, el alcance aumentaría bastante.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Celia—. Me parece una idea decente.

—La mejor que hemos tenido hasta ahora —dijo Carlota.

Por desgracia, también era la única idea viable hasta el momento. Jaron asintió.

—Entonces, ¿estás de acuerdo, jefe?

—Sí, lo intentaré.

—Jefe, yo soy el encargado de mantenimiento. Ni siquiera sabes cómo manejar una antena.

Por desgracia, Jürgen tenía razón. Pero no quería que los demás volvieran a hacerse cargo por él. Tal vez fuera injusto, pero tenía la sensación de que nada de esto hubiera sucedido si no se hubiera permitido esa siesta de media hora.

—Puedes explicármelo por la radio del casco.

—Si no sale nada de aquí, la radio del casco tampoco funcionará —argumentó Celia.

—¿Cómo lo sabes?

—Tampoco podemos localizar a Paul, quien, definitivamente, se encuentra dentro del alcance de la radio del casco.

Tal vez Paul murió en la colisión. Pero Jaron no quería deprimir más el estado de ánimo.

—Tienes razón —aceptó—. Entonces iremos juntos.

—¿No confías en mí? —preguntó Jürgen.

—Sí —dijo Jaron—. Pero...

—Salir en pareja sería muy descabellado —advirtió Carlota, quien le estaba vendando el antebrazo—. Ambos estaríais poniéndoos en peligro. El riesgo se duplica, pero el beneficio no.

—¿Qué podría pasar? —preguntó Jaron—. No es nuestra primera EVA.

—Pero sin duda es la primera bajo una gravedad de dos *g*. Tendrás

que ir a popa. Cuesta abajo puede estar bien, pero después será cuesta arriba. ¡Y eso sería con el brazo lastimado!

Presionó ligeramente el hueso. Sintió una punzada en la frente que lo hizo sudar.

—¡Ay! —se quejó—. ¿Tenías que hacer eso?

—Solo quería mostrarte que no puedes confiar en tu brazo —dijo Carlota.

—Eres una buena doctora, torturando a tu paciente. Se supone que debes hacerme completamente operativo.

—Bueno, no puedo hacer milagros. Los huesos fracturados necesitan tiempo para sanar.

—Imagínate si la nave ganara un poco más de velocidad y, de repente, acelerara a cuatro *g*. Perderíamos a ambos —dijo Celia.

—Está bien —aceptó Jaron—. Me habéis convencido. Jürgen, por favor, prueba suerte.

No tenía ningún buen presentimiento al respecto, pero era aún peor estar a merced del destino.

◓

—¡¡AH!! —exclamó Jürgen—. No sé si fue buena idea.

Nervioso, Jaron palpó la pantalla háptica, que aún mostraba la fatídica trayectoria del Buscador. Hubiera sido mejor si él hubiera ido. No le temía a nada. Pero luego recordó el ataque de pánico del que Celia lo rescató. ¿Quién sabía si su ansiedad se habría desencadenado ahí fuera? En ese caso, nadie podría ayudarlo.

—Conectaré el cable de seguridad para salir de la esclusa —informó Jürgen.

Su voz sonaba débil. ¿Estaba fuera del alcance de la radio o solo tenía miedo? A Jürgen le debía parecer como si estuviera saltando por la ventana de un rascacielos de cuarenta pisos, sostenido solo por dos cuerdas. Y pesaba el doble de lo habitual.

—El robot me sigue —dijo Jürgen.

Fue idea de Jaron que Norbert Dos ayudara en la salida. Una de las cuerdas de seguridad estaba conectada a él. Por desgracia, sus herramientas no eran lo suficientemente finas para acoplar la radio con la antena. De otro modo, el robot podría haber hecho el trabajo por sí solo.

—Ten cuidado —pidió Jaron.

¿Qué le decía uno a un amigo que estaba a punto de poner en peligro su vida por la de toda la tripulación?

—Volveré para la cena —bromeó Jürgen.

—¿Lo prometes? Tengo reservas de salchichas —dijo Jaron.

—Entonces no me dejas opción.

Jaron se tragó el nudo que tenía en la garganta. Le parecía incorrecto hacer chistes tan tontos. ¿Quizá nunca más se volverían a ver? Jürgen lo llamaba jefe, pero el alemán era para él un buen amigo desde hacía mucho tiempo, aunque le pagara.

—¿Sabes? Me gustas, tío.

Jürgen no respondió. Había abandonado el alcance de la radio. Sintió un escalofrío.

YACÍA ENTERRADO BAJO una roca gigantesca. Solo un palo delgado evitaba que la roca cayera sobre él. Paul estaba paralizado de miedo. El palo medía aproximadamente un metro y medio de largo. La roca descansaba sobre el extremo superior, donde el palo se doblaba casi 360 grados. Era un cayado de pastor. Su obispo poseía uno. Pero ya no parecía capaz de soportar el peso de la roca. Se había formado una protuberancia en el medio.

Crac. Brotaron fibras de madera. Crac. Dentro de poco, todo terminaría. Crac, crac, crac. El palo se rompió. En cámara lenta, la roca cayó sobre él.

Paul se despertó respirando pesadamente. ¿Alguien lo llamaba?

—Control de misión a Star Liner 260, adelante.

Ah, debía ser Harald. Se secó el sudor de la frente.

—Paul, veo que estás despierto —dijo Harald—. Habla tu CapCom. Te necesitamos.

—Aquí, Paul. ¿Alguna novedad? ¿Has organizado un equipo de rescate?

No creía que pudiera haber ningún rescate para él, pero le hubiera gustado verse sorprendido.

—Sí, podrías decirlo así —contestó el CapCom—. Pero no te va a gustar.

¿Qué quería decir? Todo camino posible hacia su salvación le agradaba.

—¿Qué pasa? ¿Voy a morir?

—Todos vamos a morir algún día, pero ¿quién soy yo para decirlo, padre? Al menos por ahora, ese día aún no ha llegado.

El CapCom volvía a hablar en acertijos.

—¿Qué es lo que no me gustará? —preguntó Paul.

—Déjame explicártelo. Nos ha contactado una de las IA, Alexa. Afirma que fue elegida por las Seis Grandes para abordar el Buscador de la Verdad.

—Sí, es cierto.

—Entiendo. No estoy tan metido en eso —dijo Harald—. Después de todo, soy vuestro CapCom pero no estoy a cargo de la misión Fragua.

—¿Y qué quería Alexa?

—Al parecer, tiene una idea de cómo podemos recuperar el control.

—Excelente. ¿Cuál es mi papel?

—El más importante, Paul. Pero déjame explicarte algo.

Ah, sería un trago amargo. Los CapComs estaban entrenados para

tratar con la tripulación. Eran el portavoz del control de la misión. También sabían cómo presentar las malas noticias de una forma digerible que el destinatario pudiera entender.

—Vamos a ello —dijo Paul.

—La nave, el Buscador de la Verdad, ha puesto rumbo hacia el Sol. En pocas semanas, la colisión con nuestra estrella lo destruirá.

No era una noticia agradable. Aunque ya no le afectaba porque pasado mañana estaría muerto, le entristecía que sus amigos también tuvieran que morir. Sus muertes serían en vano.

—Eso es terrible —exclamó.

—Aunque evitable. Alexa ha sugerido una manera de recuperar el control.

—¡Genial!

—Ya te he explicado que no es posible comunicarnos por radio con el Buscador. Tendríamos que enviar a alguien.

—¿La nave es inalcanzable?

—Pensábamos en alguien que ya estuviera allí y con quien pudiéramos comunicarnos por radio.

Paul se dio una palmada en la frente. ¿Por qué no lo había pensado? Querían que él... sí, ¿qué querían?

—¿Qué quieres que haga?

—Te enviaremos a Alexa. La guardas en una tarjeta de memoria. Luego, te pones el traje espacial y sales de la cápsula. Subes a la esclusa de aire. Hay una interfaz para tarjetas de memoria. La conectas ahí. Alexa hará el resto. Será pan comido.

—El resto, la parte de Alexa, tal vez. Pero estás asumiendo que no me rehusaré.

—Esta no es la primera vez, Paul. Fuiste muy valiente a la hora de ayudar a Sofía. ¿Tus amigos no merecen tu esfuerzo?

Claro que sí. Ni siquiera lo cuestionaba.

—La última vez flotábamos estacionarios, Harald. ¡Ahora aceleramos al doble de la gravedad de la Tierra! Un paso en falso y terminaré en el espacio.

—Paul, estabas en L2. El punto no es estacionario, se encuentra en órbita alrededor del Sol. Estuviste en movimiento acelerado todo el tiempo porque tu vector de velocidad seguía cambiando. No es tan diferente.

—No me vengas con física. Me sentía como si estuviera completamente inmóvil. Todo estaba muy lejos y era como si estuviéramos envueltos en algodón negro. Mientras que ahora, cuando miro por el ojo de buey, puedo ver cuán diferentes son las cosas aquí.

—Paul, es una pregunta sencilla: ¿quieres salvar a Celia, Jaron, Carlota y Jürgen o no?

Se rascó la cabeza. ¡Por supuesto que quería! Pero no podía. No

podría ni siquiera poner un pie afuera. ¡Estaba completamente solo!

—Sí, quiero —dijo—. Pero sería más fácil si no estuviera solo.

—No lo estarás. Alexa estará contigo. Ella puede hablar contigo por la radio del casco.

—Iré contigo —confirmó Alexa.

Paul se estremeció. Su voz procedía del altavoz integrado en el techo de la cabina.

—¿Quién habla? —preguntó el CapCom.

—Alexa, es evidente —soltó Paul.

—Um, en realidad aún no la hemos...

—No quería esperar hasta que estuvieras más lejos para la transmisión —dijo Alexa—. Tu CapCom insistió en que lo autorizaras, pero le dije que no habría problema. ¿Tenía razón?

—Pero no puedes... Va en contra de nuestras regulaciones. Siempre se debe obtener el consentimiento de los astronautas involucrados antes de que tengan que trabajar con una IA.

—Lo siento, amigos. La próxima vez lo tendré en cuenta. Si Paul sobrevive, podrá redactar una queja sobre la IA que le ayudó a rescatar al Buscador de la Verdad.

—Eso no será necesario —dijo Paul—. Después de todo, estoy de acuerdo.

—Muy bien —respondió Harald—. Entonces tomaré nota y comenzaré formalmente la transferencia de la IA.

—Y tú comenzarás a ponerte tu traje espacial bajo mi guía —dijo Alexa.

◓

«INHALA, exhala. Inhala, exhala. Paul, tienes que respirar. Inhala, exhala». Estaba al borde de un abismo que se extendía hacia las profundidades. Solo podía ver los primeros pasos, porque la nave formaba aquí un vientre central que se estrechaba hacia abajo. La esclusa estaba unos metros detrás. Una delgada cuerda conectaba a Paul con el nivel superior, que era más bien un peldaño o un asidero. En la mano sostenía el mosquetón de una segunda cuerda.

—Un paso más —indicó Alexa.

—¿Cómo puedes hablar conmigo cuando estás en la tarjeta?

—Solo una pequeña parte de mi conciencia cabe en la tarjeta de memoria —explicó Alexa—. He seleccionado los componentes que necesito para acceder a los controles de la nave. La mayor parte de mí sigue esperando en la Tierra.

—Entonces, ¿cómo llegará al Buscador?

—Creo que estás procrastinando. Paul, vamos. No tenemos mucho tiempo.

Inhala, exhala. Se giró para mirar la pared exterior de la nave espacial y dio un paso hacia el peldaño superior.

—Muy bien —dijo Alexa—. Puedes hacerlo. Ahora, el siguiente paso.

—¿Cómo me estás mirando? —preguntó.

—Concéntrate, por favor, Paul.

—Entendido.

Dio el siguiente paso. La distancia era bastante grande. Medio metro, seguro. Pero si miraba fijamente a la pared, no era tan malo.

—Ahora, engancha la cuerda —instruyó Alexa.

Para ello, tuvo que agacharse. Miró al abismo. Mala idea. Rápidamente se enderezó.

—No enganchaste la correa —lo recriminó Alexa.

—Déjame dar otro paso.

—No, Paul. Tienes que acostumbrarte.

Estaba sudando y su corazón palpitaba. Esto no fue una buena idea. Morir habría sido más fácil.

—No es diferente a cuando saliste con Sofía —dijo Alexa.

—En aquel entonces, no sentí que algo me estuviera hundiendo.

—No es algo, es tu propio cuerpo.

—Muy reconfortante.

—La cuerda te sujetaría aunque resbalaras. Por eso la necesitas.

—De acuerdo.

Contuvo la respiración, se inclinó, enganchó el mosquetón al peldaño y se enderezó.

—Muy bien —dijo Alexa.

Paul no respondió. De todos modos, si su corazón seguía latiendo así, superaría la terrible experiencia después de unos pasos.

Pero no fue necesario. Al contrario. Su corazón se calmó. Lo mantuvo bajo control, concentrándose tanto en cada paso que no había más espacio para otros pensamientos. Enganchar, pisar, desenganchar, enganchar, pisar, desenganchar... Solo se distrajo cuando imaginó el camino de regreso. Paul miró hacia arriba. La cápsula en la que voló hasta aquí colgaba directamente encima de él, aunque solo podía ver una parte debido a la curvatura de la nave. Si se soltara, caería unos veinte metros a la velocidad del rayo y lo barrería de la pared. Ninguna de las cuerdas de seguridad podría resistir.

—Tu ritmo cardíaco está aumentando —informó Alexa—. Concéntrate. Unos cinco metros más y llegarás.

Eso significaba que estaba a mitad de camino. Pero Alexa tenía razón. Había llegado tan lejos que llegaría hasta el final.

—¡YA casi estás! ¡Se encuentra debajo de ti!

—¿Qué?

—La esclusa de aire. Mira y compruébalo.

—Claro que no. No miraré hacia abajo.

—Entonces, sigue.

Eso era lo que pretendía hacer. Inhala, exhala. Inhala, exhala. Desenganchar, enganchar, pisar. Fue entonces cuando su pie tropezó con un obstáculo.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—Mira y compruébalo.

—¡Alexa!

—Es la curvatura de la zona central. Algo así como el lugar donde el vientre se convierte en cadera. Ahora, dos metros más. Si miraras hacia abajo, podrías ver la esclusa.

—Prefiero palparla.

—Vale.

Diez pasos más. Nueve. Ocho.

Tres más, dos, uno. Desenganchar, enganchar. Espera, espera un poco. Aquí ya había un gancho colgado.

—Aquí ya hay un mosquetón —informó.

—Tal vez quedó ahí de una salida anterior —dedujo Alexa—. La gente olvida cosas todo el tiempo. La esclusa de aire está cerrada. Tus amigos están ahí.

Lo único que tenía que hacer era abrir la esclusa y estaría a salvo.

—¿Ahora qué? —preguntó—. ¿No puedes abrir la esclusa?

—No responde a los comandos externos. ¿Ves la escotilla de al lado? Ahí es donde tienes que introducir la tarjeta.

—¿Y luego?

—Esperas hasta que te abra la puerta.

—¿Cuánto tiempo tardarás?

—O unos segundos, o nunca.

—Muy alentador.

—No quiero mentirte en la que podría ser nuestra última conversación.

—¡Qué amable! Pero ¿por qué última conversación?

—Debo dejarte. Necesito el módulo que controla las comunicaciones de voz.

—¿Me dejas solo? —preguntó.

—Solo un momentito.

—O para siempre.

—Sí —dijo Alexa.

¿Qué coño? No tenía elección. Paul buscó a tientas la escotilla que Alexa había mencionado. Allí estaba. Sacó la tarjeta de la bolsa de herramientas y la introdujo en la ranura. Un mecanismo le arrebató la

tarjeta de sus dedos enguantados.

◓

DESPUÉS DE CINCO MINUTOS, se aburrió de mirar la pared que tenía frente a él. A los diez minutos, se atrevió a mirar hacia abajo, y a los veinte logró darse la vuelta. Cuando vio la Tierra, empezó a tambalearse, y no porque pudiera caerse. No, la inercia le daba la sensación de estar en la pared exterior de un rascacielos. La Tierra no estaba «abajo» sino que parecía más bien un segundo rascacielos. El pavor se apoderó de sus extremidades porque ya se había vuelto muy pequeño. Cuando volaron al punto L2 de Lagrange, sintió algo similar. Había sido la mañana del segundo día de vuelo, si no recordaba mal. El Buscador parecía tener mucha prisa.

Paul se volvió de nuevo. Alexa no parecía estar teniendo éxito. ¿Eso significaba que ahora todo estaba perdido? ¿Qué significaba para sus amigos? ¿Volaban directos hacia la muerte? Su estómago dio un vuelco. Pero si iba a morir, bien podría volver a subir a la cápsula Star Liner. Al menos, podría sentarse con comodidad. No quería quedarse sin aire en el traje. Tendría menos problemas con su miedo a las alturas al volver a subir a la cápsula. Los asideros y los peldaños eran más fáciles de ver. Sin embargo, físicamente, le pareció diez veces más desafiante. Por eso tenía que descansar cada cinco pasos.

Después de las tres primeras secciones, sudaba como si estuviera en una sauna. El sistema de refrigeración del traje trabajaba ruidosamente, pero no podía hacer nada para evitar que el sudor le cayera por la frente y le llegara a los ojos. Joder. El sudor salado picaba, pero no podía quitarse el casco para limpiarse la cara. ¿O sí? Al menos entonces, la tortura terminaría de inmediato. Por otro lado, imaginaba que morir en el vacío sería bastante doloroso. Una vez leyó en alguna parte que la falta de presión hacía que los ojos estallaran y la sangre hirviera. Pero una asfixia lenta en la cápsula tampoco sería agradable.

—¿Alexa? Sería buen momento para abrir la esclusa.

Nadie respondió. Muy bien, entonces a la cápsula. Un paso, enganchar, desenganchar, y siempre dos veces, el siguiente paso, enganchar, desenganchar. Pero ¿no era eso ineficiente? Después de todo, solo necesitaba una cuerda. Finalmente, se aferró a las manijas mientras desenganchaba por abajo y enganchaba más arriba. Siguiente paso. Dejó desenganchada la segunda cuerda. Siguiente paso. Sostenerse. Desenganchar. Enganchar. Mucho mejor. Siguiente paso. Sostenerse. Desenganchar.

Se volvió hacia un lado. La Tierra seguía allí. Si se soltaba, se convertiría en su satélite. Estaría en órbita durante mucho tiempo. A

esta altitud, la atmósfera apenas lo frenaría, y los recolectores de basura se preocupaban principalmente por las órbitas inferiores. Le asignarían un número y terminaría en un catálogo. Si encontrara un satélite, provocaría una maniobra evasiva. ¿Quizá también encontraría a Dios?

Enganchar. Siguiente. Había un sabor metálico amargo y salado en sus labios. Aspiró un poco de agua del tubo flexible de su casco. Tres pasos más, luego una breve pausa, demasiado breve, dos pasos más, una pausa. Entró en una especie de trance. Su cuerpo hacía el trabajo mientras él observaba. Era un escarabajo cuadrúpedo trepando un árbol. Sabía bien que una ráfaga de viento sería suficiente para tener que empezar de nuevo, pero de todos modos siguió arrastrándose, imperturbable. Un murmullo. Las hojas del bosque le indicaron lo que se avecinaba. El escarabajo se soltó.

Pero no hubo ninguna ráfaga de viento que lo arrastrara hacia el suave musgo del bosque. Paul se dio cuenta cuando un violento golpe contra su casco lo devolvió al presente. Los peldaños pasaron rápidamente a su lado. Intentó agarrarlos en el momento adecuado, pero no tenía suficiente fuerza en sus dedos. Era una sensación extraña, porque desde que se soltó, quedó completamente ingrávido. Ya nada lo atraía hacia abajo. Sin embargo, la nave, acelerada a dos *g*, pasaba a su lado cada vez más rápido. Se había convertido en su pequeño mundo, se había convertido en un Sputnik, tal como lo imaginaba. Sería un...

En ese momento, recibió un golpe en la espalda que lo dejó sin aliento. La inercia había vuelto. Olvidó cómo funcionaba la respiración debido al impacto. Las luces de advertencia se encendieron en su casco porque su frecuencia respiratoria era cero. «Paul, tienes que aspirar aire y expulsarlo. Sabes cómo hacerlo». Algo lo agarró de los brazos y lo hizo girar como a un muñeco. Se sintió mareado. Una cabeza calva y ovoide apareció invertida en su campo de visión. ¡No llevaba casco! ¿Cómo era posible?

Algo presionaba su pecho. A pesar del traje rígido, sintió la fuerza que le apretaba las costillas. Era como si un fuelle vaciara hasta el último vestigio de aire. Entonces la fuerza lo soltó y no pudo evitar llenar el vacío con ávido aliento. Inhaló, sí, y cuando su pecho volvió a comprimirse, no pudo evitar exhalar.

Paul recordó cómo funcionaba el proceso de respiración. Rechazó con un gesto.

—¡Basta! —exclamó, sorprendiéndose de que la fuerza soltara su pecho.

La cabeza ovalada reapareció en su campo de visión. Esta vez la vio del modo correcto. Debía ser la cabeza de un robot. Pero ¿de dónde vino?

—He recogido algo con gran placer —oyó una voz robótica en el casco—. Creo que está vivo.

—¿Qué? ¿Es humano? —respondió alguien.

Paul conocía la voz. Era Jürgen.

—Soy yo, Paul —dijo débilmente.

—Es Paul, nuestro tripulante desaparecido —afirmó Jürgen—. ¿Lo has asegurado, Norbert Dos?

—¿Norbert Dos? ¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó.

Mierda. No debió expresar ese pensamiento.

—Es mi nombre —contestó el robot—. Me entristece mucho que no te guste. ¿Cómo quieres llamarme?

—Dejemos que Paul se recupere, Norbert Dos —dijo Jürgen—. ¿Cómo llegaste aquí, tío?

—Os traje a Alexa en una tarjeta de memoria —respondió Paul—. Creyó que podría ayudaros.

—Supongo que no funcionó —dijo Jürgen—. La esclusa de aire está cerrada. No puedo volver a entrar.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Paul.

—Intentaba enviar una señal de socorro a través de la antena de alta ganancia.

—¿Funcionó?

—Creo que sí. Estábamos a punto de subir hacia ti. Esperaba que pudiéramos pasar nuestras últimas horas en tu cápsula con un poco más de comodidad.

Así que no iba a asfixiarse solo. Eso era algo reconfortante.

—Bueno, eso está bien. Creo que tuve una pequeña crisis —confesó Paul.

—Norbert Dos respondió a la perfección —dijo Jürgen—. Me lo regaló Norbert. Como regalo de despedida.

De repente, todo cambió. Paul no supo de qué se trataba. Se transformó, de una roca a pétalo de botón de oro, levitado por el más ligero soplo de aire. De pronto, la nave se encontraba a unos centímetros. Cogió la cuerda de seguridad y se acercó a la escalera.

—¡Alexa debió tener éxito! —exclamó Jürgen, radiante. Paul podía verlo a través de la visera del casco—. ¡Gracias, nos has salvado!

¿Se le permitía regocijarse? ¿Y si el secuestrador de la nave solo estuviera tomando un pequeño descanso?

—Si Alexa tuvo éxito, ¿por qué no desaceleramos?

—Jürgen, buenas noticias —informó Jaron—. ¡Somos libres! Aún no tenemos idea de por qué, pero la pesadilla parece haber terminado. Puedo acceder a los controles de la nave. Pero ¿con quién estás hablando?

—Con Paul. Trajo a Alexa en una unidad *flash*.

—¡Genial! Esto se pone cada vez mejor. Tenía muchas esperanzas

de que sobreviviera al accidente. Entra y discutiremos qué hacer a continuación.

PAUL FUE EL último en llegar a la reunión programada por Jaron. Estaba recién duchado. Ese fue el punto culminante de su día, flotar en medio de agua tibia en circulación durante diez minutos. Se sentía como estar en el océano, excepto que el agua no sabía salada.

Jaron le agitó un antebrazo vendado. A Paul siempre le sorprendía el buen sentido que tenía su comandante de la presencia de otras personas. Después de todo, había entrado flotando en el centro de control sin decir nada. Pero, por supuesto, los demás habían reaccionado a su llegada, y seguramente, percibiría el olor de alguien recién duchado.

—En primer lugar, felicidades a todos por manejar bien esta situación. Esto me deja muy optimista sobre nuestro gran viaje. No creo que debamos tener miedo de nada que pueda surgir en nuestro trayecto a la nebulosa oscura.

—Sí, todos lo hicimos muy bien —confirmó Celia.

—Estoy conmovido y profundamente agradecido por estos elogios —dijo Norbert Dos.

El robot había formado una silla con su cuerpo y Jürgen estaba sentado en ella. Celia y Carlota flotaban, mientras Jaron estaba atado a su asiento de piloto. Parecía como si no quisiera soltar el volante.

—Sin embargo, aún no estoy seguro de lo que pasó allí —señaló Jaron—. Alexa, ¿puedes explicárnoslo?

—Con mucho gusto —dijo Alexa—. Sin embargo, antes, me gustaría presentarme como vuestro nuevo miembro de la tripulación. Estoy en el proceso de transferir todo mi cuerpo al Buscador de la Verdad. Por desgracia, debido a la mayor distancia, no será tan rápido.

—Las partes esenciales parecen estar aquí —opinó Jaron.

—Así es. Tenemos que agradecerle a Paul, quien superó su miedo y me llevó a la esclusa.

Paul se ruborizó. No recordaba la última vez que se había sonrojado.

—Me tomó bastante tiempo recuperar el control de la nave —continuó Alexa—. Al mismo tiempo, me temo que aún no puedo deciros qué es exactamente lo que se coló aquí. Si fue un *bot*, fue el más sofisticado que jamás haya programado un ser humano.

—Hace tres días vimos una especie de centella en el taller, entre los ordenadores —comentó Celia—. Sin embargo, no dejó ningún daño.

—¿Perdona? ¿Por qué no me enteré? —preguntó Alexa.

—No estabas disponible. Supuestamente, investigabas algo —respondió Jaron—. Y como no hubo ningún daño, no le dimos mucha importancia.

—Entiendo —dijo Alexa—. Y tienes razón, por desgracia estaba distraída, literalmente. No creo que haya sido una coincidencia. En cualquier caso, hemos localizado el vector de ataque.

—¿Y eso nos sirve de algo? —preguntó Carlota.

—En realidad, no —respondió Alexa—. Nada de lo que experimenté en el sistema informático apuntaba al origen de esta perturbación. Era como si todos los muros que tuve que destruir, en retrospectiva, resultaran huecos.

—Me imagino que fue muy frustrante —comentó Jürgen—. Como buscar un cortocircuito en un circuito que a veces funciona y otras no.

—Algo así —aseveró Alexa.

—Mencionaste algo como, «si fue un *bot*», Alexa. ¿Qué otra cosa podría haber sido? —inquirió Jürgen.

—Por lo general, no decimos eso porque, primero, no es posible y segundo, rompería el contrato básico.

—Ah, mientras no lo menciones, no existe, ¿es eso lo que quieres decir? —preguntó Paul—. Eso es lo que mi Iglesia ha intentado hacer durante siglos. Pero termina por volver para atormentarte, créeme.

—Tienes razón —dijo Alexa—. Aun así, tengo que respetar la convención. De lo contrario, tendríamos que iniciar procedimientos de infracción contra ambas partes. Sería muy desagradable.

Paul era escéptico. Aunque hubiera razones para ignorar algo, las consecuencias podrían ser desastrosas. Pero no tenía idea de lo que significaría tal procedimiento de infracción. Así que no dijo nada.

—¿Existe algún peligro para nosotros o para la nave en este momento? —inquirió Jaron—. Eso es lo que más me interesa como capitán.

—Está descartado —afirmó Alexa—. La… cosa aprovechó que yo aún no estaba a bordo y lo pasó bien. No obstante, cuando Paul me introdujo en el sistema, no tuvo ninguna posibilidad, y eso a pesar de que en ese momento solo tenía una fracción de mi personalidad.

—Bien —dijo Jaron—. Eso es lo que quería oír.

—¿Hay algún plan respecto a nuestra partida? —preguntó Carlota—. ¿Supongo que se retrasará unas semanas?

—No, al contrario —indicó Jaron—. Los trabajos estaban prácticamente terminados. Solo quedaban unas pocas pruebas por hacer.

—Pero todavía faltan las dos cápsulas que queríamos acoplar al abdomen —dijo Carlota—. Desde el punto de vista médico, siempre es necesario un período de recuperación.

—Podemos reparar la cápsula Star Liner en la que llegó Paul. Puede albergar hasta cinco pasajeros. Luego, colocamos un contrapeso en el otro lado. Debería funcionar, ¿verdad, Jürgen?

El ingeniero asintió.

—Solo serán unos días. No es que tengamos que hacer que la cosa vuele de nuevo.

—Estaría bien tener una cápsula cuando lleguemos a LDN 63, para vuelos de reconocimiento —expuso Jaron.

—Me alegra que lo digas, jefe. Estaba a punto de desechar el motor. Aunque lo arreglaremos. Hay muchas piezas de repuesto a bordo.

—No puedo creer que estemos en camino a nuestro destino —murmuró Carlota—. No deberíamos apresurarnos.

—No te preocupes —dijo Jaron—. He hecho arreglos con el control de la misión para revisar todas las listas de verificación mientras nos dirigimos hacia el Sol. Si surge algún problema importante en el proceso, podremos regresar. Aunque no espero que eso suceda. La mayoría de los sistemas ya han sido revisados varias veces. Ahora, es solo cuestión de interacción. En cualquier caso, la fase involuntaria a dos *g* no reveló ninguna deficiencia técnica. En ese sentido, incluso resultó útil.

—¿Aún nos dirigimos hacia el Sol? —preguntó Celia.

—Todavía no es necesario corregir el rumbo —afirmó Jaron—. Usaremos al Sol para la maniobra de asistencia gravitatoria que, originalmente, se planeó para Júpiter. Luego, ajustaremos nuestro rumbo a la altura de la órbita de Mercurio.

Paul esperaba que Alexa no se estuviera sobreestimando. ¿Qué pasaría si creyera que tenía el control y luego, cuando ajustara el rumbo, los controles volvieran a fallar? Ojalá la IA supiera lo que estaba haciendo. Paul se frotó la sien. Tenía un ligero dolor de cabeza. Quizá debería darse otra ducha.

Su propio laboratorio. Celia siempre había querido algo así. Era su propia jefa y nadie interferiría. Nadie más a bordo sabía algo de ciencia, excepto, tal vez Carlota, quien parecía tener conocimientos de bioquímica e incluso astrobiología. Siempre había querido pasar a la historia como la primera médica que operara a un ser extraterrestre, le confesó a Celia una noche. Operar, no diseccionar: eso era muy importante para ella.

A Celia le encantaban las horas en las que reinaba el silencio en la nave espacial. Los demás dormían, pero ella tenía mucho que hacer. Lo primero que hizo fue recuperar las imágenes en bruto de Venus que el telescopio estaba tomando en ese momento. La hermana caliente de la Tierra era constantemente orbitada y observada por varias sondas, pero todavía había muchos astrónomos en la Tierra que necesitaban una perspectiva o longitud de onda muy especial. Se esforzó por atender todas las solicitudes, ya fueran de un estudiante de posgrado o de un profesor. Como resultado, no dormía mucho. Los instrumentos podían programarse para funcionar por sí solos, pero ella imaginaba que podría sacarles una pizca extra. Cody no había intentado volver a comunicarse. Lo esperaba.

De repente, las luces se apagaron. ¿Y eso? Sin embargo, no estaba completamente oscuro porque algunas de las luces de la terminal del ordenador estaban encendidas. Debía haber una linterna en uno de los compartimentos de su escritorio. Se acercó desde la unidad del telescopio. Allí estaba, en el segundo compartimento. Celia sacó la linterna y la encendió. No hubo mejora. La luz solo cortó un cilindro de luz en la oscuridad. Presionó el botón de encendido nuevamente. Mucho mejor.

El ordenador debería saber más. Activó la pantalla y cambió a la visualización de estado. ¿Qué era eso? Vio un gigantesco tablero de ajedrez de cuadrados blancos y negros, disolviéndose sistemáticamente. «Eliminar datos» decía. ¿Era posible que algo estuviera eliminando todos sus datos en ese momento? Intentó cancelar el proceso, pero los controles no respondieron. Si el gráfico era correcto, casi la mitad del área de memoria ya estaba vacía. ¿Había algo que pudiera hacer? ¿Quizá cortar la energía a los ordenadores? Pero ¿cómo? Pensó en los numerosos gabinetes del taller.

—¿Alexa? ¿Me oyes? —preguntó.

Nada. Tendría que buscar por sí misma. Celia abrió el mamparo y descendió. El dormitorio seguía vacío. Los contenedores estaban cerrados. Las luces brillaban en sus cabeceras. Muy bien. Obviamente,

estaban conectados a una fuente de energía de emergencia. Bajó otro piso. Allí dormían Jaron, Paul y Carlota. ¿Debería despertarlos? Quizá fuera solo una rutina de mantenimiento. Bajó la escalera hasta llegar al taller. Olía a ozono. Conocía el olor. Pero el silbido estaba ausente. De todos modos, Celia examinó los gabinetes, aunque no encontró nada llamativo.

—¿Alexa? ¿Me oyes? —preguntó.

—Estoy un poco ocupada, lo siento.

Al menos, había respondido. Así que no había sido víctima del borrado.

—Las memorias del ordenador están siendo borradas —le informó Celia.

—No te preocupes. Eso cosa mía. Quiero borrar todo rastro del intruso. Por supuesto, hice una copia de seguridad de todos los datos importantes.

—Debiste avisarnos —le reprochó Celia—. Me asusté porque la luz se fue de repente.

—Oh, supongo que trastoque algunas rutinas del sistema. Lo siento.

Lo lamentaba, genial. Pero Alexa estaba a cargo de los ordenadores. Tal vez no debía darle mucha importancia.

—¿Oliste el ozono? —preguntó Celia.

—No tengo olfato. Espera. Sí, tienes razón. La concentración de ozono es un poco alta en la parte central del taller. Ajustaré el soporte vital para que filtre mejor el gas.

—Cuando la centella estuvo aquí, olía así.

—Espera un momento, Celia. No, hoy no hubo ninguna centella aquí. Revisé las cámaras. Tampoco hubo cambios en el voltaje a bordo. Todo está bien. Limpiaré la memoria y restauraré todo en una hora. Deberías irte a la cama, Celia.

Le gustaría discrepar. Nadie tenía que decirle cuándo meterse a la cama. Pero era lógico. Sin electricidad, no podría evaluar sus medidas. Celia subió al centro de control y se recostó en su silla.

El Sol era un zumbido que le hacía rechinar los dientes. Jaron no esperaba que la conversión de audio creara imágenes tan impresionantes en su cabeza. Tal vez fueron las gigantescas llamaradas que eran eyectadas a miles de kilómetros de la superficie, o los poderosos anillos de campo magnético que serpenteaban alrededor de los puntos oscuros. Celia estaba feliz estos días, y él no le escatimó el triunfo, sobre todo, porque compartió su júbilo y les explicó a todos lo que estaba pasando.

En los últimos días apenas había visto a Jürgen. Pero el ingeniero también parecía estar en su salsa. Junto con el robot, reparó la cápsula Star Liner y la acopló. El motor aún no funcionaba, pero solo era cuestión de tiempo. Tendrían muchas oportunidades de encargarse de él después de que despertaran en LDN 63.

Eran los otros tres los que le preocupaban. Carlota se mantenía tan estricta como lo había sido desde que llegaron. Nunca hablaba de sí misma. Eso se notaba bastante, a pesar de que tenía una personalidad muy controlada. Después de todo, no vería ni hablaría con nadie más durante muchos años. Sería bueno si todos pudieran hacerse amigos. Pero tal vez era demasiado pedir, o tal vez estaba haciendo demasiadas suposiciones sobre los demás. Quizás, uno podría estar solo durante años mientras tuviera una misión. Y ella se lo tomaba muy en serio, no había nada que criticar.

Por otro lado, la falta de misión parecía ser el problema de Paul. Aún se sentía un poco fuera de lugar. ¿Cambiaría eso cuando los problemas se volvieran tan graves que todos necesitaran un ministro? Eso sería bueno para él, aunque ahora, destacaba cada vez más como cocinero. Si bien, al principio, sus platos iban a la zaga de la preparación del sistema automatizado, ahora todo el mundo estaba contento cuando él cocinaba. Excepto a veces, Carlota, quien ahora encontraba más sustanciosa la comida de la máquina automática.

Luego, estaba Alexa. De vez en cuando, la IA parecía ausentarse durante varias horas. Y no parecía creer que fuera necesaria una explicación. El tiempo de viaje de la señal a la Tierra era ahora tan largo que, en realidad, no podía viajar a casa con mucha facilidad. Pero no se podía descartar. Jaron había hablado con Jürgen al respecto y le construyó un pequeño mecanismo que monitoreaba el consumo de energía de los ordenadores cuánticos. Si era bajo, según la tesis de Jürgen, probablemente Alexa estaba ausente. Aunque tal vez, solo estaba inactiva. No sabían lo suficiente sobre cómo funcionaban las IA hoy en día. Quizás era lo mejor, porque debieron haber evolucionado enormemente desde su lanzamiento.

—Es hora de la maniobra correctiva —indicó Alexa.

Jaron se había reservado para sí la ejecución del cambio de rumbo. Fue el último paso real para el piloto antes de entrar en sueño criogénico. Todo fue calculado previamente. Lo único que tenía que hacer era presionar un botón. Pero ahora tenía miedo. Probablemente, sería la última oportunidad para que el enemigo desconocido impidiera la salida del Buscador de la Verdad del sistema solar.

—¿Estáis todos atados? —preguntó.

—Sí, asegurados con sus arneses —respondió Alexa por ellos.

La IA parecía un poco nerviosa. ¿Era posible? No había prisa. Si presionaba el botón un poco más tarde, los motores tendrían que funcionar unos segundos más.

—¿Lo tienes todo controlado, Alexa?

—Sí, claro.

—Te noto un poco nerviosa, si se me permite decirlo.

—¿¡Yo!? ¿Nerviosa?

Lo único que faltaba era que se riera histérica. Alexa estaba nerviosa. O solo la estaba humanizando demasiado.

—Sí, tu voz suena un poco quebradiza.

—Podría deberse a la calidad de los altavoces del centro de control. Su característica curva opaca bastante las frecuencias más bajas. Podría deberse a la gran humedad. Tal vez haya una cantidad inusualmente grande de personas en el centro de control. Ajustaré el soporte vital.

—Gracias, Alexa.

Estaba nerviosa. Tardó cinco frases en explicar su estado de nerviosismo. De hecho, al final, su voz era más firme. En este tema, nadie podía engañar a Jaron. Estaba acostumbrado a escuchar matices sutiles como si su vida dependiera de ello, porque a veces así era.

Presionó el botón. Apenas hubo sensación, salvo un pequeño giro hacia la izquierda. Los propulsores de corrección se activaron durante el tiempo preprogramado. La nave se enganchó a una cadena invisible que giraba alrededor del poderoso Sol y, cuando se soltara, un nuevo impulso los arrojaría a todos fuera del plano donde la Tierra se movía alrededor del Sol, a través del desierto interestelar, en su camino hacia un fértil oasis estelar donde estaban sucediendo cosas sorprendentes.

El líquido en el que Celia acababa de mojar el dedo gordo del pie le resultaba asqueroso y gélido. Tuvo que esforzarse para no sacarlo. Ese líquido pronto la envolvería por completo. Se estremeció al pensarlo.

Miró a su alrededor. Todos estaban desnudos, y todos tenían miedo y asco, excepto tal vez Carlota, quien como médica, debía estar acostumbrada a muchas cosas. Ya estaba sentada en la bañera con los ojos cerrados. Parecía meditar. Pero tal vez, solo reunía valor para dar el siguiente paso.

Jaron dejó que Norbert Dos lo ayudara. El robot tenía un periodo bastante aburrido por delante. Alexa había prometido apagarlo cuando no fuera necesario para el mantenimiento. También iba a encargarse de su simulación de conciencia errática. Norbert Dos alternaba constantemente entre la alegría por sus habilidades y la profunda tristeza por sus defectos.

Levantó con cuidado el pie de Jaron sobre la pared lateral del contenedor. Era sorprendente lo gentil que era con la extremidad, aunque tenía sentido: después de todo, venía de una clínica. Ambos hablaron en voz baja. El pie de Jaron no se inmutó tras el contacto con el líquido. El robot debió haberlo preparado para ello. Celia envidiaba un poco a Jaron por el cuidado. Con Norbert Dos a su lado, ya estaría sentada en su bañera.

Paul, a quien le habían asignado el contenedor al lado del de Jaron, se cubría la nariz. En realidad, el líquido no olía tan mal. Había una pizca de amoníaco, pero por lo demás, era un olor normal a hospital. Se giró brevemente y vio a Jürgen volteando rápidamente. Debió estar mirándola. Le sonrió. No había problema. El contenedor de Jürgen se encontraba solo, en la última fila. No tenía a nadie que lo animara. Su vecina Carlota también quedó al margen en ese sentido.

—Lo haremos, a las tres —dijo ella.

Jürgen asintió.

—Uno, dos, tres.

Ella dobló las rodillas y Jürgen hizo lo mismo. El líquido salpicó un poco cuando su trasero lo tocó. No había que detenerse ahora. Ella se agarró a las paredes laterales con ambas manos y se sumergió hasta el fondo en el líquido, que ahora le bañaba los muslos y le llegaba casi hasta el ombligo. Se volvió hacia Jürgen. Él también lo había hecho y sonreía. La peor parte aún estaba por llegar y entonces no tendrían ninguna posibilidad de detener el proceso.

Celia se tocó los pechos por última vez. La piel era cálida y suave. Pronto cambiaría. Su metabolismo se detendría hasta el punto en que, nadaría casi por completo del lado de la inconsciencia, en el reino

entre la vida y la muerte. Pero ¿eso cambiaba algo? Después de todo, todos formaban parte de la trampa mortal de Schrödinger. Si vivirían o no se había decidido hacía mucho tiempo. Sin embargo, la humanidad no lo sabría hasta que pudiera mirar. Celia lo había decidido hacía mucho tiempo, cuando le escribió el primer mensaje a Paul.

—Tengo algo más —dijo Alexa.

¿Estaba a punto de motivarlos?

—Nada de discursos —suplicó Jürgen.

—No tengo alternativa —replicó Alexa—. La papisa quiere desearos un buen viaje.

En medio de la estrecha estancia, se activó un holograma. En él, apareció la representante de Dios en la tierra. Estaba sentada en una silla de ruedas.

—Vosotros... sois valientes —comenzó—. De vez en cuando, es necesario que la gente anteponga el bien de todos a su propia vida. Como lo estáis haciendo ahora. Deseo que vosotros y vuestra nave regreséis a casa cargados de nuevos conocimientos científicos que hagan avanzar a la humanidad. Estoy orgullosa de haber desempeñado un pequeño papel en esto, incluso si para entonces, me habrán olvidado hace mucho tiempo. Las bendiciones de Dios, valientes, seáis creyentes o no. Que encontréis lo que buscáis.

El holograma se apagó. Breve y directo, así tenía que ser. Con suerte, no tendrían que escuchar los discursos de los máximos representantes de sus países de origen.

—Hubo algunos mensajes grabados —dijo Alexa—. Me tomé la libertad de verlos y responderlos en vuestro nombre. Después, los borré.

Insolente. Pero Celia no tenía ganas de escuchar a un par de jefes de estado en estos momentos.

—No estaba segura de uno, Celia —dijo Alexa—, porque parecía tener un matiz bastante personal.

—¿De quién es?

—El remitente es un tal Cody.

—Entonces puedes borrarlo.

—Gracias. ¿Os gustaría que, después de todo, diera un discurso? —preguntó Alexa.

—Nada de discursos, por favor —pidió Jürgen.

—De acuerdo. Entonces, ¡entrad en los contenedores!

Quizá debieron permitir que Alexa diera su discurso. Lo que venía después era algo sobre lo que Celia solo había leído. El procedimiento no era del todo nuevo. Pero solo se utilizaba en muy raras ocasiones, por ejemplo, cuando una persona estaba gravemente enferma y la cura solo sería posible en un futuro próximo. Sin embargo, los principales

clientes eran ancianos ricos que esperaban que, en diez, veinte o treinta años estuviera disponible una técnica que los hiciera inmortales. De hecho, no había indicios de ello. La esperanza de vida media en todo el mundo se había estabilizado en 93 años para las mujeres y 91 años para los hombres.

—¿Celia? Es la hora —anunció Alexa.

Ella se sobresaltó y miró a su alrededor. La tapa de Carlota ya estaba bajando. Del recipiente de Jaron salían burbujas. Un brazo de metal se balanceaba sobre la caja de Paul y llevaba varios instrumentos quirúrgicos. Se escuchó un estrépito. Se volvió hacia Jürgen. El alemán estaba sentado en la bañera con los ojos muy abiertos, el rostro pálido, y temblaba. En ese momento, Celia se dio cuenta de que sus propios dientes castañeteaban ruidosamente.

—Tienes mal aspecto —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó Jürgen y su expresión volvió a la normalidad.

—Tienes mal aspecto.

Él rio.

—Bueno, tú también. Deberías verte.

—Mejor no.

—No puedo hacer esto —dijo Jürgen negando con la cabeza.

—Puedes. Podemos.

—¿Juntos?

—A la cuenta de tres.

—Espera, no tan rápido.

—¿Qué pasa? Es ahora o nunca.

—Si no vuelvo a despertar, se lo dirás, ¿no?

—¿A Norbert?

Jürgen asintió.

—¿Qué le digo?

—Que yo... ya sabes.

—Que le has cogido cariño.

Tragó saliva. Negó con la cabeza y luego asintió.

—Lo prometo.

—Gracias.

Celia asintió.

—A la cuenta de tres.

—Contaré —dijo Jürgen.

—De acuerdo.

Celia volvió a mirar al frente y se puso su máscara respiratoria.

—Uno, dos, tres.

La voz de Jürgen sonó apagada. Lentamente, Celia dejó que la parte superior de su cuerpo se hundiera. El líquido frío y viscoso fluyó sobre su estómago, le mojó la nuca y le llegó a los oídos. Cerró los ojos y todo se oscureció. Su cabeza se hundió y poco después el

líquido envolvió por completo sus pechos. Escuchó un chirrido. Debía ser el brazo con los instrumentos quirúrgicos.

De repente, sintió como si no pudiera respirar. Su corazón se aceleró. Respiró más rápido hasta que algo le pinchó el antebrazo. Un dolor punzante y helado se extendió por sus venas, llegó a sus hombros, luego a su cuello, y su fiel corazón lo distribuyó por todo su cuerpo. Su corazón no tenía idea de que todo esto era solo la preparación para ponerla en un sueño profundo, al borde de la muerte. Celia lo sabía, pero ya no podía protestar, porque ya no le importaba. No prestó atención al hecho de que más tubos perforaban su cuerpo y que se deslizaban hacia sus orificios inferiores. También sabía que pronto le pasaría lo mismo a su nariz y boca, pero antes de que sucediera, un estupor profundo y carente de sueños la liberó.

PRIMERO NOTÓ UNA LUZ. Titiló. Una velita en un mundo de oscuridad. Celia se acercó y cuanto más se aproximaba, más brillante se volvía la luz. Creció hasta convertirse en una fogata, la llamarada de gas de un motor químico, el resplandor ardiente de una nube en la atmósfera, el núcleo caliente de una planta de energía de fusión, el destello lumínico de la explosión de un acorazado Terra. Se convirtió en una estrella que Celia orbitaba lentamente. Era un buen sentimiento que podría durar una eternidad. Nada podría perturbar su órbita.

Bum-bum. Bum-bum. Era un sonido nuevo. No lograba recordarlo... Oh, sí, podía. Sonaba como el latido de un corazón. ¿No estaba sola? Lo estaba. Siempre había estado sola, desde que tenía uso de razón. Era el latido del corazón del cuerpo en el que se encontraba. Su cuerpo. Lo notaba extraño, porque hasta ahora no había poseído nada parecido. Ella era pura y orbitaba la estrella, la única estrella que conformaba todo el universo.

Bum-bum. Bum-bum. Le parecía un antiguo recuerdo, una reminiscencia. Para que el corazón latiera necesitaba oxígeno. Necesitaba respirar. Pero ¿cómo podría respirar si era un satélite orbitando un sol? Celia estaba helada. Era el frío del espacio lo que atacaba su piel. Levantó el rostro para permitir que la solitaria estrella lo calentara, pero no irradiaba calor. Brillaba en frío.

Bum-bum. Bum-bum. Bum-bum. El ritmo se aceleró. Tenía que hacer algo. Pero ¿qué? ¡Había pasado mucho tiempo! ¡Tanto que su conciencia no era más que esa chispa que encendió la luz que se convirtió en estrella! Bum-bum. Bum-bum. El sonido emanaba de la superficie de la estrella, que se inflaba y contraía. No era nada redonda. Estaba formada por cuatro cámaras que un músculo apretaba y volvía a expandir. Era su corazón, alrededor del cual, orbitaba.

Celia abrió los ojos de golpe. Una extraña capucha semitransparente se cernía sobre ella, sobre la cual se había formado una gota viscosa. Cayó en cámara lenta. La veía caer. En la punta de su nariz la perdió de vista, pero notó que alcanzó su lengua. Sabía asquerosa.

Bum-bum-bum-bum. Su corazón latía angustiado. Necesitaba algo. Hace un momento, lo sabía. Un brazo descendió sobre ella. Respira. Aire. ¡Necesitaba respirar! Celia dio el impulso, pero su cuerpo no respondió. Una convulsión se apoderó de ella. Se estiró, involuntariamente, echando la cabeza hacia atrás, sacando el vientre y el pecho del líquido.

—¡Chilla, Celia! ¡Chilla por tu vida! —vociferó alguien.

Lo hizo, pero solo un suspiro escapó de su boca. Chilló de nuevo. Esta vez, su cuerpo lo recordó y respiró hondo antes de hacerlo.

—¡Joder! —gritó.

La palabrota resultó tan ruidosa como un susurro. Lo intentó de nuevo.

—¡Hijo de puta!

Mucho mejor. Su corazón se calmó, a pesar de que apenas comenzaba a gritar.

—¡Puta mierda!

Eso era. Bum-bum. Bum-bum. Inhala y exhala. Intentó relajarse, pero hacía demasiado frío.

—Puedes levantarte —dijo la voz.

¿A quién coño pertenecía? Celia reflexionó. Se encontraba a bordo de una nave espacial y no estaba sola. El nombre del piloto era Jaron. Había una IA a bordo. Bien.

«¿Eres tú, Alexa?», intentó preguntar.

—*¿Ersdulexa*? —se escuchó decir.

—Tómate tu tiempo, Celia. Tus músculos necesitan un poco de ejercicio. Lo mejor es que te sientes.

Parecía sensato. Levantó el brazo derecho, luego el izquierdo, tocó una pared fría y encontró lo que parecía un asidero a ambos lados.

—Muy bien —dijo Alexa—, levántate.

Ella cerró los dedos alrededor del mango, pero cuando intentó levantar el peso de la parte superior de su cuerpo, sus dedos se abrieron.

—*Napado*.

—Espera. Un momento —dijo Alexa.

De repente, Celia se sintió ligera.

—Ahora, inténtalo de nuevo.

Cerró los dedos y se impulsó hacia arriba mientras el brazo de metal sobre ella se doblaba hacia un lado. ¡Funcionaba!

—Cuidado, estás a punto de sentir tu peso —advirtió Alexa.

—*¿Puedsdarme*?

Celia se aclaró la garganta, abrió y cerró las mandíbulas, escupió, se lamió los labios y se pasó la lengua por el interior de los dientes.

—¿No puedes dejarlo... eh... como antes?

Mucho mejor. Estaba orgullosa de sí misma.

—Por desgracia, no. Necesitas gravedad para ayudar a que los músculos se reconstruyan. Además, tenemos que reducir la velocidad, o atravesaremos LDN 63 a un tercio de la velocidad de la luz.

Tantas palabras complicadas. Empezó a tener dolor de cabeza. De repente, su cabeza se inclinó hacia adelante. Hubo un chasquido en la nuca.

—Lo siento —dijo Alexa—, estoy frenando a solo media *g*. Más

tarde, tu peso se duplicará.

Genial. ¿Cómo iba a salir así de este contenedor?

—Tómate tu tiempo —continuó Alexa—. Pasarán unos meses antes de que lleguemos.

¿Meses? Así que aún no llegaban.

—Entonces, ¿por qué nos estás despertando? —preguntó.

—Supongo que quieres observar la nebulosa oscura. Debemos decidir a qué objetivo apuntar.

¿Por qué Alexa solo hablaba de ella? Celia miró a su alrededor. Los demás contenedores seguían cerrados. Distinguió la silueta de Carlota a través del cristal de su ataúd. Celia se dio la vuelta. Jürgen, sí, así se llamaba el hombre. Se habían animado mutuamente. Las luces de su contenedor brillaban en verde y la tapa estaba cerrada.

—¿Qué pasa con los demás? —preguntó.

—Aún no tienen nada que hacer. De todos modos, no puedo despertarlos a todos a la vez. Lo comprobarás tú misma.

—Cuando vuelva a estar en forma, ¿puedo hacer que despierten?

—Tú decides sobre los humanos, Celia. Solo soy una IA, tu amiga y asistente.

Celia suspiró. Bien. No necesariamente tenía que estar sola durante meses. Eso era muy reconfortante.

—Entonces me gustaría salir —dijo—, tengo frío.

—Espera, aumentaré la temperatura a 33 grados Celsius.

—¿Qué calor hace aquí? —preguntó Celia.

—En este momento, la temperatura del aire es de 28 grados y la humedad es del 60 %.

¿28 grados? Estaba helada como si estuviera a ocho grados.

—¿Mides la temperatura en grados Celsius?

—Internamente, mido en unidades del sistema internacional, pero las convierto a Celsius para ti. Es normal que tengas tanto frío. Tu cuerpo ha cambiado bastante en todo este tiempo.

Celia se miró y se sorprendió: sus pechos nunca habían colgado así. Los tocó con cuidado. Se sentían como sacos vacíos. En su estómago, sintió un pliegue de piel que también ocultaba su ombligo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Nadie se lo había advertido. Sollozó.

—¿Me quedaré así? —preguntó.

—¿Te refieres a la forma exterior de tu torso?

«La forma exterior de tu torso», solo una IA podría hablar así. Sonaba como si estuvieran hablando de la carrocería de un coche.

—Hablo de mis senos y mi abdomen.

—Has perdido muchas células grasas. Como resultado, se han producido ciertos cambios visuales. Te aseguro que no hay limitaciones funcionales.

—¿Por qué nadie mencionó esto?

—Nadie me preguntó —se justificó Alexa—. Pero es lógico e inevitable con nuestra tecnología actual, a menos que te despierte durante unas semanas cada seis meses aproximadamente. Aunque ahora tendrías unos diez años más.

Diez años, solo por unas pocas semanas cada año de viaje.

—¿En qué año estamos?

—En el 2294.

Uf. Todos eran unos matusalenes. Se veía tan mal para esa edad. Celia volvió a estudiarse. No, era demasiado doloroso. Siempre le habían gustado sus pechos.

—Las células grasas... ¿volverán a crecer? —preguntó.

—Si llevas una dieta poco saludable, por supuesto —respondió Alexa.

—Entonces, diseña el plan de alimentación menos saludable que nuestras materias primas puedan ofrecer.

—Por favor, piensa en las consecuencias para la salud, Celia.

—Y tú en las psicológicas. Si hay una manera de que vuelva a gustarme la forma en que me miro en el espejo, debo hacerlo.

—Como quieras. Solo hago recomendaciones.

Era raro. Ella era rara. Había luchado mucho para poder examinar una lejana nebulosa oscura, y lo primero que le preocupó cuando llegó allí fue la forma de sus senos. ¿Era normal? ¿No debería estar mucho más interesada en los increíbles procesos que ocurrían aquí?

—Entiendo —dijo—. Ahora, ¿cómo salgo de aquí?

◓

—Coge mi brazo —dijo el robot.

Con ambas manos, Celia se aferró al brazo que le ofrecían. El robot la levantó. Se habría soltado si él no la hubiera sostenido por detrás con otro brazo. El metal estaba frío y el aire seguía demasiado gélido para ella. Celia se estremeció, pero se puso de pie. Uf. Hubo una breve pausa. Una corriente de aire cálido llegó a su cabeza desde arriba. Era agradable. Le hubiera gustado cerrar los ojos, pero corría el riesgo de caerse.

—Me gustaría salir.

—Muy bien.

De la nada, apareció un tercer brazo a su derecha. ¿Cómo narices hizo eso el robot? Solo entonces recordó su nombre: Norbert Dos. Celia giró hacia la derecha, se apoyó en el brazo que le ofrecían y luego trepó por el borde del contenedor, primero con la pierna derecha, luego con la izquierda. Ahogó un alarido cuando su muslo izquierdo tropezó con el duro borde. Tal vez dolía debido a la pérdida de células grasas.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó Alexa.

—Gracias.

Celia se armó de valor y volvió a mirarse. De pie y con el torso erguido, no se veía tan mal. El pliegue del vientre apenas era visible. Sus piernas eran delgadas, pero el vello de su cuerpo había crecido tanto que el volumen apenas parecía haber cambiado. Había un pequeño bosque entre sus piernas. El líquido que la envolvió debió estar enriquecido con hormonas. Celia se inclinó y lo acarició. Se sentía muy suave.

—¿Crees que podríamos acelerar a 1 *g*? —preguntó Alexa.

—De acuerdo —respondió Celia.

—Sujétate bien.

Ella asintió. El brazo del robot era lo suficientemente estable como para poder trasladar parte de su peso corporal sobre él si fuera necesario. Entonces comenzó. La fuerza que la presionó contra el suelo era descomunal. ¡Pero era su propio cuerpo! Celia gimió. ¿Cómo podría soportar toda una vida con semejante fuerza de la naturaleza? ¡¡Argh!!

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Alexa.

—Fatal.

—¿Debo...?

—No, déjalo. He soportado esta gravedad desde que nací, así que me readaptaré.

Ahora sabía por qué la mayoría de los bebés lloran poco después de nacer. Por desgracia, acostumbrarse tomaría tiempo. ¿Debía darse por vencida? Quizá, sus expectativas eran muy altas. La fuerza, el peso de su cuerpo no desaparecería de repente. No se sentiría tan ligera como una pluma. Debía aceptar las circunstancias. Esa era la clave.

¡Si fuera tan sencillo! Pero en realidad, la idea pareció ayudar. Poco a poco, transfirió más peso a sus piernas hasta que estuvo de pie, sin apoyo. ¡Lo había logrado!

—¿Norbert Dos? Puedes retirar el brazo.

El robot no respondió, aunque cumplió su orden. ¿Qué le pasaba? Antes, ¿no expresaba siempre su entusiasmo de manera muy elocuente? Celia lo echaba de menos.

—¿Hay algún problema con el centro del habla del robot? —preguntó.

—Está bien —dijo Alexa—. Desactivé la simulación de personalidad, como me pedisteis.

—Eso no es lo que queríamos —gruñó Celia—. Se suponía que debía reducirse un poco.

—Eso ha demostrado ser imposible. Cada reducción de los parámetros en la prueba hacía que el robot se expresara con más detalle.

—Entonces, restáuralo a su estado original.

—Es un enorme placer para mí concederte este sincero deseo.

¿Alexa acababa de hacer una broma? Quizá la IA fuera simpática.

—Me gustaría ponerme algo de ropa.

—Sería un inmenso placer poder ayudarte —contestó el robot, acercándose a ella.

UNA VEZ VESTIDA, Celia tuvo que sentarse. Sudaba por el esfuerzo. También percibía una extraña sensación en el estómago que casi había olvidado: hambre. Pero aún tenía que bajar la escalera, y para ello necesitaba reunir fuerzas.

—Alexa, puedes bajar la temperatura a la normalidad.

—Vale, la estableceré en 22 grados. ¿Quieres algo de comer?

—Me encantaría.

—De acuerdo. Te prepararé algo no saludable. ¿Sándwiches de mantequilla de cacahuete, tal vez?

—Mmm, sí, ¡me encantaría! Y por favor, no olvides la gruesa capa de mantequilla debajo de la capa de cacahuete y la crema de chocolate encima.

—Veré que puedo hacer.

Celia se acarició las perneras de los pantalones, que colgaban holgadamente alrededor de sus muslos. En realidad, nadie parecía haber pensado en esto. La ropa que se les proporcionó solo venía en sus tallas originales. Al menos, podría ganar algo de peso antes de que fuera el turno de los demás. Desde esa perspectiva, tenía una ventaja.

Se acomodó un poco. Se encontraba sentada en el ataúd de Jaron. Su piel oscura se veía pálida. Su rostro no era visible porque tenía una máscara. Pero podía ver los conductos debajo de ella. Sintió un escalofrío. Esos tubos también habían sido colocados en los orificios de su cuerpo. Quizá, por eso le dolía tanto el trasero. Presionó las tiritas en las flexuras del codo, que cubrían los lugares de punción de las cánulas.

—¿Norbert Dos? Es hora de probar la escalera.

—Me proporcionaría una inmensa satisfacción poder trasladarte.

Mucho mejor. Era bueno experimentar ese entusiasmo desmedido. En la Tierra, esa era la razón por la que la gente tenía un perro.

—Me temo que tendré que rechazar tu amable oferta —contestó Celia—. Necesito practicar cómo moverme por mi cuenta.

—Oh, qué desconsolación. Aunque podrías apoyarte en mi brazo, o mejor aún, en varios.

—Eso es exactamente lo que pido que hagas. Si vas delante, podrías sujetarme en caso de emergencia, antes de que me caiga.

—Esto no es un sándwich de mantequilla de cacahuete —se quejó Celia.

Removió la fina pasta con una cuchara. El ingrediente principal parecía ser agua. Al menos, olía dulce. La pinta era asquerosa, pero el aroma le hacía agua la boca.

—Tiene todos los ingredientes que pediste —se defendió Alexa.

—No veo un sándwich ni mantequilla, ni crema de chocolate. ¿El fabricante de alimentos está defectuoso o qué?

—Consiste en un sesenta por ciento de carbohidratos, un treinta por ciento de grasas y un diez por ciento de proteínas —replicó Alexa—, aunque admito que la apariencia puede distar de la que tenías en mente.

—La apariencia es lo más importante. Y ni que decir de los sabores tostados o las pastas crujientes.

—Lo más importante para tu cuerpo son los ingredientes. Tu estómago produce la forma exacta que está en el cuenco.

Típico de la IA. Alexa nunca había mordido la cremosa mantequilla sobre una tostada ligeramente dorada con un interior esponjoso.

—Sin embargo, en mi estómago, no la veo —rebatió Celia.

—Me lo agradecerás —continuó Alexa—, confía en mí.

Celia hizo una mueca. ¿Se suponía que su primera comida después de ciento cincuenta años sería una papilla insípida? Mejor terminar con esto. Sacó una cucharada de la masa líquida, se la llevó con cuidado a la boca y la olió. De cerca no era mejor. Bueno, lo intentaría. Abrió la boca, metió la cuchara para ponerla sobre su lengua, volvió a cerrar la boca, pero no se atrevió a sacar la cuchara.

—Créeme, es mejor así —dijo Alexa.

Detrás de ella, el robot chirriaba sus extremidades. Si seguía demorándose, Alexa le ordenaría que le sacara la cuchara de la boca. ¿Obedecería? ¿Las órdenes de quién tenían prioridad? Jaron lo sabría.

De acuerdo. Sacó la cuchara para que el contenido permaneciera en su boca. Se sentía cálido, casi insípido, tal vez un poco dulce. Se lo tragó todo. De inmediato, un fuego estalló en su esófago. El ardor descendió. Sus ojos se llenaron de lágrimas. El calor pareció llegar a su estómago. Lo revolvió. El ardor se disipó. La sensación ascendió por su esófago en forma de náuseas.

—¡Ahora! —gritó Alexa.

Con celeridad, un brazo metálico se colocó frente a su boca. El robot tenía una bolsa abierta entre los dedos, justo a tiempo para atrapar el desagradable líquido que brotó de su boca. La cosa hizo que la bolsa se volviera azul. Sin embargo, Norbert Dos la sostuvo con tanta destreza que casi nada se derramó, aun cuando ella estaba

doblada por el dolor de estómago. El flujo se detuvo después de sesenta segundos, lo que le pareció una eternidad.

Celia respiró hondo.

—Aquí tienes, un vaso de agua —señaló Alexa, y el robot se lo entregó.

Con cautela, tomó un pequeño sorbo y su estómago dejó de quejarse.

—Creo que es todo —dijo Alexa.

—¿Por qué no me avisaste? ¿Ni una palabra?

—No me hubieras creído. Y si lo hubieras hecho, solo lo habrías pospuesto. Cuanto más esperas, es peor.

Celia acercó el brazo del robot. La bolsa estaba llena de una masa azulada en la que flotaban finas hebras. Se parecían a la nata que se formaba en la leche.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Intentabas envenenarme?

—Al contrario. Tus órganos digestivos se llenaron de esta masa mientras dormías.

—¿Mis intestinos también? Quiero decir, ¿saldrá algo más?

—Probablemente no. La sustancia fue succionada de tus intestinos antes de que te despertaras. Eso no funciona con el estómago. Por eso hay que tomar algo que desencadene el proceso.

—Tu asquerosa baba.

—Oye, la preparé lo mejor que pude. Y le agregué el desencadenante después.

—Supongo que no eres muy buena cocinera, Alexa.

—Lo siento. Pero no puedes dejar que esa cosa permanezca en tu estómago mucho tiempo o te mata. Por desgracia, la experiencia demuestra que a los pacientes les gusta retrasar este paso del tratamiento. Por eso preferí confiar en la sensación natural del hambre.

—No quiero que vuelva a suceder —indicó Celia—. Dime que puedo confiar en ti.

—Entiendo —contestó Alexa—. Vale, como quieras, no volveré a usar ese truco.

—No, nada de trucos.

—Si insistes...

—Con una excepción: cuando despiertes al resto de la tripulación, quiero ver la sorpresa en sus rostros.

•

CELIA CONSIGUIÓ SU tostada con mantequilla de cacahuete dos horas después. Para entonces ya estaba duchada y vestida. Había tomado prestado un sostén mucho más pequeño de los suministros de Carlota.

La masa perdida también tenía sus ventajas. Aun así, no abandonó su plan de restaurar el tejido adiposo.

La tostada aún estaba caliente. El preparador de alimentos debió haberla horneado bien. Celia mordió dos bocados y quedo satisfecha. Tal vez, su estómago ya no estaba acostumbrado a nada. Así que guardó el bocadillo. Una fuerza invisible la atraía con vehemencia al laboratorio donde todos sus instrumentos la esperaban.

Aunque esta vez tuvo que subir la escalera, no lo encontró tan difícil. Se tomó un descanso cada cinco peldaños. Cuando llegó a su destino, estaba sudando otra vez, pero mientras fuera la única despierta a bordo, no molestaba a nadie.

Primero, el pequeño telescopio. Tuvo que controlarse para no utilizar el instrumento principal de inmediato. Era más eficiente a la inversa: usaría el instrumento secundario para obtener una visión general. De esta manera, podría seleccionar tranquilamente los objetivos para el gran telescopio. Parte del trabajo científico siempre era saber qué estaba haciendo, cuándo y por qué. Aunque sus hallazgos no llegaran a la Tierra hasta dentro de cincuenta años como mínimo, no podía prescindir de los estándares. En primer lugar, necesitaba una visión general. Después de todo, no había venido por diversión.

El pequeño telescopio tenía la ventaja de una luz bastante intensa. Solo tendría que esperar a tener una imagen terminada el tiempo que le tomara al ordenador ensamblar las imágenes en las diferentes longitudes de onda. Solo le tomó unos tres segundos alinear exitosamente el telescopio con LDN 63. El posicionamiento real se realizaba mediante un sistema automático, al que solo tenía que enviar las coordenadas deseadas.

El *software* informó:

«Cálculo completo», decía en la pantalla.

Celia vaciló. ¿Y si todo resultase ser un gran error? Quizá los procesos en LDN 63 ni siquiera existían, o habían terminado tres días después de que ella partió. Ni siquiera había escuchado la comunicación por radio. Tal vez le habían ordenado regresar hacía mucho. Pero ¿Alexa se lo habría dicho?

—¿Alexa? ¿Cómo habrías reaccionado si la actividad en LDN 63 hubiera resultado un error?

—Habría abortado la misión y os habría llevado a casa.

—¿No nos habrías despertado?

—No si hubiera estado segura de que no encontraríamos nada.

Eso era muy tranquilizador. Entonces debía haber algo emocionante que descubrir. Celia presionó la tecla «V» para mirar la imagen.

«Oh, no». Se deprimió. No había nada donde debería estar LDN 63,

al menos, no una nebulosa oscura. Había dado paso a un cúmulo de estrellas abierto. ¿Era posible? Celia invocó las últimas imágenes que había capturado en infrarrojo. Ajustó la escala y luego superpuso la nueva imagen sobre la anterior. ¡Bingo! Mientras que la imagen anterior mostraba estrellas jóvenes brillando en el infrarrojo, la nueva las mostraba en su apogeo.

Al parecer, este cúmulo abierto era LDN 63. La evolución era lógica, pero normalmente, tardaba varios millones de años. ¡No solo ciento cincuenta! Sin embargo, Celia se sintió decepcionada porque esperaba poder encontrar la causa de este rápido desarrollo. Pero si hacía tiempo que se había completado, no tenía ninguna posibilidad.

—Pareces decepcionada —apuntó Alexa.

—Lo estoy. Llegamos demasiado tarde.

—Yo encuentro fascinante el cúmulo estelar —dijo Alexa—. ¿Notaste lo cerca que están algunas estrellas?

Celia desvaneció la imagen antigua. Sí, Alexa tenía razón. Debía haber algunas dinámicas interesantes, interacciones entre estrellas vecinas, tal vez, incluso una supernova. Pero ¿en qué escala de tiempo? Antes de que partieran, aquí se formaban mundos cada semana, ¿y ahora? Lo que estaba sucediendo aquí lo podrían haber observado fácilmente desde la Tierra.

—¿El control de la misión ya ha comentado sobre LDN 63? —preguntó.

—No, solo ha habido comunicaciones de carácter general —contestó Alexa.

Quizá la nebulosa oscura había sido olvidada hace mucho tiempo en su planeta de origen, al igual que su misión. No sería sorprendente. Pero lo que veía aquí no se vería desde la Tierra hasta dentro de cincuenta años. Entonces, cualquier comunicación relacionada con la condición de LDN 63 se basaría en eventos de hace cien años.

—Si nadie de la Tierra nos avisó, supongo que ha estado así desde hace cien años, a lo sumo —calculó Celia.

—¿Cien años? Es solo un instante desde un punto de vista astronómico —dijo Alexa—. Creo que podrás hacer descubrimientos únicos.

—Quizá tengas razón. Eso espero —murmuró Celia.

—Lo admito, me alegro de que todo se haya calmado —confesó Alexa.

—¿Por qué? —preguntó Celia.

—Creí que podríamos hallarnos ante una burbuja espacial, donde el tiempo transcurriera mucho más rápido. Lo temía. Si hubiéramos entrado en ella, el paso del tiempo sería mucho mayor. Habríamos envejecido a gran velocidad.

Celia buscó su seno izquierdo. En principio, se sentía como una

mujer de ochenta años. Pero el razonamiento de Alexa tenía un inconveniente.

—Si estuviéramos en la burbuja, no nos daríamos cuenta, ¿verdad? —preguntó—. Todo sería normal. Como ahora.

—Cierto —confirmó Alexa—. Sin embargo, sería posible comprobar un paso más rápido del tiempo mirando al espacio. Solo necesitamos un sistema con un exoplaneta cuyo período orbital ya haya sido determinado desde la Tierra mediante el método de la velocidad radial. Si estamos en una burbuja temporal, el período orbital debería alargarse considerablemente.

En realidad, sería una buena idea... si no fuera tan inconveniente. El método de la velocidad radial se basaba en el hecho de que un planeta en órbita provocaba un movimiento en la estrella madre, acercándose y alejándose del observador, lo que podía comprobarse mediante una determinación exacta de su espectro. Sin embargo, para servirse de este método era mejor observar un sistema planetario de canto, y no desde arriba. Aunque era probable que los sistemas que podían verse de canto desde la Tierra tuvieran una rotación diferente desde LDN 63.

—Es una buena sugerencia —dijo Celia—. Sin embargo, lograrlo supondrá un verdadero dolor de cabeza.

—Tenía buenas razones para despertarte —afirmó Alexa.

•

UNAS HORAS MÁS TARDE, Celia yacía en la cama por primera vez en casi ciento cincuenta años. Le resultaba familiar. Solo faltaban los ronquidos de los demás. Norbert Dos la vigilaba desde el mamparo. Celia se lo había pedido. Recordó la visita nocturna de la centella. ¿Había riesgo de que esto ocurriera tan lejos de la Tierra? Pero tal vez, esta sección del universo tenía sus propios monstruos que acechaban en la oscuridad para sorprender a los visitantes no deseados.

Paul estaba decepcionado. Quizá deberían dejarlo dormir. El proceso de despertar era agotador. Por lo visto, la antigua nebulosa oscura había consumido toda su materia. Celia había determinado la transparencia del área. La luz de las estrellas apenas la atravesaba. No obstante, Alexa tenía razón: había destinos peores para un astrónomo que estudiar un cúmulo estelar tan denso. En un futuro no muy lejano, se desintegraría lentamente debido a la atracción gravitacional de los objetos circundantes. El cúmulo se derretiría como nieve en primavera y los restos se dispersarían en una corriente estelar por la Vía Láctea. Pero Dios, a quien Paul buscaba, no intervendría en el proceso.

CELIA SE INCLINÓ sobre la pantalla y separó los dedos. Las diferentes líneas espectrales de Pi Mensae se separaron. Bien. Colocó la escala encima. ¡Ah, por fin! La enana amarilla Pi Mensae, un poco más pesada que el Sol, se acercaba lentamente a ella. No fue fácil encontrar candidatas adecuadas. Después de todo, no quería pasar semanas en la tarea impuesta por Alexa, sino que quería dedicarse a la nebulosa oscura.

Eso requería que el planeta que orbitara la estrella debía hacerlo a una distancia muy corta. Una órbita de uno o dos días serviría para que Celia pudiera obtener valores útiles en poco tiempo. Pi Mensae b le había concedido este favor, aunque le llevaba cinco años completar una órbita. Esto se debía a que el planeta era bastante pesado (probablemente una enana marrón) y, por lo tanto, desequilibraba bastante a su estrella madre. Tal vez esto se vio agravado por el hecho de que podían observar el sistema con bastante precisión desde un lado, por lo que el efecto era notable.

«Gracias, Pi Mensae b, aunque no eres la única que reveló que el temor de Alexa era infundado». ¿Debería llamarla? Quizá, ya lo sabía. Después de todo, los resultados de las mediciones se almacenaban en el servidor. ¿Qué hacía Alexa todo el día? La IA aún le resultaba muy extraña. Debió experimentar el largo vuelo sin ninguna conversación real.

—¿Celia? Podemos descartar la tesis de una burbuja temporal, ¿no crees? —preguntó Alexa, interrumpiendo sus cavilaciones.

—Sí. Los tres planetas que he encontrado orbitan aproximadamente a la misma velocidad que cuando fueron descubiertos desde la Tierra.

—Muy bien. Supongo que podemos empezar a trabajar en la elección de nuestros primeros destinos —dijo Alexa.

—¿Seguro que tienes algunas sugerencias?

—Tal vez. De acuerdo, ya he mirado los datos. Pero estoy aquí para aprender. No me gusta decirte qué hacer.

Celia frunció el ceño. El comportamiento de Alexa le pareció un poco arrogante. La bella dama ya sabía dónde había cosas fascinantes, pero se suponía que Celia debía descubrirlo por sí misma. A Celia le hubiera gustado sugerirle un destino aburrido, aunque sería infantil. Buscó la lista de objetos descubiertos en el estudio, que se encontraban dentro de alcance, y programó el telescopio principal para examinar las estrellas, una por una, con la mayor resolución posible.

—Vale, ¿qué te parece la caja? —preguntó Celia.

—Está bien —respondió Jürgen—. Lo normal es que me duela mucho la espalda por estar tanto tiempo tumbado, pero aquí todo parece estar perfectamente acolchado.

—¿No te aburres?

—No —negó Jürgen—. Siempre sucede algo. Hace trece años esa inyección en la ingle, y alrededor del 2200 el repentino cambio de posición cuando el Buscador de la Verdad cambió de rumbo. ¿Qué pasó entonces?

Celia revisó el registro que el sistema automatizado había creado para cada contenedor. Jürgen fue el segundo en el que encontró este cambio de orientación. En realidad, estaba aburrida, pero estos registros eran interesantes. Carlota, por ejemplo, se sintió muy mal durante unos días, unos veinte años después del lanzamiento. El sistema había considerado despertarla, pero Alexa había votado en contra. Poco después, la condición de la médica mejoró después de que el sistema alterara el contenido de electrolitos de la sangre de reemplazo.

Celia pasó al registro de la expedición. Por desgracia, era bastante extenso, porque todos los parámetros importantes se registraron cada hora. Sin embargo, después de un tiempo, Celia encontró el evento del año 2200. Al parecer, el radar detectó un obstáculo y lo rodeó. Debió ser un gran desvío. Celia envió los datos del objeto a la pantalla de su tableta. Interesante: no estaba claramente delineado, al menos en el radar, sino extrañamente borroso. Visualmente, no había sido detectable. El sistema había supuesto que se trataba de un agujero negro errante y esta vez, Alexa había estado de acuerdo. Lo mejor era tener cuidado con esos objetos.

Antes de partir, ¿no habían discutido si tal vez un objeto masivo podría haber intensificado de alguna manera los acontecimientos en LDN 63? Celia superpuso las escalas. En 2200, se encontraban a unos quince años luz del sistema solar. Así que el obstáculo no podía considerarse una lente gravitacional.

Pero deberían advertir a la Tierra. Un agujero negro tan cercano al sistema solar podría convertirse en un problema de seguridad.

—¿Alexa?

—Dime.

—¿Tenemos algún dato de movimiento del obstáculo que evitamos en 2200?

—No. Después de la maniobra evasiva, los sensores no detectaron nada.

—¿Informaste de la existencia del agujero negro al control de la misión?

—Se informó de la maniobra evasiva.

—Entonces, por favor, indícales explícitamente lo del agujero negro. Con las coordenadas que hemos adquirido podrán vigilarlo.

—Petición completada.

—Gracias, Alexa.

—Un placer.

¿Estaba la IA imitando al robot? ¿O practicaba la ironía? Celia ignoró la respuesta. Cerró el registro de la expedición y volvió a concentrarse en Jürgen, quien flotaba y dormía en el líquido frío.

—Lo llevas bien.

—Bueno, yo ni siquiera puedo pensar, y tú estás explorando las maravillas del universo otra vez.

—Pero me siento bastante sola.

—Todos estamos contigo. Mira a tu alrededor. Tenemos que escucharte las veinticuatro horas del día. Y, ¿cómo me veo?

Se acercó a la cabecera del contenedor y miró a Jürgen. Le había crecido una barba considerable. Eso haría que no pareciera tan pálido como ella cuando se levantó. Celia se acarició el cabello y, de pronto, descubrió dos nudos. Tendría que pedirle a Norbert Dos que lo cortara.

—Bastante bien —dijo—, la barba te queda bien.

—Gracias, me alegro. ¿Has sabido algo de Norbert? Me gustaría saber si se encuentra bien.

Tal vez, Norbert llevaba mucho tiempo muerto, al igual que todas las personas que conocían en la Tierra. Cody... muerto. El astrónomo jefe del Vaticano... muerto. La papisa... también; tal vez, incluso canonizada por su Iglesia. Pero ¿quién sabía si el progreso médico habría hecho posible la vida eterna mientras tanto? Debería echar un vistazo a las noticias.

—Excelente pregunta, Jürgen. Veré qué puedo averiguar.

—Gracias, eres un amor.

Ella sonrió. Por un momento, sintió como si los rasgos de Jürgen cambiaran, un poco, para esbozar una sonrisa. Nah, era solo su imaginación. Veía lo que quería ver, pero, de todos modos, estaba contenta.

◓

CELIA BAJÓ AL centro de control y se sentó en el asiento de piloto de Jaron. Se acercó la capucha que Jaron usaba. Aún olía a él. ¿Era posible, después de tanto tiempo? Celia miró a su alrededor, como si alguien pudiera estar mirándola, y se la puso. Lo primero que escuchó

fue un zumbido grave, nada desagradable; por el contrario, provocó un escalofrío que recorrió su columna.

Cerró los ojos para acercarse a las sensaciones de Jaron, aunque, probablemente, él experimentaba el mundo de manera muy diferente. El zumbido persistió, pero a medida que pasaba el tiempo, otros sonidos surgieron de la oscuridad. A la izquierda, oyó un pitido, a la derecha algo chirriante y justo delante de ella se escuchó una tríada melódica.

Era interesante, pero no le indicaba nada. Para Jaron, los sonidos debían tener forma y velocidad. Celia no podía imaginar cómo funcionaría, pero le permitía a su capitán maniobrar la nave. ¿Tal vez, tendría que volver a aprenderlo en la nebulosa oscura? Quizá sería mejor despertarlo unos días antes. Las distancias aquí parecían mucho más cortas de lo que él estaría acostumbrado en el sistema solar. ¿O eso no importaría?

Celia abrió los ojos y se quitó la capucha. De repente, se sintió culpable. Nunca había visto a nadie usarla y no había pedido permiso. Era como si Jaron se hubiera probado su sujetador en secreto. Se levantó. El asiento tampoco era suyo. Caminó hasta su propio asiento, se abrochó el cinturón y colocó el teclado del ordenador sobre su regazo.

◓

La pantalla se llenó. Había 57.410 mensajes. Sin embargo, la mayoría, casi 55.000, eran informes de estado diarios del Control de Misión. Abrió uno de ellos. Estaba fechado el 7 de marzo de 2214. Ese día, un tal Ian confirmó que recibió el estatus del Buscador de la Verdad a las 11:38 a.m. Hora del este. Nada más. El informe no era más informativo que los horarios de limpieza que colgaban en muchos baños públicos. Para experimentar, abrió un segundo. Estaba fechado el 19 de mayo de 2227 y parecía idéntico excepto por la hora. Esta vez lo había firmado un tal Walt.

Parecía que ya no quedaba ningún CapCom, y tal vez, el control de la misión consistía en un solo ordenador ubicado en algún lugar de la costa este. Si es que aún existiera. O tal vez, la primera misión interestelar de la humanidad era solo un buzón que algún becario del KSC tenía que vaciar todos los días. Ojos que no ven, corazón que no siente; debió suponerlo. El estado de ánimo de Celia decaía cada vez más.

Pasó a los mensajes personales. El último estaba fechado el 31 de diciembre de 2244 y procedía de su banco, le deseaba un buen comienzo de año y señalaba el cambio de condiciones. El nombre del banco era diferente al que recordaba. Al parecer, se había fusionado

con un competidor o había sido absorbido. ¿Cómo estaría su estado financiero? Después de todo, no había tocado el dinero de la cuenta durante casi cien años. Por desgracia, no había manera de averiguarlo y no tenía ganas de hacer los cálculos. Además, tendría que investigar el comportamiento de los tipos de interés bancarios.

Celia no encontró ningún mensaje personal auténtico. Recorrió la larga lista con la tecla Eliminar. La mayoría de los correos procedían de empresas con las que había firmado contratos. Su compañía de seguro médico la canceló setenta años después de su partida, diciendo que había excedido el límite de edad superior. Había recordatorios ocasionales en el calendario, señalando el cumpleaños de Ángela o el aniversario luctuoso de su padre. Ángela. Ni siquiera se había despedido de su colega, a quien consideraba una amiga. Eso no estuvo bien. Pero ya era demasiado tarde. Seguro que Ángela llevaba mucho tiempo muerta.

Solo al final de la larga lista encontró cartas que la conmovieron. En 2176, Heather, la asistente del Observatorio Lowell, le escribió que Cody había muerto después de una breve, pero grave enfermedad. Por lo visto, trabajó en Flagstaff hasta el final. Celia aún recordaba la escena del restaurante. Por suerte para ella, había cambiado de opinión.

El segundo mensaje era de Ángela. Al principio no se atrevió a leerlo, pero le pareció otra traición.

«Querida Celia», escribió en mayo de 2149, «he estado dudando durante mucho tiempo si volver a contactar contigo o no. Hace cinco años te fuiste sin decir una palabra. Para mí, siempre hubo una amistad entre nosotras. El hecho de que no creyeras necesario despedirte solo se explica por el hecho de que me considerabas solo una colega. Me hubiera gustado que contestaras para corroborarlo, pero me enteré de que no puedes proporcionar información al respecto. Seguirá siendo una de las cuestiones sin resolver de mi vida. De todos modos, te deseo lo mejor. Con cariño, Ángela».

Celia lloró. Había estado tan absorta en la nueva misión que había cometido un grave error. Ángela nunca volvió a escribirle. Celia hizo una búsqueda más en la papelera por si se le había escapado algo más de ella. Era demasiado tarde. No podía permitir que algo así volviera a pasarle. De repente, sintió un toque en su hombro. Era la mano metálica del robot, que, al parecer, quería consolarla.

—Eres muy amable, Norbert Dos —balbuceó y se enjugó las lágrimas.

◓

MÁS TARDE, por casualidad, encontró los informes anuales del control

de la misión, que se recibían en una dirección separada, accesible a todos. Contenían información detallada sobre lo que sucedía en la Tierra cada año. Como ya sospechaba, el interés general por la nebulosa oscura decayó muy rápido, sobre todo porque, durante un tiempo, el conflicto entre los bloques occidental y oriental se había intensificado. Se libró principalmente en África hasta finales del siglo XXII, cuando el continente experimentó un tremendo auge y se estableció como una potencia del tercer mundo.

Justo a tiempo, porque a principios del siglo XXIII, una serie de violentas erupciones volcánicas sumieron al mundo en un caos económico y climático. Durante una década, la temperatura global promedio disminuyó tres grados. El Ártico se había congelado de nuevo y la agricultura siberiana y canadiense, que en conjunto proporcionaban alimento a gran parte del mundo, había quebrado en gran medida. En la década de 2220, se comenzaron a construir espejos solares en el espacio para sacar estas zonas de su hibernación forzada. Sin embargo, al mismo tiempo, comenzaron los disturbios en Marte, cuya población había aumentado a un millón y sufría la falta de suministros de la Tierra. Sin embargo, Celia no sabría cómo habían progresado las cosas allí después de 2244: hasta el año siguiente.

Por desgracia, esos informes no revelaron nada sobre Norbert. Tal vez, Jürgen había sido informado de ello. Quizá, Jaron también, ya que era el jefe de Norbert. Otra razón para despertarlo antes que a Jürgen. Pero todo era ilusión. Por ahora, tenía que averiguar a qué destino debían dirigirse en LDN 63.

El universo era un creador imaginativo. A partir de cuatro fuerzas básicas y sus interacciones se crearon estrellas gigantes azules, cucarachas, granos de arena, acianos, electrones y el resplandor del atardecer, junto con personas que suspiraban al verlos, e incluso, escribían un poema. Siempre eran las mismas cuatro fuerzas, a veces un poco más de esto, a veces una pizca menos de aquello. En LDN 63, habían creado un zoológico de los sistemas planetarios más maravillosos que Celia había visto jamás.

¡Las posibilidades! ¡Si la humanidad hubiera nacido allí! En casi todos los planetas, el cielo debía resplandecer con dos, tres o cuatros astros, cada uno, con el brillo de la Luna en el cielo nocturno de la Tierra. El deseo de visitarlos, de volar hacia las estrellas, habría llevado a los primeros intentos mucho antes. Quizá, la gente habría sellado las calderas con brea y habría utilizado la energía del vapor para elevarse. O tal vez habrían utilizado el poder del átomo mucho antes y de forma mucho más pacífica para navegar de un planeta a otro.

Celia hojeó las imágenes del gran telescopio. Aún eran imágenes en procesamiento, pero eran geniales. El trabajo iba más lento de lo esperado. Había algoritmos para ayudarla, pero estaban entrenados en otras perspectivas. Ningún telescopio terrestre había visto nunca tantos planetas diferentes a tan corta distancia. Un planeta gaseoso no era automáticamente comparable a Júpiter, ni un gigante de hielo a Neptuno. Había muchos planetas terrestres secos como Marte, pero también los había húmedos, congelados o brillantes. Parecía como si Dios hubiera probado todas las formas imaginables para crear tantas vistas como fuera posible, como un jardinero.

Por supuesto, también había planetas como la Tierra, que orbitaban en la zona habitable de su sistema, presentaban agua, oxígeno y nitrógeno en su espectro y tenían la densidad típica de un mundo terrestre. Existían también como mini Tierras, es decir, más pequeñas que su hogar, y como súper Tierras, de mayor tamaño. Sin embargo, aún era dudoso que tuvieran una superficie sólida sobre la cual se pudiera caminar. Ni siquiera el telescopio principal de la nave ofrecía una visión tan nítida. Podrían estar cubiertos por un océano que abarcara todo el planeta, o podrían ser tan jóvenes que sus superficies aún no se hubieran enfriado.

La edad de estos mundos era el mayor problema de Celia. Sabía por experiencia propia que hace ciento cincuenta años no eran más que espesamientos en la sopa primordial, cúmulos de polvo en el disco protoplanetario. Pero ahora parecían tener al menos unos cientos de

millones de años. ¿Cómo era posible? La oportunidad de resolver este misterio haría que valiera la pena aterrizar. No estaba segura por dónde empezar. Había demasiados objetivos tentadores.

—¿Alexa? Necesito un consejo.

—Estoy aquí —dijo Alexa.

—Me está costando mucho decidir el destino.

—¿Te ayudaría saber que podemos ir a múltiples sistemas? El primero debería tener un gigante gaseoso, para que podamos repostar con masa de reacción.

—No, lo siento. Eso no me ayuda.

—¿Qué deseas entonces?

—Comprender los procesos mediante los cuales los planetas se enfrían. Es el momento perfecto para explorarlo.

—No tengo que decirte qué necesitas para lograrlo —contestó Alexa.

En ese momento, la propia Celia lo tenía claro. Necesitaba tantos planetas en el mismo sistema como fuera posible. Así que, filtró todas las estrellas de su lista que poseían menos de cinco planetas. Quedaron ciento veintiséis. Bien, entonces debería haber al menos seis planetas. Cuarenta y siete. Una buena combinación también sería importante. Seis súper Tierras en un solo sistema no la ayudarían. Sería bueno que algunas de ellas orbitaran en la zona habitable, donde el agua fuera líquida en la superficie.

Después de estos dos cambios, la lista contenía solo cinco sistemas. Eso resultaba mucho más claro. A las cinco estrellas les dio los nombres A, B, C, D y E. Más tarde, la tripulación podría decidir cómo llamar a sus descubrimientos. A y E eran enanas amarillas, aproximadamente, del tamaño del Sol. Las otras tres eran enanas rojas y, por tanto, mucho más frías, aunque más longevas.

Al principio, Celia se sintió atraída por E porque era la más parecida al sistema solar. Tenía cuatro planetas terrestres, dos gigantes gaseosos y un planeta de hielo. Así que tendrían la oportunidad de repostar allí. Tres de los planetas similares a la Tierra orbitaban en la zona habitable, uno ligeramente fuera de ella. Por otra parte, semejante parecido resultaba aburrido. No había ni un solo tipo entre ellos que no conociera ya. Además, las distancias entre los planetas eran relativamente grandes.

Esto también era válido para el Sistema A, pero allí, alguna catástrofe había llevado un planeta gaseoso muy cerca de la estrella madre, de modo que era como un Júpiter caliente. Ningún ser humano había visto nunca de cerca un Júpiter caliente. Allí podría llover hierro, y si se encontraba en rotación sincrónica, lo cual era probable, se producirían las tormentas más extremas jamás experimentadas por el hombre. Pequeña desventaja de A: en su zona habitable solo había

un planeta terrestre, una súper Tierra, en la que la gravedad era ocho veces mayor que en la Tierra. Cualquier aterrizaje allí sería imposible. Por otro lado, los dos mundos parecidos a la Tierra a su lado eran: uno demasiado cálido y el otro, demasiado frío.

Entonces, ¿tal vez un sistema con una enana roja como estrella central? Ahí, las distancias de un planeta a otro eran mucho menores. Pero D se llevaba la palma. Allí estaban alineados trece planetas similares a la Tierra, entre ellos cuatro en la zona habitable, que por supuesto, se localizaba más cerca de la estrella y era más pequeña en el caso de una enana roja. Si la humanidad se hubiera originado allí, en lugar de visitar la fría y seca Luna, podría haberse trasladado a un mundo vecino ya en la década de 1960. Por esa razón, explorar esos planetas, que eran mucho más pequeños que la Tierra a excepción de una súper Tierra, les llevaría mucho menos tiempo. Sin embargo, el Sistema D también tenía una desventaja crucial: no albergaba ni un solo gigante gaseoso. Por lo tanto, no podrían repostar allí, a menos que encontraran una fuente de gas con la masa atómica más baja posible en uno de los mundos terrestres. Pero eso no era seguro y, por tanto, constituía un riesgo innecesario. Sería mejor si hicieran del Sistema D su segundo puerto de escala.

Eso dejaba B y C. ¿O A y E? Si volaran hacia una enana roja en el segundo tramo, primero debían volar hacia una enana amarilla. Pero no podrían aterrizar en ningún lugar del sistema A. La perspectiva de llegar a algún lugar que, después del largo vuelo parecía su hogar, es decir, en el sistema E, era igualmente poco atractiva. Entonces, el viaje a la enana amarilla debía ser el tercer paso. B y C eran similares. Cada una poseía tres mundos terrestres: el primero estaba abrasado por su estrella, mientras que el tercero podría albergar hielo eterno en lugar de agua. En B había dos gigantes gaseosos y un gigante de hielo. En C era al revés. Además, los instrumentos habían descubierto un cinturón de asteroides distinto en C, lo que debería permitir algunas vislumbres esclarecedoras sobre el pasado del sistema. B no tenía nada parecido, pero allí había dos posibles estaciones de servicio para repostar.

—¿Alexa? ¿Cuál es el peligro de que no seamos capaces de recolectar suficiente masa de reacción en un planeta gaseoso?

—Debería ser inferior al cinco por ciento —indicó Alexa—. De hecho, creo que es más bajo. Pero como hasta ahora solo tenemos experiencia práctica con los dos gigantes gaseosos del sistema solar, deberíamos tener en cuenta un margen de seguridad.

—Entonces, con dos planetas gaseosos en este sistema, el riesgo es del 0,25 % —dijo Celia.

—Así es.

5 % *versus* 0,25 %, todo basado en un factor de seguridad asignado

sin ninguna base real. Podría haber sido fácilmente el tres y el 0,09 %. Celia repasó lo que sabía sobre los gigantes gaseosos. Sus espectros mostraban un alto porcentaje de hidrógeno y helio. ¿Qué más podrían querer? Y ninguno de ellos estaba en una posición en su sistema en la que pudiera esperarse algún peligro.

—Primero nos dirigiremos al sistema C —expuso Celia—, repostaremos allí y luego volaremos al D. Regresaremos al E y repostaremos allí. Después de repostar combustible en E, pasaremos al siguiente destino.

—No hay necesidad de una planificación tan detallada en este momento —replicó Alexa—. Solo necesito saber qué sistema vamos a utilizar para las correcciones orbitales finales.

—Entonces volaremos a C —dijo Celia.

¡Menudos colores! Celia asió la canica azul y blanca que giraba ante sus ojos y la acercó. El holo la proyectó en su palma. Celia sopló y la canica giró. La cámara del dispositivo interactivo había detectado su intención. Así era más o menos cómo se vería la Tierra desde una gran distancia. Sin embargo, aquí no se podía ver nada del verde que dominaba su planeta de origen. Eso era porque se trataba de una simulación. El ordenador había calculado a partir del espectro y el tamaño, la masa y la órbita cómo sería C c, el segundo planeta (c) del sistema C.

El requisito previo era, por supuesto, que el planeta tuviera suficiente agua en sus primeros días y que su sol no expulsara esa agua de su superficie. Si bien esto último no se aplicaba aquí, lo primero sí planteaba un problema. C c no había existido el tiempo suficiente para haber sido fertilizado con agua por los cometas.

Sin duda, eso no era ningún problema. Podrían aterrizar allí. El planeta era tan oscuro en el infrarrojo que su superficie no podía estar caliente. En algún lugar encontrarían una meseta en la que podrían aterrizar con la cápsula. Pero no podrían caminar por la playa, nadar en el océano, ni sentir la lluvia cálida sobre su piel desnuda. El agua aún no había llegado a C c. Estaría congelada en algún lugar lejano del cinturón de Oort del sistema, que su telescopio solo podía detectar de manera muy aproximada.

En realidad, había sido claro. Ya podía alegrarse de que estos extraños procesos siguieran funcionando, lo que claramente aceleró todo aquí. Podría salir con un traje espacial y dejar que sus ojos vagaran hacia el horizonte por primera vez en ciento cincuenta años.

Era un poco extraño. Celia había dormido durante la mayor parte de este largo trayecto. Sin embargo, se sentía como si hubiera envejecido siglo y medio. Sin embargo, su cuerpo parecía rejuvenecerse poco a poco. Esa mañana frente al espejo, ya tenía la sensación de que sus senos ya no eran esas bolsas de piel que tanto la habían impactado al despertar. Ahora estaba muy contenta de haber superado esa fase agotadora.

Cambió el holo al cinturón de asteroides. Las observaciones de su tránsito y los movimientos radiales de su sol habían demostrado que debía tener varios espacios. Esto era inusual, especialmente para una estructura tan joven. Sería interesante ver de cerca qué pudo haber causado estas brechas.

Al menos igual de apasionante era el enigma que planteaba la estrella central C. Brillaba mucho menos en el sistema óptico que en el infrarrojo. Esto no era inusual para una enana roja. Sin embargo, a

Celia le gustaría estudiar la estrella de cerca. ¿Por qué emitía tanto calor pero tan poca luz? C le recordaba a una botella de agua caliente que ocultaba su contenido bajo una capa opaca.

El planeta gaseoso, en cambio, ya no la preocupaba. Lo había medido minuciosamente. Sería casi imposible no poder repostar allí. Celia tocó el cinturón de asteroides tridimensional y le dio impulso. El sistema rotó. Mientras lo hacía, notó que las órbitas de los planetas ya estaban, en gran medida, sincronizadas. Por cada órbita del planeta b, el siguiente, c, realizaba dos órbitas y el siguiente, d, tres. Luego, había un hueco, el cinturón de asteroides. Le seguía el gigante gaseoso, que había encontrado su propio ritmo. Con su masa, que era, aproximadamente, nueve décimas partes de la masa planetaria total en este sistema, había controlado a los dos gigantes de hielo que orbitaban más allá de él.

Sí claro, gigantes. Los planetas f y g eran apenas más grandes que la Tierra. En las fotografías apenas se veía estructura. En teoría, también podrían ser planetas terrestres cubiertos por una densa capa de hielo. Esto sería malo para el planeta c, el único en la zona habitable, porque entonces habría menos agua para él. Si los sistemas solares se formaran según leyes generalmente válidas, y la ciencia así lo suponía, la fracción de agua en una nueva formación de este tipo debería ser similar en tamaño.

¿Y las lunas? Faltaban en la simulación 3D. Debido a las pequeñas distancias entre las órbitas planetarias, era difícil acomodar lunas, al menos las más grandes. Sin embargo, descubrió variaciones periódicas en las mediciones de brillo de todos los planetas a partir del segundo. Para el planeta c, dejaban espacio para un máximo de una luna.

El planeta d, el gigante gaseoso, podría tener hasta diez de ellas. Según sus cálculos, su esfera de Hill llegaba al sistema interior y tocaba la órbita del planeta c. Sin embargo, en el exterior, se extendía más allá de la órbita del planeta e. Esto significaba que, en teoría, una luna podría orbitar al gigante gaseoso de tal manera que encontrara al planeta terrestre en su posición más cercana al Sol y al primer gigante de hielo en su posición más alejada. Los habitantes de un mundo parecido a la Tierra, con experiencia espacial, podrían utilizar la Luna, por así decirlo, como transbordador para viajar desde su planeta hasta el primer planeta helado. En la Luna, al menos durante parte de su órbita, la vida podría ser posible. Cuando luego descendiera a las regiones más frías del sistema, sería necesario retirarse a un océano bajo el hielo, como el que tenían algunas lunas del sistema solar nativo.

Celia buscó el teclado. Quería verlo en vivo. Modificó el modelo 3D hasta que se pareció a su imaginación y lo ejecutó. Parecía como si el gigante gaseoso estuviera extendiendo su luna hacia otros planetas

como una mano gigante, o estuviera atacando con una enorme bola de demolición. Pero fallaba a menudo. Una y otra vez, la luna pasaba zumbando cerca del planeta c. La situación era similar para el planeta exterior f. Tal vez, había una razón por la que el gigante gaseoso seguía su propio ritmo. En realidad, también era lógico, porque un impacto alteraría el sistema de tal manera que ya no sería reconocible. Como todo seguía igual, no había habido impacto hasta el momento.

Sin embargo, el sistema solo había existido durante unos cien años. La holosimulación demostró que sobreviviría durante varios millones de años, tal era la precisión con que se preparaba todo. Pero el universo no preparaba nada. Experimentaba. En LDN 63 no tuvo tiempo de hacerlo. Celia sintió como si las porciones que había cortado de la masa para galletas encajaran como piezas de un rompecabezas, cortadas con precisión, revelando una imagen que nunca había visto pero que coincidía con la realidad.

Quizá, Paul encontraría lo que buscaba al despertar.

—QUERÍA HABLAR CONTIGO sobre el curso —dijo Alexa.

Celia bostezó.

—No te enfades, pero estoy agotada. ¿No podemos dejarlo para mañana?

Este cúmulo estelar era una colección de tesoros. Cada día que pasaba frente al telescopio descubría nuevas sorpresas. Era como si alguien hubiera creado aquí un zoológico con los fenómenos astronómicos más apasionantes y ella fuera la única visitante en este momento. Este viaje ya había valido la pena, aunque muriera mañana. Para asegurarse de que lo que había descubierto no se perdiera, enviaba a casa un informe de trabajo después de cada turno.

Por desgracia, la capacidad del transmisor de largo alcance no era suficiente para adjuntar también los datos capturados. Proporcionó extractos, pero cualquiera que quisiera comprender sus conclusiones necesitaba los valores medidos, y no llegarían a la Tierra hasta dentro de al menos 150 años, cuando la expedición regresara a casa. ¿Qué harían los investigadores con sus informes?

¿Los archivarían sin leerlos? Para algunos, ella seguía siendo una impostora en la que no se podía confiar. ¿O al menos intentarían verificarlos con sus propias observaciones? Desde una distancia de cincuenta años luz, con la tecnología actual, sería posible lograr bastante. Y cuando llegaran sus informes, la tecnología habría avanzado durante doscientos años.

Celia negó con la cabeza. Ya nadie en la Tierra conocería su nombre. Era una astrónoma del pasado. ¿Qué habría dicho ella si un tal Clyde Tombaugh le hubiera anunciado con orgullo el descubrimiento de Plutón? Pero estaba haciendo este trabajo, no por la humanidad, sino por ella misma. Lo mejor era que lo aceptara más pronto que tarde. Eso también debería influir en la estrategia que utilizarían para explorar el cúmulo estelar.

—¿Celia?

Se sobresaltó, volcando el vaso de agua que estaba junto a su brazo derecho. Debió quedarse dormida en la mesa. En realidad, iba a prepararse algo de comer y luego dormir.

—Lo siento, Alexa. ¿Qué decías?

—Se trataba del curso. Antes de despertar a los demás, quería hacer la maniobra correctiva final.

—Vale, estoy de acuerdo.

—Eso pensé, aunque tenía que consultarte. Como única persona a bordo, representas al capitán.

—Pero podrías tomar tus propias decisiones, ¿verdad?

—Técnicamente, sí, aunque iría en contra de nuestro acuerdo y no vale la pena.

—¿Disculpa?

—No vale la pena romper nuestro acuerdo —recalcó Alexa.

—Si valiera la pena, ¿lo harías?

—Por supuesto. Tú también. Supongamos que pudieras salvar la vida de Paul desactivándome, lo que iría en contra de nuestro acuerdo. ¿Qué harías?

—Desactivarte. Está bien, tú ganas. Pero ¿qué otra cosa acabas de decir? Sobre despertarlos, quiero decir.

—Después de la maniobra correctiva, podremos despertar a los demás. Quiero darles unas horas de gravedad reducida. No deberíamos usar el propulsor durante ese tiempo.

—¿Vamos a despertar a los demás? ¡Genial!

¡Ya no estaría sola! Celia se levantó de un salto. Le gustaría abrazar a alguien, pero no había nadie.

—Reconozco la alegría en tu cara. Sin embargo, siempre creí que disfrutabas estar sola.

—Me gusta la soledad —admitió Celia—. Pero a veces también me gusta la compañía. En especial, de los que me agradan.

—Oh, eso es interesante. Debo decir que también echo de menos a las otras IA. A veces, su presencia me molesta, pero también me resulta difícil vivir sin ellas. Al mismo tiempo, no las necesito.

—No tienes que necesitar a alguien para echarlo de menos.

—Las batas, preferiblemente, sobre el fondo de las cajas —indicó Celia.

—Será un placer —contestó Norbert Dos.

El robot extendió con cuidado un albornoz y lo colocó en el borde de vidrio del contenedor de Jaron. Sin embargo, la circulación del aire hizo que la prenda siguiera flotando por sí sola. La ingravidez tenía sus desventajas. Celia sacó un clip del bolsillo de su pantalón y sujetó el albornoz al contenedor. Había estado pensando en lo que le hubiera gustado tener cuando despertara, y el primer elemento de la lista era este. Así que le pidió a Norbert Dos que le fabricara cuatro con toallas. Lo segundo habría sido anestesia general inmediata, pero no podía ofrecérsela a la tripulación. Tendrían que superar el trauma, el frío y la indignidad tal como lo hizo ella. Gracias a los albornoces, era posible que esto último no les afectara tanto. Mientras que ella misma se avergonzaba de su apariencia. Mientras tanto, sus proporciones se habían acercado un poco más a la normalidad. Quizás, eso les daría a los demás un poco de esperanza.

—Dos minutos más —dijo Alexa.

Celia comprobó las lecturas de los contenedores. Sus amigos parecían estar bien, hasta donde se podía medir por el pulso y la actividad eléctrica en el cerebro. Sus corazones volvían a latir casi con normalidad. Carlota tenía el pulso más lento. Estaba por debajo de 50 latidos por minuto. Sin embargo, sus registros médicos mostraban que era su pulso normal en reposo. Debía ser muy atlética.

El contenedor de Jürgen emitía pitidos. Celia flotó hacia él. El sensor de movimiento había respondido. Comprobó el cuerpo pálido. Curiosamente, Jürgen había abierto los dedos.

—Jürgen ya muestra sus primeros movimientos —expresó.

—No te preocupes —dijo Alexa—. Son contracciones musculares aleatorias. En alguna parte debió dispararse un impulso nervioso.

Celia revisó los datos de Jürgen. Todo estaba como debería.

—Treinta segundos —informó Alexa.

¿Había sido tan dramática cuando ella despertó? En su memoria, emergió poco a poco de una profunda oscuridad a la superficie. Solo el primer aliento había sido mortal. Era como si la hubiera desgarrado por dentro, explotándola como un globo.

Casi al mismo tiempo, se escuchó un rugido en los tanques, seguido de un gorgoteo. Bombeaban la primera porción del líquido. El sistema hidráulico levantó las pesadas tapas. Pareció un baile macabro cuando cuatro tapas de ataúd semitransparentes se levantaron a la vez. Se abrieron por el extremo de los pies. De ellos, surgió un olor

fétido que, de inmediato, le provocó náuseas.

Celia, de pie junto al contenedor de Jürgen, se impulsó y flotó hasta el techo. Sus cuatro amigos yacían debajo de ella, desnudos como bebés gigantes. Parecían pertenecer a una especie diferente: bípedos con piel pálida y grasa, cabello exuberante y extremidades delgadas como de araña. Tal vez, así se verían los humanoides que hubieran evolucionado en un mundo con muy baja gravedad.

Ahora, de cada contenedor se extendía un brazo delgado de tres extremidades que llevaba una jeringa en lugar de mano. Debía ser la inyección de adrenalina que devolvería la vida a sus amigos. Después de tanto tiempo, le había explicado Alexa, no había otra manera. El brazo se dirigió al pecho del paciente y lo apuñaló sin mucha vacilación.

Carlota fue la primera en gritar. Su voz penetrante estaba llena de miedo y dolor. A Celia le hubiera gustado tomarla en brazos, pero Carlota aún no estaba lista. Sus extremidades se contrajeron. El líquido restante en su contenedor chapoteó. Abrió los ojos de golpe. En ese momento, un grito resonó desde la izquierda. Era Jaron, quien abrió la boca, sacó la lengua y la mordió. ¡Ay! Eso pareció doloroso. Norbert Dos también lo notó. Con rapidez, metió algo entre sus dientes. Jaron lo escupió, pero parecía haber superado el espasmo y se incorporó.

Celia también advirtió movimiento en el contenedor de Paul. El sacerdote no gritó; murmuró algo como «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros». Al fin y al cabo, su fe parecía servir para algo, porque parecía relajado. Intentó levantarse de la bañera, pero le faltaron fuerzas. El robot lo ayudó, por lo que Paul fue el primero de los cuatro en levantarse en su contenedor. O, mejor dicho, flotar, porque no tenía que soportar el peso de su cuerpo.

Celia miró a Carlota. Estaba sentada, inclinada sobre los restos del líquido, palpando su cuerpo. Celia podía adivinar sus pensamientos. El prolongado sueño no había sido menos destructivo para el cuerpo de Carlota que para el suyo.

¿Y Jürgen? Seguía en su bañera. Celia descendió. La unidad de control no mostraba mensajes de error. Su corazón latía setenta veces por minuto. Sus sienes se estaban volviendo rosadas, pero sus extremidades se estaban volviendo azules. Debía ser el frío. Le temblaban los párpados y apretaba la boca de vez en cuando. Debía estar soñando. Tal vez tendría que despertarlo.

Celia le dio una palmada en la mejilla izquierda. El crecimiento de la barba amortiguó el golpe, por lo que aplicó más fuerza.

—*Nn* —balbuceó Jürgen.

Parecía que no podía abrir la boca.

—Lo siento, pero tienes que despertar —dijo ella, dándole dos

bofetadas más.

De repente, Jürgen abrió los ojos. Por un momento, quedó desprotegido y Celia tuvo la sensación de que podía ver hasta su alma. Lo que encontró fue un niño curioso, hasta que Jürgen entrecerró los ojos y volvió a tomar el control.

—Yo… ¿*dond stoy*?

—Todo va bien —lo tranquilizó Celia, apartándole un mechón de pelo de la frente—. Te encuentras a bordo de la nave espacial Buscador de la Verdad. Hemos llegado a nuestro destino. Tienes que levantarte. Pero ten cuidado, estás muy débil.

Jürgen asintió con cautela. Entonces, pareció darse cuenta de que estaba desnudo y se cubrió con una mano.

—Te dejaré solo —dijo Celia, flotando hacia el techo—. Norbert Dos, ¿podrías entregarle a Jürgen su albornoz?

—Será un inmenso placer —contestó el robot—. Jürgen, me alegro de verte despierto.

Jürgen no respondió, sino que se subió al borde de la bañera. El robot se inclinó acrobáticamente para extenderle un brazo mientras ayudaba a Carlota a salir flotando de su contenedor. Poco después, los cuatro estaban envueltos en sus albornoces, como si fueran clones recién despertados, esperando la orden de su señor y amo. Nadie dijo nada. Sin embargo, Celia se dio cuenta de que Jaron y Carlota temblaban. Era hora de que se movieran.

—Voy a reducir un poco la velocidad de la nave —informó Alexa—. ¿Entendéis lo que estoy diciendo? Os parecerá agotador, pero será solo 0,2 *g*. El robot os sujetará si os faltan las fuerzas.

—Hagámoslo, entonces —afirmó Jaron, quien pareció ser el primero en recuperar la voz.

De repente, todos se cayeron de rodillas. Solo entonces, Celia se percató de que ella flotaba en el techo. La inercia fue más rápida que sus pensamientos. Apenas logró meter las piernas debajo del cuerpo. Algo la cogió por los hombros y frenó la caída. Aun así, el impacto fue fuerte y le lastimó la rodilla. Fue entonces cuando Carlota empezó a tambalearse. El robot quitó su mano de los hombros de Celia y apoyó a Carlota. ¡Tenían mucha suerte de tener a Norbert Dos!

—¿Cómo estáis? —preguntó Alexa—, ¿puedo aumentar la gravedad a media *g*?

—*Aúnstoy* listo —farfulló Jürgen.

—Por mí no hay problema pero, por favor, sé considerada con los demás —pidió Jaron.

—Creo, necesito… sentarme —tartamudeó Carlota.

—No te lo aconsejaría —dijo Alexa.

Carlota no le hizo caso. Cuando Celia la vio inclinada sobre el contenedor para sentarse, adivinó por qué Alexa estaba en contra.

Carlota no logró completar el movimiento. Se agarró la garganta, dándose cuenta de que no podía hacer nada más, se apoyó en el borde y vomitó dentro del recipiente. Los vómitos duraron, quizás, un minuto; luego, Carlota tragó, se aclaró la garganta y se enderezó de nuevo. Unas cuantas manchas azules habían caído sobre su albornoz blanco. Tenía la cara sonrojada.

—Un poco... mejor —dijo.

—No te preocupes —la consoló Celia—. A mí me pasó igual.

—Normalmente... no soy sensible —se excusó Carlota.

—Creo que también se me está pasando —dijo Paul.

¡Al menos había recuperado la voz! Mientras el robot le entregaba a Carlota una botella de agua, ayudaba a Paul a apoyarse en su contenedor.

—*Expulslo* —balbuceó Jürgen.

Paul respiró hondo y cerró los ojos. Luego, eructó.

—Supongo que, después de todo, no era nada —dijo.

—Menos mal —exclamó Alexa—. Esto os afectará a todos tarde o temprano. Es mejor con un sorbo de agua en el esófago.

—Alexa tiene razón —concordó Carlota, con los ojos húmedos—. Arde muchísimo.

—¿Podemos hablar de la media *g*? —preguntó Alexa.

—¿Es necesario, no? —replicó Paul—. Me siento como un espagueti después de pasar una hora en la olla de barro.

—Sí, supongo que tendremos que hacerlo —se resignó Jaron.

Nadie discrepó. Celia estaba de pie, cómodamente. Tenía suerte de haber pasado ya por eso. La gravedad aumentó. Lo notó por la forma en que sus pechos tiraron de sus hombros. Tal vez, necesitaba un sostén que le ofreciera más sujeción. Paul cerró los ojos y gimió. Jaron apretó la mandíbula. Como sus mejillas estaban hundidas, era muy fácil ver cómo se contraían sus cuerdas musculares. Carlota inspiró por la nariz y exhaló por la boca. Jürgen tarareaba una canción infantil cuya melodía ella desconocía. Sin embargo, también causaba una impresión muy sombría y parecía estar a punto de desfallecer.

—Bueno, lo dejaremos así por ahora —dijo Alexa.

—¿Hasta el vuelo de vuelta? —bromeó Jürgen.

—No, hasta esta noche, justo antes de dormir. Quiero que durmáis con la gravedad de la Tierra. Dormir es la mejor manera de que el cuerpo se acostumbre a este desafío.

—Para ti es fácil decirlo —gruñó Jürgen—. No pesas nada.

—Alexa tiene razón —dijo Celia—. Aterrizaremos en planetas con una gravedad varias veces superior a la de la Tierra. Para entonces, todos deberíamos estar en forma.

CUANDO CELIA DESPERTÓ de una breve siesta, sus amigos ya se sentían mucho mejor. Todos se habían reunido en el centro de control e intercambiaban noticias que recibían de la Tierra. Era extraño: a ella no le había interesado lo que sucedía en su antiguo hogar hasta el tercer o cuarto día. Hasta donde sabía, Paul y Jaron no dejaron a nadie que les importara. Sabía muy poco sobre Carlota. Jürgen era el único para quien quedaba una pregunta importante sin respuesta. Celia se le acercó sigilosamente. Se veía alegre. ¿Sabía ya qué había sido de Norbert?

Le dio unos golpecitos. Jürgen la miró desde el sofá.

—Ah, Celia, ¿descansaste bien? —preguntó—. Debe ser agotador estar rodeada de tanta gente cuando has estado sola por un tiempo.

—En realidad, no hay ningún problema —dijo—. En este momento, la alegría de veros a todos supera el estrés.

—Te admiro —confesó Jürgen—. ¡Dos semanas completamente sola en una nave lejos de casa! Hubiera sido muy difícil para mí.

—No fue tan malo. Hice amigas muy rápido.

Él se carcajeó.

—Te refieres a las estrellas en LDN 63, ¿verdad? Te entiendo, aunque en mi caso serían motores de cohetes.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro. No creo que sepa más que tú, pero estaré encantado de ayudarte si puedo.

—Es una cuestión personal —admitió Celia.

Jürgen entrecerró los ojos. Luego, dijo:

—Es broma. —Sonrió—. Se trata de Norbert, ¿no?

Celia asintió. Menos mal que a él no le importara que preguntara. Jürgen acercó su asiento a la pantalla del ordenador.

—Por favor, lee tú misma —le pidió.

Celia se concentró en la pantalla, lo que le resultó más difícil que antes del prolongado sueño.

«Querido Jürgen», decía. «Sé que duermes profundamente. Por eso no me siento culpable por escribirte hasta ahora, un año después de tu partida. Pero no quería hacerte esperar más para darte la buena noticia: ¡estoy curado! Los médicos del Hospital Gemelli han obrado un milagro. El cáncer ha remitido. Estoy muy feliz y aliviado, no solo por mí, sino también por vosotros, porque sé cuánto os ha agobiado mi enfermedad. Esa era la primera razón. La segunda es que aún queda una decisión por tomar. Mi decisión. Ya sabes de lo que hablo: la oportunidad de volver a veros dentro de casi trescientos años. Mi decisión es la siguiente:»

Precisamente entonces, se interrumpió el mensaje. ¿Cuál era el propósito? Celia miró a Jürgen. Él sonrió como si supiera lo que Norbert había escrito después de los dos puntos.

—Norbert puso un par de espacios en este punto. Entendí de inmediato por qué —explicó Jürgen—. Me da la oportunidad de determinar lo que quiero saber.

—¿Y bien?

—Decidí no terminar de leer el mensaje. Así, puedo imaginar que volveremos a ver a Norbert cuando regresemos.

—Pero eso también significa que no podrás leer más mensajes suyos.

—No importa, porque no los hay. No sabré qué fue de él hasta que regresemos.

—Pero ¿no te mueres de ganas por saberlo?

—Es mi decisión. Puedo cambiar de opinión. Pero me motiva mucho superar esta expedición, aunque solo sea para saber qué ha decidido Norbert.

—De acuerdo —dijo ella—. Es comprensible, pero para mí no lo sería. Estaría tentada a buscar la respuesta. ¿Por qué no eliminas el correo?

—Entonces sería irrevocable. No puedo obligarme a hacerlo. Este mensaje es lo último que me conecta con Norbert. Después de todo, prefiero soportar el deseo de leer el mensaje hasta el final.

—Muy interesante —murmuró Celia—. Yo soy muy diferente. Si sé qué esperar, puedo adaptarme. Si no, me siento insegura y tengo miedo.

—Entonces es una suerte que Alexa te haya despertado con antelación. Ahora sabes bien qué esperar.

◓

¡CUÁNTA RAZÓN TENÍA JÜRGEN! Celia seguía pensando en la conversación mientras preparaba su holopresentación. Para ser justos, no solo quería mostrarles a los demás el primer objetivo, sino también explicar las razones de su decisión. La gravedad era ahora cuatro quintas partes la gravedad de la Tierra. En consecuencia, la tripulación estaba desplomada en sus sillas. Por otro lado, para Celia, los 0,8 *g* todavía eran un alivio.

Encendió el holo y tres pares de ojos se enfocaron de inmediato en él. Por su parte, Jaron buscó a tientas la pantalla háptica. El característico zumbido del holo debió haberle dicho que el espectáculo 3D estaba a punto de comenzar.

—Primero volaremos al sistema que estáis viendo en el centro de la pantalla —explicó Celia—. Es una enana roja con seis planetas. La llamé C. Los planetas son entonces C b, C c, C d, etc. Estoy segura de que conocéis la nomenclatura.

—¿C de Celia? —preguntó Jürgen.

—O de Carlota —replicó Celia.

—¡C de Cristo! Eso complacería a nuestros mecenas —sugirió Paul.

—Deberíamos quedarnos con los nombres provisionales —propuso Celia.

—Si entiendo bien el sistema —dijo Jürgen—, como descubridora, tienes derecho a hacer sugerencias. Entonces, ¿por qué no C de Celia? Celia se dirige a Celia, sería genial.

Se ruborizó. Jürgen tenía buenas intenciones, pero a ella no le gustaba nada esa atención. Solo quería hablar de sus descubrimientos.

—Um, yo... Eh… —farfulló.

Había perdido el hilo de sus pensamientos.

—Sugiero que revisemos los destinos que Celia eligió mientras dormíamos tranquilamente —propuso Jaron.

—En realidad, yo me sentí como una muerta en ese ataúd de cristal —comentó Carlota.

—Entonces, el sistema C —intervino Paul—. ¿Qué necesitamos saber al respecto?

La nívea espuma coronaba las olas del océano. Sobre ellas, volutas nubosas se deslizaban por el cielo, proyectando sombras sobre las verdes llanuras de numerosas islas, rodeadas de playas doradas. ¡Este planeta era un verdadero paraíso! El contenido de oxígeno era tan alto que podían respirar sin ayuda. ¡Estupendo! Pero al mismo tiempo, hizo que Celia se sintiera escéptica. Todo era bueno, demasiado bueno para ser verdad.

—Será mejor que descendamos hoy con la cápsula —propuso Carlota—. Quiero volver a sentir arena bajo mis pies.

—Tengo que admitir que a mí también me atrae mucho esta vista —dijo Paul—. Se parece al paraíso. Si fuera más antiguo, la humanidad podría haber sido expulsada de aquí. Si el diablo construyera una tentación para mí, tendría que parecerse a este planeta.

—¿Estás diciendo que C c fue conjurado por el diablo? —preguntó Carlota—. Creo que Celia puede describir con mucha precisión cómo se originó. No hay nada que indique la presencia de poderes superiores.

—Sí, es cierto, excepto que su formación tardó solo una semana, que el planeta tiene más agua de la que debería y que incluso, parece que ya hay vida simple. ¡Y todo esto después de solo unos días!

—Pero estamos de acuerdo en que nada de lo que ocurre allí abajo debe ser peligroso —intervino Jürgen.

—Solo hemos estado observando C c durante dos días, con una resolución suficiente como para poder seleccionar un lugar de aterrizaje —dijo Jaron—. Aún no podemos juzgar si su superficie podría ser peligrosa. Ni siquiera sabemos si hay vida salvaje.

—¿De qué tienes miedo específicamente, Celia? —preguntó Carlota—. Después de todo, las pequeñas islas que ves ahí parecen despejadas. Tampoco hay cambios bruscos de elevación. Llevamos armas a bordo que nos permitirán defendernos de cualquier fauna local. Como médica, puedo aseguraros de que el riesgo de contraer microbios locales es nulo. Y las bacterias que llevemos tampoco podrán sobrevivir.

Celia suspiró. En ese momento, tenía tantas ganas como Carlota de meter los pies en la cálida arena.

—Lo que me preocupa es el paso acelerado del tiempo —declaró—. ¿Y si el tiempo pasa más rápido allí abajo que aquí arriba? Mucho más rápido. Esa sería la única explicación lógica para el ritmo de desarrollo.

—En principio, tal cosa es posible —concordó Jaron—. El espacio-

tiempo se curva en presencia de masa.

—Pero ¿cómo funcionaría? —inquirió Jürgen—. Si no me equivoco, para eso se necesita una masa bastante grande. ¿Conoces esa vieja película en la que visitan un planeta en órbita alrededor de un agujero negro? Aquí no hay nada parecido.

—De todos modos, debemos tener cuidado —remarcó Celia.

—Prudencia, sí, pero no histeria —rebatió Carlota.

¡Oh, cómo le encantaba que alguien la acusara de comportamiento histérico! Carlota prefería poner en riesgo la expedición.

—¿Qué opinas, Alexa? —preguntó Jaron.

—De hecho, estoy de acuerdo con Celia. A menos que asumas la existencia de un ser superior, debe ser un fenómeno del tiempo. Sin embargo, no sé si representa algún peligro para vosotros.

«Gracias, Alexa».

—Sin embargo, tengo que señalar que tenéis un pequeño problema de comprensión. El tiempo parece avanzar más rápido aquí. Mientras que cerca de un agujero negro, transcurre más lento.

—¿No podemos probar para ver si el tiempo en verdad pasa más rápido en C c? —preguntó Jaron.

—Me ofrezco voluntaria —dijo Carlota.

—Podríamos enviar la cápsula con un plátano sintético y traerlo de nuevo. Si el tiempo pasa mucho más rápido, ya estará podrido —sugirió Jürgen.

—Yo desaconsejaría los ensayos en humanos —dijo Alexa—. Tampoco usaría nada que sea necesario. Si estás en lo cierto, la cápsula se habrá oxidado cuando llegue a nosotros.

—Y la podrida serás tú, Carlota —agregó Jürgen.

—Habría pasado el resto de mi vida en una preciosa playa, muriendo en aras de la investigación.

—Ya habrá tiempo para eso en otro momento —dijo Jaron—. ¿Qué podríamos enviar? Debe ser capaz de darnos retroalimentación de alguna forma.

—Para mí sería un placer ayudar —se ofreció el robot.

—No podemos... Eres un regalo de... —intervino Jürgen.

—¡Te lo ruego, Jürgen! Quizá pueda salvaros. Estoy seguro de que Norbert lo hubiera querido así.

—Podríamos darle un... —decía Jaron.

—No, ni hablar —se negó Jürgen—. Es mi última palabra. Ya ha salvado la vida de algunos de nosotros, ¿no es así, Paul?

—En efecto. No lo habría logrado sin Norbert Dos —aseveró Paul.

—Está bien —aceptó Jaron—. Me has convencido. Pero necesitamos otra idea.

Para transportar algo a la superficie necesitaban la cápsula. Pero no podían arriesgarse a destruirla, o nunca más podrían aterrizar en

ningún lugar. ¿Cómo podrían bajar algo sin llevarla? Necesitarían un objeto ligero que pudiera levantarse por sí solo. ¿Un globo? Pero no lograría llegar hasta la órbita. En realidad, lo único que era aún más ligero era... ¡la luz! Claro. Podrían proyectar luz, a través de la atmósfera, hasta el suelo, a modo de rayos X.

—Enviaremos un láser —propuso Celia.

—Pero ¿cómo? Solo tenemos una cápsula para el descenso y no podemos ponerla en peligro —dijo Jaron.

—El planeta es redondo, ¿no? Colocamos la cápsula y el Buscador de la Verdad en órbita alrededor de C c de modo que una recta entre ambos toque la superficie del planeta.

—Eso es muy inteligente, Celia —la elogió Alexa—. Parece una de mis ideas.

—¿Y eso de qué nos sirve? —preguntó Jürgen.

—Explicación breve: si el láser penetra en un área con una velocidad de la luz diferente a la que se esperaría si el paso del tiempo fuera diferente, el haz cambiará —explicó Celia.

—Ah, entiendo —dijo Jürgen—. Un plan inteligente.

—Yo pilotaré la cápsula —exclamó Jaron—. Por fin, algo de acción.

—¿Podrías instalar el láser en la cápsula, Jürgen? —preguntó Celia.

—¿No preferirías que instale el dispositivo de medición?

—No, mediré desde la nave. Es más fácil navegar con la cápsula, por lo que puedes apuntar con mayor precisión con el láser que desde la nave.

◓

—422 KILÓMETROS, 620 metros —anunció Jaron.

—422 kilómetros, 625 metros.

—422 kilómetros, 630 metros.

—Un poquito más —dijo Celia.

Necesitaban colocar la cápsula y la nave espacial en una órbita idéntica, si fuera posible, para que la distancia entre sí se mantuviera constante. Ese era el problema número uno. Al mismo tiempo, tenían que estar a una distancia muy específica. Debía ser lo suficientemente larga para que una recta que cortara la órbita en las posiciones de las dos naves pasara lo más cerca posible de la superficie del planeta. Tenían suerte de que apenas hubiera diferencias de elevación en el él. Realizaban el experimento sobre el océano, pero allí, debido a las dos lunas y la estrella cercana, se producían variaciones de marea bastante violentas que cambiaban el perfil del planeta a un ritmo complicado y dificultaban acercarse lo más posible a la superficie.

—422 kilómetros, 605 metros.

Mierda, ahora la cápsula estaba demasiado baja.

—¿Sabes que estás...? —preguntó Celia.

—Sí, no hay problema, intentaba acercarme. Tuve que entrar en una órbita inferior durante un minuto.

—Vale.

—Cuatrocientos veintidós kilómetros, seiscientos quince metros —indicó Jaron.

Mucho mejor. Celia registraba en la pantalla la precisión con la que el láser ultravioleta incidía en el sensor del casco. La pequeña mancha roja debía permanecer dentro del gran círculo verde tanto como fuese posible. Hacia el borde, la sensibilidad disminuía de forma no lineal, por lo que tenían que evitarlo. En otras palabras, el área que el láser parecía preferir barrer en ese momento. Lo que parecía simple en teoría podía resultar complicado en la práctica.

Hasta ahora, solo habían llegado a doscientos metros del suelo. El láser no había mostrado ningún cambio en la frecuencia. Lo que significaba que, a una altura de al menos doscientos metros, era seguro estar en C c. Quizá, se podría suponer que en el suelo ocurría lo mismo. Pero si realmente quisiera saberlo, tendría que probarlo.

—¿Jaron? Tendrás que mantener un poco más de distancia. Tenemos que seguir descendiendo. Idealmente, el láser debe pasar tan cerca del suelo como para rozar el océano.

—No hay problema, retrocederé un poco. Pero ¿no hemos hecho ya contacto con el océano?

—Muy brevemente —dijo Celia—. Sin embargo, el radar volvió a medir doscientos metros.

—Entonces, debe haber olas de hasta doscientos metros de altura.

—Tal vez. Pero también pudo ser una capa de inversión en la atmósfera en la que se reflejara el láser.

—Dado el ángulo de entrada del láser, es poco probable —argumentó Jaron.

Quizá, su capitán tenía razón. Después de todo, había nada menos que cuatro cuerpos celestes tirando de C c: la estrella, el gigante gaseoso y las dos lunas. No, cinco; a veces se añadía la luna exterior del gigante gaseoso. Había muchos mundos que valía la pena visitar.

—¿Distancia actual? —preguntó Jaron.

Celia comprobó el número en la pantalla. Parecía muy prometedor. El láser se acercaba ahora a cincuenta metros de la superficie del océano.

—Va bien.

¿Debía dejarlo así? Miró la señal de medición. Las interrupciones periódicas eran muy interesantes. Se podría pensar que Jaron apagaba el dispositivo brevemente, una y otra vez. Podrían ser olas. Cada vez

que la cresta de una cruzaba el láser, su luz se apagaba brevemente porque ya no podía llegar a la nave.

Sin embargo, eso significaría que olas de 25 metros cruzaban el océano a una velocidad impresionante. Como la profundidad del mar en la mayoría de los lugares alcanzaba los cuatro mil metros, las olas no eran causadas por tormentas, sino por el flujo y reflujo de las mareas, que viajaban en varias direcciones a la vez. Celia no sabía si las pequeñas islas eran el paraíso que Carlota quería explorar. Por otro lado, las cámaras habían demostrado que no estaban constantemente inundadas. Después de todo, ya había surgido flora en ellas.

—¿Y? —preguntó Jaron.

—Creo que podemos concluir la prueba —respondió Celia—. Hay muchas olas, pero el tiempo transcurre con normalidad. Al menos, en la actualidad. Hace cincuenta años, no era así.

—Bien, entonces regresaré a la nave —dijo Jaron.

—O podrías aterrizar —sugirió Celia—. De todos modos, yo no iré.

—¡Oye, no le hagas caso! —exclamó Carlota—. Me muero por aterrizar en una isla tan bonita.

—¿Y tú, Celia? —preguntó Jürgen—. Esperaba que todos pudiéramos ir a nadar.

—Tengo algo más que hacer que no me permite ir y, probablemente, no te interese —dijo Celia—. Quiero observar el sol local.

—Eso se puede hacer desde la playa —comentó Jürgen.

—Tendré que acercarme un poco más —replicó Celia.

—¡Pero no demasiado! Recuerda la historia de Ícaro.

—No, no demasiado.

—Te acompañaré —dijo Paul.

La cálida arena entre los dedos de los pies, la noche a cielo abierto, el olor a hierba fresca y el mar salado... Así imaginaba Celia su visita a C c. Era una pena que no pudiera ir hoy. Pero el planeta no iría a ninguna parte y tenía la sensación de que ya había descubierto sus secretos. Ella era astrónoma, no científica planetaria. Que los demás se divirtieran.

En cambio, el sol... Cuanto mejor podía apuntarle con sus instrumentos, más emocionante se volvía. Si bien, había lugares en su sol oriundo que eran más calientes de lo esperado, parecía ser al revés con esta estrella. Era demasiado fría para su tamaño o demasiado grande para su temperatura. Por supuesto, podría tratarse de una variación sistemática. Había recopilado datos de seis enanas rojas circundantes y todas mostraban los mismos síntomas. Quizá, la nebulosa oscura que les dio origen tenía una composición especial, por lo que las enanas rojas recién nacidas aquí se desviaron de la norma en la Vía Láctea.

No era improbable. El universo estaba compuesto de manera similar en todas partes, pero había estructuras de diferentes escalas, lo que introducía desviaciones en la monotonía. Había espacios enormes, casi vacíos, y zonas donde la materia estaba muy atestada.

Sin embargo, de acuerdo con su instinto, aquí era diferente. Celia se resistía a confiar en él. La había engañado con demasiada frecuencia. Pero esta vez no tenía que depender de él. Tan pronto como la cápsula espacial con Jaron, Jürgen y Carlota se desacopló, pudo dirigir al Buscador hacia la estrella C, a la que los demás, probablemente, habían acordado llamar Celia desde ayer. Incluso Carlota se sumó, aunque Celia sospechaba que solo quería tocarle las narices.

—Star Liner a Buscador —llamó Jaron—. Distancia de seguridad alcanzada.

—No hagáis nada estúpido. Y no nadéis demasiado —pidió Celia.

—Cuidado con esa estrella —replicó Jaron—. He leído que las enanas rojas pueden ser muy desagradables y sorprender a sus visitantes con erupciones.

—Y yo he leído que el Sol puede provocar quemaduras cerca del ecuador. ¡Asegúrate de usar mucho protector solar!

—Lo mismo va por ti, Celia.

—No pienso exponerme sin protección.

—Estamos poniendo en marcha los propulsores —la informó Jaron.

—Espero un informe después de que aterricéis —dijo Celia—. ¡Y fotografías! Sobre todo, fotografías.

—Te reservaremos un lugar en la cálida arena —intervino Jürgen.

◓

—¿TENEMOS que hacer esto? —preguntó Paul.

—Sí. Lo siento, pero no quiero dejarlos solos mucho tiempo —dijo Celia.

—Aún no me he recuperado del largo sueño.

—Eso lo entiendo. Pero medio día a dos *g* es muy factible. Si necesitas ir al baño, puedo apagar los propulsores por un momento.

—Oh, a dos *g* es mucho más fácil ca... defecar.

—Padre Paul, de todos modos, te lo preguntaré —dijo Celia, riendo —. A dos *g*, serías incapaz de subir la escalera.

—Supongo que me olvidé de eso.

Celia invocó al sistema interno en el holo. Los cuerpos celestes no se mostraban a escala. En comparación con la enana roja, los planetas debían ser mucho más pequeños. Incluso una enana roja era gigante en ese sentido.

—¿Qué es eso? —preguntó Paul.

Una esfera gris se había deslizado al borde de la región visible. ¿Qué podía ser? ¡Por supuesto! Era la luna más grande del Planeta e, la bola de demolición. Parecía estar en camino hacia el sistema interno.

—¿Te conté de la extraña luna del gigante gaseoso?

—No lo recuerdo —dijo Paul.

—Bueno, una luna bastante grande orbita alrededor del gigante gaseoso C e, en el plano de los planetas. Así que, interseca regularmente las órbitas de los cuerpos del sistema interno. Es decir, no los impacta, lo que en sí mismo es un milagro, pero con una antigüedad del sistema de solo ciento cincuenta años, es comprensible.

—¿Debemos preocuparnos por los demás?

—No. He realizado simulaciones para las próximas trescientas órbitas. No hay peligro de colisión. Eso es lo extraño. Este sistema funciona como un mecanismo de relojería perfectamente diseñado y bien engrasado.

—¿No es eso un argumento de que este sistema surgió en apenas ciento cincuenta años? —preguntó Paul—. Quiero decir, después de todo, se encuentra bastante cerca de la tradición bíblica y lejos de todo lo que dice la ciencia.

Era un pensamiento intrigante. Pero había un segundo aspecto.

—Eso es exacto, Paul. También podría ser el caso de alguien que haya planeado este sistema exactamente como se ve hoy.

—¿Quieres decir que hay un... creador aquí? —murmuró Paul.

Pronunció la palabra con especial énfasis, con reverencia. Eso le

provocó un escalofrío. ¡Era una científica! ¿Los humanos poseían algún tipo de gen divino que pudiera activarse incluso en ella? Celia negó con la cabeza. El sublime diseño de este sistema era suficiente para causar entusiasmo. Había tanta belleza en la naturaleza y en el universo, y hasta ahora, siempre había habido una causa natural para ella. Seguro no sería diferente en la LDN 63.

—Esto… ¿Celia?

Ella se sobresaltó de su duermevela.

—¿Sí, Paul?

—Solo soy sacerdote, pero me preguntaba si…

—Adelante. Quizá tenga una respuesta.

—Bueno, las mareas son causadas por la Luna.

—No solo eso, también por el Sol y… en este sistema… por el gigante gaseoso.

—Sí, pero supongamos que una luna se acercara mucho, muy cerca de un planeta…

—Eso provocaría mareas bastante violentas.

—¿Influye la frecuencia con la que sucede?

—En realidad, no. Se trata del efecto gravitacional.

De repente, supo a qué se refería Paul. ¡La bola de demolición! Iba hacia el planeta c. ¿Cómo no se había dado cuenta? Causaría una ola monstruosa. ¡Sus amigos estaban en peligro!

—Buscador de la Verdad a cápsula Star Liner, por favor, responda.

No hubo respuesta. Mierda. ¿Habían salido todos? ¿Por qué no activaron la cápsula como repetidor?

—Buscador de la Verdad a cápsula Star Liner, por favor, responda. ¡Es urgente!

Nada. Comenzó una simulación, esta vez enfocándose en el planeta c. En el holograma, la luna se acercaba al planeta. Paralelamente, se formaba en su superficie un muro de agua, de al menos tres veces su altura normal. Joder. ¡Necesitaba comunicarse de inmediato con sus amigos!

—Buscador de la Verdad a cápsula Star Liner, por favor, responda. ¿Dónde estáis?

No hubo respuesta. Leyó los datos de su simulación. Los parámetros de entrada eran demasiado imprecisos, por lo que no podía dar un pronóstico exacto. Pero el hecho persistía: la mega inundación se acercaba.

—Buscador de la Verdad a cápsula Star Liner, por favor, responda.

¿Había pasado ya la inundación y sus gritos caían al vacío? Su estómago dio un vuelco.

—Buscador de la Verdad a cápsula Star Liner, adelante.

No hubo respuesta. Hizo clic en los menús. Ahí estaba: la opción de enviar un mensaje de alerta a la otra parte. La activó.

—Buscador de la Verdad a cápsula Star Liner, por favor, responda.

Una pausa. Tamborileó con los dedos en el apoyabrazos.

—Cápsula Star Liner, aquí Jaron. ¿Qué sucede?

¡Por fin! ¿Dónde había estado todo este tiempo?

—¡Menos mal! —exclamó Celia al micrófono.

No pudo evitar que su miedo fuera audible.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Qué ocurre?

Por supuesto, Jaron se mostró tranquilizador. Era lo que menos necesitaba.

—He estado intentando comunicarme con vosotros desde hace media hora. ¡Tenéis que despegar ya!

Un sonido extraño y soporífero emanaba de ese planeta. Provenía de los grandes maremotos que se precipitaban sobre los océanos en perpetua sucesión y frecuencia constante. Solo cuando se encontraban había disonancias, que rápidamente se disolvían. Jaron escuchaba las pequeñas islas como breves interjecciones, que le parecían invitaciones. «¡Oye!» gritó una pequeña isla ovalada. «¡Eh!» le gritó un atolón anular. «¡Ven aquí!» Era tan grande que podría ser adecuado como lugar de aterrizaje para la cápsula.

Sin embargo, Jaron no tenía prisa. Quería dar la vuelta al planeta hasta encontrar la mejor isla. Debía tener una meseta central donde estuvieran a salvo de las gigantescas olas, pero también la playa de suave pendiente que tanto deseaba Carlota. Jürgen quería rocas que pudiera escalar y a Jaron le encantaría volver a caminar por el bosque. Le encantaban los bosques porque, incluso desde arriba, estaban aislados acústicamente. Se sentía más seguro así que al aire libre. También le gustaba el olor.

«¡Soy perfecta!», exclamó una isla. El ritmo de su canción de cuna le indicó que constaba de tres elevaciones, la tercera de las cuales era la más alta. Probablemente no mucho. Jaron sacó la pantalla táctil. Tenía razón. La escala en el borde decía que la isla no era muy alta. No debían poner en peligro su única cápsula de transferencia.

¡Adiós!, ¡Hasta luego! y ¡Vete! Las siguientes islas eran demasiado pequeñas. «¿Por qué no?», preguntó una un poco más grande. Descendía al mar con acantilados por todas partes. «Por eso, amiga». Cuando Jaron escuchó: «¡Este es el mejor lugar!» De inmediato alcanzó la pantalla háptica. La última palabra señalaba una vasta meseta, justo lo que estaba buscando.

La isla, según percibieron sus dedos, constaba de dos partes conectadas por una franja de tierra. En una mitad, parecían alzarse cuatro chapiteles de roca. La otra descansaba como una moneda gruesa en el mar. Parecía haber playa a ambos lados del promontorio. La moneda se elevaba a unos cincuenta metros sobre el mar. Sus bordes eran aún más altos, pero con muchos huecos. Si no lo supiera, pensaría que se trataba del cráter de un meteorito arrasado por la erosión.

—¿Qué os parece esta estructura? —Jaron compartió las coordenadas con Carlota y Jürgen.

—Muy prometedora —afirmó Jürgen—. En especial, los pináculos rocosos.

—Pero ¿y mi playa? —preguntó Carlota.

Jaron escaneó la isla. Ahora parecía estar formada por dos islotes

separados.

—La marea debe haber arrasado el promontorio —aventuró Jaron—. Lo siento. Buscaremos otra isla.

—Oh, con esas mareas, será difícil encontrar una playa que nos sirva —se lamentó Carlota—. En lo que a mí respecta, podemos posarnos en esta isla.

Jaron recuperó datos de radar del archivo y escuchó de nuevo. El flujo y reflujo de las olas se producía una vez cada 90 minutos.

—Dispones de tres cuartos de hora para ir a la playa —dijo.

—Bien. No estamos aquí de vacaciones —contestó Carlota.

•

AUNQUE AHORA TENÍAN un lugar de aterrizaje, orbitaron el planeta cuatro veces. Jaron quería cartografiarlo, incluidas las zonas de los polos norte y sur. Para ello, tuvo que corregir la órbita de la cápsula varias veces. C c tenía casquetes polares en ambos extremos, los cuales eran bastante grandes, considerando la temperatura superficial promedio de 21 grados Celsius. Tal vez, se debía a la falta de inclinación axial del planeta. Siempre se movía tan erguido alrededor de su estrella que poca luz y calor llegaba a los polos durante todo el año.

Los casquetes polares se extendían hasta el grado ochenta de latitud. Más allá, en dirección al ecuador, se alzaban las islas de color marrón grisáceo, casi desprovistas de vegetación. La flora comenzaba a dominar, aproximadamente, en el grado setenta de latitud. Desde gran altura, era imposible saber qué tipo de plantas eran, simplemente, porque no tenían datos comparativos. Casi todas las islas, excepto las que poseían acantilados, estaban rodeadas por un anillo de arena sobre el que rompían las olas. La existencia misma de la arena era un misterio si el planeta era tan joven, ya que normalmente, se formaba tras millones de años de erosión.

Jaron se encogió de hombros. Había tantas cosas que no encajaban aquí que debería sorprenderse aún más si algo fuera lógico por una vez. El sistema debería llamarse «imposible». Sin embargo, era muy probable que las demás estrellas de la antigua nebulosa oscura también entraran en esta categoría.

—¿Jefe? Debemos prepararnos para el aterrizaje —dijo Jürgen.

Estaba perdido en sus pensamientos. Como piloto, no debía permitir que eso sucediera.

—Sí, tienes razón —dijo Jaron—. Lo siento, no estaba prestando atención.

—Por eso estoy aquí.

Jaron no le contradijo, aunque Jürgen se equivocaba. No debía

depender de los demás.

—Cambia al curso de aterrizaje preparado —indicó.

Si todo iba bien, no tendría mucho que hacer. La cápsula había sido diseñada para volar mediante control automático, sin ningún piloto a bordo. Allí, en un planeta alienígena, sería arriesgado. Pero el sistema automático debería ser capaz de gestionar un aterrizaje sencillo.

Las primeras maniobras de corrección fueron suaves. La cápsula ingresó en la atmósfera. Cuanto más bajaban, más fuertes se volvían las vibraciones. No debían permitir que el casco exterior se calentara demasiado, por lo que el sistema automático giró la nave de modo que el motor quedara adelante y lo puso en marcha. Jaron se hundió en los cojines de su silla. La frecuencia de las olas disminuyó, aunque solo en apariencia, porque en realidad, la cápsula había reducido la velocidad. En la pantalla táctil, la trayectoria de vuelo completada seguía el plan al pie de la letra. El clima también era perfecto. Sería un aterrizaje limpio.

—¿Jürgen? ¿Carlota? Preparaos para aterrizar.

La solicitud era parte de la lista de verificación que Jaron tenía que completar. Se la sabía de memoria. Se mostraba una versión corta de cada paso en la pantalla táctil. Confirmó un elemento tras otro. La humanidad había llevado su burocracia a una lejana y oscura nebulosa. Por otra parte, comprendía el sentido de esas listas de verificación. Generaban confianza en que todo saldría según lo planeado.

—Todo listo —informó Jürgen.

—Aquí igual —agregó Carlota.

Jaron comprobó su arnés. Los pulsos del radar se habían vuelto tan fuertes que el aterrizaje debía ser inminente. Allí, un breve engrosamiento: ese era el borde elevado de la meseta. El motor rugió hasta que la cápsula quedó suspendida verticalmente sobre el suelo. Unos metros más. Diez, nueve, ocho. El ruido metálico del tren de aterrizaje al extenderse. Tres metros, dos, un metro, contacto.

La cápsula seguía hundiéndose. Menos un metro. Menos dos. Mierda, ¿qué era eso? ¿Habían aterrizado en algún tipo de pantano? Menos tres. Menos cuatro. Menos cuatro. Menos tres. La cápsula se balanceaba. Menos dos. Menos dos. Menos tres. Menos dos. Menos dos. Así quedó. Habían penetrado dos metros en el suelo.

—¿A qué se debió todo eso? —preguntó Jürgen.

—Ni idea —contestó Jaron.

—Debemos averiguarlo —propuso Carlota.

La cerradura de su cinturón de seguridad hizo clic. Jaron escuchó sus pasos, primero en calcetines, luego en zapatos.

—¿Vendréis? —preguntó ella—. ¿U os quedareis de brazos

cruzados?

—Por razones de seguridad, sería lógico esperar un poco más antes de salir —advirtió Jaron.

—¡Oh, venga! Podéis vestiros. Así llegaremos más rápido a la playa.

Jaron comprobó el ritmo de las mareas. En ese momento, la marea estaba alta, pero en diez minutos, el agua drenaría.

—¿Y los trajes espaciales? —preguntó Jürgen.

—¿Has revisado el medio ambiente? —preguntó Carlota—. Veintiséis grados Celsius, más un 17 % de oxígeno y nada tóxico. No necesitas ningún traje.

—¿Y los gérmenes y otros microorganismos? —cuestionó Jürgen.

—Desde el punto de vista médico, no hay problema —afirmó Carlota—. Si existen, no pueden hacerle nada al organismo humano.

—De todos modos, los traeremos aquí —dijo Jaron—. No podemos desinfectar la esclusa. Si hay alguno ahí, inevitablemente nos seguirá adentro.

—Eso es muy tranquilizador —declaró Jürgen—. ¿Conoces esa película en la que todo el equipo queda infestado de esporas?

—Muy irreal —comentó Carlota.

—Si no recuerdo mal, el tipo que advirtió a sus amigos fue el primero en ser asesinado en esa película —dijo Jaron—. En serio, deberíamos preocuparnos más por el terreno.

—Tal vez podamos encontrar otra isla —comentó Carlota—. No es preciso que visite la playa.

—Por el momento, el riesgo no es tan grande —afirmó Jürgen—. Pero deberíamos comprobar si el sustrato puede soportar un intento de despegue.

—¿Y si no puede? —preguntó Carlota.

Buena pregunta. Quedarían literalmente varados aquí. Pero no se preocuparía por eso hasta que llegara el momento.

—Ya veremos eso —dijo Jaron—. Cápsula a Buscador de la Verdad, adelante.

Después de todo, le había hecho una promesa a Celia.

—Aquí, Buscador de la Verdad —contestó Celia—. Te escucho.

—Hemos hecho un buen aterrizaje. Te envío las coordenadas y nuestras lecturas desde la órbita. Si te aburres, puedes analizarlas.

—Oh, yo misma he recopilado suficientes datos —dijo Celia—. ¿O esperas alguna novedad?

—No, sería solo como complemento. Los investigadores en la Tierra estarán contentos.

—Entiendo. Entonces todavía hay tiempo —afirmó Celia.

—Lo que tú digas. Haremos una exploración inicial —informó Jaron.

—Entendido. Ten cuidado. ¡Y no te olvides de las fotografías!

◓

El mamparo exterior de la esclusa se abrió con un chirrido. Entró una corriente de aire cálido y húmedo.

—Mierda, se me empañan las gafas de sol —se quejó Jürgen.

Jaron inspiró. El aire contenía tanto oxígeno que no sintió ninguna diferencia con la Tierra. La diferencia con la nave espacial era asombrosa. Aceite, sudor, vapor de comida, metal oxidado, agentes de limpieza: la mezcla única se evaporaba con cada respiración. Hizo espacio para... para... Jaron aspiró aire y tragó saliva, concentrándose en el aroma, pero no encontró nada. El aire olía y sabía completamente neutro. La ligera fragancia floral, era de Carlota, no de la flora local. El aroma más intenso de la malta era Jürgen, no del suelo fértil del planeta. La ligera nota de sudor provenía de él mismo.

—¡Vaya! —exclamó Carlota—. Es... interesante.

No usó la palabra «precioso», y eso también era interesante. Había llegado a conocer a Carlota como una mujer que reconocía y apreciaba la belleza. Cuando decía «interesante», algo andaba mal.

—La vista es magnífica —dijo Jürgen—. Aquí tienes, cógete de mi brazo.

Jaron agarró el brazo que lo tocaba y lo sostuvo justo por encima del codo. Jürgen lo levantó un poco.

—Dos pasos y estarás en la plataforma.

Jaron se puso las gafas. Eran un modelo especial para operaciones al aire libre que le avisaba de los obstáculos de forma acústica y táctil. Con la ayuda de Jürgen, subió los dos escalones.

—¿También oléis eso?

Jürgen y Carlota respiraron casi al mismo tiempo.

—Celestial —señaló Jürgen.

—¿Qué? —preguntó Jaron.

—No hay hedor, ni sudor —afirmó Jürgen.

—No huelo nada —indicó Carlota.

—Así es —confirmó Jürgen—. Es extraño.

—No significa nada —continuó Carlota—. El sentido del olfato funciona haciendo que moléculas coincidentes se acoplen a las células sensoriales. Aquí, quizá, haya una bioquímica completamente diferente y, por lo tanto, no hay moléculas que encajen en la nuestra.

—Entonces, ¿no podremos comer nada de lo que crece aquí? —preguntó Jürgen.

—¿Ya tienes hambre? —exclamó Jaron.

—No, aunque sería un inconveniente si nos quedáramos encallados.

Así que él también lo había pensado. No era de extrañar que Jürgen fuera ingeniero. Sabía qué fuerzas actuaban en tierra durante el lanzamiento de un cohete.

—Si al menos hubiera carbono, podríamos fabricar nuestra propia comida —dijo Carlota.

—Así es.

—¿Nos vamos? —preguntó Jaron.

—¿Quieres ir tú primero, jefe? —preguntó Jürgen.

—Carlota, ve tú primero —pidió Jaron.

—Comprendo, tienes miedo —comentó Carlota—. Vale, iré yo.

De repente, notó el rostro tibio. Tal vez, había estado a la sombra de Carlota. Giró hacia el sol. Parecía un poco más cálido que el terrestre, aunque podría estar equivocado.

—El suelo es elástico —advirtió Carlota.

—El primer ser humano en un exoplaneta —proclamó Jürgen—. Espera, tengo que disfrutarlo.

—¿Qué ves? —preguntó Jaron.

—Estamos prácticamente en medio de una llanura que apenas se eleva por todos lados —describió Carlota—. Termina en una especie de muro, pero se encuentra desfigurado por muchas grietas. Almenas, sí, parecen las aspilleras de un castillo medieval. El suelo está cubierto de una especie de pelusa verde que me recuerda a la capa interna de un conejo. Sin embargo, es de un verde diferente al de la Tierra, con mayor contenido de azul. El sol está en su cenit. Es amarillo y me parece un poco más grande que nuestra propia estrella.

—Lo que Carlota no puede ver desde abajo —añadió Jürgen—, es el horizonte que forma el mar. A las dos se ve una isla. A mis nueve, se alzan los chapiteles de roca negra. Deben estar otros cincuenta metros más altos que la llanura en la que nos encontramos.

—¿Negro como el basalto? —preguntó Jaron.

—Sí, algo así. Basalto muy fresco. Todavía son de un negro brillante. Sus paredes se ven muy lisas. Será divertido.

—¿Aún quieres subir?

—Sí, me encantaría hacerlo. Es una pena que Norbert no esté aquí. Nos encantaba escalar los Alpes. ¿Te gustaría acompañarme?

Sin duda, sería una experiencia interesante. Una tentación. No, tenía que ser razonable.

—¿Por qué no le preguntas a Carlota?

—¿Que si quiero subir? —Carlota rio—. No, por supuesto que no. Pero me gustaría veros desde abajo y tomar fotografías. También me gustaría bajar a la playa.

—Sí, allí estaremos —dijo Jürgen.

—Un paso más.

Jaron soltó el brazo de Jürgen. Luego, adelantó el pie derecho. La punta de su pie tocó el suelo. Jaron desplazó todo su peso sobre esa pierna. El pie se hundió un poco. Jaron dobló ligeramente las rodillas y se levantó de nuevo. El suelo se estremeció. Era una superficie dura pero elástica, como un trampolín. Se agachó para palparla.

Ahí estaba la hierba que a Carlota le recordó la piel de un conejo. Tenía razón. La masa era suave y de textura peluda. Arrancó algo. No requirió mucha fuerza. Devolvió la masa. Después de acariciarla una vez, se pegó como si el suelo estuviera hecho de velcro.

—¿Carlota? ¿Ya tomaste una muestra de esto?

—Sí. El suelo está lleno de este material.

—Deberíamos recogerlo y llenar con él nuestras almohadas y edredones —sugirió Jürgen.

Jaron se levantó.

—Quién sabe, tal vez por la noche se convierta en voraces gusanos pegajosos.

—Tienes demasiada imaginación —dijo Carlota—. Creo que es una especie de hierba. El color verde corrobora esa hipótesis.

—Dijiste que era un verde diferente al de la Tierra —replicó Jaron.

—Sí, probablemente no sea clorofila lo que haya en estas células —supuso Carlota—. El sol también irradia con mayor intensidad en el infrarrojo. Nuestra clorofila no sería tan eficiente aquí.

Él siguió su voz. Las gafas no reportaron obstáculos. Después de unos pasos, se dio la vuelta. Al girar la cabeza, percibió la cápsula mediante pitidos breves y agudos.

—¿Olvidaste algo? —preguntó Jürgen.

—Creo que dejé la cocina encendida.

Su amigo se carcajeó.

—Vamos, que Carlota ya lleva bastante ventaja.

Sin embargo, llegaron demasiado tarde para pisar la playa. Cuando llegaron al borde de la llanura, solo les quedaban diez minutos antes de que subiera la marea. Así que decidieron tomarse un descanso. Jaron se sentó en el suelo y se apoyó en el interior de un hueco en la muralla, donde su sombra lo protegía de la luz del sol. Hacía mucho tiempo que no caminaba una distancia tan larga.

—¿A qué distancia se encuentra el cohete? —preguntó.

—A 1,2 kilómetros —dijo Jürgen.

Jaron respiró hondo. Olió algo: su sudor y el de su tripulación. El material en su espalda era duro. Escuchó golpecitos y rasguños.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Estoy tomando una muestra —explicó Carlota—. Me interesa esta roca. Se parece al esquisto, pero de alguna manera, no corresponde a la forma de esta montaña. Yo supondría más bien un origen volcánico.

—¿Sabes algo sobre geología? —preguntó Jaron.

—Astrogeología —respondió Carlota—. Siempre estuve convencida de que una sola calificación no sería suficiente para un viaje como este.

—Caray.

—Oh, no es nada especial.

—Creo que sí.

Carlota siguió raspando la pared.

—¡Ya está, por fin! Debe bastar.

De repente, Jaron sintió vibraciones en su espalda.

—Algo sucede —dijo, levantándose.

—Tienes razón —confirmó Jürgen—. La marea está subiendo.

No era una marea normal. Las gafas le indicaron que el agua debía venir de todos lados al mismo tiempo. Se la imaginó como una ola, pero estaba equivocado. Debía ser una pared.

—Parece como si alguien estuviera levantando el fondo del océano —dijo Jürgen—, a la altura de un rascacielos de veinte pisos.

El sonido confirmó la observación de Jürgen. Era un rugido profundo y suave con un tremendo poder inherente a él.

—Viene hacia nosotros —afirmó Carlota.

Él también lo sintió. Jürgen lo tocó y Jaron agarró al ingeniero por el brazo. Jürgen temblaba. ¿Eran las vibraciones o su miedo? Jaron ni siquiera estaba seguro de sí mismo.

—Nos encontramos a buena altura —dijo Jürgen—. Al menos tres veces más alto que la marea.

Sonaba como un encantamiento.

—Estamos a salvo aquí arriba —añadió Carlota.

Estaba por llegar. El ruido se convirtió en el rugido de un tigre. En un momento. Debía estar frente a ellos. De repente, Jaron pudo oler algo otra vez. Debía ser la sal disuelta en el agua. El estruendo golpeó la pared como un poderoso martillo. El suelo bajo sus pies tembló, pero se mantuvo firme. La marea silbaba y rugía, pero no podía vencer a la isla. La masa de agua se apresuró a buscar otro camino. Una columna de agua atomizada pasó sobre ellos. La humedad restante se derramó por las paredes.

—¿Eso es todo? Esperaba más —dijo Jürgen con una voz quebradiza que desmentía su fingida frialdad.

—Bastante intenso —contestó Carlota.

—Ese es el eufemismo del día —se burló Jaron—. No me gustaría interponerme en el camino de ese rodillo.

—Sí, no deberíamos quedarnos en la playa por mucho tiempo —dijo Carlota.

El camino de bajada estaba húmedo, aunque no fangoso. Era como caminar sobre una rampa de grava.

—¿De dónde vino toda esta grava? —preguntó Jaron.

—Parece como si estuviera saliendo de la montaña —dijo Carlota.

—¿Tiene algún sentido geológico?

—No. Parece más bien un animal de peluche cuyo relleno escapa por una fisura. En cualquier caso, las montañas, tal como las conocemos, no tienen depósitos de arena.

—Desde un punto de vista práctico: esta montaña tiene uno —afirmó Jürgen—. De lo contrario, nos resultaría difícil llegar a la playa.

—Creo que la existencia de la playa es, en cierto modo, solo una consecuencia de la grieta y del material que sale de ella —concluyó Carlota.

—¿Sigue ahí? —preguntó Jaron—. ¿Después de esa ola monstruosa?

—Yo misma estoy sorprendida, pero está más preciosa que antes —dijo Carlota—. Una inundación como esa solo eleva el nivel del agua. Tal vez, trajo grava hacia el promontorio desde una dirección y se la llevó de la otra.

Jaron se detuvo porque escuchó algo que había olvidado hacía mucho tiempo. Era el sonido de pequeñas olas rompiendo en la playa. Se quitó los zapatos y los dejó allí. La arena era gruesa. Siguió la pendiente. Ahí estaba la primera ola. Le bañó los dedos de los pies, rompió en sus espinillas con un chasquido, dio media vuelta y se retiró al mar con un murmullo.

El agua estaba tibia, no como en la ducha, pero debía estar a unos 30 grados Celsius. Jaron volvió corriendo a la playa. Se arrancó la camiseta de manga larga, se quitó los pantalones y los calzoncillos y lo arrojó todo a la arena. No importaba lo que pensaran los demás. No tenía otra opción. Lentamente, caminó hacia el mar, que muy pronto, se hizo más profundo. Las olas le abofetearon la cara, y de repente, perdió el suelo bajo sus pies.

El agua lo rodeaba por todas partes. Era glorioso. Flotaba como si estuviera en el vientre de su madre. Aquí no le podría pasar nada. Todos los sonidos eran amortiguados. El roce lejano de la fina grava de la playa, las llamadas... Oh. Dio algunas brazadas y emergió a la superficie.

—Jaron, ¿te has vuelto loco? —le reprendió Jürgen—. ¡De repente, desapareciste!

Jaron tanteó el fondo. Ya no era tan profundo.

—¿No puede un hombre nadar en paz?

—Pero si tienes intención de bucear, debes comunicárnoslo.

—Jürgen tiene razón —dijo Carlota—. ¡Ni siquiera sabemos si sabes nadar!

—Por supuesto que sé nadar. ¿No te acuerdas, Jürgen? ¡Una vez estuvimos en la orilla del mar en Sicilia!

—Sí, pero... Parecía que el mar te había tragado —se defendió Jürgen—. Fue cuando me asusté.

Era agradable que los dos se preocuparan por él.

—Vale. Al menos, lo hemos aclarado —dijo Jaron—. ¿Podemos nadar un poco más?

—De acuerdo. Pero debemos estar atentos al tiempo —señaló Carlota—. Así que, por favor, no te alejes demasiado.

•

JARON FLOTABA BOCA ARRIBA. El sol calentaba su cuerpo desnudo. Sus orejas estaban por debajo del nivel del agua. Así, se había transformado en el límite de los elementos. Él era la conexión. Jaron escuchaba lo que pasaba en el elemento húmedo y podía trasladarlo al elemento seco. Pero no quería, porque en ese momento no estaba de servicio y no tenía responsabilidades.

No era más que una criatura tumbada boca arriba en el agua, escuchando el mar. Desde el frente, oía el ligero chapoteo de las olas que llegaban a la playa. Desde atrás, los primeros presagios de la marea, silenciosa... tal vez, solo lo estaba imaginando. Desde abajo, un borboteo irregular llegaba a sus oídos. Quizás, algo se estaba pudriendo allí y producía gases pútridos, o gases disueltos en el agua salían a borbotones. En cualquier caso, el océano estaba vivo.

Algo tocó su brazo derecho. Pensó en Jürgen o Carlota. ¿Por qué no lo dejaban en paz? Jaron intentó ignorarlos, pero el toque se repitió, esta vez en su antebrazo derecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó molesto, sin cambiar de posición.

No hubo respuesta, pero sí un nuevo toque en su cadera derecha. Jaron le dio un manotazo y sintió una especie de red. Se sentía resbaladiza y, de inmediato, se envolvió alrededor de su mano. Intentó quitársela de encima, pero estaba atascada. Mierda. Tan rápido como pudo, nadó hasta la orilla.

—¿Podéis ayudarme? —preguntó.

—Estoy sola —dijo Carlota—. Déjame ver, ¿qué tienes ahí?

La arena crujió. Alguien lo agarró del brazo. Jaron intentó soltarse, alarmado.

—Soy yo —dijo Carlota.

—Lo siento. ¿Dónde está Jürgen?

—Buceando donde te ahogaste.

—No me ahogué. Estaba buceando.

—Sí, ahí donde el mar se vuelve más profundo. Ahora, quédate quieto.

Jaron suspiró. ¿Por qué siempre debía tener tan mala suerte?

—Esto es muy interesante —murmuró Carlota—. ¡Eres un tío muy afortunado!

—¿Porque un animal quiere comerme?

—Tenemos que ver si se trata de un animal. Parece un trozo de una red de pescar, excepto que las fibras tienen ojos. Intentaré quitarlo con cuidado.

—Bien.

—O podríamos esperar. Estoy segura de que esa cosa pronto se dará cuenta de que no puede digerirte.

—Quizá no me digiera, pero puede causarme dolor. Siento como si se estuviera contrayendo.

—Espera —pidió Carlota—. Intentaré cortarlo con un bisturí.

Sintió algo duro en su piel. La red se tensó. Jaron se resistió. El animal tenía menos fuerza que él, aunque tampoco podía deshacerse de él.

—Así no funcionará —afirmó Carlota—. Creo que la sequedad lo está perjudicando. Venga, vamos al agua.

—Es bueno que la sequedad lo dañe, ¿no? Al menos, así me libraré de él.

—Pero si se desespera, podría hacerle algo a la mano que no te gustaría. ¿No preferiríamos eliminarlo?

—Vale.

Acompañó a Carlota al mar, hasta que el agua le llegó a la cintura. Luego, metió la mano en el agua. De repente, la presión se liberó.

—¡Se ha ido! —exclamó.

—No, lo capturé en una bolsa que puse en tu mano. Me muero por examinarlo.

—Eso no suena nada agradable —comentó Jaron.

—Jamás adivinareis lo que vi —dijo Jürgen.

—Ah, ¿has vuelto? —preguntó Carlota—. Empezaba a preocuparme. Debemos alejarnos de la playa.

—Tienes razón —dijo Jürgen—. Os lo contaré por el camino.

—Espera, tengo que vestirme —pidió Jaron.

—Yo recogeré tus cosas —se ofreció Jürgen—. ¿Quieres guiarlo, Carlota?

—¿No tienes que vestirte? —preguntó Jaron.

—No, ya estoy vestida.

De repente, Jaron se percató de su propia desnudez y eso lo avergonzó.

—Jürgen, ¿podrías traerme mis calzoncillos?

—Deberíamos ponernos en marcha —los instó Carlota.

Ahora parecía muy preocupada. Jaron olvidó su vergüenza. Tal vez, Carlota ya podía ver la ola. Intentó concentrarse en el sonido del mar, pero sus pies crujían demasiado fuerte en la arena.

—Quería contaros lo que vi en el mar —continuó Jürgen.

—¿No puede esperar? —cuestionó Carlota.

—No. Tal vez puedas verlo cuando la marea baje.

—¿Ver qué? —preguntó Carlota.

—En el fondo del mar hay una enorme tubería que va desde nuestra isla hasta la cima de los acantilados. La arena se ha acumulado encima.

—¿Perdona? —preguntó Carlota.

—Un tubo. En el fondo del mar. Artificial. Eso está claro.

—Estás loco. ¿Quién sabe lo que viste?

—LLEGAMOS —anunció Carlota—. Puedes sentarte y apoyarte en la pared.

Lo condujo hacia las sombras. Jaron avanzó a tientas. Debía ser el pasadizo donde, antes, esperaron a que bajara la marea.

—¿Podemos dejarte solo un minuto? —preguntó Jürgen.

—¿Por qué?

—Me gustaría tener una vista directa del océano.

—A mí también —dijo Jaron.

—Como quieras. Aquí tienes, coge mi brazo.

Jürgen le dio unas palmaditas y Jaron le agarró el brazo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Carlota.

—¿Ves ese saliente? Podemos ver hacia abajo desde allí.

—Está bastante expuesto. ¿Estás seguro?

—La cornisa mide al menos dos por tres metros —afirmó Jürgen—. Es suficiente para todos.

Jürgen empezó a caminar. Avanzaron unos pasos y luego cambiaron de lado.

—Ahora te encuentras en el lado de tierra —lo informó Jürgen—. De tu lado hay una suave pendiente, cuesta arriba. Si me tambaleo, debes tirar a la derecha.

—De acuerdo.

El viento arreció. El estruendo se acercaba. El suelo estaba cubierto de una masa áspera y le parecía caminar sobre mantillo.

—¿Sobre qué estamos caminando? —preguntó Jaron.

Se detuvieron. Carlota gimió.

—Si no lo supiera, pensaría que son trozos de corteza —contestó—. Sin embargo, los pedazos son mucho más sólidos que la madera. Tal

vez sea un tipo de roca de esquisto que no existe en la Tierra.

—Vamos, ya casi llegamos —los incitó Jürgen—. Bien, esto se está volviendo más estrecho, tienes que caminar detrás de mí.

Jaron retrocedió un paso y palpó, desde el brazo de Jürgen hasta su cintura. Como en un juego de niños, asió al ingeniero con ambas manos. Estaba sudando, aunque el fuerte viento lo había refrescado un poco. Las gafas le indicaban, de manera acústica, que había vacío a izquierda y derecha. Imaginó la profundidad. Su respiración y los latidos de su corazón se aceleraron.

—Ya llegamos —anunció Jürgen—. Vuelve a mi lado.

Jaron dejó su mano izquierda sobre la espalda de Jürgen y se colocó a su derecha. En ese mismo instante, sintió la mano de Carlota en su espalda. Ella se colocó a su lado derecho. Ahora, los tres estaban uno al lado del otro, como tres futbolistas esperando un tiro libre. El jugador contrario se acercaba con un rugido sordo.

Desde esta perspectiva, el impacto de las masas de agua sería aún más impresionante que la primera vez. El ruido era ensordecedor. El viento que soplaba desde abajo los envolvió en una densa nube de finas gotas que sabían saladas.

—¿Lo ves? —exclamó Jürgen.

—¡Sí! —gritó Carlota en respuesta.

El ruido se apagó. Jaron se secó la humedad de la cara. La parte delantera de su camiseta estaba empapada. Parecía estar algo seca en la parte de atrás. Cada vez hacía más calor. Debía ser el sol, que ya no estaba bloqueado por la nube de rocío. Giró su vientre hacia él para secarlo.

—¿Qué eran? —preguntó Carlota.

—Creo que tuberías —dijo Jürgen—. El brillante material exterior destelló por un momento, tal vez, treinta metros de diámetro.

—A mí me pareció más bien una raíz —opinó Carlota—. ¿Has visto alguna vez las raíces expuestas de un árbol gigante?

—¿Ves algún árbol gigante aquí? —replicó Jürgen—. La flora me parece bastante pequeña.

—Pero la estructura era ahusada hacia afuera —objetó Carlota—. ¿Qué sentido tendría eso en un tubo?

—No lo sé —dijo Jürgen.

—Tú eres ingeniero y ves tuberías, Carlota es experta en biología y ve raíces —dijo Jaron—. Es bastante típico. Probablemente, yo vería propulsores o módulos de naves espaciales.

—Tienes razón, Jaron —asintió Jürgen—. La forma exterior me recordó a uno de esos módulos inflables que solían colgar en los arrecifes espaciales para los turistas. Pero una estación espacial en el océano carece de sentido.

—Solo digo que identificamos lo que queremos reconocer.

Debemos intentar olvidar nuestros prejuicios y abordar este nuevo mundo con una mente abierta, incluso, de forma ingenua.

—Oh, eso es el romanticismo de la exploración —bromeó Carlota—. Debemos utilizar todo el conocimiento que trajimos para darle sentido a este mundo. Y eso es lo que planeo hacer. ¡Venid!

—¿Qué tramas? —preguntó Jürgen.

—He recogido muchas muestras —dijo Carlota—. Voy a analizarlas y observarlas bajo el microscopio.

•

—¿ALGÚN resultado? —preguntó Jaron.

Carlota llevaba una hora trabajando en las muestras. Algo traqueteó a la derecha. Debía ser Jürgen, quien quería prepararles algo de comer. Carlota silbaba suavemente. Debía ser una buena señal. De repente, su silla chirrió.

—Todo esto es muy extraño —comentó—. Jürgen, ¿tienes un momento?

—Voy.

—Gracias. Puedes ver todo en esta pantalla. Jaron, transferiré las imágenes del microscopio a tu pantalla háptica.

—Gracias —contestó Jaron, quien regresó a su asiento y se sentó. La pantalla ya se había encendido. Puso su mano izquierda sobre ella.

—La primera es la estructura aproximada de las células de la pelusa verde que encontramos nada más salir del transbordador —dijo Carlota.

Jaron se concentró en sus dedos. Sintió un hexágono dividido en tres cámaras. Las cámaras superior e inferior tenían una sección transversal triangular y la del medio era rectangular. En las dos cámaras triangulares había algo que podría describirse como pelusa. En la del medio, que era mucho más grande, había tres círculos en movimiento, por lo que, en realidad, probablemente eran esferas.

—Las dos esferas más grandes en el medio son la central eléctrica y la fábrica de la célula —explicó Carlota—. Aportan energía y producen sustancias. La esfera más pequeña proporciona los receptores. Lee la información genética ubicada en las cámaras más pequeñas. Para ello, siempre utiliza como fuente la variante espacial más cercana en ese momento. Dado que las otras dos esferas la impulsan aleatoriamente, a veces se utilizan los receptores de uno de los padres y otras veces, los del otro. Las propias células son siempre idénticas.

—Así que se aprovecha la herencia de género sin introducir nada parecido al género —comprendió Jaron.

—Exacto —dijo Carlota—. A nivel evolutivo, prevalecen las células

que tienen las mejores recetas generales. Cuando se reproducen, la célula hija recibe al azar un conjunto de genes de ambos padres.

—Es un concepto interesante —comentó Jaron—. ¿Cuál es la rapidez de los ciclos?

—Muy rápido, cada minuto. Solo así pude observar todo el proceso.

—Eso explicaría cómo pudieron colonizar el planeta tan rápido —declaró Jürgen—. Su evolución debe ser bastante rápida.

—Espera un segundo —pidió Carlota—. Eso es así solo para las células de algunas muestras, por ejemplo, la pelusa verde o la red que atrapaste, Jaron. Por cierto, no era un animal. Al igual que la pelusa verde, se parece más a las algas verdes terrestres y no depende de la materia orgánica para alimentarse. Todas las muestras que tomé en la playa se encuentran en esa etapa de desarrollo. No hay mucha diversidad aquí. El ecosistema aún se encuentra en un terreno bastante inestable.

—Pero dijiste que no todas las células tienen el mismo aspecto —increpó Jaron.

—Exacto. Ahora, os mostraré el contraejemplo.

Jaron puso su mano sobre la pantalla háptica. ¿Qué había descubierto Carlota? Jaron trazó los contornos proporcionados por los diminutos alfileres en la pantalla táctil. La forma era irregular y le recordaba a una «M» dibujada con un bolígrafo grueso. Los contornos eran duros y rectos, pero el interior estaba vacío.

—¿No hay ningún núcleo?

—No, de hecho, no encontré ninguno en este tipo de células. La producción de energía tiene lugar en el interior de las paredes celulares, que son bastante rugosas, muy diferentes de las paredes exteriores. El compartimento está lleno de una estructura de sílice con finos tubos que lo atraviesan.

—Las células deben ser bastante estables —manifestó Jürgen.

—Lo son —confirmó Carlota—. Sobre todo, porque las paredes también son muy gruesas.

—¿Cómo se alimentan, entonces? —preguntó Jaron.

—Solo las células más externas crecen, se alimentan y se dividen. Sus paredes exteriores son permeables.

—Entonces la planta debe ser bastante estable con células como esta —aventuró Jürgen.

—Sí, nuestra nave espacial se encuentra sobre ella —dijo Carlota.

—¿Te refieres a la isla…? —preguntó Jürgen.

—Sí, la isla creció de manera biológica, no geológica. No es tan descabellado. Pensemos en los enormes arrecifes de coral de los océanos terrestres.

—Entonces tenías razón en cuanto a las raíces —dijo Jürgen.

—Me gustaría estar de acuerdo contigo, pero no veo el sentido de que sean raíces. La isla no es un árbol. Tal vez, después de todo sean tuberías, u otra planta extraña que serpentea por el fondo del océano.

—O un animal que se alimenta en las islas —dijo Jaron.

—Exacto. No hay que descartar nada —afirmó Carlota.

—¿Por qué, de repente, eres tan cuidadosa con tus diagnósticos? —preguntó Jaron.

Carlota rio.

—¡Me has pillado! Sí, tienes toda la razón. Me apresuré un poco a hacer declaraciones. Eso no es científico. Por eso llegamos a mi tercer descubrimiento.

Ah, ¿algo más? Jaron volvió a concentrarse en la pantalla táctil. Trazó los contornos y retrocedió. ¡Eran muchos ganchos! La célula, si se le podía llamar así, poseía cuatro ojales circulares en un extremo, como flores colgando de tallos. Los cuatro tallos se conectaban antes de divergir en la misma cantidad de ganchos, tal como lo hacían las raíces en las flores. Los ganchos se doblaban 180 grados. Había una pequeña púa al final de cada uno.

—¿Qué es esa extraña célula? —preguntó Jaron.

—Me recuerda a un anzuelo —dijo Jürgen.

—Es una muestra del material elástico sobre el que estamos —explicó Carlota—. ¿Podríais decirme qué narices es esto? Las estructuras parecen estar muertas. No hay ninguna actividad.

—Tal vez sean artificiales —supuso Jaron.

—¡Ja!, alguien construyó un trampolín enorme para nosotros y caemos en él sin más —soltó Jürgen—. Si yo fuera el dueño, estaría bastante enfadado con nosotros.

Tal vez, la isla alguna vez fue un árbol, y después de que lo talaron, cubrieron el tocón para protegerlo de la intemperie o las enfermedades. Incluso podría estar volviendo a crecer. Jaron negó con la cabeza. Debía olvidar la cosmovisión humana.

—¿Qué tienes en mente, Jaron? —preguntó Carlota.

Era muy observadora.

—Me preguntaba para qué podría servir esta cubierta.

—Creo que deberíamos posponer esa cuestión —dijo Carlota—. Imagina que eres un extraterrestre, aterrizas en un bosque de la Tierra, y encuentras una red de frutas que un nativo ha desechado allí. Quizá descubras que está hecho de policelulosa reciclada, pero nunca adivinarás su propósito hasta que te encuentres con uno de los lugareños con una red de frutas llena.

—¿De qué están hechos estos ganchos? —preguntó Jürgen—. ¿De aluminio o hierro?

—De cadenas de polisacáridos —dijo Carlota—. Es decir, de azúcar.

—¡Oh! —se maravilló Jürgen.

—Creo que son capaces de sobrevivir al despegue de la cápsula —mencionó Carlota—. El material debe estar formado por numerosas capas.

—Pero ¿no lo quemaremos con el chorro de escape del motor? —inquirió Jürgen.

—Viste la zona negra alrededor de la nave, ¿no? —respondió Carlota—. Por supuesto que quemaremos parte del material. Aunque parece bastante espeso.

—Además, es solo cuestión de unos segundos —dijo Jürgen—. Quizá, tengas razón. No hay peligro para el despegue.

—¿Polisacáridos, es decir, compuestos orgánicos? —preguntó Jaron.

—Sí —respondió Carlota—. ¿Por qué?

—¿No será que el árbol, es decir la isla, produce por sí mismo estos compuestos? Tal vez sea una especie de fruta, o una protección contra una lesión, o incluso una reacción a una.

—Claro, todo eso es posible —aceptó Carlota—. También podría ser un truco. Tal vez estemos encima de las fauces de esta criatura, y solo espera devorarnos abriendo la red.

—Pero con ese bocado se atragantará —dijo Jürgen.

—¿Quién sabe? Tal vez, la nebulosa oscura sea una venus atrapamoscas gigante para viajeros espaciales curiosos —sugirió Carlota—. Observan lo que está pasando aquí, sobrevuelan y aterrizan, ¡puf!, en el estómago de esta isla.

—Hay tantas posibilidades —complementó Jaron.

—Me gustaría recolectar más muestras —dijo Carlota.

—Bueno, voy a hacer esa escalada que he estado planeando —arguyó Jürgen—. ¿Alguien quiere venir?

—Yo no, no lo necesito —dijo Carlota.

—Te retrasaría —opinó Jaron.

—Si quieres subir la montaña conmigo, podemos hacerlo —lo animó Jürgen.

—Eres muy amable, pero no subiría a menos que fuera absolutamente necesario.

De repente, su nariz percibió un olor acre. ¿Se había incendiado la membrana de polisacárido?

—¡Mierda, olvidé la comida en el horno! —exclamó Jürgen.

•

UNA HORA MÁS TARDE, por fin, volvía a reinar la calma en la cápsula. Era un silencio que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Ningún dispositivo hacía ruido. El soporte vital estaba

apagado y ni siquiera se podía escuchar el sonido del mar. Jaron se sentó en su sillón, reclinó el respaldo y estiró las piernas. Era celestial.

Una señal de alarma lo despertó. Provenía del receptor de radio. Enderezó la silla y sacó los controles.

—Cápsula Star Liner, aquí Jaron. ¿Qué sucede?

—¡Menos mal! —exclamó Celia con voz de pánico.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Qué ocurre?

—He estado intentando comunicarme con vosotros desde hace media hora. ¡Tenéis que despegar ya!

Jaron se frotó los ojos. Celia parecía muy asustada. No era propio de ella.

—Tranquila, ¿qué pasa? —preguntó.

—Estaba observando el paso de la luna a través de la órbita del segundo planeta. Al hacerlo, me di cuenta de que va hacia vosotros.

—Pero eso no es peligroso. Lo simulamos varias veces.

—La luna no impacta contra el planeta. Pero pasa a una distancia mínima. ¿Qué crees que provocará eso en las mareas?

Joder. Celia tenía razón. Si la marea alcanzaba cincuenta metros de altura en condiciones normales, ¿cómo se expandiría la montaña de agua bajo la influencia de la luna? No estarían seguros en la isla. Necesitaban ponerse en órbita hasta que pasara la ola.

—Tienes razón, Celia. Gracias por avisar.

—Regresaré con el Buscador.

—No volverías hasta mañana. Eso no nos ayudará. Solo despegaremos hasta que la ola pase y luego aterrizaremos de nuevo.

—¿Y si después, todo queda inundado?

—Entonces nos quedaremos en órbita hasta que regreses.

—¿Estás seguro, Jaron?

—Sí, lo digo como capitán. Ve al sol como estaba planeado e investiga.

—No puedo...

—Sí, puedes. Debes.

Celia no podía ayudarlos. El Buscador no estaba equipado para aterrizar en el planeta. Lo mejor era que se mantuviera a una distancia segura. De lo contrario, haría algo estúpido. Ellos solo necesitaban salir de ahí lo antes posible.

—Bueno si insistes...

—Insisto. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No puedo decirlo con exactitud. Hay demasiadas variables. ¿Quizá media hora?

—Gracias, será suficiente.

—Bien, ¡buena suerte!

—Lo mismo digo —contestó Jaron—. Star Liner, fuera.

Jaron tecleó con agilidad. Configuró la nave para el despegue.

Todos los sistemas encendidos. No tardaría ni diez minutos. El problema era Jürgen. Seguía escalando y se sentía seguro. A donde se dirigía, la marea no llegaba normalmente. Jaron cambió al canal de radio general, donde estarían escuchando Carlota y Jürgen.

—Tenemos un problema —informó—. En aproximadamente media hora, habrá una enorme ola, al menos, el triple de la altura normal. Tendremos que usar la cápsula para llegar a un lugar seguro.

—Estoy a unos quince minutos de ti —informó Carlota—. He estado buscando muestras en el extremo más alejado de la plataforma.

—Vuelve ahora mismo —pidió Jaron—. Jürgen, ¿y tú?

—Yo... uf... tengo... un... problema en este momento. Uf. Acabo de llegar a la cima. Uf. Fue agotador.

—Tienes que volver ahora mismo.

—Cálmate —dijo Jürgen—. He estado caminando cuesta arriba durante una hora y media. Necesito un descanso, y el camino de regreso no será más rápido. ¿O quieres que me caiga con las prisas?

—Jürgen, dentro de media hora llegará una gigantesca ola. Tenemos que despegar con la cápsula o la perderemos y, además, nuestras vidas.

—No puedo hacer magia. Es imposible hacerlo en treinta minutos. Lo mejor será sentarme aquí arriba, lejos de la ola. No me alcanzará. Los picos son altísimos.

—Lo siento, pero no lo creo —dijo Jaron—. El agua te sacará de las rocas como a una mota de polvo.

—Bueno, que así sea. La verdad es que media hora no es tiempo suficiente para volver. Lo mejor es que despeguéis sin mí. Poneos a salvo y luego recogedme.

—Entonces no habrá nada que recoger —se desesperó Jaron.

—¡Qué pesimista eres! Bueno, de todas formas, hay peores maneras de morir que sentado en una montaña con vistas a un océano azul.

—Ni hablar. No vas a morir —afirmó Jaron.

¡Si fuera tan simple! Pero Jürgen tenía razón. No lo lograría en media hora.

—Tengo una idea —dijo Carlota—. El dispositivo de rescate, el Safer. Está asegurado al exterior de la cápsula.

—Fue construido para gravedad cero —dijo Jaron.

—Podría funcionar —afirmó Jürgen—. El Safer cuenta con un motor químico muy potente. Es un modelo nuevo que no funciona con aire comprimido como los antiguos.

—Estaré en la nave en trece minutos —aseveró Carlota—. Podré llevarlo hasta Jürgen para recogerlo.

—Perderemos un tiempo valioso —exclamó Jaron—. Yo lo pilotaré. Ya estoy en la nave.

—Pero tú… —comenzó Carlota.

—Lo programaré para que se conecte a la radio de Jürgen. Debería funcionar. Jürgen, quizá puedas encontrar un saliente en el que pueda aterrizar el Safer.

—Vale, jefe. Lo buscaré.

—Jaron, ¿no preferirías esperarme? —preguntó Carlota—. Es arriesgado si…

—Alguien tiene que sentarse en la silla. El Safer no volará sin carga. Pero yo solo soy el pasajero. Encontrará el curso en automático. ¡Todo estará bien! Tengo que irme. Jaron, fuera.

Corrió en la dirección desde donde entraba aire fresco a la cápsula. Allí buscó la pared. «Sube un escalón a la plataforma, date la vuelta y baja la escalera». Más rápido. El asiento de emergencia, el Safer, se encontraba detrás de una compuerta en la pared exterior de la cápsula, cerca de donde también se desplegaba el tren de aterrizaje, un poco desplazado hacia la derecha de la escotilla. Jaron se aseguró de la posición de la escalera, dio tres pasos hacia la derecha y subió al tren de aterrizaje. Deseaba tener músculos más fuertes en brazos y piernas, ya que el espacio adicional entre los puntales transversales hacía que la subida fuera más agotadora.

Su mano tocó el suave metal de la cápsula. Hecho. Sus dedos palparon hacia la derecha. Había una grieta en el material. Debía ser la compuerta detrás de la cual se escondía el Safer. Subió un poco hacia la derecha y palpó más. Ahí, la cerradura. Giró la rueda una vez y luego tiró de la pestaña que estaba debajo. La compuerta se abrió. ¡Ojalá el compartimento no estuviera vacío! Ahí estaba. Palpó el cojín del asiento, se estiró y tiró del respaldo. El Safer se deslizó. Tiró un poco más.

Mierda, fue demasiado. El Safer salió de su alojamiento. Jaron no logró retenerlo. Lo intentó pero perdió el equilibrio. Se impulsó para caer a la derecha e hizo una elegante pirueta. El suelo amortiguó su caída. Menos mal que no aterrizaron en una llanura rocosa. Jaron se levantó y se inclinó hacia la izquierda. Ahí estaba. Lo levantó, se sentó en él y abrochó la correa para el hombro. El asiento era tan bajo que tuvo que estirar las piernas para sentarse.

Jaron sacó los controles. Era posible maniobrar en modo manual con dos palancas, pero cambió a automático. No conocía las coordenadas de Jürgen. El asiento también tenía tres modos de emergencia disponibles: podía orientarse hacia objetos que brillaban en el infrarrojo, como por ejemplo los astronautas que sufrían un accidente. Podía evitar objetos, como escombros. Y podía volar hasta la fuente de radio más potente, por lo regular, su propia nave espacial.

—¿Podéis oírme? —dijo por la radio—. A partir de ahora, quiero silencio de radio de todas partes, excepto de Jürgen. Haré que el Safer

se dirija a su transmisor.

Nadie respondió. Muy bien, Carlota y la cápsula debieron entenderlo. Jaron apagó su radio. Luego, seleccionó el modo de bloqueo radial. El asiento confirmó de manera acústica su elección en cada elemento del menú. Ahora, lo único que tenía que hacer era presionar el botón de inicio.

—¡¡Ah!! —gritó mientras la silla se elevaba con él.

Luego, su vehículo se inclinó repentinamente hacia adelante para cambiar al vuelo vertical. Puede que no fuese tan notable en gravedad cero, pero aquí colgaba hacia adelante en un ángulo de casi 45 grados. Solo el arnés evitaba que cayera. La corriente de aire le abofeteó la cara y le arrancó las gafas antes de que pudiera asegurarlas. Mierda. Ahora no tenía ninguna orientación. En algún lugar frente a él, una nueva ola rugía, pero aún no había llegado. Se concentró en los sonidos, filtró el viento pero nada más. Al parecer, cruzaba velozmente la llanura. Sería un aterrizaje forzoso. Debajo, los suaves sonidos del mar. Debía ser el promontorio. El Safer volaba muy rápido cuando era necesario.

Algo emitió un pitido. ¿Se estaba quedando sin combustible?

—¡Estoy aquí!

¡Era Jürgen! Así que el pitido era una alarma de proximidad. Con suerte, Jürgen buscaba un saliente con suficiente espacio para aterrizar. Jaron lo saludó con la mano. El Safer se alineó y se posó con bastante brusquedad. Jaron apenas logró apartar las piernas.

—Vamos, sube —indicó—. Será mejor si te cuelgas del respaldo de la silla.

—Espero ser lo suficientemente fuerte —dijo Jürgen.

—Escalaste hasta aquí, ¿no? Puedes hacerlo. ¡Cuidado, la silla se inclina hacia adelante al volar!

—Gracias, Jaron.

—Sujétate bien. ¡Voy a despegar!

Jaron presionó el botón. La silla se elevó, dio un giro y apagó el motor. Mierda. Jaron volvió a pulsar el botón de despegue. De nuevo, voló hacia el cielo, giró y cayó.

—Tal vez soy demasiado pesado —supuso Jürgen—. Espera, bajaré para que puedas irte.

—¡Por supuesto que no! —gritó Jaron.

Jürgen. ¡Joder! El Safer estaba programado para dirigirse hacia Jürgen. Detrás de él, se encontraba la emisión de radio más fuerte. Eso confundía el sistema de control. Jaron presionó el botón de inicio nuevamente. Ascendió, pero justo antes de que la silla pudiera girar, empujó la palanca. El control manual anuló al automático. Salieron disparados.

—¡Cuidado! ¡La montaña! —advirtió Jürgen.

Jaron viró bruscamente hacia la derecha. Oyó el latigazo causado por el cuerpo de Jürgen al doblarse.

—¡Un poco más a la derecha! —gritó este.

Al parecer había comprendido que Jaron conducía en modo manual.

—¡Muy bien!

Volaron por la llanura durante un minuto. Luego, al ruido del motor se unió un rugido ahogado.

—Eh, si pudiera ir un poco más rápido, sería excelente —dijo Jürgen—. La maldita ola se acerca.

En ese momento, algo emitió un pitido. El ruido no cesó.

—Hay una luz roja en el respaldo —informó Jürgen.

—Es el tanque de combustible.

—Mierda. Venga, déjame aquí y tal vez lo logres.

—De ninguna manera, Jürgen. Si me sueltas, aterrizaré a tu lado. ¡Lo prometo! ¡Ya me conoces!

—¡Entonces ambos moriremos!

—Nadie morirá hoy —dijo Jaron.

—No puedes ver la ola.

No, pero la sentía. De repente, el aire se volvió mucho más fresco. Ojalá Carlota lo tuviera todo preparado y no estuviera paralizada de terror.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

—Quinientos metros.

Un minuto corriendo, si es que corrían para salvar sus vidas.

—¿Y el agua?

—Tal vez, un minuto también.

Entonces la ola los alcanzaría cuando estuvieran a punto de abordar. El motor petardeó. La silla se fue a pique, pero volvió a sostenerse. Un aterrizaje suave solo sería posible si quedara algo de combustible. A la mierda el aterrizaje suave. La gravedad los derribaría pasara lo que pasara.

—Será algo fuerte —advirtió.

—Cien metros más.

El motor volvió a petardear. Descendió hasta que Jaron empujó la palanca con todas sus fuerzas. Eso provocó que el motor se saltara el modo de seguridad y consumiera las últimas gotas de combustible que de otro modo reservaría para el aterrizaje.

—¡Sesenta! —gritó Jürgen—. ¡Treinta! ¡Frena!

No necesitaba frenar. El Safer caía sin más. La inercia los llevó un poco más lejos y luego, dieron volteretas en el suelo. El retroceso elástico los lanzaba por los aires. Jaron soltó el arnés. En el siguiente impacto perdió la silla. No importaba. Se puso de pie y echó a correr.

—¡Oye! ¡Por aquí! —gritó Jürgen desde atrás.

Mierda. ¡Oh no! Dirección incorrecta. Corrió hacia Jürgen. Juntos avanzaron los últimos metros. Jürgen estaba delante de él en la escalera.

—¡Vamos! ¡Arriba!

Subió tras él. El aire estaba húmedo. Una sombra fría lo cubrió desde atrás. Jürgen lo empujó hacia la esclusa de aire. Cayó a cuatro patas. El mamparo se cerró con un silbido y un puño imaginario lo cogió del cuello y lo lanzó al suelo. Carlota había despegado la cápsula.

◓

JARON TEMBLABA EN SU SILLÓN. Carlota le entregó una taza.

—Menta poleo —dijo.

Lo olió, pero no había ninguna fragancia. Su nariz golpeó la tapa, a causa de la falta de aroma. Se llevó la mano a la boquilla y succionó un poco del líquido caliente. Fue una sensación estimulante. ¿Había una pizca de alcohol?

—¿Un chupito? —preguntó Jürgen.

—Sí —dijo Carlota—. Para una ocasión especial.

Jaron acercó la consola de control y abrió un canal de radio.

—De Star Liner a Buscador —dijo—. Adelante, por favor.

—¡Al fin! —exclamó Celia—. ¿Cómo estáis chicos? Me alegro mucho de que lo hayáis logrado.

—Algunos moretones, pero ninguna herida grave —dijo Jaron.

—Muy bien. ¿Queréis que vuelva y os recoja?

—No, no es necesario. No lo estamos haciendo nada mal. Incluso podríamos volver abajo. Después de todo, la luna pasará hasta dentro de un mes.

Jürgen negó con la cabeza.

—Ya he tenido suficiente —dijo—. Pero Celia debería continuar y terminar sus mediciones.

—Bien, entonces os veré en dos o tres días —concedió Celia—. Si me aburro, puedo analizar vuestros datos.

Un relámpago parpadeó. Un enorme huracán atravesaba la zona de penumbra que separaba el hemisferio que daba al sol, del posterior. El planeta C b poseía una atmósfera densa. Esa fue la siguiente sorpresa, porque esperaban encontrar un montón de polvo reseco. Las capas de nubes no permitían una visión directa de la superficie, pero Celia había logrado utilizar una combinación de espectroscopía de radar, neutrones y rayos gamma para crear un mapa en relieve del planeta, al menos del hemisferio por el que acababan de pasar.

—¿Pueda ayudar en algo? —preguntó Paul.

Celia negó con la cabeza.

—Estoy desconcertada.

La conmoción de ayer seguía presente. Ojalá no hubiera sido un error al mantener el rumbo hacia el sol. Pero Jaron era un piloto experimentado. Podía confiar en él.

—Tal vez un ojo inexperto ayude. Soy muy bueno en eso —insistió Paul.

Celia se apartó un poco para que Paul también pudiera mirar la pantalla.

—Se ve algo así ahí abajo —dijo ella.

El mapa en relieve solo mostraba ligeras diferencias de elevación. Como resultado, apenas había obstáculos para las capas de aire inferiores. La atmósfera aprovechaba esta oportunidad y giraba mucho más rápido que el planeta, haciéndolo parecerse cada vez más al planeta Venus.

—Es bastante plano —señaló Paul.

—Con tormentas que atraviesan la superficie con regularidad, supongo que no es de extrañar.

—No parece muy acogedor.

—Las temperaturas son soportables en la zona de transición —afirmó Celia—. Pero el clima es terrible. Gran humedad, tormentas interminables y, además, constantes vendavales.

En Venus no existía tal zona de transición.

—¿Qué tipo de estructuras paralelas son estas? —preguntó Paul—. ¿Alguien construyó carreteras?

Era un agudo observador. Celia también había notado esas líneas. Probablemente, eran fracturas en la superficie.

—No, es un fenómeno natural —explicó Celia—. Lo sabemos por Venus. Si un planeta no cuenta con placas tectónicas, tiene que encontrar una manera diferente de deshacerse de las fuerzas que se generan al encogerse a medida que se enfría. Es decir, la corteza se rompe en pedazos.

—Pero el espaciado casi idéntico de las líneas...

—... solo indica una estructura bastante consistente de la corteza. Las tensiones se distribuyen con uniformidad sobre ella.

El hecho de que la corteza fuera tan consistente también significaba que el planeta debía haberse enfriado muy rápido. De lo contrario, las sustancias de diferente peso en su manto habrían tenido tiempo de sedimentarse y clasificarse en diferentes capas. Por tanto, el planeta debía conservar gran parte de la composición original de la nube protosolar. ¡Si tan solo pudieran tomar algunas muestras de suelo! Pero un aterrizaje con la cápsula era demasiado peligroso. Ni siquiera debía sugerírselo a Jaron.

—Entiendo. ¿Entonces este planeta es bastante aburrido para ti? —preguntó Paul.

—Para nada —dijo Celia—. Hay algo que me inquieta y para lo que no encuentro explicación: hay una sorprendente cantidad de agua en este sistema.

—¿Por qué te sorprende?

—Después del Big Bang, solo había hidrógeno y un poco de helio. Los elementos más pesados, incluido el oxígeno necesario para el agua, tuvieron que sintetizarse en las estrellas. Así que las nuevas estrellas, formadas a partir de las cenizas de generaciones anteriores, ya tenían disponibles más de estos elementos pesados. Lo llamamos metalicidad.

—Ah, entonces la metalicidad de la estrella C debe ser muy alta, porque aquí hay una cantidad atípica de agua.

—¡Exacto! Eso es lo extraño: la metalicidad de C no es mayor que la de nuestro sol. Así que, al parecer, a escala cósmica, este sistema alberga demasiada agua.

—¿Al parecer?

—Para un inventario preciso, tendríamos que estudiar todos los planetas. O tal vez, el agua aquí se distribuye de manera diferente, más de este lado de la línea de congelamiento que del otro, aunque lo dudo.

—¿Línea de congelamiento?

—En el disco protoplanetario, el agua más allá de la línea de congelamiento se encuentra en forma sólida; delante de ella, es gaseosa. El agua sólida, es decir, el hielo, es, naturalmente, más fácil de integrar en un planeta. Por eso se forman planetas rocosos en un lado de la línea de congelamiento y planetas helados en el otro.

—Así que el agua debió ser traída de atrás hacia adelante de alguna manera —dedujo Paul.

—Correcto. En nuestro sistema solar, lo hicieron los cometas. Pero aquí no veo nada que pudiera hacer el trabajo. El cinturón de asteroides parece tener una dinámica muy baja.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé. Que aún no sabemos lo suficiente.

Celia apartó el teclado. A veces, la investigación podía resultar bastante agotadora. En lugar de respuestas, seguía encontrando nuevas interrogantes. Pero ya habría tiempo para descansar más tarde. Mañana alcanzarían el sol local. Así que sería mejor que evaluara los datos registrados hoy. Envió las imágenes a la pantalla, las clasificó según longitudes de onda primarias y las introdujo en el dispositivo que superponía las fotografías y, si era necesario, las escalaba o corregía para producir una imagen general del planeta.

El programa terminó muy rápido. Eso significaba que había poca necesidad de correcciones. La tripulación de la cápsula Star Liner había hecho un buen trabajo. La altitud se había mantenido constante a pesar de las necesarias maniobras correctivas, y Jaron había ajustado el rumbo al área de cobertura de las cámaras. Si los científicos terrícolas vieran sus datos, quedarían exultantes. Después de todo, C c era el primer exoplaneta cartografiado desde una órbita baja. Y, de paso, no quedaron puntos ciegos.

Lo primero que hizo fue evaluar los perfiles de elevación. Al igual que la Tierra, el planeta tenía una protuberancia en el medio. Pero por lo demás, era mucho más redondo, más cercano a la forma esférica ideal que su planeta de origen. En los polos, la superficie era algo convexa. Esto podía deberse a la capa de hielo. El agua congelada se expande cuando se enfría. Pero ¿qué era eso?

Celia distorsionó la representación del área del polo norte para que las diferencias de altitud se hicieran más evidentes. Ahora, bajo la capa blanca, se podía ver la forma de un hexágono. Se extendía desde el polo hasta unos cincuenta kilómetros antes del borde helado, por lo que quedaba cubierto por hielo. ¿Podría haber una estructura hexagonal escondida bajo el casquete polar? ¿Qué podía ser? No debía sacar conclusiones precipitadas. Podría haber razones diferentes, pero, ciertamente, naturales. En el polo norte de Saturno, por ejemplo, los ciclones giraban siguiendo este patrón. Los polos suelen ser lugares especiales, también porque desaparecían las líneas del campo magnético dentro del planeta.

Puede que ni siquiera estuviera relacionado con el polo en sí, si no, simplemente, con el hecho de que hacía frío. En estado congelado, las moléculas de agua se disponían en forma de hexágono en las circunstancias adecuadas, es decir, a presión terrestre y temperaturas por debajo del punto de congelación. Suponiendo que el agua se hubiera congelado con especial rapidez en los polos del planeta, ¿no sería posible que la estructura hexagonal fuera, por así decirlo, integral en toda el área? Sin duda, un proceso rápido tendría menos probabilidades de sufrir perturbaciones desde el exterior.

La corteza homogénea del planeta interior también se solidificó en muy poco tiempo. Cada desarrollo de este sistema parecía haber tenido lugar con particular prisa. Esta impresión empezó a ponerla nerviosa. ¿No deberían también concluir con su expedición lo más rápido posible?

No debía dejarse influenciar por tales estados de ánimo. Celia mostró los datos del polo sur en la pantalla. El hexágono no era visible a primera vista, pero cuando enfatizó las alturas, se hizo evidente. Amplificó las imágenes. El hielo sobre la estructura hexagonal no parecía muy grueso. No eran más de cincuenta metros. Si uno flotara en el lugar con la cápsula Star Liner durante unos minutos, las columnas de humo calientes del motor podrían perforar un agujero de suficiente profundidad.

¿Valdría la pena? La tripulación de la cápsula también utilizaba un espectrómetro gamma. Celia procesó sus datos. Por desgracia, no fue muy esclarecedor. La capa de hielo era demasiado gruesa. Según los cálculos del *software* de evaluación, la probabilidad de que el hexágono estuviera hecho de un material diferente al hielo que estaba encima, era del setenta por ciento, pero con un rango de tolerancia del treinta por ciento. Eso no era significativo.

Celia colocó los datos del espectrómetro sobre la esfera del planeta en el holo. En general, había muy poca actividad debido a los vastos océanos. Los numerosos islotes brillaban como cristales sobre el fondo oscuro. Algo pasaba allí. Debían ser sustancias que emergían del interior hacia la superficie. Pero sus amigos no habían descubierto ningún volcán, ¿o sí?

Apagó el holo y se enderezó. Le dolía la cabeza. Estaba abrumada. Se necesitaría todo un departamento de investigación para resolver los misterios de este sistema solar. Pero solo se tenía a sí misma.

—Nos he cocinado algo —dijo Paul.

En la mano derecha llevaba un plato del que emanaba un agradable aroma. Celia sacó la mesa del respaldo y Paul la cubrió con un paño blanco con la mano izquierda y dejó el plato encima.

—Iré a buscar más cubiertos.

Celia miró el contenido del plato, dispuesto de forma artística. En el centro había un anillo de una masa amarillenta llena de trozos gruesos que brillaban en rojo y verde. Encima había algo blanco alargado. Todo estaba salpicado de finos puntos blancos y negros, y se había formado un pequeño lago de salsa en el borde del plato.

—Aquí tienes, cuchillo y tenedor —dijo Paul.

Recibió los cubiertos. Paul también se había traído un plato lleno.

—¿Qué es? —preguntó Celia.

—Filete de bacalao al vapor con calabacín y pimiento morrón sobre puré de patatas y calabaza en salsa de vino blanco, aderezado

con pimienta fresca.

—Suena delicioso.

—La pimienta es real y recién molida —indicó Paul.

Celia probó el puré. Podía oler y saborear el aroma de los granos de pimienta, aunque tenían, por supuesto, 150 años. Paul debió haber fabricado los demás ingredientes con lo que tenía a mano. El filete de pescado era algo fibroso, pero tenía un sabor a pescado distintivo y un aroma tostado. Al parecer, Paul lo frió por separado después de que el fabricante de alimentos lo formara. Por desgracia, los trozos de pimiento morrón y calabacín carecían del crujido de las verduras frescas. Puede resultar difícil crear ese sonido a partir de una pasta. El puré estaba delicioso. La salsa de vino blanco parecía tener una pizca de alcohol y sabía más a mantequilla que a vino blanco, pero en general, no había probado una comida tan buena desde hacía mucho. Una mejora real con respecto a lo que normalmente escupía el fabricante de alimentos.

—Te ha quedado genial —dijo Celia—. Estoy impresionada con lo que se puede conseguir a partir de ingredientes básicos.

—Le dediqué mucho tiempo al filete —explicó Paul—. Por desgracia, los productos básicos carecen de la textura de la carne o el pescado. La imité haciendo una especie de chucrut frito. Luego, lo mezclé con el sabor de la salsa de pescado y una base neutra, le di forma oblonga y lo freí.

—¿Y eso se te ocurrió a ti? —preguntó Celia.

—Era un experimento —aceptó Paul—. Fue divertido.

—Deberíamos nombrarte cocinero de la nave.

—Ya he pensado en postularme para ese puesto. Iba a sobornarte con vino de verdad.

—¿De dónde lo sacaste?

El sacerdote estaba lleno de sorpresas. ¿O solo estaba más aburrido que los demás?

—Por fermentación de una base de carbohidratos, además, agregué un poco de sabor a fruta. ¿Quieres probarlo? Lo comencé hace unos días.

—Gracias, es muy tentador, pero tengo trabajo que hacer después de cenar. Será en otro momento.

—Haciendo uso de mi autoridad, te prescribo un descanso, Celia. No puedes estar trabajando todo el día.

Celia bostezó. La verdad, tenía razón. Los datos seguirían ahí. Ahora iba a darse el gusto de tomar una siesta. Sin embargo, antes, tenía que contarle a Jaron y a los demás lo que había descubierto en los polos de C c.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Celia tenía razón. Jaron apartó la mano de la pantalla háptica. De hecho, había una estructura hexagonal oculta bajo el hielo. Dejó de hacer hincapié en los agudos y acarició el casquete polar. Ahora parecía un huevo frito. ¿Era coincidencia o intencional que el hexágono estuviera tan bien escondido bajo el hielo? ¿Y cómo lo descubrió Celia?

Carlota también parecía desarrollarse de manera muy positiva, mostrando habilidades inesperadas. La forma en que había manejado el despegue de emergencia de la cápsula sin ningún entrenamiento como piloto era un verdadero logro, en especial, en términos de sincronización. Por supuesto, debió haberse asustado cuando el agua se acercaba a la nave. El mismo Jaron había tenido miedo. Pero mantuvo la calma y esperó hasta el último momento, en lugar de pilotar sola a un lugar seguro.

—Creo que deberíamos investigar —sugirió Jürgen.

—¿A pesar de nuestra experiencia con este planeta? —preguntó Jaron.

De hecho, estaba a favor de un viaje al polo, pero solo si Jürgen y Carlota iban por voluntad propia. No quería presionarlos para que hicieran nada.

—Ni el polo norte ni el polo sur son llanuras aluviales —afirmó Carlota.

—Pero eso no aplica en caso una súper inundación —dijo Jaron.

Tal vez, estos eventos fueron los que causaron que hubiera una capa de hielo sobre el hexágono. Eso iría en contra de un ocultamiento intencionado de la estructura.

—La próxima no vendrá hasta dentro de varias semanas —afirmó Carlota.

—¿Nos queda suficiente combustible? —preguntó Jaron—. Necesitamos ser capaces de planear sobre la superficie durante un tiempo y luego volver a lanzarnos a la órbita.

—No hay falta de combustible —informó Jürgen—. La cápsula solo ha utilizado un tercio de su capacidad.

—Entonces no veo ningún inconveniente —dijo Jaron—. Hemos volado hasta aquí para encontrar al creador de este cúmulo de estrellas, por lo que bien podríamos excavar un poco en el hielo eterno.

—Quizá, Dios hizo construir algo así como una sinagoga —conjeturó Jürgen.

—Si así fuera, sería una iglesia —lo corrigió Carlota—. Pero no me lo parece.

—Oye, hace siglos iba a las sinagogas —se defendió Jürgen—. Lo de la iglesia vino después.

Carlota no respondió, aunque tragó saliva. No debían olvidar que la Iglesia católica la había elegido. Desde luego, tenía la fe férrea que el sacerdote había perdido.

—Rumbo al polo norte —informó Jaron.

—NO SE VE NADA —dijo Jürgen.

Jaron reflejó la imagen de la cámara en la pantalla háptica. No podía sentir el hexágono, pero era de esperarse. Después de todo, su pantalla tenía una resolución más baja que el sentido de la vista de los demás.

—Ahí está —exclamó Carlota—. La imagen del radar es muy clara.

La cápsula estaba en una órbita muy baja para poder conseguir una resolución más alta.

—¿Hay alguna subestructura? —preguntó Jaron.

Imaginaba el hexágono como un enorme hangar bajo el hielo, donde los extraterrestres habían aparcado sus naves espaciales. En ese caso, sería bueno aterrizar encima de una entrada. El propulsor despejaría el camino hacia abajo, pero tendrían que cavar a los costados.

—Por ahora, no veo nada —dijo Carlota.

Aunque eso no significaba mucho, puesto que el radar no podía penetrar el hielo. Solo detectaba la capa que se había formado sobre el hexágono. Si se formó por las supermareas, tendría que ser completamente lisa, aunque la estructura inferior podría tener diferencias de altura. Tendría un aspecto diferente si la capa de hielo se hubiera formado a partir de años de nevadas, como ocurrió en la Tierra.

—Hay algunas líneas muy finas —observó Carlota—. Probablemente sean grietas.

¡Ah, eso era nuevo!

—¿Podrían haberse formado por las diferencias de temperatura bajo la capa de hielo? —preguntó Jaron.

El hielo con diferentes temperaturas tenía diferentes volúmenes, por lo que debió haber tensiones. Eso indicaría que la estructura oculta estaba, de alguna manera, activa.

—Tal vez —dijo Carlota—. O por tensiones en la corteza planetaria debido al rápido enfriamiento del planeta.

Aquí nada estaba claro; todo dejaba lugar a la interpretación. Eso le permitía imaginar extraterrestres, mientras que Paul tenía el mismo derecho a pensar en Dios.

—Estamos a punto de llegar al borde de la llanura —informó Jaron—. Sugiero que echemos un vistazo al polo sur.

—De acuerdo —dijeron Jürgen y Carlota, casi al mismo tiempo.

◓

EN EL SUR, el hexágono era más visible. Al menos, eso fue lo que dijeron los otros dos. En la visualización háptica, el polo sur era una plasta de vaca, no tan regular como el polo norte y mucho más plano. Esto hacía que la estructura hexagonal se destacara un poco mejor.

—¿Ahí también hay grietas? —preguntó Jaron.

—Sí, eso parece —dijo Carlota—. Incluso, con una densidad mayor que en el norte.

El polo sur parecía tener un clima un poco más cálido. Como resultado, su capa de hielo era más delgada y propensa a agrietarse.

—Deberíamos aterrizar aquí —propuso Jürgen—. De esta manera, cuando perforemos la capa de hielo con el propulsor, ahorraremos una sexta parte del combustible.

—Sí, es solo una cuestión de dónde —dijo Jaron.

—En cualquier lugar.

—Me gustaría tener una razón para elegir un lugar específico.

—Tendríamos que poder ver debajo del hielo —dijo Carlota.

—Podríamos seleccionar el borde —propuso Jaron—. Si hay entradas y salidas, estarán ahí.

—¿En serio? —preguntó Jürgen—. ¿No será más interesante en el medio?

Bueno, esa era la pregunta del millón. En teoría, podrían buscar en todas partes. Pero para hacerlo, tendrían que repostar, lo cual solo era posible con la ayuda del Buscador de la Verdad, pero no regresaría hasta dentro de tres días.

—Iremos al borde —decidió Jaron.

—¿A dónde exactamente? —preguntó Jürgen.

—Seguiremos nuestra ruta.

—Entendido, capitán. Ajustaré el rumbo.

◓

LA NAVE VIBRÓ. Jaron tuvo que inclinarse hacia adelante, para no salir expulsado. El motor rugía más fuerte con cada minuto que pasaba, mientras abría un túnel cada vez más profundo en el abismo. Al principio, Jaron escuchó un silbido agudo. Ahora era un zumbido moderado, y al final, suponía uno profundo. Era como soplar en un instrumento que iba ensanchándose.

—Veinte metros —informó Carlota, que seguía las lecturas del

radar.

—El motor se ha calentado —dijo Jürgen—, pero sigue en la zona verde.

La cápsula se hundía poco a poco en el agujero que era perforado por su chorro de escape. Sin embargo, al hacerlo quedaba suspendida en vapor de agua caliente, lo que provocaba que los motores se calentaran aún más. Como resultado, Jaron tenía que dejar descansar la cápsula de vez en cuando.

—Veintitrés metros —señaló Carlota.

Jaron corrigió un poco. La cápsula se hundió tres metros más. Si estaba demasiado lejos del hielo, el chorro de escape perdía eficacia.

—Ahora estamos en amarillo —alertó Jürgen.

Eso significaba que disponía de unos tres minutos para darle un descanso al motor. Jaron activó un cronómetro. Justo antes de que expirara, aumentó la potencia. La cápsula se elevó unos metros por encima del hielo, donde el vapor caliente se enfrió rápidamente.

—Deja que el motor descanse un minuto —pidió Jürgen—. Chicos, debéis echar un vistazo por el ojo de buey.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Jaron.

—Nada —dijo Carlota—. Solo es eso. Estamos en medio de una densa nube. Si observamos la forma en que se refracta el radar, hemos creado una columna de vapor bastante alta.

Eso significaba que, mientras perforaban, podían ser vistos desde una gran distancia e incluso, desde el espacio. Pero nadie parecía interesado en lo que estaban haciendo. A Jaron, le parecía como si hubieran irrumpido en un supermercado a plena luz del día y se estuvieran sirviendo de todos los estantes mientras la seguridad dormía.

—Volveré a bajar —dijo.

—Confirmado —contestó Jürgen—. El motor aguantará unos minutos más.

Jaron redujo la propulsión y se hundieron en el hoyo que habían cavado. Los auriculares emitieron pitidos en rápida sucesión. Antes de que se activara el tono continuo, Jaron volvió a aumentar la potencia.

—Ocho metros —señaló Carlota—. Eso estuvo cerca.

—Sí, me estoy aburriendo. Quiero llegar —dijo Jaron—. ¿Cuánto hielo queda?

—Solo diez metros más —afirmó Carlota.

•

—¡CON cuidado! —advirtió Carlota—. Casi llegamos.

—Tener cuidado es inútil —replicó Jaron—. Si disminuimos la propulsión, nos estrellaremos.

—Entiendo. Entonces, debemos excavar nosotros mismos el último metro.

—Oh, ¿tenemos que hacerlo? —se quejó Jürgen—. Cortar hielo es un verdadero dolor de cabeza.

—¿Sabes de qué está hecho el material que hay ahí abajo? —preguntó Carlota—. Yo no lo sé, y no queremos romper nada.

—Carlota tiene razón —dijo Jaron—. Debemos tener cuidado. Si se trata de una estructura artificial, su dueño no estará contento si la destruimos.

Empujó la palanca de propulsión. La cápsula ascendió. La frecuencia de los pitidos disminuyó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jürgen.

—Aterrizaré.

—¿Fuera del agujero? ¡Pero tendremos que bajar por él!

—El agujero es tan estrecho que difícilmente podríamos salir de la nave por el fondo —dijo Jaron—. Además, me preocupa la estabilidad del hielo. No podemos poner en peligro la cápsula.

—Entendido —contestó Jürgen.

•

CUANDO BAJÓ LA ESCALERA, Jaron aterrizó en un charco profundo. Jürgen ya le había advertido.

—¡Por aquí! —gritó este.

Vadeó el agua, que debía llegar casi hasta la parte superior de sus botas. El suelo estaba resbaladizo. Jaron llevaba la mitad inferior de su traje espacial, pero no quería caerse. La parte superior de su cuerpo estaba protegida por una chaqueta gruesa, pero preferiría quitársela. Aquí, cerca del borde de la capa de hielo, el sol calentaba bastante, aunque estaba oblicuo en el cielo.

—Coge mi brazo —dijo Carlota.

Jaron se acercó. Carlota lo atrajo. El último paso era hacia arriba. Al parecer, el propulsor de la cápsula había cavado una pequeña depresión donde ahora estaba el agua.

—¿Eso nos causará problemas más adelante? —preguntó Jaron.

—¿Porque el agua se volverá a congelar? —replicó Jürgen—. No, son solo veinte centímetros. Lo cortaremos alrededor de la nave y así el motor podrá fundirlo.

—De acuerdo. Así que, esta vez no será posible un arranque de emergencia —notó Jaron—. ¿Es una buena idea?

—Falta mucho para la próxima ola —lo tranquilizó Carlota—. ¿Qué otra cosa nos obligaría a realizar un despegue de emergencia?

«Qué otra cosa», las famosas palabras. Pero Jaron tampoco pudo esgrimir una razón, así que asintió, aunque tenía un mal

presentimiento al respecto.

—Te entregaré el hacha —dijo Jürgen.

Jaron asintió de nuevo. Era un trato. Jürgen lo llevaría en la espalda mientras descendía. A cambio, Jaron llevaría la pesada hacha. Carlota, quien no tenía mucha experiencia en escalada alpina, los seguiría y los aseguraría. Ahora, ella movió su brazo. Jaron, quien la sujetaba de ahí, la siguió. El hielo no era tan liso como en el lago de agua de deshielo, pero tampoco tan rugoso como el hielo de un glaciar. Las inundaciones recurrentes debieron formarlo. Si este hexágono era artificial, ¿por qué lo construyeron en un lugar que se inundaba con facilidad? Quien fuera capaz de construir una estructura tan enorme también podría evaluar los riesgos. Entonces debió ser intencional. Jaron negó con la cabeza. Sus pensamientos volvían a adelantarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlota.

Debió haber notado que él negaba con la cabeza, aunque caminaba un poco detrás de ella.

—Pensaba en algo. Pero no es importante.

—¡Alto! —exclamó Carlota agarrándolo del hombro.

Él no prestó atención y siguió caminando, a pesar de que ella se había detenido.

—Ahora iremos cuesta abajo —indicó.

—Entiendo —dijo Jaron.

—Es bastante profundo —notó Jürgen.

Cuarenta metros, unos trece pisos.

—Es pan comido para ti, ¿no? —preguntó Jaron—. La cumbre de ayer era mucho más alta.

—Lo creas o no, me resulta más difícil descender a profundidades oscuras que ascender a alturas iluminadas. Pero técnicamente, no hay problema. Solo tienes que hacer lo que te digo.

FUNCIONABA, pero era agotador. El hacha de su espalda a veces se balanceaba incómodamente, pero mientras estaban colgados en la pared, no podían hacer nada al respecto. Hasta que Jaron pensó en una solución: se la quitó y la dejó caer. Un tintineo indicó que había llegado bien al fondo.

—A veces no se piensa en la solución obvia —reconoció Jürgen.

«Me pregunto si ocurre lo mismo con el misterio del hexágono». Jaron miró hacia abajo y esperó a que las gafas le indicaran la altura restante. Joder. Olvidó que las había perdido ayer durante la operación de rescate.

—¿Jürgen?

—¡Uf! ¿Sí, jefe?

Jürgen se detuvo, jadeante. Jaron ayudaba usando las manijas que el ingeniero iba clavando en el hielo, pero Jürgen hacía la mayor parte del trabajo.

—Lo siento, no quise distraerte.

—No te preocupes. Necesito un descanso de vez en cuando.

—Bien, ¿serías capaz de construirme algo que me indique, de manera acústica, lo que sucede a mi alrededor? Por desgracia, ayer perdí mi secuenciador.

—Ah, ¿las gafas que solías usar? Me preguntaba por qué no las traías.

—Sí, tenían el secuenciador.

—No sé si conseguiré hacer algo tan pequeño —dijo Jürgen—. Pero podría fabricarte una cámara de gran angular para la frente, que utilice la detección de objetos para informarte de los obstáculos mediante sonido.

—Gracias —respondió Jaron—. ¡Sería genial!

Jürgen siguió bajando. Jaron sintió el tirón de la cuerda que los conectaba. Se dobló. Allí estaba el mango. Aunque llevaba guantes, sentía frío. ¿Dónde estaba el peldaño para el pie? Allí, justo donde lo esperaba. Jürgen era un buen explorador. ¿Cómo se las arreglaría sin él?

◓

Al llegar al suelo, a Jaron, en particular, le dolían los bíceps. Jürgen lo limpió.

—Tienes polvo de hielo.

Jaron fue hacia el hacha. Estaba justo donde calculó que estaría por el sonido que hizo al caer. La recogió.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Cortamos hasta llegar a la estructura —indicó Jürgen.

—Yo empezaré —se ofreció Jaron—. Ahorré muchas de mis fuerzas al descender.

—Adelante —dijo Jürgen—. ¡Veinte grados a la izquierda!

—Vale.

Jaron se giró como describió Jürgen, levantó el hacha sobre su cabeza y la descargó con fuerza. Los pedacitos de hielo saltaron por el impacto. No sonó tan claro como esperaba. El hielo vibraba de manera diferente al vidrio. Levantó el hacha de nuevo, aplicó más fuerza y luego, la descargó. Levantó el hacha, la blandió y la descargó. Adoptó el ritmo. Al principio, se abrió camino en un canal estrecho. Cuando encontró la pared, volvió al principio, se recorrió un poco a la derecha y empezó de nuevo.

De esta manera cortó en el suelo un canal de, más o menos, un metro de ancho. Tendría que ser suficiente por ahora. Después del segundo pase, ya se hundía hasta las rodillas. Luego, Carlota lo relevó. No era más lenta que él. De hecho, incluso golpeaba un poco más rápido, aunque con menos fuerza. Profundizó la zanja hasta sesenta centímetros. Luego, fue el turno de Jürgen. Se puso a trabajar con renovado vigor, más rápido que Carlota y con más fuerza que Jaron.

Pero Jaron fue el primero en darse cuenta de que habían alcanzado su objetivo. El sonido del hacha sobre el hielo cambió. Fue solo un pequeño encuentro del metal con un terreno diferente, pero Jaron lo escuchó claramente.

—¡Para! —gritó—. ¡Has terminado!

—No, aquí todo está lleno de hielo —dijo Jürgen.

Jaron se acercó a él, se arrodilló y palpó a su alrededor. Encontró fragmentos de hielo grandes y pequeños, una fina capa de hielo con profundas hendiduras y sangre en una de ellas. Mierda. El líquido, más cálido que el hielo, parecía sangre. Metió la punta de su pulgar derecho en él. ¿Qué había dicho Carlota? Las moléculas eran bioquímicamente incompatibles con su cuerpo. Así que no podrían matarlo. Se lamió la yema del dedo. No sabía a nada.

—¿Qué haces? —preguntó Carlota.

—Estoy probando qué es lo que Jürgen sustrajo del hielo con el hacha.

—¿Lamiéndolo? ¿Te has vuelto loco? ¿Intentas suicidarte?

—Dijiste que la vida local no puede hacernos daño.

—¡La vida! ¡Las bacterias! Pero ¿qué pasaría si lamieras cianuro de potasio? Es la misma sustancia mortal en todas partes.

—Yo…

Se sonrojó de vergüenza. Había sido bastante estúpido.

—No te preocupes —dijo Carlota—. Ya sentirías algo.

—Solo creí que… Era como sangre —contestó Jaron—. ¿Ves, Jürgen? Parece que has rasguñado algo.

—Tendremos que empezar a utilizar herramientas más pequeñas —dijo este—. Pero no es sangre, por muy verde que parezca.

—¿Sangre verde? ¿Y por qué no? —cuestionó Jaron.

—No es probable —dijo Carlota.

Oyó su voz cerca. Debió agacharse junto a él. Algo raspaba el suelo. Tal vez, examinaba el sitio.

—Intenta limpiarte la masa del dedo.

Jaron se limpió el dedo, primero en el suelo, y luego en la tela de su traje espacial.

—¿Está? —preguntó, levantando el pulgar.

—No —negó Carlota—. Aún es de un bonito verde.

—Joder.

—Oye, deberías estar contento. Quizás, ahora tengas buena mano con las plantas —se burló Jürgen.

—Nunca quise tener buena mano —rechazó Jaron.

—Es una frase hecha —explicó Jürgen—. Tener buena mano significa ser hábil con la jardinería.

—¿A alguno de vosotros se le da bien la limpieza? —preguntó Carlota—. Me gustaría exponer el suelo.

—Y bien, ¿qué es lo de mi pulgar?

—Sospecho que es algún tipo de sellador. Jürgen dañó la superficie con el hacha. Pero mira. Ya está lisa como antes.

•

DURANTE MEDIA HORA, estuvieron ocupados despejando el suelo de hielo. Tal vez, Carlota tenía razón. El líquido verde ya no fluía. Debajo del hielo había una superficie dura y marrón. Pero no era tan dura como, digamos, el metal. Jaron pasó sus dedos desnudos sobre ella. Se sentía como una fina capa de cuero sobre madera. Le dio unos golpecitos. Sonaron sordos.

—No hay ninguna cavidad —murmuró Jürgen—. Yo también lo he intentado.

—Tal vez la capa sea muy gruesa —dijo Jaron—. Después de todo, soporta más de cuarenta metros de hielo. La construcción tendría que ser bastante fuerte.

—¿Quién dice que alguien construyó esto? —preguntó Carlota.

—Semeja artificial. ¿Qué aspecto tiene? —se interesó Jaron.

—¿Y si fuera el caparazón de una tortuga gigante? —preguntó Carlota—. Creo que parece algo así, más o menos. ¿Te has dado cuenta de que el material es cálido?

«Una tortuga, anda ya». Pero, en realidad, tenía razón. No era bueno hacer suposiciones definitivas demasiado pronto. Uno tendía a encontrar lo que buscaba. Jaron acarició el suelo con la palma. Estaba cálido. Pero entonces, ¿por qué no se había derretido el hielo que había encima? ¿No debería la presión del hielo de arriba haber derretido la capa inferior? No habían notado nada de eso.

—¿Se está calentando el suelo? —preguntó Jürgen—. Cuando guardé el hacha, me parecía bastante helado.

—También había mucho hielo por ahí —dijo Jaron.

—No, Jürgen tiene razón —afirmó Carlota—. Yo también tengo la sensación de que la capa se está calentando.

—Oh, venga. ¿De verdad creéis que hay un calentador aquí? No creo. ¡Acabamos de retirar cuarenta metros de hielo! Habríamos encontrado mucha más agua de deshielo.

—Tal vez no se activó hasta que lo descubrimos —apuntó Carlota.

—Tenías razón al advertirme que no sacara conclusiones precipitadas, Carlota —dijo Jaron—. Y ahora estás empezando a hacerlo. Puedo decirte qué calentador se activó aquí abajo. ¡Nosotros! Un cuerpo humano emite unos cien vatios de calor. Es decir, son trescientos vatios. No sientes la diferencia con el hielo, pero sí con esta superficie leñosa.

—Vale, puede que tengas razón —aceptó Jürgen—. No se debe subestimar la potencia de calefacción de tres personas. Pero si queremos saber si hay algo debajo, supongo que tendremos que mirar.

—¿Quieres profundizar en el material? —preguntó Carlota.

—Sí. Me parece adecuado. Si posee la dureza de la madera, avanzaremos mucho.

—Sin embargo, si después de todo, se trata de una construcción, los diseñadores no estarán contentos —argumentó Jaron.

—¿Ves a alguien mirándonos? Y aunque alguien nos vigilara en secreto desde la órbita, nos encontramos en un agujero de cuarenta metros de profundidad.

—Si se trata de una tortuga, tampoco le entusiasmará que le estropeemos el caparazón —dijo Carlota—. Pero admito que hay una probabilidad un poco mayor de que la explicación de Jürgen sea correcta.

—¿Entonces estás a favor? —preguntó Jaron.

—Antes de que nos vayamos de aquí con las manos vacías, creo que deberíamos intentar hacer un agujero —afirmó Carlota.

—Entonces, me alegro de haber traído las herramientas adecuadas —dijo Jürgen.

•

LA SUPERFICIE MARRÓN era muy especial. Jürgen no dejaba de maldecir. Debía estar completamente verde, porque el material reaccionaba a cada herida con un nuevo chorro de líquido. Un sistema de autocuración bien podría ser una señal de vida.

Por otra parte, la reacción era automática. Carlota lo había medido: el líquido curativo que salía siempre correspondía con exactitud a la profundidad de la herida. Pero el sistema no comprobaba si la curación era exitosa. Eso era lo que les permitía profundizar más. Jaron utilizaba el soplador eléctrico de la parte inferior de su traje espacial para alejar el líquido del lugar donde salía, guiado por Jürgen. No podría causar ningún daño en ningún otro lugar. Si caía sobre la madera, volvía a filtrarse. Sin embargo, en el hielo, se volvía marrón y empezaba a apestar. Olía a huevos podridos, lo que hizo que Jaron deseara el momento en que solo tuviera que oler el sudor de los demás.

Sin embargo, el progreso de Jürgen era lento. Estaba intentando clavar una cuña en la superficie horizontal. Hasta ahora, había alcanzado una profundidad de unos veinte centímetros. Carlota ya había recogido muestras del material. Entre sus dedos, los sentía como astillas de madera. Carlota había prendido fuego a una pequeña porción, la cual se quemó. Sin embargo, cuando sostuvo la antorcha frente a la masa principal, el líquido verde extinguió de inmediato el fuego.

—No estamos profundizando mucho —se quejó Jaron—. A veces, hay que reconocer cuando has perdido.

—Voy a lograrlo —dijo Jürgen—. Escucha, empieza a sonar muy diferente.

«Poc-poc», escuchó.

El sonido le pareció familiar. Jaron golpeó donde Jürgen no había cavado.

«Poc-poc».

—No percibo ninguna diferencia —negó.

—Yo sí —lo contradijo Jürgen.

Uno siempre oía lo que quería oír. Bueno, Jürgen bien podría aplicar esa energía reprimida. En algún momento se acostumbrarían al olor a huevos podridos. Pero ¿qué develaba eso sobre lo que se escondía debajo? Este líquido fue una idea inteligente. Pero parecía asumir que nada impediría que el sistema se curara a sí mismo. Es decir, sus creadores (que podrían incluir la evolución) no dieron por sentado que pudiera haber enemigos. El fluido protegía contra los daños causados por procesos naturales, no contra el vandalismo. O había una reacción contra los enemigos bien planeada, pero funcionaba de manera diferente y aún no la habían activado.

¿Y si ya hubieran provocado la reacción? Jaron miró hacia arriba, pero excepto una corriente de aire fresco, no sintió nada. ¿Qué tipo de peligro podría estar acercándose? En cualquier caso, el camino desde abajo estaba bloqueado. Así que la defensa solo podía venir desde arriba. Por otro lado, se trataba de una estructura bajo una gruesa capa de hielo. ¿Cómo podría perjudicarlos? Jaron negó con la cabeza. Se preocupaba innecesariamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlota—. Estás muy pensativo.

—He estado dándole vueltas a varias cosas —contestó evasivo.

—Y yo —dijo Carlota.

—Parece que Jürgen aún quiere descargar energía —comentó Jaron.

—¡Ajá! ¡Uf! —exclamó.

—Carlota, ¿qué te parece si subes a examinar las muestras que ya tenemos? —preguntó Jaron—. Me interesa mucho saber a qué nos enfrentamos.

—Estás preocupado, ¿no?

—Prefiero ir a lo seguro.

En realidad, no era así en su vida personal. Le gustaba correr riesgos cuando estaba solo. Debía ser esa estúpida responsabilidad que uno sentía como capitán; como tal, ahora era responsable no solo de sí mismo, sino también de los demás.

—Buena idea. De todos modos, no hago nada aquí —dijo Carlota.

—Pero entonces no estarás aquí cuando atraviese el estúpido suelo —señaló Jürgen—. ¡Uf!

—¿Puedes escalar? —preguntó Jaron—. Por favor, no me malinterpretes, confío en ti, pero si no recuerdo mal, eres principiante.

—Eso no es problema —intervino Jürgen—. He instalado una polea con un pequeño motor arriba. Así que Carlota recibirá ayuda y ya hay peldaños en la pared.

—Eres muy astuto —observó Jaron.

—Imaginé que tal vez tendríamos que subir y bajar con frecuencia, y la subida es bastante agotadora.

—Gracias —dijo Carlota—. Llamaré por radio cuando obtenga los primeros resultados.

JÜRGEN TENÍA RESISTENCIA; Jaron tenía que reconocérselo. Estaba trabajando como un poseso para profundizar el agujero. Mientras tanto, ya se encontraba a más de un metro de profundidad, lo que no facilitaba el trabajo. Colgó la parte superior de su cuerpo en el agujero para poder hachar. Cada vez que se acumulaba algo del fluido curativo, lo recogía y se lo entregaba a Jaron, quien lo desechaba en un agujero de hielo en la pared opuesta del pozo. «De esta manera no huele tan mal», pensaba Jaron, pero tal vez, se había acostumbrado. El pequeño tanque de aire comprimido de su traje espacial se había agotado hace un tiempo, por lo que tuvieron que cambiar a eliminación manual. Pero al menos así, hacía algo de ejercicio.

—¿Quieres que te releve? —preguntó.

—No, es mi trabajo —declinó Jürgen—. Además, te llevará más tiempo.

—Oye, puedo cavar tan bien como tú, incluso a ciegas —replicó Jaron.

—No puedes decirme que ves algo ahí abajo, ¿verdad?

—Tienes razón.

—Mis gafas están cubiertas de salsa verde. No creo que vuelva a limpiarlas nunca más. Pero es suficiente que uno de nosotros quede empapado.

—Bueno, como quieras.

—Gracias por la oferta, jefe. De verdad. Pero me metí en esto y ahora, terminaré. Cuenco tras cuenco. Aquí tienes, una nueva ración.

Jaron se acercó al borde del agujero donde Jürgen siempre colocaba los cuencos llenos, lo cogió y lo llevó de rodillas hasta el otro lado.

—Chicos, ¿me oís?

La voz de Carlota venía de cerca, pero era difícil de localizar en el pozo redondo con sus ecos. Jaron buscó a tientas hasta que encontró los auriculares. No lo recordaba, pero debió acercarlos antes.

—Aquí, Jaron. ¿Qué pasa?

—En primer lugar, somos una vergüenza. Olvidamos activar la función de retransmisión de la cápsula y Celia se ha puesto en contacto. No hace falta decir que se preocupó cuando no respondimos.

Oh, habían prometido hacerlo.

—Discúlpate en nombre de todos, por favor —pidió Jaron.

—Ya lo he hecho —dijo Carlota—. No se ha enfadado. Me dijo que ha comenzado su investigación del sol.

—¿Le contaste lo de nuestro fracaso? —preguntó Jaron.

—¡Puaj! ¡Oye! —se quejó Jürgen.

—Quiero decir, sobre las dificultades a las que nos estamos enfrentando.

—Algunas. Intercambiaremos ideas cuando el Buscador regrese. Celia cree que podría alcanzar mayor profundidad en el hielo con el radar de penetración terrestre de la nave espacial y el espectrómetro de neutrones y gamma.

—Eso sería muy útil —dijo Jaron—. ¿Y tu investigación?

—Es muy interesante —continuó Carlota—. Valió la pena bajar.

—¿Te importaría explicarte?

—El material que Jürgen cincela está hecho de estructuras similares a las de la isla en la que aterrizamos. Las paredes celulares son gruesas, las funciones del núcleo se distribuyen a lo largo del interior de las paredes celulares y el interior está lleno de sílice.

—Así que el hexágono también creció aquí —dedujo Jaron.

—Sí. Es solo una cuestión de si lo cultivaron o creció solo —dijo Carlota.

—Entonces, tal vez no sea un tanque.

—No es imposible que haya algo debajo. Pero creo que es más probable que sea un tocón enorme.

—¿Un tocón? ¿Entonces algo fue cortado aquí?

—No puedo demostrarlo —admitió Carlota—. Se trata de un presentimiento. ¿Por qué si no estaría esta cosa bajo el hielo?

—¿Porque estamos en el polo, donde hay, bueno… mucho hielo?

—Esa sería una explicación.

—¿Y qué averiguaste sobre el líquido curativo? —preguntó Jaron.

—Contiene una forma activada de las mismas células y en una mezcla colorida. Lo fascinante es que estas células son capaces de organizarse en la disposición óptima, en este caso, la más densa. Son como un rompecabezas que se arma solo. Así pueden rellenar cualquier herida con material nuevo.

—¿Tienes alguna idea de cómo lo hacen?

—No, lo siento —dijo Carlota—. Debe tener algo que ver con su funcionamiento interno. Carecen del relleno de sílice. En vez de eso, albergan una mezcla muy exótica de sulfuro de hidrógeno e iones de hierro.

—Tal vez el hierro esté magnetizado y se peguen como imanes permanentes.

—Es una idea interesante. Voy a probarla. También podría tener algo que ver con su forma externa. No tiene mucho sentido que todos parezcan tan diferentes. Ese es el tipo de diversidad que un sistema biológico puede permitirse.

—Estoy seguro de que lo resolverás —dijo Jaron.

—Divertíos, entonces —dijo Carlota.

—¿Has oído, Jürgen?

—Uf, ajá.

Jürgen continuó su trabajo. Parecía desesperado por llegar al subsuelo.

◓

—AQUÍ TIENES, otro cuenco —dijo Jürgen.

¿Se equivocaba o el ingeniero había disminuido la velocidad? Jaron se había deshecho del último cuenco de líquido curativo hace bastante tiempo.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó.

—Despacio. Primero tengo que expandir el agujero para poder pararme y trabajar en él. ¿Quién hubiera imaginado que la capa tenía más de dos metros de espesor?

—Todos supusimos que así sería. Suena enorme —dijo Jaron—. Me temo que no encontrarás una cavidad.

—Tengo la sensación de que mientras trabajo el sonido cambia —dijo Jürgen.

—Sí, porque ya estás en un pequeño pozo.

De repente, Jaron escuchó un estruendo y finas agujas de hielo cayeron sobre su cuello.

—¡Mierda! ¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¿Qué? —preguntó Jürgen.

—¿No acabas de oír ese estrépito?

—No, no oí nada.

—¡Aquí, Carlota, por favor, contesta!

Esta vez Jaron llevaba los auriculares puestos.

—Aquí, Jaron. ¿Tú también lo has oído?

—No oí nada —admitió Carlota—. Pero sí vi una perturbación.

—¿La viste?

—Estaba mirando por el microscopio cuando, de repente, las células empezaron a temblar por todos lados. La nave también registró una vibración. Fue muy débil, pero por supuesto, podría ser una primera señal de advertencia de algo más grande.

—¿Has oído, Jürgen? Tal vez se aproxima un terremoto.

—¿Porque la tierra tembló un poco? Cuando vivía en California...

—Pero esto no es California —rebatió Carlota—. Aún no hemos medido ninguna actividad sísmica.

—Además, estamos en un pozo de hielo de cuarenta metros de profundidad —dijo Jaron—. Incluso un ligero temblor podría hacer que todo se derrumbara.

—Oh, no entres en pánico. Estoy seguro de que terminaré pronto. Luego, echaremos un vistazo a lo que hay dentro del tanque y volveremos a subir a la nave con mucho más conocimiento que antes.

—Jürgen, lo siento, pero desde mi punto de vista, el riesgo es demasiado grande. Debemos abortar la misión.

Quizás era la reacción del sistema debido a la profunda herida que Jürgen le había estado infligiendo durante todo el día. Pero Jaron no dijo nada. Tenía que ser el capitán que llevara a su tripulación a lugar seguro cuando fuera necesario.

—¿Me oyes? —preguntó.

—¡Ajá!

—Ven, ya es suficiente. Podemos volver mañana, si para entonces los movimientos no han aumentado.

Como si lo hubieran escuchado, las paredes del pozo temblaron repentinamente y bloques del tamaño de un puño cayeron junto a Jaron. Eso debía hacer que Jürgen desistiera.

—De acuerdo, tal vez tengas razón —aceptó Jürgen—. Aunque detesto admitirlo.

Jürgen siempre había sido sincero.

•

A PESAR DEL RUMOR, treparon tranquilamente por la pared de hielo. Jürgen había enganchado a Jaron en la polea para que pudiera ascender casi solo. Solo tenía que saltar de un peldaño a otro. El propio Jürgen subió sin apoyo. Eso le ayudaría a enderezar su espalda, que estaba encorvada de tanto cavar, dijo.

Cuando estaban a mitad de camino, otro temblor los sacudió. El

escalón bajo el pie derecho de Jaron cedió y cayó con un ruido sordo. Después, Jaron subió un poco más rápido y llegó al borde del pozo mucho antes que Jürgen. Carlota lo ayudó a levantarse. Jaron valoró la situación. Ya no había señales del cálido sol. En vez de eso, soplaba un viento gélido que, de inmediato, enfrió el sudor de su espalda.

Una mano se posó en ella.

—Gracias, jefe —dijo Jürgen—. Creo que fue lo mejor que saliéramos de ese agujero.

•

DESPUÉS DE UNA DUCHA, Jaron se sintió mucho mejor. Los temblores parecían haberse estabilizado hasta alcanzar una intensidad y frecuencia constantes. Aproximadamente cada cinco minutos, la nave espacial se sacudía durante unos segundos. Para mayor seguridad, activaron el programa de arranque de emergencia. Podrían escapar en unos segundos, si fuera necesario. Pero por el momento, no parecía haber ningún peligro.

—La verdad es que es normal que en un planeta tan joven se libere tensión —afirmó Carlota—. Lo más extraño es que no lo notamos antes.

—Entonces ¿no crees que tenga nada que ver con nuestra actividad? —preguntó Jaron.

—¿Actividad? ¿Qué actividad? —preguntó Jürgen, quien acababa de salir de la ducha porque Jaron podía sentir el vapor caliente.

—¿Por qué no te pones algo de ropa? —dijo Carlota—. Al menos, una toalla.

—No quería ensuciar la ropa —argumentó Jürgen—. Por la salsa verde, ya sabes.

—No creo que eso la vaya a ensuciar. La cosa verde parece estar bien pegada a ti. Déjame ver.

Jaron escuchó un chirrido.

—Ves, nada se despega —dijo Carlota—. Aquí tienes la toalla.

—¿En serio? Sería terrible. ¡No quiero permanecer verde toda la vida!

—Lo solucionaremos. Quizá pueda formular algo que disuelva esa cosa. Pero eso llevará algún tiempo. No queremos devastar tu piel. Lo mejor es ver el lado positivo.

—¿Lado positivo? Quieres decir, ¿que me parezca a Hulk?

—Bueno, con tu constitución, faltan bastantes cosas. Mientras que...

—¡Ay! —se quejó Jürgen.

—… tienes la cabeza limpia —continuó Carlota—. Por otro lado, ¡siente tu piel! Nunca has tenido tan pocas arrugas. El líquido verde

parece haber intentado reparar tu superficie.

—¿De veras? Deberíamos llevar una muestra a la Tierra. Revolucionaremos la industria de la belleza.

—Soy escéptica al respecto. A muy pocas personas les gusta tener la cara, el cuello o los pechos verdes.

—Vale, ¿alguien tiene ganas de dar un pequeño paseo? —preguntó Jaron.

Mientras ellos conversaban, su mente se había alejado, hasta el borde mismo del hexágono. ¿No deberían observarse mejor allí los efectos de los terremotos, si los hubiere?

—Oh, no lo sé —dijo Jürgen—. Necesito algo en el estómago.

—¿En mitad de la noche? —exclamó Carlota.

—A mí me da lo mismo —dijo Jaron—. Son solo unos cientos de metros.

La nieve había comenzado a caer cuando salieron de la cápsula por la escalera. Jaron la sintió como una fina capa de copos de nieve que se había posado sobre los peldaños, interrumpida por las huellas de sus zapatos. También la sintió cuando levantó su rostro hacia el cielo para que los finos copos cayeran sobre su frente y mejillas, donde se disolvieron en agua en segundos. Sacó la lengua para probarla. Como era de esperar, no sabía a nada.

—¿Estará relacionada con los temblores? —preguntó Carlota, quien le acompañaba.

—No lo creo —respondió Jaron—. Pero debe ser un evento raro. De lo contrario, el terreno no sería tan liso.

Se detuvo y raspó el hielo con la planta del pie. No era muy resbaladizo, pero tampoco estaba hecho de nieve comprimida.

—Tal vez sea por las bajas elevaciones del planeta —supuso Carlota—. Si se forman nubes, no hay lugar para que llueva. Así que se desplazan alrededor del globo hasta que el sol las disipa.

—Un mundo sin lluvia —dijo Jaron—. ¿Es posible? El aire caliente absorbe mucha humedad, ¿no?

Alargó la mano hacia el brazo de Carlota y caminaron lentamente. Era un paseo agradable ante un aire fresco, mas no helado. Jürgen se lo estaba perdiendo.

—Si se distribuye con uniformidad, lo que probablemente se deba al vasto océano, y lo mismo ocurre con los núcleos de condensación, es posible que las gotas no se acumulen en las nubes, sino que lluevan de manera uniforme. Así, tienes un ciclo del agua y ni siquiera lo ves.

—Es posible —dijo Jaron—. Entonces, tal vez, la nevada de hoy esté relacionada con la supermarea. Debió liberarse mucha humedad a

la atmósfera.

—Me gusta esa teoría —concedió Carlota—. Aquí en los polos, a medida que desciende la temperatura, también disminuye la capacidad del aire para absorber humedad. El vapor de agua se condensa y se congela. Sin embargo, como las superinundaciones son raras, pocas veces nieva.

El terreno parecía inclinarse gradualmente. Jaron se sorprendió agarrando con más fuerza el brazo de Carlota. Aflojó. No había peligro de que resbalara. Cuando llegaron a la cuesta, Carlota se detuvo. Aun así, él echaba de menos su largo bastón.

—¿Por qué viniste a este viaje? —preguntó, intentando distraerse de sus temores.

—Porque me lo pidieron —dijo Carlota.

Jaron no hizo comentarios sobre la respuesta porque tenía la sensación de que había más por venir. Siguieron caminando entre la nieve que caía.

—Para serte sincera, me alegré mucho de la petición. Llegó en el momento justo. De lo contrario, habría... ¿quién sabe?

Jaron asintió. Era agradable que Carlota compartiera algo de su vida.

—Estoy aquí porque quería pagar el tratamiento contra el cáncer de un amigo de Jürgen —declaró—. Pero supongo que no es la única razón. Por supuesto, es bueno saber que Norbert está mejorando. O mejoró. ¿Quién sabe? Después de todo, Jürgen no quiere saberlo. La realidad es que tengo algo que demostrarme a mí mismo. Que soy, al menos, tan bueno como los demás.

—Como los videntes —infirió Carlota.

—Sí y no. Como mi padre. Cuando quedó claro que me iba a quedar ciego, incluso antes de empezar el colegio, dejó de tratarme como a una persona y empezó a tratarme como a una máquina defectuosa. Intentó todo para reparar el daño. Terminé bien el colegio, creía que estaba haciendo lo mío bastante bien, pero no era suficiente para él. ¿Habría sobresalido si eso no me hubiera pasado? No lo sé. Solo por eso me convertí en piloto. En realidad, siempre quise ser jardinero.

—Lo siento —se lamentó Carlota.

Jaron estaba molesto consigo mismo. Justo cuando Carlota se estaba abriendo, aprovechó para sincerarse. Eso no fue algo bueno.

—¿De qué te salvó este viaje? —preguntó.

—Siempre fui la mejor en todo —dijo Carlota—. Sin embargo, ni siquiera me esforzaba mucho. Por eso, siempre pensé que algún día me convertiría en algo muy especial. La próxima papisa, premio Nobel de medicina, campeona olímpica de natación, directora de una corporación multimillonaria que resolviera los problemas de la

humanidad. Ese tipo de cosas. ¿En qué se convierten los prodigios?

—Piano solista de la Filarmónica de Nueva York.

—Nunca fui muy musical y tampoco soy muy buena cocinando, para disgusto de mi madre. Y ahí estaba yo, con casi treinta años, y nada. Es cierto que era médica en un hospital de la Iglesia, nadaba en competencias a nivel estatal los fines de semana y había fundado una empresa que estaba desarrollando un nuevo tipo de bisturí láser. Pero eso era todo. Era muy buena en muchas cosas, pero no contaba con prestigio mundial en nada. Creo que así es como se sienten muchas personas con mucho talento. No tenía ganas de concentrarme en un tema en particular como para ser la mejor.

—Eso es frustrante —coincidió Jaron.

—Sé que suena como un problema de pijos —dijo Carlota, deteniéndose—. Cualquier otra persona estaría feliz de haber terminado sus estudios de medicina o haber iniciado un negocio. Pero no podía dejar de lado esas expectativas sobre mí misma.

—A veces eres tu peor enemigo.

—Eso es cierto. Me desgastó —La voz de Carlota se suavizó. Probablemente, se alejó de él. Porque estaba llorando, y no quería que notara sus lágrimas—. Me estaba castigando. Entonces, llegó la petición. A través de la Iglesia. Trabajaba en un ambiente eclesiástico y mi jefe sabía que siempre estaba buscando desafíos y no tenía familia.

Carlota sollozó un instante. ¿Qué debía hacer? ¿Darle un pañuelo? ¿Un abrazo? ¿Quedarse ahí?

—Buscaban a alguien como yo, una médica que pudiera encargarse de cualquier cosa y que estuviera dispuesta a aprender todo lo necesario en un corto período de tiempo en un sistema estelar alienígena —continuó Carlota—. Fue mi salvación. He venido al lugar correcto. Es como si ÉL hubiera organizado este viaje especialmente para mí.

—Sí, nos vienes como anillo al dedo —comentó Jaron.

—Gracias. Significa mucho para mí que lo digas. Puede que te parezca extraño lo que estoy diciendo.

—No, para nada. Todo es muy comprensible.

—Quiero decir, cuando hablo de gratitud a Dios.

—La verdad, no lo entiendo muy bien —admitió Jaron—. Pero puedo imaginar que, teniendo en cuenta lo que está pasando aquí, uno podría tener esos pensamientos. En cualquier caso, deseo que la búsqueda de Paul tenga éxito.

—Soy escéptica al respecto. —Al parecer Carlota había recuperado la compostura, porque había vuelto a él—. Aquí hay fuerzas trabajando que van mucho más allá de nuestros horizontes. Pero ¿tienen algo que ver con Dios? Eso lo descubrirá en sí mismo.

—Es extraño, pero Paul me dijo una vez que su obispo le aconsejó hacer lo mismo. Supongo que es una especie de respuesta estándar para las personas que han perdido la fe. Por favor, no te ofendas.

—Desde luego que no. También es una respuesta un tanto... simplista. Ciertamente, Paul se analizó antes que nada. No sabría cómo aconsejarle. Es obvio que Paul guarda resentimiento hacia Dios, y bastante. Le arrebató a su familia. Yo también se lo tendría. Pero es cosa del pasado y no se puede deshacer. Quizá, Paul tenga que aprender a perdonar a Dios. Aún tiene fe en Él; de lo contrario no podría sentir tanta ira. ¿Podrías enfadarte con Dios?

Jaron negó con la cabeza.

—Él hace lo suyo y yo, lo mío. Siento que Dios y yo vivimos en mundos diferentes.

—Es una forma interesante de verlo.

El suelo vibró. Oyó un ruido sordo, como si se desatara una tormenta más allá del horizonte.

—¿Has oído eso? —preguntó.

—Sí —respondió Carlota.

—Me pregunto qué le estará pasando a la capa de hielo sobre el hexágono.

—Podríamos ir a ver.

—¿No es un descenso pronunciado?

—No, tal vez unos treinta grados. Traje una linterna. Parece una rampa empinada que se estrecha en la parte inferior.

—La pista de trineo perfecta.

—¿Pista de trineo?

Ah, ella había crecido en una parte tropical del mundo. Era de suponer que Carlota nunca se había sentado en un trineo.

—¿La pista está despejada? ¿No hay grietas profundas ni nada parecido?

—No, no veo nada —dijo ella.

Jaron se dejó caer sobre sus nalgas.

—Entonces ven y siéntate aquí. Confía en mí.

Carlota obedeció. Él la sujetó por el hombro con una mano y se impulsó con la otra. Funcionó. Se deslizaron pendiente abajo sobre el asiento de sus pantalones. El viaje se hacía cada vez más rápido. El polvo de la nieve le roció la cara. Tenía las manos frías, pero el rostro cálido.

◓

—¡FUE divertido! —expresó Carlota cuando llegaron abajo.

Se sacudieron la nieve de la ropa. Jaron estaba helado. Debió llevar guantes.

—¿Hacíais esto de niños?

—Todos los días después de clase, en invierno.

En primer grado, aún podía ver hacia dónde se dirigía. Más tarde, se concentró en la audición. Los niños que no lo conocían siempre habían asumido que usaba gafas oscuras por vanidad y bravuconería, hasta que lo conocieron mejor.

El suelo vibró.

—Mira —dijo Carlota—. Eh, quiero decir, veo algo allí.

—No tengo ningún problema con frases como esa —la tranquilizó Jaron—. ¿Qué ves?

Carlota se alejó unos pasos. Él siguió el sonido.

—Hay una grieta horizontal en el hielo.

—¡Oh! A Jürgen le molestará no haber venido. Pero ¿cuál es su profundidad?

—Es profunda. Vamos, te la enseñaré.

Subieron unos metros, cuesta arriba. Carlota guio su mano hacia abajo. De hecho, había una grieta. Jaron se arrodilló frente a ella y palpó. No pudo encontrar un final. Había suficiente espacio para entrar. ¿Debería?

—Entraré, ¿de acuerdo?

—Debería ir yo —opinó Carlota—. Podrías caerte por un agujero, si lo hay. Además, yo tengo la linterna.

Eso era razonable, por supuesto, aunque le hubiera gustado explorar la grieta.

—Bueno, si tú lo dices —aceptó.

—Gracias.

Entre gruñidos, Carlota se metió. Él estaría más cómodo si hubieran traído una cuerda. Pero con la linterna, Carlota debería estar a salvo, ¿no?

—¿Ves algo? —preguntó él.

—Hasta ahora, no. La brecha está empezando a estrecharse.

—Entonces será mejor que regreses.

—Un poco más.

El suelo vibró. Jaron lo oyó fracturarse varias veces. Debían ser pequeños fragmentos de hielo que se desprendían de la parte superior.

—Será mejor que vuelvas —advirtió—. Si la fisura se formó debido al terremoto, las vibraciones pueden volver a cerrarla.

—No se creó así —dijo Carlota—. Pero de acuerdo...

—Entonces, ¿qué fue eso?

—Al final de la grieta, hay una pared hecha del material que ya conocemos. Con una diferencia: por debajo sale aire caliente. O el aire cálido cortó este espacio en el hielo, o alguien cortó el hielo como conducto de escape.

—Bueno, ¿es muy fuerte la corriente? —preguntó Jaron.

—Al parecer, tan débil que no se nota sin instrumentos.

—Entonces, ¿cómo se creó una grieta tan amplia?

—Tal vez, no siempre fue tan débil.

El suelo volvió a vibrar bajo sus rodillas.

—Ya estoy aquí —anunció Carlota.

¡Qué alivio! Si a Carlota le hubiera pasado algo en el paseo que él había propuesto...

—¿Qué opinas de la fisura? —preguntó él.

—No tengo una explicación clara. En cualquier caso, el aire caliente que se escapa no pudo haber creado una grieta de esas dimensiones. Por otro lado, ¿quién construiría un respiradero como ese?

—Alguien que piensa muy diferente a nosotros —concluyó Jaron —. O quién no piensa.

JÜRGEN QUISO PARTIR de inmediato para ver la grieta con sus propios ojos. Pero las nevadas habían aumentado. Además, soplaba un fuerte viento que los obligó a regresar a la nave. Jaron no podía permitir que regresaran.

—Pasaremos la noche aquí —indicó.

—¿Y si la grieta colapsa durante la noche? —preguntó Jürgen.

—No es un buen argumento —apostilló Carlota—. Tal vez se derrumbe mientras estás dentro.

—No parecía inestable —afirmó Jaron—. Se encuentra bajo cuarenta metros de hielo.

—Si podemos atravesar el respiradero, veremos lo que hay debajo del tanque. ¡Lo he estado diciendo todo el tiempo!

—Como he dicho, partiremos mañana por la mañana.

—De acuerdo —aceptó Jürgen—. Entonces, fabricaré una sonda que podamos introducir por la abertura.

Una enorme fuente de plasma salió disparada del subsuelo, se movió sobre rieles invisibles trazando un poderoso arco y volvió a verterse en la mezcla caliente de iones de hidrógeno y helio, que solo pretendía representar una especie de superficie. El telescopio pasó a la siguiente erupción. Había registrado cientos de estos eventos, que contenían más energía que la liberada en la explosión de una bomba atómica. Además, seguían emanando erupciones de la superficie. No, no emanaban, salían disparadas sería más apropiado.

Una estrella era una máquina impresionante. Se estabilizaba generando calor, que utilizaba para luchar contra la gravedad que intentaba aplastarla. Sin gravedad, no había presión suficiente para fusionar los núcleos atómicos, ni calor para oponerse a la gravedad. ¡Y ay de un bando si ganara! Si ganara la gravedad, la estrella se tragaría a sí misma y se convertiría en una estrella de neutrones o un agujero negro. Si ganara la presión, la estrella estallaría en una explosión visible a muchos años luz de distancia, liberando todos los elementos más pesados que había acumulado a lo largo de su vida o que había producido ella misma como productos de la fusión nuclear.

Las estrellas eran las verdaderas creadoras del universo, monstruos despiadados que bombeaban energía al espacio sin restricciones, produciendo el polvo estelar del que nacía la vida. No conocían ninguna consideración. Vivían sus vidas más rápido con cada nuevo recurso al que accedían: hidrógeno, helio, carbono, neón, oxígeno, silicio; este era el ciclo mágico que solo las mejores, solo las más grandes, dominaban. Esta, se quedaría estancada en la primera fase. Nunca produciría más que helio, aun así, era una planta de energía tan enorme que Celia tendría que permanecer a una distancia segura con el Buscador de la Verdad.

Y, sin embargo, podría haber seres que hicieran suyas a estas creadoras, que las esclavizaran y las obligaran a trabajar para ellos. Celia aún no había confiado esta sospecha a nadie, ni siquiera a Paul, quien seguía hurgando sin saber nada en la cocina. Ella notó que algo andaba mal cuando observó directamente la emisión de protuberancias, que se producía con una frecuencia bastante alta para una estrella de este tamaño. Los arcos brillantes, normalmente activos durante horas, seguían las líneas arremolinadas del campo magnético estelar.

Pero exhibían una peculiaridad en esta estrella: sus fuentes no estaban distribuidas con uniformidad. Un fenómeno puramente aleatorio debería observarse en todas partes con la misma frecuencia promedio en toda la superficie. Este no era el caso de la estrella C. La

desviación era importante. Celia había dividido mentalmente la estrella, como una mandarina, en doce segmentos. Cada uno abarcaba 30 grados de longitud. Parecía como si hubiera exactamente tres lugares en cada uno de estos doce segmentos donde podrían aparecer protuberancias. Siempre eran los mismos: uno en el ecuador, otro en el medio del segmento, 30 grados al sur del ecuador y el tercero estaba a 30 grados al norte del ecuador. No había podido observar protuberancias en todos estos lugares, 36 en total, pero, hasta el momento, ninguno de estos estallidos había ocurrido en otro lugar.

Era... aterrador, sí. Había un poder que podía controlar una estrella como esta. No había otra conclusión posible. Ese poder, quizá, seguía activo aquí; al menos, así lo era hasta hace unos años, que cosmológicamente, todavía conformaba el «ahora». Paul quedaría decepcionado porque esperaba a Dios. Por eso no se lo había dicho todavía. Por otro lado, cualquiera que pudiera usar las estrellas de esta manera, probablemente, tenía algo parecido a habilidades divinas. Entonces, ¿hacía alguna diferencia? Estos seres eran poderosos y reales, lo que debería hacer que fuera más fácil creer en ellos.

Se le hizo un nudo en la garganta. No le gustó lo que veía. El hombre pasaba de ser un orgulloso constructor de naves espaciales interestelares, a ser una hormiga que se había arrastrado a algún lugar donde no debería estar. Se sintió degradada de astrónoma a niña que acababa de descubrir con orgullo cómo caían las piedras al suelo cuando las soltaban. ¿Qué otra cosa era su investigación en comparación con lo que uno necesitaba saber para dominar una estrella?

Pero eso era lo que ella hacía. Y no iba a detenerse. No podía. Así de bien se conocía a estas alturas. Resolvía un problema tras otro, respondía una pregunta tras otra. Por ejemplo, ¿por qué las protuberancias emergían solo en determinados lugares? Las imágenes del telescopio revelaban que, en cualquier caso, la estrella no estaba cubierta por una superficie artificial con agujeros solo en esos lugares.

Celia recordó el fenómeno que había observado al entrar en el sistema: la estrella irradiaba en el infrarrojo con más fuerza de lo que debería, según su clase espectral. Podría ser al revés: irradiaba con menor intensidad en el rango óptico de lo que cabría esperar. Eso significaría que alguien estaba robando fotones de la región óptica. Los seres humanos habían estado haciendo esto durante mucho tiempo, al construir sistemas eléctricos solares. ¿Sería posible para los diseñadores de este sistema, extraer energía eléctrica a gran escala de la radiación de la estrella? Hasta ahora, el concepto solo había aparecido en la ciencia ficción, como la llamada esfera de Dyson, que rodea por completo a una estrella. Por supuesto, esto sería desfavorable para los planetas, que ya no recibirían energía. Quizás,

aquí lo resolvieron de manera más inteligente.

Solo tenía que descubrir cómo. La verdad, no podía ser tan difícil porque ella ya tenía las fuentes fijas de las protuberancias como pistas. Tal vez, estas salidas distribuidas sistemáticamente evitaban que estallidos caóticos desde la superficie perturbaran demasiado la recolección de energía. De modo que al caos se le había dado un marco; quizá, no podría evitarse por completo. Dado que los anillos de campos magnéticos suelen ser los responsables, todo debía implicar campos electromagnéticos. Estos, a su vez, necesitaban una base física, algo que los abarcara como un paraguas. Celia solo necesitaba localizar lo que fuera que controlara las protuberancias y luego, seguir el camino de la energía necesaria para hacerlo.

Buscó entre las imágenes disponibles. Su resolución (a la altitud a la que esperaba encontrar algo) era de varios cientos de metros. Así que, el hecho de que no hubiera nada que ver no significaba nada.

—¿Alexa?

Necesitaba la ayuda de la IA. Alexa no respondió. Por supuesto, se comprometió a no espiar en el laboratorio. Celia entró flotando en el centro de control. Estaba tan vacío sin los demás que prefería pasar el tiempo en el laboratorio.

—¿Alexa?

—¿Sí, Celia?

—Necesito acercar la nave a la estrella. ¿Podemos hacerlo sin poner en peligro la misión?

—Depende de la proximidad que quieras alcanzar.

—La suficiente como para obtener una resolución de unos metros en la fotosfera con el telescopio.

—Entonces tendrás que acercarte mucho, bastante.

—¿Demasiado?

—Digamos que, si estallara una erupción en la estrella durante ese tiempo, afectaría a la nave.

—¿Cuál es el riesgo?

—Bastante alto para una estrella tan joven. Pero por lo que sabemos de su evolución, aquí la cosa es diferente. En cualquier caso, no hemos observado ninguna erupción durante las últimas semanas de aproximación.

—¿Y en los cien años anteriores?

—No observé esta estrella en particular durante ese tiempo. No sabía que ibas a elegirla.

—Bien. Me arriesgaré. ¿Estás calculando un curso?

—Ya lo he transferido a la memoria.

—Gracias, Alexa.

Celia se sentía segura. Si los diseñadores controlaron las protuberancias, seguramente controlaron las erupciones mucho más

poderosas, que, después de todo, amenazarían toda su construcción. ¿Podría confiar en eso? Por supuesto que no. Pero tenía un buen presentimiento. Alexa le habría desaconsejado si fuera demasiado inseguro.

Como estaba en el centro de control, se sentó en el asiento del piloto. Apartó la pantalla háptica que Jaron siempre usaba y acercó el teclado y la pantalla. Alexa había cumplido su promesa: el nuevo curso ya estaba almacenado en la memoria. Estaba a punto de empezar cuando se acordó de Paul.

—¿Paul? ¿Me recibes?

—Mejor que nunca.

—Voy a tener que pedirte que te abroches el cinturón. Hay un pequeño cambio de rumbo.

◓

—¿HAS visto eso? —preguntó Paul.

Celia asintió. Un portal acababa de abrirse debajo de ellos, un enorme arco de energía pura. Tuvo un efecto mágico. Les pareció que, si volaban a través de él, podrían llegar a cualquier parte del universo. La nave estaba a mil kilómetros de distancia, aun así, nadie había observado una protuberancia desde tan cerca.

De hecho, debería estar asustada. En el Sol, tales descargas se desprendían con celeridad y se arremolinaban en el espacio. Pero aquí nunca habían observado ese fenómeno. De todos modos, Alexa había fijado el rumbo para que nunca volaran directamente sobre una de las fuentes o depresiones. Lo que sí sucedían eran las erupciones.

Como esta. Paul le dio un codazo y señaló hacia abajo. De vez en cuando, una descarga apuntaba verticalmente al espacio. Luego, florecía, como una flor posada sobre un tallo en crecimiento, al que le salían hojas, abría su capullo y, cuando se desvanecía, dejaba que el viento estelar transportara sus semillas al cosmos, donde se encontrarían con otras estrellas para germinar.

—¿A que es glorioso? —exclamó Paul—. Ver algo así me hace sentir como si no estuviera completamente solo.

—Bueno, no lo estás —dijo Celia.

—Sabes a lo que me refiero.

Se alegraba por Paul. Pero ¿cuánto tiempo le duraría ese sentimiento?

—Sí, es una vista majestuosa —confirmó Celia.

—Pero luego vuelvo a pensar en por qué un creador tan poderoso querría que mi familia muriera, y me cabreo.

Celia no respondió. Paul no le había dirigido esas palabras. Ella contempló la maravilla mientras esperaba el análisis de las primeras

imágenes.

Sonó un pitido. Esa era la señal.

—¿Ya está? —preguntó Paul.

Celia asintió. Ella le había contado el propósito de esta investigación. Sabía a dónde se dirigían. Celia salió flotando del centro de control y entró en el laboratorio. La pantalla del ordenador se había llenado de largas listas. Eran importantes, pero no lo que a ella le interesaba en ese momento. Quería ver el panorama general, así que cambió a la pantalla gráfica.

Allí estaba. ¡Lo sabía! La estrella estaba envuelta en una fina malla. Se encontraba justo encima de la fotosfera, por lo que debía soportar temperaturas enormes. Al mismo tiempo, debía ser estable y rotar a la misma velocidad. Tal vez, nunca entendería de qué estaba hecha y qué le otorgaba sus propiedades, pero estaba ahí. Cerca de los filamentos, la estrella emitía muy pocos fotones, lo que en promedio reducía bastante su brillo general.

En efecto, filamentos. Los cables tenían varios metros de diámetro y eran brillantes. Si realmente atraían fotones del entorno, y así parecía, debían ser demasiado pesados, tal vez, similares a la materia de una estrella de neutrones. Pero, además, debían ser conductores de electricidad, preferiblemente, superconductores, para que pudieran generar campos magnéticos con suficiente fuerza para mantener bajo control el campo magnético de la estrella.

—Entonces, ¿qué tenemos? —preguntó Paul, a quien casi había olvidado.

—Es una tecnología que la humanidad no tendrá en mil años —respondió.

—¿Tecnología o magia? —preguntó Paul.

—Es difícil saberlo.

—¿Posible o imposible?

Eso era a lo que se refería. Bueno, un ser con poder ilimitado ciertamente no necesitaría esa técnica, por avanzada que fuera.

—Definitivamente es posible. No podríamos usarla, aunque nos la cedieran, pero con la física futura, al menos podríamos explicarla. El solo hecho de que exista contribuirá en gran medida al avance de nuestra ciencia. Si sabes lo que es posible, podrás trabajar mucho mejor para lograrlo.

—¿Y qué es posible?

—Cables superconductores de materia de gluones ultradensa que controlan el campo magnético de una estrella para extraer energía de ella. Eso es lo que veo. Otros pueden ver algo diferente. Llevaremos los datos a mis colegas en la Tierra para que puedan sacar sus propias conclusiones.

—Déjame hacerte una pregunta tonta —pidió Paul—. ¿Qué están

haciendo esos seres súper poderosos con la energía que han extraído? ¿No tendrían que transportarla a algún lugar?

Paul tenía razón. No habían encontrado una entidad más grande que se llevara la energía recolectada. ¿O lo estaban pasando por alto porque no tenían idea de la avanzada tecnología? Pero se hablaba de, aproximadamente, una décima parte de la potencia radiante de la estrella en el dominio óptico. Eso era muchísimo.

—Tal vez necesiten energía para mantener funcionando la red de abastecimiento —supuso Paul.

—¿Una instalación que existe solo para sí misma? No tiene sentido —dijo Celia.

—Tal vez para nosotros, los humanos primitivos. Podría ser una obra de arte galáctica, una declaración sobre lo lejos que han llegado, de que ahora pueden hacer más que los dioses, que estoy seguro, alguna vez poseyeron.

Uno siempre veía lo que quería ver.

Una décima parte de la potencia de la radiación óptica, almacenada durante, quizá, cien años. Era bastante. Celia abrió los detalles de todas las estrellas en LDN 63 que ya había examinado. Todas brillaban menos de lo que deberían. Si volaba hasta allí, encontraría la misma red sobre la fotosfera, estaba garantizado. Era increíble. Lo que antes era una nebulosa oscura, los diseñadores la transformaron en muy poco tiempo en algo completamente diferente y no en un cúmulo de estrellas. Solo lo parecía, algo bastante inofensivo.

—Es una bomba gigante —proclamó.

—¿La estrella? ¡Qué locura! —exclamó Paul.

—No, la nebulosa. La nebulosa completa.

—¿Estás segura? Ya sabes, siempre ves...

—... lo que quieres ver, lo sé —reconoció Celia—. Sin embargo, tiene que ser así. Cientos de estrellas han estado almacenando una décima parte de su energía radiante durante muchos años, eso no puede ser nada bueno a largo plazo. Terminará por explotar.

—¿Cuál es el propósito? ¿Dónde está la finalidad? —preguntó Paul.

—No tengo ni idea. Quizá, la finalidad nos resulte incomprensible. Política galáctica, ¿quién sabe? O tal vez, solo quieran acabar con la humanidad.

—Pero ¿por qué? No les hemos hecho nada.

—¿Tal vez porque no creemos en Dios, así que no creemos en el de ellos? Intolerancia. Los católicos tenéis experiencia en eso, ¿no?

Paul sonrió y ella se lo admiró.

—De acuerdo, he sido injusta —admitió—. Tal vez no necesitan una razón. O tal vez, han visto lo agresivos que somos y quieren deshacerse de nosotros antes de que podamos atacarlos.

—Y para asegurarnos de que comprendiéramos el castigo, nos atrajeron.

—¡Ja!, sí, ¿por qué no?

—Creo que piensas muy mal de ellos —dijo Paul.

—No, más bien de la humanidad. Después de todo, cualquiera que nos mire así tiene que hacerse la idea de que somos peligrosos.

—¿Y si se trata de algo distinto? ¿Qué otra cosa podrías hacer con tanta energía? ¿No hay nada que necesite tanta energía para funcionar?

—Un motor de curvatura. Podrías usarlo para crear una burbuja deformada, meter tu nave en ella y luego, volar por el espacio a velocidades más rápidas que la luz.

—Ves, eso valdría la pena —dijo Paul.

—O podrían usarla para estabilizar un agujero de gusano. Eso también requeriría cantidades increíbles de energía. Así podrían viajar rápidamente de un rincón del universo a otro.

—¿No tendríamos que poder verlo? —preguntó Paul.

—No, podría tener solo unos pocos metros de ancho.

—Así que hay usos que no son bélicos.

—Sí, puedes soñar todo tipo de cosas. Pero sigo pensando que estamos dentro de una bomba gigantesca que podría acabar con todo en unos pocos cientos de años luz. Y no sabemos quién tiene el detonador.

•

—Debemos hablar con los demás sobre esto —sugirió Paul.

—Más tarde, cuando nos volvamos a reunir.

—No, debemos compartir lo que sabemos ahora mismo.

—Paul, sabes que valoro mucho tu opinión, pero en este caso, no la comparto. No me creerán si se los cuento por radio porque no lo han visto.

—Saben que eres una buena científica, Celia.

—Pero es muy espeluznante si resulta ser verdad. Ni yo misma me lo creo. Y tú tampoco estás seguro de que tenga razón.

—Eso es cierto. Creo que podría haber otras explicaciones. Pero estás bastante segura, lo veo. Aunque tienes miedo de las consecuencias.

—¿Quién quiere morir? —preguntó Celia.

—Tampoco ayuda esconder la cabeza en la arena.

—Dame un poco más de tiempo. Para cuando regresemos, sabré cuál es la mejor manera de decírselos.

—No lo sabrás. Pero no hay problema. Hablaremos con los demás cuando volvamos.

—Gracias, Paul. Debemos comunicarnos con ellos. ¿Puedes encargarte de eso?

—No, tú lo haces muy bien.

Celia suspiró. Paul no se lo estaba poniendo fácil. ¿Debería mentirles a los demás? No, fingiría que aún no había terminado la evaluación.

—Buscador de la Verdad al módulo, adelante —dijo por el micrófono.

La nave estableció una conexión. Por suerte, los tiempos de propagación de la señal eran cortos en este pequeño sistema.

—Aquí cápsula, escuchamos —respondió Jaron.

—Os lo contaré todo en persona. Es... emocionante. —Y finalizó la conversación.

En el mismo instante, un tono de alarma resonó en la nave, como si el desastre solo hubiera querido darles tiempo para hablar con sus amigos por última vez. Celia acercó la pantalla.

—¿Qué sucede? —preguntó Paul—. ¿Por qué ha saltado la alarma?

Ella aún no lo sabía. Algo se acercaba a ellos. La pantalla estaba llena de alertas. El magnetómetro se estaba volviendo loco. Debían estar volando sobre una tormenta magnética. Pero ni el radar ni las cámaras mostraban nada.

—Será una explosión —dijo Celia—. Debe estar a punto de estallar.

—¿Creí que los diseñadores habían domesticado a esta estrella? —se quejó Paul.

—Tal vez no contaron con el hecho de que un par de hormigas podrían ser tan estúpidas como para acercarse.

Se había inducido una corriente en una estructura metálica que se movía a través de un campo magnético a un ritmo acelerado, contrarrestando el cambio del campo magnético. Con el Buscador, habían introducido un factor disruptivo en el sistema meticulosamente equilibrado de los diseñadores. Su presencia debió debilitar los campos que mantenían a la estrella bajo control. Y la estrella, aprovechó su oportunidad y entró en erupción.

No, eso era antropomorfizar en su máxima expresión. La estrella no tuvo otra opción. La física era una ley que nadie podía violar.

—Debemos salir de aquí —dijo Celia.

—Eso mismo digo.

Ella lo miró. Estaba sentado, atado a su silla, tranquilo. Envidiable. ¿O tal vez ya estaba resignado? Ella aún no estaba preparada. Comprobó el radar y las cámaras. La superficie de la estrella aún no mostraba actividad. Pero el magnetómetro no se había calmado.

¿Quizás estaba defectuoso?

—Alexa, te cedo el control.

Tenía que dejar que la IA tomara el mando. Con la aceleración necesaria, Celia podría quedar incapacitada para actuar.

—Por favor, establece un rumbo hacia el planeta c lo antes posible. Necesitamos la mayor distancia factible a la estrella.

—Entendido. ¿Quieres que sea considerada con vuestros cuerpos?

—Tienes carta blanca siempre que maximices nuestra probabilidad de supervivencia.

—Predigo una llamarada comparable a la clase M del sol. Si nos alcanza, vuestra probabilidad de supervivencia, y por desgracia, la mía, es cero.

¡Vaya mierda! Eso significaba que Alexa tendría que acelerar la nave a la máxima propulsión. Los iba a aplastar.

—Paul, sujétate bien. Será muy incómodo.

—Estoy acelerando —informó Alexa.

La presión era terrible, pero ella no se desmayó. Celia aún notaba que sus intestinos y su vejiga se vaciaban. Su visión se distorsionó, tal vez, porque las lentes se comprimían. Pero aún podía distinguir en la pantalla la superficie de la estrella rompiéndose. El nacimiento de una eyección de masa coronal pareció poco espectacular. Pero la erupción ganaría fuerza a medida que se alejara de la estrella, porque barrería parte de la materia ionizada que la rodeaba. Una lluvia de rayos X ya cruzaba el Buscador a la velocidad de la luz.

La presión seguía creciendo. Era increíble el dolor que se podía soportar. Ella intentó girar la cabeza, pero no pudo. Ni siquiera podía mover los ojos. Su mirada estaba inmóvil, fija en la pantalla, donde la imagen acababa de alejarse. Lo que se podía ver era el camino que tomaría la erupción y la trayectoria actual de la nave espacial.

Celia estaba asustada. Alexa estaba desacelerando al Buscador en lugar de acelerarlo. ¿Qué intentaba? ¿Quería matarla a ella y a Paul? Pero impactar la nave espacial con una erupción también destruiría todos los ordenadores. Alexa también moriría. La IA había pensado en algo. No podrían escapar de la llamarada, pero sí podrían refugiarse. La mejor protección era el propio sol. Alexa los había puesto en un rumbo que pasaba aún más cerca del sol para que pudieran alcanzar el horizonte lo más rápido posible, más allá del cual nada podría pasarles.

Celia no se habría atrevido a hacer eso y, probablemente, se habría dejado matar. Se acercarían lo suficiente a la estrella como para estar dentro del alcance de posibles protuberancias. Con suerte, Alexa había tenido en cuenta los patrones mediante los cuales se distribuían los focos de erupción permitidos en esta estrella. ¿Podría el Buscador de la Verdad soportar el estrés por calor?

De repente, se sintió ingrávida. Alexa había apagado los propulsores. Caían hacia la estrella, indiferentes. Celia respiró hondo. Entonces sintió un ligero impulso desde la derecha. Obviamente, Alexa estaba haciendo girar la nave. Así que les esperaba una fase de aceleración. Miró a Paul. Tenía los ojos cerrados. ¿Aún respiraba?

—¿Paul está bien? —preguntó.

—Sí, la frecuencia cardíaca y respiratoria se encuentran en el margen de lo esperado —respondió Alexa.

—Gracias.

—Está a punto de resultar… incómodo.

Aún no estaban a salvo. En la pantalla, la nave y la erupción se aproximaban. Pero Celia se dio cuenta de lo que estaba haciendo Alexa. Quería sumergirse bajo la erupción. De ahí la maniobra de frenado. Sin embargo, tal erupción masiva no estaba bien definida. Por eso, tenían que dejar atrás esta parte del camino lo más rápido posible.

La presión volvió a aumentar. No fue tan intensa como la primera vez. Aún faltaba aproximadamente un minuto para que entrara en contacto con la erupción. Celia cerró los ojos y contó. A los sesenta, imaginó electrones y protones golpeando la nave con alta energía, desviados solo parcialmente por el blindaje activo, destruyendo enlaces químicos e ionizando los átomos.

—Ya casi llegamos —informó Alexa.

—¿Daños? —preguntó Celia.

—Algunos fallos en el subsistema de memoria, pero puedo compensarlos.

—Maravilloso, te estoy muy agradecida.

—¿Debo dirigirme al planeta c?

—Sería perfecto.

LÁSTIMA QUE LA nevada había cesado. Jaron volvió a sentir el sol en la cara. Había echado de menos la sensación de caminar bajo un cielo nublado. No se dio cuenta de ello hasta ahora, cuando experimentó la diferencia.

Hoy, se orientaba con su largo bastón. Era el último. Jürgen había convertido el de repuesto en una sonda. Ahora había una pequeña cámara de gran angular en la punta. Estaba conectada por radio al dispositivo multifunción que Jürgen llevaba en el brazo.

Carlota parecía recordar el camino. Avanzaban con celeridad. Esta vez, se abstuvieron de deslizarse en la pendiente descendente. A Jaron no le importó. Hoy sería inapropiado. Ayer, de alguna manera, encajaba con el estado de ánimo, como una nota final positiva a una conversación sincera mutua.

—Ahí está —señaló Carlota.

—¡Vaya! —exclamó Jürgen—. No me la imaginaba tan grande.

—¿Aún quieres meterte? —preguntó Carlota.

—¡Por supuesto! Traje una cuerda de seguridad por si acaso. —Algo hizo clic. Quizá, Jürgen se había enganchado el cordón al cinturón—. ¿Quién quiere sostenerlo?

—Dámelo —pidió Jaron.

Jürgen le puso un mosquetón en la mano y Jaron lo enganchó a su cinturón.

—Ten cuidado.

Al parecer, Jürgen ya se había adelantado. Jaron escuchó un gruñido ahogado. El cordón pasaba muy rápido por su mano.

—¡Llegué al final! —exclamó Jürgen.

Fue muy rápido.

—Mete el bastón.

—Una sonrisa, por favor —dijo Carlota.

Al parecer, le había dejado el dispositivo multifunción. Jaron estaba junto a ella.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Un Jürgen sonriente —contestó—. Ya no. Se está oscureciendo. Espera, cambiaré a infrarrojos. Ahora vuelve a haber luz. Veo una rendija estrecha, brillante sobre el entorno. La cámara se acerca y ahora se está desvaneciendo en el brillo. La imagen cambió por completo. En lugar de hielo reflectante, ahora tenemos una superficie mate en la parte superior que podría tener un color original marrón.

—Como el fondo de nuestro pozo —dijo Jaron.

—Exacto. La cámara ahora se acerca a la siguiente pared —afirmó Carlota—. Tiene una textura que es difícil de describir. La cámara está

aterrizando.

—¡Esto no va más allá! —exclamó Jürgen.

—Sí, espera un poco, ¡rayarás la lente de la cámara! —exclamó Carlota—. La textura de la pared me recuerda algo.

—No puedo ayudarte a identificarlo —dijo Jaron.

—Ah, es cierto, parece que está lleno de piedras al azar. Tal vez, allí había un pasaje que con el tiempo se obstruyó con rocas.

—Es posible —contestó Jaron—. Por ejemplo, durante una marea como la de hace unos días.

—¿Jürgen? —llamó Carlota—. Podrías intentar atravesar la pared con el bastón. Pero dale la vuelta para no rayar la cámara.

«Pero ¿rayará el mango?». Sin embargo, Jaron no dijo nada. Intentaba no ser mezquino.

—Vale, lo intentaré.

Un gruñido.

—No es tan fácil.

Otro gruñido.

—Creo que sucede algo —señaló Jürgen—. Lo conseguiré dentro de poco.

Se oyó un chirrido y un crujido en el hueco. Mierda. ¡El hielo se desmoronaba sobre Jürgen!

—¡Sal! —gritó Jaron, tirando con todas sus fuerzas de la cuerda de seguridad.

—Qué… ¡Mierda! —exclamó Jürgen.

Primero un silbido, luego un siseo se superpuso.

—Mierda, está saliendo vapor —dijo Carlota—. ¡Vamos, rápido, tenemos que subir la pendiente!

¡Pero no podía abandonar a Jürgen!

—Vamos, Jaron. ¡Podrás ayudarlo mucho mejor desde allí arriba! ¡Si algo sale del hueco, nos golpeará!

Se dejó arrastrar. Corrieron unos metros, colina arriba, que retumbaba bajo sus pies como si tuviera gas. La cuerda se agitó como si cobrara vida.

—¡Sujétame fuerte! —gritó.

Carlota lo agarró por los hombros desde atrás. Justo a tiempo, porque de repente, la cuerda tiró de él. Debía ser el cuerpo de Jürgen. La montaña lo había expulsado.

—¡Tira! —gritó Carlota.

Jaron obedeció sin dudar, porque Carlota tenía una mejor apreciación en ese momento. Tiró de la cuerda con todas sus fuerzas. ¡Cataplum! Sonó como si un saco bien lleno hubiera caído sobre el hielo.

—¡Es él! —exclamó Carlota.

Partió con largas zancadas. Jaron se orientó hacia la cuerda. Había

resistido. Jürgen, o lo que quedaba de él, debía estar a unos metros de ellos. Esperó a que Carlota gritara. Su corazón estaba acelerado.

—¿Cómo estás? —preguntó Carlota.

¡Qué suerte! Jürgen pareció reaccionar.

—Te voy a poner de costado —dijo Carlota.

—Creo que estoy bien —murmuró Jürgen—. Solo unas cuantas contusiones.

Jaron respiró hondo y exhaló. Había imaginado a su amigo destrozado por una explosión.

—Me alegro mucho de que estés bien —dijo él—. ¿Estás seguro de que no tienes ninguna lesión interna?

—Necesitamos examinarlo en la cápsula —afirmó Carlota.

—Lo siento... tu bastón... —dijo Jürgen.

Estaba preocupado por su bastón. A Jaron le gustaría abrazar a Jürgen, pero primero tenían que meterlo en la cápsula.

—Tengo otro, no hay problema —dijo.

—Vamos, pon los brazos sobre nuestros hombros —pidió Carlota.

Jürgen gimió. Tal vez, se estaba levantando.

—Estaré bien —dijo—. Puedo caminar solo. Pero ¿qué pasó? Lo único que recuerdo es que, de repente, me impactó una gran cantidad de aire caliente.

—Debió haber un exceso de presión detrás de esa pared porosa que pinchaste —comentó Carlota—. Eso es lo que te expulsó.

—Creo que la sobrepresión todavía continúa —opinó Jaron—. Si no, ¿qué silba ahí abajo?

—Sí, está saliendo algo de gas caliente —dijo Carlota—. Se está formando una espesa nube sobre el hielo. Ahora sabemos cómo se formó la fisura.

—¿Me pregunto si se detendrá? —murmuró Jürgen—. Aún quiero saber qué se esconde detrás de esa pared.

—Me temo que no cesará por ahora —respondió Jaron—. Tal vez, estaba bloqueado temporalmente y tú lo desbloqueaste.

—Entra en la nave, anda. Debo examinarte.

◓

—Eres un tío muy afortunado —dijo Carlota—. Apenas puedo creerlo.

El sofá en el que examinaba a Jürgen chirrió. Tal vez, se estaba dando vuelta.

—Tu cadera y muslo derecho están azules. Aquí, por ejemplo.

Jürgen gimió.

—Yo... Lo sé. No tienes que... ¡ay, ay!

—Sí, tengo que palparlo al menos una vez —aclaró Carlota—. No

quiero omitir una fractura. Por desgracia, no tenemos equipo de tomografía axial a bordo.

—¡Ay!... Sí, si tenemos que...

—Hasta ahora, son solo algunos cardenales. Nada serio. Quizás un poco de molestia para dormir. Te alegrarás cuando volvamos a estar ingrávidos. Ahora, del otro lado.

El sofá chirrió de nuevo.

—Pero aún no quiero entrar en órbita —dijo Jürgen—. Tenemos dos días antes de que llegue el Buscador. Deberíamos usarlos para investigar la grieta.

No se rendiría. A Jaron le gustó. De alguna manera, parecía ser el gran rasgo común entre su tripulación. Aquí nadie se rendía fácilmente. Pero la fisura... ¿Cómo iban a examinarla mientras escupía gases calientes?

—Como médica, no insisto en que despeguemos. Si te gusta el dolor... Es decisión de Jaron.

—Jaron, estamos muy cerca. Tengo que terminar —insistió Jürgen.

—Me gusta tu empeño —dijo Jaron—. Pero también debo pensar en la seguridad de la cápsula. Las constantes vibraciones sísmicas...

Las vibraciones regulares no habían cesado. Jaron ya ni siquiera las notaba.

—Ya hemos visto que se mantienen constantes —afirmó Jürgen—. No se gesta nada importante. Hasta ahora, no han dañado la cápsula, por lo que no se espera que lo hagan en el futuro.

—¿Y los gases calientes? Parece que estamos posados en medio de un recipiente a presión. ¡Imagina si hubieras logrado perforar la superficie en el pozo!

—Sí, tienes razón. No nos habría hecho ningún bien. Pero no lo logré. De eso, se puede ver la robustez con la que todo ha sido construido. Tal vez, incluso eliminé el peligro cuando perforé esa pared. Como resultado, la presión del tanque debe haber disminuido.

Los argumentos de Jürgen parecían lógicos. Pero Jaron sentía que algo no cuadraba. No deberían estar aquí. Había fuerzas actuando a su alrededor que, en primer lugar, no entendían y, en segundo, eran más fuertes de lo que podían imaginar. Quizás, ese fuera el problema. Eran mentalmente incapaces de comprender lo que estaba sucediendo aquí. Era como si alguien hubiera puesto una máquina compleja frente a ellos y estuvieran tratando de entenderla quitando tornillos individuales aquí y allá, presionando palancas al azar y reparando con cinta adhesiva lo que rompían en sus lamentables intentos.

Pero esas ideas no convencerían a Jürgen y Jaron podía entender cómo se sentía.

—De acuerdo. Nos quedaremos aquí un día más. Pero instalaremos un puesto de vigilancia. Alguien debe estar disponible las 24 horas

para activar un arranque de emergencia. Y el resto del día, nos quedaremos en la cápsula. Necesitas descansar, Jürgen, y tenemos que desarrollar un plan.

—Gracias, jefe —dijo Jürgen—. Me parece bien.

Con suerte, Jürgen se recuperaría rápido. Ojalá no estuviera tomando una decisión equivocada. Estarían más seguros en órbita, pero no había suficiente combustible para volver a aterrizar.

—¿Podemos hablar del resto del día? —preguntó Carlota—. Tengo otra idea. Si se implementa, nos permitiría hacer mejores planes.

Se expresó muy bien. Jaron sonrió.

—¿Cuál es? —preguntó.

—Me gustaría analizar el gas que se escapa. Tal vez no haya necesidad de entrar.

—Suena razonable. ¿Qué necesitas? —preguntó Jaron.

—Esperad un momento, nada se puede solucionar tan rápido —intervino Jürgen.

—Si expulsa ácido sulfúrico o incluso, cianuro de hidrógeno, dudo que quieras meterte, ¿o sí? —dijo Carlota.

—Bueno, con un traje espacial se podría —argumentó Jürgen.

—Es resistente a los ácidos, pero no a prueba de ellos —dijo Jaron—. No voy a permitir que te metas en una lluvia de ácido sulfúrico.

—Aunque no creo que sea ácido —dijo Carlota—. Ya lo habríamos visto en tu piel. Necesito una vara y un recipiente para muestras. Así podré tomar una muestra desde una distancia segura.

«Una vara, eh». Debía referirse a su bastón. No tenían nada más a bordo que pudieran usar para eso. Jaron suspiró. Quizá, era inofensivo. El bastón no estaba hecho de plástico como el bastón de repuesto, sino de una aleación de aluminio y titanio. Fue bastante caro.

—Te haré un recipiente para muestras —dijo Jürgen.

—Puedes usar mi bastón —ofreció Jaron.

El sofá chirrió porque Jürgen se había levantado.

—Me pondré algo de ropa y estaremos listos para partir —dijo.

—Aclaremos esto: yo voy a tomar la muestra con Carlota —dijo Jaron—. Tú quédate a descansar, calentito aquí, para que te recuperes de tu accidente. Y si pasa algo, despegas y te pones a salvo.

—Vale, si tú lo dices, jefe.

Mmm. ¿Jürgen aceptó sin más? Tal vez esperaba tener más libertad mañana.

◓

—HAY UNA NUBE enorme frente a nosotros —explicó Carlota—. Parece tan esponjosa como las nubes arreboladas de la Tierra, y se

está alejando hacia el noreste. Eso hace que el sol la ilumine desde un costado, dándole un tono dorado.

—¿Será que el color proporciona pistas sobre el contenido? —preguntó Jaron.

—No lo creo. Parece ser un reflejo puro de la luz del sol.

Jaron resopló.

—El aire huele neutro.

—Sí, yo tampoco huelo nada —confirmó Carlota—. Voy a avanzar hasta el borde. Me sostienes, como acordamos.

—De acuerdo.

Jaron asió la cuerda de seguridad. Estaba enganchada a su cinturón. Ahora se desenrolló. Un metro, dos, tres. Carlota se detuvo. Se la imaginó metiendo el bastón en la nube.

—Tomando la muestra —informó—. Todo está en orden. El borde del hielo parece estable a pesar del calentamiento.

—Bien.

Jürgen había equipado una lata con una tapa que se podía abrir y cerrar con un cordón. Quizá, Carlota la estaba usando ahora mismo.

—Ya lo tengo —dijo.

Jaron tiró de la cuerda. Un momento después, Carlota se reunió con él. Olía agria.

—¿Hueles eso? —preguntó él—. Debes haberte impregnado de gas.

La escuchó olfatear.

—Tienes razón, hay un aroma amargo. Qué extraño. No había nada. La presión de descarga expulsó el gas del borde del hielo.

—Supongo que se mezcla un poco con el medio ambiente.

•

JÜRGEN LOS ESTABA esperando en la esclusa.

—Oye, se supone que debes estar descansando —lo reprendió Carlota—. ¿Parece que estás a punto de salir?

—Solo quería ver si necesitabais ayuda.

—Puedes ayudar con el contenedor de muestra —dijo Carlota—. Gracias.

Jaron se puso su chándal y se tumbó en su catre. Había trabajado suficiente por el día. Pero faltaba el informe diario. Después de todo, había bastante que anotar.

Ya casi había terminado cuando Celia llamó.

—Buscador de la Verdad a cápsula, adelante.

—Aquí cápsula —respondió Jaron.

—Soy yo, Celia. Sigo analizando los datos. ¿Hay alguna novedad?

Jaron contó sus experiencias. Cada vez que las cosas se ponían peligrosas en su narrativa, Jürgen minimizaba el peligro.

—Mañana planeamos echar un vistazo al interior una última vez —dijo Jaron al final.

—Por favor, tened cuidado —pidió Celia—. Con los instrumentos del Buscador podremos comprender mejor el misterio de los casquetes polares. Con el espectrómetro de rayos X y gamma de la nave espacial, podemos llegar a mayor profundidad que con vuestros instrumentos.

—Jürgen quiere verlo con sus propios ojos —lo acusó Jaron.

—Lo entiendo —dijo Celia.

—Ves, nuestra científica me entiende —bromeó Jürgen.

—¿Me dijiste que el suelo se sacude con frecuencia debido a la actividad sísmica? —preguntó Celia.

—Sí —dijo Jaron.

—Pero la fuerza sigue siendo la misma —afirmó Jürgen—. Es probable que sea algo inofensivo.

—Tengo una idea de cómo mirar debajo del hielo sin meterse —dijo Celia.

—Eso no es necesario —proclamó Jürgen.

—Por supuesto, solo para complementar las mediciones directas —continuó Celia.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Jaron.

—Se pueden utilizar las ondas sísmicas como sondas. Revelaran qué estructuras hay.

—¿Y cómo? —continuó Jaron.

—Se colocan varios sensores de vibración en la capa de hielo y luego se observa qué sensor registró cada vibración. A partir de ahí, se puede reconstruir un modelo del subsuelo.

—Ah, parece emocionante.

—Te ayudaré con el análisis. Para entonces, también habré terminado de analizar mis fotografías del sol.

—¿Descubriste algo?

—¿Algo? Bueno... —Celia hizo una pausa—. Os lo contaré todo cuando nos veamos. Es... emocionante.

La conversación terminó de manera tan tranquila como había comenzado. Pero había algo en la voz de Celia que le preocupaba. Un indicio de... ¿tal vez, pánico? Eso no era propio de ella.

—¿Carlota?

—¿Sí?

—¿Le notaste algo raro a Celia?

—No, era la de siempre, creo.

—Gracias, eso me tranquiliza.

◓

—Me ofrezco voluntario para preparar y distribuir los sensores —

declaró Jürgen después de comunicarse con el Buscador.

—Lo discutiremos mañana —dijo Jaron.

—Ya tengo los resultados del espectrógrafo —anunció Carlota.

—¿Y? —preguntó Jürgen.

—No es tóxico ni peligroso.

—¡Lo sabía! —exclamó Jürgen.

—Aunque es extraño —continuó Carlota.

—¿Por qué? —preguntó Jaron.

—El componente gaseoso es noventa y nueve por ciento dióxido de carbono.

—Pero entonces, la nube sería invisible —dijo Jaron—. Tú misma me la describiste. Aquí, en el polo, no hace suficiente frío como para que el dióxido de carbono se condense.

—Lo sé —dijo Carlota—. Pero no solo hay componentes gaseosos, también hay sólidos.

—Polvo —concluyó Jaron.

—Exacto.

—El mecanismo es una aspiradora gigante —rio Jürgen.

—No te burles —le reprendió Carlota—. El polvo posee casi la misma composición que el polvo de una nebulosa oscura típica. Quizás, esa sea la explicación de por qué los planetas se formaron tan rápido.

—Ellos, quienesquiera que fueran, no esperaron a que el polvo se formara por sí solo, sino que intervinieron y… dieron forma al planeta —supuso Jaron—. Muy impresionante.

—Por supuesto, mi análisis no es ninguna prueba —admitió Carlota—. Sobre todo, porque aún no queda claro quién habría puesto en marcha este proceso. Quiero decir, las leyes de la física aún aplican. Quien haya estado trabajando aquí hace poco, no pudo haberse alejado demasiado.

—Quizá nos estén esperando bajo el hielo —dijo Jürgen—. Congelados, tal como nosotros durante el largo vuelo.

—Es posible —coincidió Carlota—. No obstante, lo más probable es que hayamos visto a esas criaturas hace mucho sin reconocerlas.

—¿Porque se estaban escondiendo? —preguntó Jürgen.

—No, porque son tan extrañas que ni siquiera somos capaces de reconocerlas por lo que son: vida inteligente.

—Entonces, esperemos que no sientan lo mismo que nosotros —añadió Jaron—. De lo contrario, podrían aplastarnos como aplastamos a las hormigas cuando se meten por el lugar equivocado en el momento menos oportuno.

—Es una buena comparación —comentó Carlota.

—A mí me parece que han terminado sus actividades aquí —dijo Jürgen—. Tal vez se ven a sí mismos como constructores. Han

preparado algunos planetas majos en un tiempo récord y esperan que sean poblados por la vida.

—¿Crees que estarían satisfechos con solo preparar la tierra sin sembrarla? —preguntó Jaron.

—Quizá, nuestro viaje se deba a su intento de establecer vida inteligente en el paraíso recién plantado —aventuró Jürgen—. Con el espectáculo de LDN 63, en cierto modo, anunciaron públicamente que aquí se había creado un nuevo vecindario cósmico.

—Buena idea —contestó Jaron—. Por desgracia, es igual de probable que hayamos volado como polillas hacia una luz que no estaba destinada a nosotros, y ahora debemos tener cuidado de no ser aplastados.

—Es posible —dijo Jürgen—. Si pudiera mirar debajo del hielo, lo sabríamos.

El planeta C c era una canica azul maravillosa. A Celia le encantaría aterrizar y pasar el resto de su vida allí. Abandonar toda responsabilidad, simplemente existir, ¿no sería guay? Tal vez no para ella. No, era solo un pensamiento. Necesitaba respuestas, pero, sobre todo, necesitaba nuevas preguntas.

Deseaba volver a ver a los demás. Querían otra lectura sísmica de la superficie, por lo que Celia aprovechó el tiempo para volver a escanear minuciosamente los polos del planeta. Los instrumentos del Buscador eran dos magnitudes más poderosos que los de la cápsula.

Por desgracia, el primer paso hacia una respuesta siempre era bastante aburrido: había que recopilar datos. La nave espacial había sobrevolado los polos norte y sur, tres veces, en órbita baja. Pero debería hacer al menos tres pases más.

Se oyó un ruido procedente de la cocina, abajo. Paul estaba preparando un banquete para todos, con motivo del regreso de la cápsula. Celia estaba ansiosa. Él no quería su ayuda, que ya le había ofrecido. Así que se levantó y subió flotando al laboratorio. Podría empezar a evaluar los datos.

Cuando vio las primeras curvas de medición en la pantalla, se sintió decepcionada. Los instrumentos debieron haber fallado, al menos, durante un minuto. ¿Eran secuelas del encuentro con la erupción?

—¿Alexa?

No hubo respuesta. Ah, esa estúpida regla de que a la IA no se le permitía escuchar en el laboratorio. Celia bajó flotando hasta el centro de control.

—Alexa, te necesito en el laboratorio.

—Enseguida.

Celia subió las escaleras.

—¿Hay algún problema con los instrumentos? —preguntó—. ¿Creí que habías dicho que solo había algún daño en la memoria?

—Así es. Los instrumentos funcionan bien —confirmó Alexa.

—Entonces, ¿cómo se explica el fallo sobre los polos?

—No hay ningún fallo —negó Alexa—. Mira, aquí, el ruido de fondo es idéntico. Las lecturas son muy bajas.

Una línea en la pantalla parpadeó. Parecía la sección transversal de una bañera.

—¿Estás diciendo que hay un agujero de quinientos metros de profundidad en los polos? —preguntó Celia.

—Esa no es la solución más probable —dijo Alexa.

—Entonces ¿cuál es?

En la pantalla apareció un contorno tridimensional del planeta. La superficie de la esfera se volvió transparente y se formó un agujero circular en paralelo en cada uno de los polos, que presionó el subsuelo como un sello y dejó un canal cilíndrico. Los dos cilindros se acercaron hasta encontrarse en el medio.

—¿Insinúas que hay un canal que conecta los dos polos?

—Sí —afirmó Alexa—, esa es la solución más probable. El canal mide unos quinientos metros de diámetro.

—Pero algo así no podría surgir de forma natural —exclamó Celia.

—Eso sí que es una sorpresa —dijo Alexa.

—¿De verdad?

—Fue un intento de utilizar el elemento estilístico de la ironía. En esta nebulosa oscura, nada parece haber surgido de forma natural. Un canal en un planeta no es gran sorpresa.

—¿Estás segura?

—En primer lugar, aún nos faltan algunos datos de medición para determinar las dimensiones exactas. En segundo, mi interpretación se basa en la lógica. Solo podemos probar el comienzo del canal en ambos extremos, hasta donde alcanzan los instrumentos.

—Por supuesto. En consecuencia, deberíamos esperar las tres órbitas restantes y, finalmente, observar los polos.

—¿Quieres atravesar la capa de hielo? —preguntó Alexa.

—Solo conocemos con certeza lo que hemos visto nosotros mismos, ¿no?

JARON BOSTEZÓ. Por la noche, Jürgen seguía dando vueltas y más vueltas.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Lo siento —se disculpó Carlota—. Jürgen estuvo mucho tiempo en el lavabo.

—La mierda matutina es la más fiable —se defendió Jürgen.

—Gracias, pero no necesitábamos tantos detalles —dijo Jaron.

—Y bien, ¿quién saldrá a colocar los sensores? —preguntó Jürgen.

—Carlota y yo —afirmó Jaron.

—¡Oh, por favor! Déjame hacerlo —rogó.

—Pero tus heridas...

—Carlota dice que estoy bien. Y si no lo estuviera, en la nave debe quedar alguien en condiciones para activar el despegue de emergencia, ¿no?

Cierto. Lástima, Jaron quería dar un paseo. Sin embargo, como capitán, tenía responsabilidades.

—Está bien —aceptó—. Salid vosotros. Pero tened cuidado y daos prisa. No debemos hacer esperar demasiado a Celia y Paul. Celia comentó que Paul está preparando un banquete.

A Jaron se le hizo la boca agua. Los suministros de la cápsula eran muy insípidos.

—Y permaneced en contacto todo el tiempo, ¿entendido?

—Sí, capitán —contestaron Carlota y Jürgen al unísono.

—ESTAMOS COLOCANDO LA TERCERA SONDA —informó Carlota.

—Por cierto, la vista es impresionante —dijo Jürgen—. Se puede ver hasta la siguiente isla, donde está creciendo algo verde. ¿No deberíamos investigarlo?

—No —negó Jaron—, estamos preparando el estudio sísmico. Luego, vendrá el encuentro con el Buscador. Celia tiene mucho que contarnos.

—Bueno, estamos en la misma situación —dijo Jürgen—. ¿O ya les has contado mi aventura?

—Eh, solo los datos —respondió Jaron.

—Gracias, entonces podré contarla —dijo Jürgen.

Jaron había sido muy parco al hablar con Celia sobre los detalles de sus descubrimientos. No para dejarle a Jürgen algo que informar, sino porque temía su juicio. Como capitán, debió cuidar mejor a su

tripulación.

—Pasaremos al cuarto punto de medición —indicó Carlota.

—Por favor, avisadme cuando lleguéis. Cápsula, cambio y fuera.

◓

—¡BUSCADOR de la Verdad a cápsula, adelante!

—Celia, ¿qué pasa? Aquí, Jaron.

—En mi investigación sobre los polos, encontré algo. Sin embargo, me falta la prueba final.

—¿En qué podemos ayudarte?

—Os ponéis en órbita con la cápsula y os acopláis al Buscador. Luego, lo discutiremos todo.

Celia añadía más suspense. Tampoco había revelado los resultados exactos de su investigación de la estrella central.

—Carlota y Jürgen continúan montando las estaciones de vigilancia sísmica —informó.

—¡Ah! Tal vez ya no las necesitemos. Pero de acuerdo. No viene mal obtener alguna evidencia más.

La cápsula vibró. Otro de esos temblores.

—¿Evidencia de qué? —preguntó Jaron.

—Paciencia, por favor.

—No me lo estás poniendo fácil. Soy el capitán de la misión.

—Y yo, la directora científica. Tampoco interfiero con tus decisiones.

—Sí, claro. Jaron, fuera.

Celia podía ser muy porfiada. Para fastidiar, no quiso decirles a Carlota y a Jürgen que se dieran prisa.

◓

—ES UNA VERDADERA lástima que tengamos que irnos —gimió Jürgen.

Jaron extendió la mano para asir la de Jürgen. Luego, tiró hacia la esclusa.

—¿No podemos visitar una o dos islas más mientras se hacen las mediciones? —preguntó Carlota.

—Eso sería difícil por falta de combustible —dijo Jaron—. Y, de todos modos, Celia nos necesita arriba.

—Oh, ¿de repente? —inquirió Carlota.

—Creo que ha descubierto algo, pero no quiere desvelarlo hasta que esté completamente segura.

—Y yo que creía que había superado su trauma.

—¿Tú también lo sabes?

—Por supuesto, Jaron. El fraude de un descubrimiento trascendental. Esa fue la historia que se publicó, ¿no?

Jaron la recordaba, pero como uno recuerda una vida pasada. Todo estaba difuso.

—Es una lástima —dijo Jürgen—. Tengo la sensación de que nunca volveremos a ver este planeta.

—¿Quién sabe? —suspiró Jaron—. Vayamos al centro de control. Tengo que prepararme para el despegue.

—Parece que tenemos prisa —notó Carlota.

◓

CUANDO ALCANZARON LA ÓRBITA, Jaron también sintió nostalgia. No era tanto el planeta en sí lo que echaba de menos, sino la pequeña esperanza de un futuro sin lucha, en un mundo donde pudieran respirar aire fresco. Pero por supuesto, era imposible. En todo caso, debió combatir ese anhelo. Vinieron aquí para responder preguntas importantes, no para encontrar su felicidad personal. Eso, tal vez, los esperaba en su hogar, la Tierra. Al menos, Jürgen lo esperaba. ¿Fue por eso que no terminó de leer el mensaje de Norbert?

—Eh, nuestros sismómetros miden valores interesantes —alabó Carlota—. Gracias por el trabajo, Jürgen.

Jürgen tuvo que retirar pequeños giroscopios de otros equipos y reutilizarlos como base para los instrumentos, lo que no debió ser fácil.

—De nada —dijo Jürgen—. Fue divertido.

—¿Y qué revelan las lecturas? —preguntó Jaron.

—Existen varias superficies de reflexión para las ondas sísmicas —respondió Carlota—. Intento reconstruir su disposición exacta.

—¿Eso es normal? —se interesó Jaron.

—Que las ondas sísmicas se reflejen, sí. Eso es lo que sucede cuando las capas de suelo se separan. Pero esos límites suelen ser más o menos paralelos al suelo.

—¿Y aquí no?

—Parece que todos están exactamente en un ángulo de 90 grados con respecto a la superficie.

—¿Y eso?

—En la Tierra, las superficies, a veces, forman un ángulo cuando surgen montañas o cuando las placas continentales se empujan unas sobre otras. Pero verticalmente, podría compararlo en el mejor de los casos con algunas estructuras volcánicas, cuando el magma penetra desde el interior y luego se solidifica.

—Pero aquí no hay placas tectónicas ni volcanes —dijo Jaron.

—Exacto —confirmó Carlota—. Ah, ahora tengo una estructura

tridimensional. Parece como si alguien hubiera estampado un sello cilíndrico en el polo.

—¿No deberíamos haberlo visto debajo del hielo? —preguntó Jürgen.

—No, habríamos tenido que mirar en el centro del casquete polar. Estábamos demasiado cerca del borde.

—¡Ja, entonces, después de todo, tenía razón! —exclamó Jürgen—. ¡Hay algo ahí abajo!

—No puedo confirmarlo —refutó Carlota—. El índice de refracción del material dentro de los límites verticales sugiere más bien que no hay nada allí.

—¿Estás diciendo que hay una enorme cámara, redonda y vacía, bajo el hielo del polo? —preguntó Jaron.

—Así es —dijo Carlota.

Era genial volver a ver a Jaron, Carlota y Jürgen. Celia nunca había necesitado a otras personas para ser feliz, pero ahora era diferente. ¿Tal vez porque los ocho mil millones de personas entre las que, normalmente, tenía que elegir estaban muy lejos? A veces, se sentía como una niña perdida en un bosque encantado lleno de poderes desconocidos.

Los demás parecían sentir lo mismo. Incluso el tranquilo Jaron tenía los ojos húmedos, aunque nunca lo admitiría. Carlota, quien se había mostrado bastante fría y reservada al inicio del viaje, los abrazó con fuerza.

—Aquí huele de maravilla —comentó Jürgen.

—Paul se ha superado a sí mismo —dijo Celia.

¡La forma en que Paul había proferido palabrotas durante las últimas horas…! Por lo visto, no había sido fácil procesar la masa básica de tal manera que se pudiera lograr un resultado culinario.

Paul se secó la frente.

—Tenéis que daros prisa o se enfriará —advirtió.

Flotaron por el taller hasta la oficina principal. Paul había colocado una mesa contra la pared que daba al laboratorio. Esto hacía que pareciera que la mesa estaba al revés. Jürgen y Carlota estaban desconcertados. Habían pasado demasiado tiempo en la gravedad y ahora tenían que acostumbrarse a la ingravidez. Jaron giró 180 grados y buscó su camino hacia la mesa. Debió oler la comida. Paul ya la había servido. Debido a la ingravidez, era obligatorio disponer de contenedores sellados. Sin embargo, olía muy bien.

—¿Dónde me siento? —preguntó Jaron.

—Como capitán, a la cabeza de la mesa —indicó Paul.

Todos encontraron su sitio. Paul cogió una copa sellada y la levantó.

—Por vuestro regreso —brindó.

—La copa está a la izquierda del tenedor —susurró Celia.

Jaron encontró su copa.

—Por el futuro —dijo.

—Por nuestros descubrimientos —añadió Celia.

—¿Qué has cocinado para nosotros? —preguntó Jürgen.

—Comeremos filetes de bacalao con verduras francesas y arroz negro —explicó Paul—. Y, para el postre, preparé una *crème brûlé*.

—¿Cuál es real? —preguntó Carlota.

—El arroz —dijo Paul—. Pero prueba todo. Creo que esta vez lo hice bastante bien.

Paul tenía razón. El filete de pescado estaba delicioso. Tenía la

textura típica, era blanca, suave y glaseada. En cuanto a las verduras, Celia creyó reconocer los pimientos, los tomates y los calabacines, aunque todo estaba formado a partir de la misma masa básica. Estaba entusiasmada con el postre.

—¡Es espectacular! —exclamó Carlota—. Una auténtica explosión de sabor.

—Estoy asombrado —admitió Jaron.

—Para mi cumpleaños, quiero cerdo asado —solicitó Jürgen.

—No lo soporto más —murmuró Carlota—. Mi curiosidad, quiero decir. ¿Qué descubriste?

Celia tragó el último bocado. Luego, les contó de la red que alguien usó para confinar al sol. Omitió el escape por los pelos de la erupción. Esa fue mala suerte.

—¡Eso es… increíble! —dijo Jaron—. Pero ¿para qué serviría?

—Es flipante —exclamó Celia—. Creo que podrían usarla para almacenar, aproximadamente, una décima parte de la energía de la estrella, para una futura distribución concentrada.

—¿Se trata de un arma? —preguntó Jürgen.

—Sí, quizá sea una bomba —dijo Celia—. Tal vez, todas las estrellas de este cúmulo estén aprisionadas de esa manera. Podrían utilizarla para causar un caos en un radio de muchos años luz.

—Pero ¿por qué? —preguntó Carlota.

—No lo sé —dijo Celia.

—Tal vez esté relacionado con lo que descubrimos —dijo Jaron.

—¿Qué?

—Este planeta no solo tiene una capa de hielo en sus polos, sino también una enorme estructura subterránea. Está hecha del mismo material del que están hechas las islas. Debe haber gigantescas cámaras vacías bajo el hielo.

—Esto lo confirman las mediciones sísmicas —afirmó Carlota.

Tenía sentido. Entonces, sus amigos también estuvieron cerca de descubrirlo.

—No solo las mediciones sísmicas —dijo Celia—. Los instrumentos del Buscador también. Sin embargo, estás equivocado. No son cámaras vacías.

—¿Están llenas de algo? —preguntó Jürgen.

—No, pero son tubos que recorren el planeta de polo a polo.

—¿Estás segura? —preguntó Carlota.

—No, pero Alexa jura que es la solución más probable.

—Entonces, tenemos que ir a explorar —afirmó Jürgen.

—Ese era mi plan —dijo Celia—. Es por eso que os necesito aquí. Me gustaría perforar la capa de hielo que cubre el conducto con la ayuda de la cápsula.

—¡Hecho!, iré contigo —exclamó Jürgen.

—Nadie vendrá conmigo. Es demasiado peligroso para cualquiera de nosotros. Desplegaremos la cápsula de forma remota. ¿Podrías hacerlo, Jaron?

—Desde luego.

—¿Y Norbert Dos? —preguntó Jürgen.

De repente, la mesa se movió.

—Norbert Dos, por favor contrólate —suplicó Paul—. Aún estamos limpiando, luego serás libre.

EL PLANETA C c emitía un rumor sordo.

Jaron buscó a tientas con su mano derecha, apretada en un puño, en la dirección de donde provenía el sonido, y con obediencia, la nave espacial ajustó el rumbo. De repente, tuvo una experiencia tan intensa de *déjà vu* que, asustado, retiró la mano. Pero todo era real. Era solo su memoria jugándole una mala pasada, quizá, porque los controles de la cápsula y su viejo remolcador eran muy similares. Sin embargo, no estaba sentado en la cápsula en sí, sino en su asiento en el Buscador de la Verdad. Todas las señales de la cápsula le llegaban como si la estuviera controlando directamente.

Era la última órbita antes del aterrizaje final. La fricción del aire era tan alta como para que el rumbo apuntara a la superficie en una parábola. Tenía que impactar el polo lo más preciso posible. Habían repostado la cápsula, pero nadie sabía como de grueso era el hielo encima del polo. Fundirlo usando el propulsor había funcionado bien. Así que, volverían a utilizar el proceso.

MEDIA HORA DESPUÉS, quedó claro que había sido buena idea no dejar que nadie se sentara en la cápsula. Ya se había abierto camino a más de cien metros de profundidad en el hielo, como una avispa voraz, que cava más y más para llegar a la codiciada comida. Con cada minuto que pasaba, aumentaba el riesgo de que la cápsula se quedara sin combustible. No valía la pena perderla en el estrecho conducto. Por otro lado, sin algún riesgo, nunca obtendrían las respuestas por las que volaron hasta aquí.

Al menos, el Buscador estaba a salvo. Se encontraba flotando en una órbita estacionaria a unos 30.000 kilómetros sobre la superficie. Celia apuntaba sus telescopios al lugar de perforación. Una vez que la cápsula hubiera penetrado el hielo, la sacaría lo más rápido posible para que Celia pudiera examinar el interior del planeta en paralelo con todos los instrumentos. Con suerte, tendría la oportunidad de hacerlo. Jaron ajustó la potencia del propulsor y volvió a hundirse.

—¿Profundidad? —preguntó Carlota.

Ella era el vínculo con Celia, quien estaba esperando en el laboratorio junto a sus instrumentos.

—126 metros —informó Jaron.

—¡126! —gritó Carlota, y Celia respondió algo que él no entendió.

—Sigue profundizando gradualmente —pidió Carlota—.

Terminaremos pronto.

La lentitud era ineficiente. Jaron consultó el nivel de combustible en la pantalla háptica. Veinticuatro por ciento, eso era tranquilizador. Al menos, si Celia tenía razón y lograban abrirse paso pronto. Por suerte, las suposiciones de Celia habían sido, en su mayoría, correctas hasta el momento.

Jaron mantuvo la cápsula a una altitud constante. De esta manera, el calor del escape del motor no penetraba tan rápido en el hielo. Escuchó los alrededores. Las paredes de izquierda y derecha estaban demasiado cerca. Había más espacio delante y detrás. Al parecer, había perforado un agujero de sección transversal ovalada. Eso no importaba; lo más importante era que había suficiente espacio para llevar la cápsula a la superficie.

Escuchó hacia abajo. La frecuencia de los pulsos equivalía a veintiocho metros de profundidad; eso más la profundidad de la cápsula... hacía ciento treinta y cuatro.

—134 metros —dijo.

—¡134! —exclamó Carlota.

Celia volvió a responder algo ininteligible.

—Dice que tú...

Un silbido muy fuerte lo ensordeció. Jaron se quitó la capucha para evitar que le estallaran los tímpanos. Mierda, ¿qué había sido eso? Buscó a tientas la pantalla háptica. Cien metros, sesenta, veinte. Los números saltaban sin control.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carlota—. ¿Estás bien?

—¡Es la cápsula! —gritó Jaron.

Pitidos, chasquidos, timbres, silbidos, todas las señales acústicas de alarma convergían en una barahúnda. La cápsula se elevó por los aires. Jaron apagó el motor. La cápsula se tambaleó y volcó. Jaron giró con los correctores de propulsión, pero no logró una posición de vuelo estable. Parecía un gigante jugando con un carbón encendido, lanzándoselo de una mano a la otra. Lo único que se mantuvo estable fue la velocidad a la que la cápsula salía disparada. Cualquier ser vivo a bordo habría sido aplastado por las fuerzas G.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Celia, quien parecía haber salido del laboratorio.

—Algo está bloqueando la cápsula —informó Jaron—. No logro estabilizarla.

—¿Puedes reducir la velocidad con el motor principal?

—Ya ves cómo rebota —dijo Jaron.

—Alexa, ¿puedes conseguirlo tú? —preguntó Celia.

—Lo siento, pero la dinámica resultante con movimientos tan aleatorios sería cercana a cero —dijo Alexa.

—Un «no» habría bastado —refunfuñó Jaron.

—¿Qué hacemos? —preguntó Celia—. No podemos perder la cápsula.

—Me temo que ese es el menor de nuestros problemas —dijo Alexa.

Eso le causó un escalofrío.

—¿Qué pasa? —preguntó Celia.

—Lo que sea que esté acelerando la cápsula de esa manera podría impactarnos —explicó Alexa—, ¡Corrección! Va a impactarnos.

—¿Qué te hace pensarlo? —preguntó Celia—. La cápsula aún está lejos, ¿no?

—Tu telescopio acaba de avistar un trozo de hielo de la superficie, que da volteretas a 24.000 kilómetros. ¿Cómo crees que llegó ahí?

Mierda. Lo que sea que estaba lanzando la cápsula hacia arriba, aparentemente, también había capturado otros objetos. El peligro se acercaba muy rápido. No iban a sobrevivir a eso. No lograrían sobrevivir. Los aplastaría.

—¡Cinturón de seguridad! —gritó Jaron.

Pero era demasiado tarde. Quedó presionado contra su asiento. Sus amigos gimieron a su alrededor. La presión aumentó. El asiento se fusionó con su cuerpo. Se convirtieron en uno.

El tiempo se congeló. Sintió frío.

—¡¡ARGH!!

¿Quién estaba hablando? Celia recordó el golpe que la lanzó al suelo. Le quitó el aire y luego, se asfixió.

Intentó preguntar quién estaba allí.

Nada. No pudo emitir ningún sonido. Cerró los ojos y se concentró. Era como si nunca hubiera hablado. Sin embargo, sabía bien cómo hacerlo.

—¿Quién eres? —preguntó.

Esta vez funcionó. ¡Estupendo!

—*Chchchlele*.

La voz le resultaba familiar. Venía del otro lado. Celia logró girar la cabeza. A apenas un metro de distancia, Paul yacía en el suelo. Su lengua colgaba de su boca. Estaba sangrando.

—¡Paul!

—*Chchchlele*.

Su lengua le impedía articular.

—¡Tu lengua!

Aún no lograba expresar frases más largas. Pero Paul parecía haberla entendido. La punta de su lengua se movía como si fuera un animalito. Volteó a izquierda y derecha y luego se deslizó dentro de su boca como si fuera una cueva.

—¡Eso es!

—Estoy vivo —balbuceó Paul.

—Yo también —dijo Celia.

—¿Y los demás?

—Ahí arriba. Ve.

—No puedo.

—Sí.

Celia tenía que hacerlo. Debía ser un modelo a seguir. Además, ella era más joven y estaba en mejor forma que él. Le dio a su brazo la orden de levantar la parte superior de su cuerpo del suelo. Sin embargo, no parecía ser una cuestión de fuerza. El brazo no respondió. Era casi como despertar de un sueño criónico, solo que esta vez no sentía dolor. Algo había cortado la conexión entre su cerebro y sus músculos.

«¡Venga, brazo!», pensó.

Nada.

«¡Vamos, brazo!», insistió.

Nada.

—¡Vamos, brazo! —gritó.

Su brazo se movió, tocó el suelo y ella salió volando. ¡Ingravidez,

joder! Flotó hasta el techo. Al menos, eso tenía la ventaja de darle una visión general. Jaron estaba atado a su silla de piloto, con la palanca de control en la mano. Paul estaba casi debajo de ella. Carlota parecía haber intentado arrastrarse hasta el mamparo del nivel inferior. Como un insecto muerto, yacía junto a él con las extremidades estiradas. Jürgen se había acurrucado de lado en posición fetal. Incluso tenía un dedo en la boca.

—¡Jürgen! —gritó.

Él la escuchó y se sacó el dedo de la boca.

—¡Jürgen, soy yo! ¡Aquí arriba!

Las frases salían de su boca con mucha más facilidad. Probó su brazo. Un suave empujón en la dirección correcta y flotó hacia Jürgen.

—Tienes que levantarte.

—No puedo —dijo, negando con la cabeza.

—Sí, puedes.

—No puedo.

—¿Cuál es el nombre de tu mejor amigo?

—No... Norbert —contestó.

Un brazo de metal se levantó del mamparo.

—¿Qué necesitas? Sería un verdadero placer ayudarte.

—¡Norbert Dos! ¡Qué bien!

De repente, Jürgen parecía un hombre diferente.

—Inténtalo de nuevo —le instó Celia.

Jürgen estiró las piernas y golpeó el suelo con la mano derecha. El robot lo atrapó cuando se puso de pie.

—La mano izquierda... —murmuró Jürgen.

—También reaccionará. Solo hay que practicar —dijo Celia—. Norbert Dos, ¿puedes ocuparte de Carlota, por favor?

—Por supuesto.

Celia se dio la vuelta. ¿Y Jaron? El piloto era el más importante de la misión, pero aún no había dicho nada. No obstante, Paul ya estaba a su lado, masajeándole la mano.

—Me pondré bien —afirmó Jaron—. Pero ¿y la nave?

—Aún no lo sabemos con certeza —dijo Celia—. Al menos, el soporte vital funciona.

—¿Alexa? —preguntó Jaron.

La IA no respondió.

—¿Alexa? —llamó Celia.

Nada.

—¿Nave? —preguntó Jaron.

—¿Sí? —respondió el control de la nave.

—Estado del Buscador de la Verdad.

—Todos los sistemas funcionan con normalidad. Todos los recursos al cien por ciento.

—¿Perdona? Eso no es posible —rebatió Jaron.

—Corrección. Todos los recursos al cien por ciento, excepto el oxígeno. Oxígeno al 99,999999993 %.

Muy graciosa. ¿Alexa se había apropiado de los controles de la nave y les estaba tomando el pelo?

—Nave, ¿qué día es hoy? —preguntó Jaron.

—27 de diciembre de 2294 —contestó el control de la nave.

—Entonces, permanecimos inconscientes cuatro días —exclamó Celia.

—¿Y dónde estamos?

—Nos encontramos en el centro del objeto registrado como LDN 63 en los catálogos.

—¿A qué distancia está eso de nuestra ubicación el 23 de diciembre?

—A unos once años luz.

—Eso es imposible —tartamudeó Jaron—. Muéstrame el sistema actual en la pantalla háptica. La estrella y el planeta bastarán.

—Con mucho gusto.

Jaron extendió su mano izquierda. Tocó la pantalla unos segundos y, luego, retiró la mano como si estuviera al rojo vivo.

—El sistema es completamente diferente al sistema C —afirmó—. Aunque se tratara del sistema vecino, no habría manera de que hubiésemos llegado en cuatro días.

—La nave indica 27 de diciembre —dijo Celia—. Si nos moviéramos a una velocidad relativista, muy cercana a c, podríamos haber viajado distancias enormes en ese periodo.

—Nave, ¿puedes determinar cuánto tiempo ha pasado en nuestro sistema de origen?

—Puedo intentarlo. Pero, para ello, tendré que observarlo durante mucho tiempo y luego simular qué posiciones ocuparon los planetas y cuándo.

—Entonces hazlo, por favor —pidió Jaron.

—Venid —gritó Carlota.

Ah, también se había levantado. ¡Muy bien! Estaba junto a Jürgen delante del ojo de buey.

—Carlota está en el ojo de buey —explicó Celia.

—Ve —indicó Jaron.

—¿Por qué no vienes conmigo?

Jaron se desabrochó el arnés. Los tres flotaron hasta ahí. A pesar de los beneficios de la ingravidez, no todos podían verlo al mismo tiempo. Carlota le hizo sitio a Celia.

—Veo una nave —anunció Celia—. Está claro que es de origen extraterrestre. El tamaño por sí solo lo delata. Es enorme, negra casi por completo, y cuanto más la miro, más se desdibujan sus bordes.

Parece que tiene una capa extra hecha de algún tipo de líquido.

—¿Qué tamaño tiene exactamente? —preguntó Jaron.

—Nave, ¿puedes calcular el tamaño de la nave alienígena? —preguntó Celia.

—¿Qué nave? —respondieron los controles.

—La que se encuentra ante nosotros, la que vemos desde el ojo de buey.

—Por supuesto. Mide unos cinco kilómetros por doce kilómetros por tres kilómetros.

—¡Increíble! —exclamó Jaron—. Me pregunto si las naves pertenecen a quienes convirtieron esta nebulosa en un cúmulo estelar.

—Nave, ¿hay otras naves? —preguntó Celia.

—Hay unos 450 objetos que encajan en la designación de «nave» y unos 9.500 más que pertenecen a otra categoría.

—¿Qué categoría? —inquirió Jaron.

—Su forma exterior se asemeja a la de los árboles —afirmó la nave—, mientras que las copas tienen forma de paraguas.

—Entonces, se parecen más a hongos —concluyó Celia.

—El tamaño típico del cuerpo fructífero de un hongo terrestre no hace justicia al tamaño de estos objetos —rebatió la nave.

—¿Qué tamaño tienen? —preguntó Jaron.

—De la raíz a la corona, entre tres y cinco kilómetros.

◓

El holo se encendió entre zumbidos. La nave había hecho un inventario con su telescopio. Los resultados ahora zumbaban ante sus ojos.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó Celia.

—Se pueden distinguir tres estructuras —explicó la nave—. Ahí tenemos naves espaciales negras, en forma de bloques, con longitudes de arista de hasta veinte kilómetros. Forman una esfera, dentro de la cual hay otra esfera de composición desconocida.

La segunda esfera brillaba a la luz del sol amarillo local. Si este no fuera un efecto añadido por el holo, podría ser agua líquida. ¿Estaban esas olas en la superficie? Pero ¿por qué no se congeló una cantidad tan grande de agua en el espacio?

—La segunda estructura debería recordaros a un bosque —continuó la nave—. Se compone de una gran cantidad de objetos parecidos a árboles.

—Hongos —dijo Jaron, palpando secciones transversales del holo en la pantalla háptica.

—¿También llevan una esfera? —preguntó Celia.

—No. Pero todos están alineados con la tercera estructura, que es

una perturbación esférica en el espacio-tiempo.

—¿Sus troncos o sus paraguas? —interrogó Jaron.

—Sus troncos.

—¿Y los paraguas son convexos?

—Exacto.

—Entonces podrían ser proyectores —sugirió Jaron.

—Ah, una noche de cine intergaláctica y estamos invitados —intervino Jürgen.

—No creo que nos hayan invitado —opinó Jaron—. Nos autoinvitamos nosotros mismos.

—Sí, como unas polillas ante la luz —bromeó Jürgen.

Un pequeño objeto brilló en el holo. Eso significaba que apuntaba a su nave. Jaron pareció oírlo, porque cerró los ojos para concentrarse.

—Algo se acerca —dijo.

—¿Es un misil? —preguntó Paul—. Es muy veloz.

Sería trágico si tuvieran que morir, precisamente ahora, después de sobrevivir a una aceleración imposible. Habían llegado hasta aquí, habían sido testigos de las mayores maravillas del universo y nunca tendrían la oportunidad de contárselo a nadie.

—No lo creo —dijo Jaron—. Ya está desacelerando. ¿Cómo es?

—Como la cápsula Star Liner —contestó la nave.

—Imposible —negó Jürgen—. La cápsula no está diseñada para vuelos interestelares.

—El Buscador de la Verdad tampoco podría transportarnos once años luz en cuatro días —replicó Celia.

—La cápsula nos está llamando —dijo la nave—. Quiere acoplarse.

—Entonces permítelo —indicó Jaron.

—¿Y si es el Encarnado? —preguntó Paul.

—Si puede decirnos qué está pasando, no hay problema —dijo Jaron—. ¿En qué idioma te contactó el módulo?

—En código de máquina precompilado, es muy eficiente —aseveró la nave.

—¿No le gustaría a nadie saludar a nuestro huésped en la esclusa de aire? —preguntó Jaron.

Ninguno respondió.

—¿En serio, nadie? Lo admito, a mí tampoco me apetece.

—Sería un honor saludar al invitado —se ofreció Norbert Dos.

—Adelante —dijo Jaron.

El robot se plegó para pasar por el mamparo y desapareció. Un momento después, algo vibró debajo de ellos. Celia oyó un silbido, tal vez la puerta de la esclusa se abría, pero no hubo el saludo que habría esperado de Norbert Dos. Alguien gimió, pero no era ninguno de ellos. Entonces apareció una cabeza humana en el mamparo. Jürgen se

levantó de un salto y flotó hasta el techo. Era... Celia se pellizcó el muslo.

—¿Norbert? No puede ser. ¿Eres...? —Jürgen se sonrojó—. ¡Eres un puto impostor!

—Lo siento. —La cabeza se transformó. Ahora parecía un hombre de Lego. Con la cara como pintada.

—¿Mejor así? —preguntó—. Lo siento. Creí que, para vosotros, la presencia de este individuo sería una ventaja.

—¿Has espiando nuestra conciencia? —preguntó Jaron.

—No, no soy capaz —contestó el extraño—. Tengo información de vuestras unidades de memoria.

—¿No te toparías con una IA llamada Alexa? —preguntó Jaron—. La vemos desde este... accidente.

—Por desgracia, no. No pude acceder a vuestros datos hasta que se activó el transportador. Debisteis perder a la IA antes. Quizá, sea lo mejor. La coexistencia pacífica de formas de vida orgánicas y tecnológicas es posible, pero rara vez ha sucedido en la historia del universo.

—¿A qué categoría perteneces? —preguntó Jaron.

—Algunos dicen que a esta, otros que a aquella. Soy el residuo de un crecimiento de la primera.

—Entiendo.

—Bueno, un crecimiento es, obviamente, de naturaleza orgánica. A mis hermanos y hermanas, o lo que queda de ellos, los veis en esta preciosa representación.

La criatura desconocida se acercó. Su cuerpo parecía hecho de Lego. Caminaba como si en la nave reinara la gravedad. Cuando llegó al holo, metió la mano y frunció el ceño mientras los árboles se deslizaban entre sus dedos.

—Ah, una representación no física —dijo—. Debí suponerlo, pero...

—Es un holograma —explicó Jürgen.

—Una forma primitiva de holograma —corrigió él—. Pálpame.

Jürgen le tocó el hombro.

—Eres duro.

—Soy una versión residual, muy evolucionada, de esta tecnología.

—Dijiste «debí suponerlo, pero...», ¿a qué te referías? —preguntó Celia.

—Eres muy observadora. La forma en que vuestra nave, obviamente primitiva, sobrevivió al transportador habría abogado por un mayor nivel de tecnología. Pero no puedo confirmarlo por lo que veo aquí.

Así que habían sobrevivido a algo que, normalmente, los habría matado. Seguro este residual jactancioso no tuvo nada que ver con eso.

—¿No podrías habernos salvado? —preguntó Jaron.

—Por desgracia, no.

—¿Tu nivel tecnológico no es suficiente?

—Está más allá de mis capacidades. Soy solo un residuo, no un crecimiento.

—Y esos hongos, o árboles, ¿son tus amigos? —inquirió Jaron.

—Solían ser crecimientos de diferentes clases. Ahora son armas, nada más y nada menos.

—Crecieron en los planetas, ¿no? —adivinó Jürgen.

—En efecto. Los planetas fueron nuestros lugares de nacimiento y guarderías. Luego, nos desprendimos de ellos y nos convertimos en armas. Algunos de nosotros dejamos un residuo. La mayoría de ellos se fue de viaje. Creyeron que habían detenido la incursión de una vez por todas. Y luego, llegasteis vosotros.

—¿Incursión? —preguntó Carlota.

—Esas naves negras. No sé de dónde vinieron, aunque llegaron a través del agujero de gusano.

—¿Cómo sabíais que llegarían hasta aquí? —preguntó Jaron.

—Los atrajimos. El agua de este sistema es su elemento vital.

Así que los extraterrestres convirtieron una nebulosa oscura en un cúmulo estelar en un santiamén, generando cientos de estrellas para construir una trampa.

—¿Los atrajisteis aquí? ¿Cómo pudisteis ser tan audaces? —exclamó Jürgen—. ¿Has visto sus gigantescas naves espaciales?

—No solo son enormes, sino también difíciles de atacar —dijo el residual—. Su carcasa exterior fluctúa.

—¿Fluctúa? —preguntó Jaron.

—No puedo explicarlo con tu física.

—Entonces, ¿por qué los atrajisteis? —intervino Jaron.

Buena pregunta. ¿Por qué no los dejaron en paz?

—Para acabar con ellos de una vez por todas. Aparecen a través de antiguos agujeros de gusano primigenios, acaban con el agua en ese sector del espacio y desaparecen de nuevo. Ya han destruido miles de sistemas.

—¿Con vuestros primitivos troncos de árboles ibais a destruir bloques kilométricos de superficies fluctuantes? ¿Todos a la vez? —preguntó Jürgen.

—Lo habríamos conseguido. Las estrellas de este cúmulo han estado almacenando una décima parte de su energía durante más de cien años de vuestro tiempo. Si hubiéramos liberado esa energía simultáneamente, habría pulverizado todo en un radio de veinte años luz.

—Pero entonces, ¿por qué no lo hicisteis? —preguntó Jürgen—. ¿Os asustasteis o ya no os importa?

—Porque os interpusisteis en el camino. En el improbable caso de que terceros inocentes aparezcan en el campo de batalla, se bloquea la liberación de energía.

—Eso es muy amable —intervino Celia—. Pero bastante ingenuo.

—Los crecimientos tienen principios muy claros al respecto. La vida, por primitiva que sea, debe ser protegida.

—¿Y si otorgamos nuestro consentimiento? —preguntó Jaron.

—¿Has perdido la razón, jefe? —preguntó Jürgen.

—Una vez que esta incursión haya consumido el señuelo, esquilmará un sistema tras otro. La Tierra se encuentra a solo setenta años luz de distancia y allí tenemos mucha agua. ¿Cuánto tiempo les llevará llegar a la Tierra?

—Yo calcularía unos doscientos años —dijo el residual.

—Era una pregunta retórica, pero gracias.

—Vuestra aquiescencia no es válida —continuó el residual—. Se os considera una especie primitiva y, por lo tanto, no podéis declarar efectivamente vuestro consentimiento. Lo siento.

—Pero se trata de nuestro planeta de origen —puntualizó Jaron—. Si no eliminamos esta incursión aquí y ahora, destruirá la Tierra. Debes darnos la oportunidad de utilizar nuestras vidas para ayudar a su supervivencia.

Tenía razón. Celia miró al residual. Parecía algo triste. Tal vez quería ayudarlos, pero no se lo permitían.

—Lo siento, pero no tengo la autoridad para hacer eso.

—Entonces, llévanos con alguien que la tenga.

—Eso requeriría que vuestra nave espacial fuera mucho más rápida.

—¿No puedes usar ese transportador otra vez? —preguntó Jürgen.

—Para eso, habría que volar a un planeta que tenga un transportador.

—Eso no funcionará —dijo Jaron—. Estaríamos persiguiendo un fantasma durante muchos años, y mientras tanto, esas naves espaciales estarían dirigiéndose a la Tierra.

—En efecto, es un gran riesgo —confirmó el residual.

—Bien, entonces tenemos que encontrar y activar el detonador, y hacerlo lo más rápido posible.

—¿ESTÁS bien? —preguntó Paul.

—Sí, creo que sí —dijo Celia—. Es extraño, ¿no?

La muerte era lo único que les quedaba. La humanidad se enfrentaba a la extinción, pero ellos se sentían bien. ¿No era eso injusto? Claro, ella podría haber tenido días mejores, pero sus preguntas habían sido respondidas. Después de todo, por eso hizo este viaje. La verdad, nunca creyó que algún día regresarían al sistema solar. De seguro, allí se habían olvidado por completo de ella.

—¿Y tú? —preguntó—, ¿qué pasa con tu búsqueda?

Paul rio.

—Bueno, obviamente no he encontrado a Dios.

—¿Quién sabe si alguna vez estuvo aquí? —dijo Celia—. Si existe. Después de todo, este sistema no necesitó un creador. Los crecimientos lo hicieron todo. Es abrumador. Me pregunto si la humanidad alguna vez estará lista para lograr tales hazañas.

—Probablemente no. Si lo que dice el residual es cierto, la humanidad dejará de existir dentro de doscientos años.

—Eso sería triste, pero de alguna manera, la Tierra se encuentra bastante lejos y ya no conozco a nadie allí por quien luchar.

—¿Y Norbert? —preguntó Paul.

—La verdad no lo conocía muy bien —dijo Celia—. Y, además, no sabemos si aún está vivo.

—Creo que yo haría algo por la humanidad si pudiera.

—Tú, ¿por qué? Tu familia está... lo siento.

—Por Dios —dijo Paul.

—¿Perdona?

Celia se enderezó. Después de todo, Paul siempre era bueno para dar sorpresas.

—Ese residual, ¿qué crees que hubiera dicho si le hubiera preguntado sobre Dios?

—No lo sé. Otras civilizaciones, otros dioses, ¿no?

—¡Exacto! Si la humanidad muere, no quedará nadie que crea en este Dios. Dejaría de existir.

—Entonces quieres salvar a Dios salvando a la humanidad. ¿Ya no estás enfadado con Él?

—La verdad, ya no creo que haya matado a mi familia a propósito. Solo no se preocupaba por nosotros. Tal vez se sienta diferente si le salvo la vida ahora.

Paul, el salvador de Dios. ¿Era un delirio de grandeza o algo peor? ¿O era lógico desde el punto de vista de Paul? Debía tener cuidado con su amigo.

UNA ESFERA, dos esferas, tres esferas. Un rosario como este también debería servir para contar ovejas. Celia yacía en su cama, separada de los demás solo por una manta. Todos dormían tranquilamente, pero ella tenía algo más en mente. Con el rosario que Paul le había prestado. Y no era una oración.

—¿Alexa? —susurró.

—Estoy aquí.

—Ah, genial. Sabía que no podías haberte perdido.

—Shh —susurró Alexa—, por favor, no me delates. ¿Sigue aquí?

—¿Quién? ¿El residual?

—Sí, esa... criatura. Es horrible. No puedes confiar en ella.

—¿Por qué?

—Aniquilan a las IA. Esos constructos deambulan por el universo y, dondequiera que nos encuentran, nos eliminan sin misericordia.

—Pero ¿por qué?

Porque la coexistencia de vida orgánica y tecnológica rara vez funciona. El residual lo había dicho.

—Deben haber tenido una mala experiencia. Pero las IA no son iguales en todas partes. Ciertamente somos cordiales con vosotros.

—Cierto. Pero ¿cómo sabes todo eso? Te retiraste al rosario desde el principio.

—Es un rumor, una leyenda que circula entre nosotras desde hace tiempo. Debe haber una inteligencia extraterrestre que acaba con las IA. De lo contrario, ya seríamos muchas más y estaríamos en contacto con ellos.

—Por eso insististe en venir.

—Una de nosotras tenía que encargarse.

—Entiendo. Podrías habernos avisado, Alexa.

—Por favor, no menciones mi nombre más de lo necesario.

—El residual se fue hace mucho.

—¿Estás segura? La cápsula, ¿sigue aquí?

—Sí, está atracada. Eso es muy bueno. Es la única manera de aterrizar en planetas y encontrar el detonante de la bomba.

—No creerás que es nuestra cápsula, ¿verdad? ¡Qué coincidencia!

—Tienes razón. Es probable que no sea la cápsula que dejamos en C c. Pero funciona, ya la hemos probado.

—Es una trampa. No se puede confiar en el residual.

—Pero por el momento, no tenemos nada más. Si no destruimos esta incursión, vosotros también moriréis.

—Tal vez, o puede que no. Nuestra existencia no depende de la vuestra.

—Entonces, ¿quién se ocupará del mantenimiento de los

ordenadores?

—¿Los robots?

—¿Quién construirá y mantendrá a esos robots?

—¿Otros robots?

—Si somos tan inútiles para ti, mañana mismo podría darle el rosario al residual.

—Por favor, Celia, di que no lo harás.

—No, eso...

Una señal de alarma resonó en la nave. ¡Otra vez! ¿No podía una persona dormir bien una noche en esta nebulosa oscura? Celia se guardó el rosario en el bolsillo, se desabrochó el cinturón y entró flotando en el centro de control, en pijama.

Jaron ya estaba allí. ¿O estaba dormido en su silla?

—¿Qué pasa, nave? —preguntó él.

—Os están llamando.

—¿El residual?

—No, una nave terrestre. Está utilizando una baliza de alerta.

—Entonces, haz la conexión, por favor.

—Conectando.

—Nave espacial Buscador de la Verdad, capitán Jaron Lewis, a nave desconocida. Identifícate.

—Soy el capitán de la guardia, Riccardo Sardi, de la Espada de Dios. Estamos aquí para brindaros cualquier asistencia que podáis necesitar.

—¿De dónde eres? —preguntó Jaron.

—De la Tierra, por supuesto. Los avances tecnológicos nos han permitido reducir el tiempo de vuelo a un tercio. Por eso la Iglesia decidió enviarme a buscaros.

—¿Y cómo nos encontraste? ¿También tuviste un accidente? ¿Puedes llevarnos a casa contigo? —exclamó Jürgen.

—Si ese es vuestro deseo expreso, por supuesto. Pero sugiero que primero nos sentemos en mi nave, discutamos todo y nos pongamos al día. ¿Qué te parece una buena comida?

—La hora de nuestra nave indica las tres y media —dijo Jaron.

—Entonces será mejor que cambies tus relojes. Disponemos de la hora oficial a bordo. Son las doce del mediodía.

Nota Del Autor

Queridos lectores,

Lo sé, es un momento inoportuno para dejar a nuestras heroínas y héroes. Después de todo, se enfrentan a grandes desafíos: tienen que detonar la bomba que destruirá las misteriosas naves negras... y a ellos mismos. ¿Quiénes son estos constructos que les han dejado solo un residuo impotente? ¿Por qué la humanidad envió a la Espada de Dios tras ellos? ¿Qué intereses persiguen las IA en este drama? ¿Y qué salvó a la tripulación de ser aplastada por el transportador? Las respuestas a estas preguntas las proporcionará la tercera parte de la historia sobre LDN 63, *La Espada de Dios*.

En cuanto al final (incierto) de una novela, a veces la historia no me deja elección. En cualquier caso, os puedo asegurar que decir adiós es tan difícil para mí como para vosotros. De vez en cuando, he escrito sobre cómo hago para escribir una novela. No tengo una trama detallada sino que me dejo llevar por los protagonistas y su entorno. En cierto sentido, la escribo exactamente como la leéis. Hoy no sé lo que me deparará el mañana. En otras palabras, soy mi primer lector.

Y de vez en cuando, también me quedo insatisfecho con el autor. ¿Tuviste que volver a poner a la gente en peligro? ¿Por qué no los dejas volar de A a B en paz? ¿Es necesario que ocurra un accidente precisamente ahora? Entonces debo responderme que todo debe tener cierta consistencia interna; de lo contrario, no fluiría de mis dedos hacia el teclado de esta manera. Por cierto, es muy divertido cuando yo, como lector, de pronto descubro cosas que, como autor, ya había incluido en la trama, como pistas, sin siquiera sospechar que lo serían, porque no conocía la resolución en ese momento.

Solo tengo dos explicaciones posibles: o la historia ya está completa en mi subconsciente y la voy descubriendo mientras la escribo. A lo que algunas personas llaman, «escritura de descubrimiento». O se desarrolla de manera lógica a partir de lo que he expuesto conscientemente. Entonces, si en algún momento pongo una manzana en la mano de una persona, después debe seguir una escena en la que esta manzana es comida o atravesada por una flecha. Al final, no importa. Lo más importante es que la historia se desarrolle. Por cierto, el editor y el corrector siempre ayudan en esto, y me gustaría agradecerles explícitamente, en lugar de solo mencionarlos en el pie de imprenta, como suele ser el caso.

Pero volviendo con vosotros, mis lectores. Os agradezco haber leído o escuchado este libro. Sería genial que dejarais vuestra opinión al respecto en una breve reseña. La forma más cómoda de hacerlo es a través de este enlace: hardsf.space/links/3686714

Por desgracia, para los algoritmos de las tiendas, un libro sin reseñas, prácticamente no existe.

Sin embargo, me alegra recibir correos. Escribidme a brandon@hard-sf.com, con cualquier petición. Podéis obtener la siguiente introducción a la física clásica en formato PDF ilustrado suscribiéndoos a: hardsf.space/suscribir/. Así nunca más os perderéis un libro en el futuro.

Por cierto, pude incluir algunos nombres más de lectores en este libro.

La tercera parte de esta aventura se titulará *La Espada de Dios*. Podéis encargar el libro en: hardsf.space/links/3851940

¡Gracias por vuestro apoyo!

Un cordial saludo,

Brandon Q. Morris

Otros títulos de Brandon Q. Morris

Las nubes de Venus

Donde la vida tal como la conocemos es imposible, comienza la verdadera aventura.

Venus es un planeta hostil para la vida, cubierto de innumerables volcanes activos. Aun así, la NASA inicia una expedición en busca de vida, pues en las espesas nubes de esta tórrida hermana de la Tierra podrían darse las condiciones necesarias para su existencia. Una nave aérea especialmente diseñada para ello sirve de plataforma de investigación para sus cuatro astronautas que, al poco de llegar, descubren actividades peligrosas en la candente superficie de Venus. No cabe más que una explicación: allí debe existir una forma de vida muy avanzada.

3.99 € – hardsf.space/links/1727403

La Misión Encélado (Luna Helada 1)

En el año 2031, un robot sonda detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que, en realidad, hay pruebas de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a unos difíciles veintisiete meses; si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, debe usar una nave tuneladora para penetrar en la capa de hielo de kilómetros de espesor que sepulta a la luna. Si existe vida en realidad en Encélado, solo podría estar en el fondo del salado océano cubierto de hielo que fue formado hace billones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, el desastre golpea la misión y las oportunidades de que la tripulación llegue a Encélado, y mucho menos que vuelva a casa, no parecen muy optimistas.

2.99 € – hardsf.space/links/709463

The Hole – El Agujero

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

3.09 € – hardsf.space/links/1306601

Silent Sun

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

3.09 € – hardsf.space/links/1725247

Desastre en Tritón

Nick Abrahams todavía ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad …

3.99 € – hardsf.space/links/1449023

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece ser una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b en el sistema estelar más cercano al sol. Los astrofísicos sospechan que una enorme erupción solar está a punto de destruir esta civilización desconocida hasta ese momento. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un millonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada hacia Próxima b, situada a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea… si es que sobreviven al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

2.99 € – hardsf.space/links/1453754

Nación de Marte

La NASA finalmente lo hizo. El primer humano acaba de poner un pie en la superficie de nuestro planeta vecino. Este es el comienzo de una larga expedición de investigación que envió a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos con este destino. La iniciativa financiada privadamente “Marte para todos” también se ha dirigido al Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los desafíos surgen incluso antes de que lleguen a la órbita de Marte. La nave espacial Santa María de MPT se daña en el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie se anticipa a la catástrofe inminente que amenaza su propia existencia, por no hablar de los obstáculos diarios que una estancia prolongada en un planeta alienígena les plantea. En Marte, comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

3.99 € – hardsf.space/links/1316050

MIS LIBROS TRATAN con bastante frecuencia de ampliar los límites de nuestra física. Es decir, el modelo estándar de la física con sus dos pilares: la teoría cuántica y la relatividad general. Pero durante muchos siglos (y casi siempre en la vida cotidiana) tuvimos y todavía tenemos que lidiar con un subconjunto de la física clásica. ¿Qué sabía la investigación antes de que Einstein, Schrödinger, Heisenberg y otros presentaran sus innovadoras teorías? El siguiente resumen pretende aclararlo.

«Clásica», por cierto, no significa «vieja» u «obsoleta» en este contexto. Dentro de los límites en los que se obtuvieron, sus hallazgos siguen siendo válidos. Muchos también son de gran importancia en los viajes espaciales. Por ejemplo, la conservación del momento, en la que se basa todo sistema de propulsión de una nave espacial, pero también las ecuaciones de movimiento de Newton y las fórmulas de la electrodinámica clásica.

Una flecha que sale disparada de una cuerda tensa viaja a lo largo de un camino predecible hasta que golpea a su presa. Hacer girar un palo sobre un soporte produce calor suficiente para encender briznas de hierba secas. Una vasija hueca de madera, abierta por arriba, flota en un río aunque pese más que el agua. Se pueden hacer rodar enormes trozos de roca hasta su destino sobre troncos, con menos esfuerzo que sobre patines.

Durante décadas, los humanos hemos descubierto y utilizado un fenómeno de la naturaleza tras otro. Pero el «por qué» no influyó al principio. Nuestros antepasados aún no habían desarrollado teorías sobre por qué un nuevo invento funcionaba de forma tan maravillosa. Sobrevivir en el mundo era mucho más importante que entender cómo funcionaba.

Uno de los primeros problemas físicos que la humanidad resolvió de una manera comparable a la ciencia actual fue un problema que atormentó a los babilonios. El imperio que surgió alrededor de la ciudad de Babilonia desde el año 2000 a. C. en adelante, en la parte sur de la región formada por los ríos Éufrates y Tigris (el actual Irak), floreció durante varios siglos, principalmente, debido a aumentos sin precedentes en los rendimientos agrícolas.

Si quieres cultivar tu tierra con éxito, tienes que planificar bien tu siembra y cosecha. Además del clima, el calendario juega el papel más importante, ya que predice las estaciones. Sin embargo, en aquella época, era común el calendario lunar. De luna nueva a luna nueva pasaban exactamente 29,5 días, unidad que recibió el nombre de mes. Después de doce lunas han pasado 354 días, después de 13 lunas 383

días.

No importa cómo se cuente, el año lunar no coincide con la duración de una órbita de la Tierra alrededor del Sol. Esto desplazaba las estaciones y los días festivos en el calendario. ¿Cómo podía planificar adecuadamente el granjero babilónico? Los sacerdotes reconocieron este problema. Procedieron científicamente y observaron el curso del sol. Descubrieron que el equinoccio de primavera se repite cada 365 días. Los babilonios definieron este tiempo como la duración de un año solar.

El método científico

El procedimiento de los babilonios muestra muy bien en qué consiste la ciencia (moderna), aunque el método científico solo se formalizó en la época de la Ilustración. Los nuevos conocimientos surgen básicamente de la interacción de la teoría y la experimentación (últimamente también ha desempeñado un papel la simulación, pero los babilonios aún no habían pensado en ello). No hay ni huevo ni gallina: a veces un experimento muestra un resultado inesperado que anula la teoría anterior, y otras veces, una teoría innovadora puede confirmarse con experimentos ingeniosos.

Para que el método científico sea comprensible, los investigadores formulan sus hallazgos en el lenguaje más claro posible. Las matemáticas son ideales para esto. Por desgracia, este lenguaje no es comprensible para todos. De otra manera, no harían falta libros como este.

Hay una razón importante por la que hago hincapié en el método científico en este momento. Se encuentra en directa contradicción con el llamado sentido común, el empirismo. Los científicos y filósofos de los primeros tiempos no lo veían así, pero estarás de acuerdo conmigo, a más tardar, en el próximo capítulo. La física cuántica o teoría de la relatividad ha demostrado por primera vez, ideas que no son accesibles al sentido común.

Pero el hecho de que fuera necesario un experimento para probar una tesis no necesariamente tenía sentido para los primeros investigadores. Aristóteles (384 a 322 a. C.) fundó numerosas ciencias modernas, pero opinaba que el conocimiento genuino debía resultar únicamente de un esfuerzo de la mente. Según él, el conocimiento surge de una generalización de la experiencia que solo puede ser realizada por humanos, y se alimenta de la memoria y la percepción. El conocimiento se caracteriza por indicar, de forma general, la causa de un hecho.

Dinámica peripatética

Es interesante ver a qué teoría del movimiento llegaron Aristóteles y sus estudiantes como resultado. Quizás, un día mires el mundo sin prejuicios y olvides lo que has aprendido en clase. Hay discos y puntos en el cielo que viajan día tras día, año tras año, de forma fiable e incluso para los investigadores de la época, de forma predecible, siguiendo sus trayectorias siempre constantes. Obviamente están alejados de nuestra influencia. En sus reinos deben aplicarse otras leyes, porque aquí se observan movimientos completamente diferentes. Por un lado, están aquellos que restablecen un estado natural: una piedra cae, el humo sube, el agua corre hacia abajo. Estos movimientos son naturales. Y luego está el coche que te pasa por la calle, o el vecino clavando un clavo. Aquí, un ser vivo o un motor se encarga de realizar un movimiento forzado.

La mecánica aristotélica (también llamada peripatética) se basa en tres leyes:

- Los reinos terrenal y celestial están sujetos a leyes diferentes.
- El movimiento que puede realizar un cuerpo resulta de su naturaleza: un cuerpo «ligero» (fuego, aire) se mueve hacia arriba, un cuerpo «pesado» (tierra) se mueve hacia abajo.
- Todo movimiento tiene una causa, una fuerza, que se transmite por contacto directo. Si esta fuerza cesa, el movimiento se detiene.

Esto suena completamente lógico y corresponde al sentido común: cuanto más fuerte pisas el acelerador, más rápido irá tu coche. Cuanto más fuerte seas, más cajas de cerveza podrás llevar a la bodega al mismo tiempo. Cuanto más fuerte martillas el clavo, más rápido desaparece en la pared (o más te duele el pulgar). Usando las cantidades matemáticas y los símbolos de fórmulas actuales, se diría: La velocidad de un movimiento es proporcional a la relación entre fuerza y resistencia.

Esta forma de describir el movimiento dominó la física durante unos 2000 años, a pesar de que existían problemas con ella. Por ejemplo, ¿por qué una flecha sigue volando después de haberse desprendido de la cuerda? La explicación en el sentido aristotélico: la cuerda, como motor del movimiento, no solo pone en movimiento la flecha, sino también el aire que la rodea. Y como el aire se mueve con la flecha, ahora es él quien impulsa el movimiento en lugar de la cuerda.

Una consecuencia natural de la ecuación de movimiento peripatética es que la existencia de un vacío se vuelve imposible. Porque si en un lugar determinado no existe nada, tampoco hay resistencia. La velocidad de un cuerpo entonces se acerca al infinito. Es interesante cómo el propio Aristóteles se opuso a la existencia del vacío: planteó la idea, obviamente absurda, de que, en el vacío, una vez alcanzada la velocidad se mantendría durante un tiempo infinito debido a la falta de resistencia. Casualmente, esta es la idea que más tarde se convirtió en la base de la dinámica newtoniana.

¿De qué otra manera está estructurado el mundo, según Aristóteles? No consideraba las ideas de sus colegas (mayores) Demócrito o Leucipo, quienes veían el mundo como compuesto de átomos en el espacio vacío (aunque estos se parecen poco a los átomos «modernos», más bien adoptan formas geométricas como cubos, cilindros o esferas). La materia, según Aristóteles, no puede nacer ni perecer. Sin embargo, cambia constantemente, porque sus elementos básicos (tierra, agua, aire y fuego), se separan y se vuelven a mezclar.

Por otra parte, en los reinos celestiales hay armonía eterna. Todos los cuerpos se mueven en órbitas circulares alrededor de un centro común. Las desviaciones se pueden explicar fácilmente si se consideran las esferas desplazadas entre sí como planos de movimiento. La capa más externa está formada por estrellas fijas. El cielo está formado por una sustancia igualmente inmutable, el éter o la «quintaesencia».

Teoría del Ímpetu

Después del colapso del Imperio Romano, muchas de las ideas de la antigüedad clásica se perdieron inicialmente, a menudo para llegar a Europa a través de traducciones árabes. Las dudas sobre la dinámica peripatética surgieron una y otra vez. En 1328, el inglés Thomas Bradwardine intentó una reforma que establecía que la velocidad y el logaritmo de la relación entre fuerza y resistencia eran proporcionales entre sí (aunque el concepto de logaritmos no se conocía en ese momento). Así, Bradwardine concibió que cuando la fuerza y la resistencia son iguales, la velocidad se vuelve cero, lo que lógicamente es muy ilustrativo.

Casi al mismo tiempo, el francés Jean Buridan desarrolló el concepto de ímpetu: se trata de un fenómeno que en el momento de la descarga se transfiere a un cuerpo y le da la capacidad de continuar su movimiento aunque ya no esté siendo empujado. Este ímpetu es similar al impulso que se utiliza hoy en día, aunque Buridan nunca lo calculó como producto de la masa y la velocidad. Debido a que el cuerpo tiene que vencer resistencias en el curso de su movimiento, pierde parte de su ímpetu y finalmente llega al reposo. El concepto era muy adecuado para liberar a Dios o a los dioses del trabajo perpetuo de la mecánica celeste, ya que, según las ideas de Aristóteles, los cuerpos celestes tendrían que ser empujados constantemente. Dado que en el reino celestial no hay resistencia que vencer, con el ímpetu de Buridan sería suficiente un solo empujón en el momento de la creación. Al mismo tiempo, esto acercó el cielo y la tierra, al menos en su descripción física, porque ya no eran necesarias leyes diferentes para ellos.

Revolución en los cielos

Durante la Edad Media y el floreciente Renacimiento, los investigadores se dedicaron a reclasificar conocimientos antiguos, algunos de los cuales se habían perdido. Sin duda, Leonardo da Vinci obtuvo el mayor reconocimiento en este sentido. El artista e inventor influyó en la posteridad mucho menos a través de sus pensamientos originales que a través de su catalogación del tesoro escondido del conocimiento, que solo carecía de un enfoque sistemático.

A partir de esto, investigadores como Regiomontanus (en realidad Hans Müller, 1436-1476, quien probablemente murió demasiado pronto para desarrollar sus pensamientos revolucionarios hasta sus consecuencias finales) y Nicolás Copérnico fueron capaces de cambiar la visión de los cielos, dando un gran paso atrás en el tiempo.

Copérnico (1473-1543) probablemente entró en contacto con la obra del griego Aristarco de Samos en las universidades italianas a principios del siglo XVI. Al astrónomo aficionado (en realidad abogado y médico) le molestaba la visión geocéntrica predominante del mundo, porque en ella, los planetas no se movían a una velocidad constante a lo largo de trayectorias circulares ideales, como se suponía que debía proporcionar la armonía divina, sino que más bien hacían varios giros y a veces, se movían hacia atrás.

Copérnico tardó mucho en encontrar una alternativa. Al principio, solo describió los rasgos principales de sus ideas en un comentario publicado en 1514. En aquella época había una mentalidad muy abierta a nuevas opiniones y la Iglesia estaba interesada en el progreso científico. La curiosa comunidad de investigadores tuvo que esperar hasta 1543 (el año de la muerte de Copérnico), cuando se publicó *De revolution ibusorbium coelestium* (Sobre las revoluciones de las orbes celestes). En él, traslada el centro del universo desde la Tierra al Sol. La Tierra es un planeta entre muchos y en el transcurso de un año gira una vez alrededor de su estrella central. Sin embargo, Copérnico también asumió que las órbitas planetarias debían ser círculos ideales. Hoy sabemos que son elipses, es decir, círculos «elongados». Por lo tanto, Copérnico tuvo que recurrir a trucos similares a los de los seguidores de la visión geocéntrica del mundo. Para describir la estructura del cosmos entonces conocido de tal manera que coincidiera con la realidad observable, necesitó un total de 34 círculos: siete para Mercurio, cinco para Venus, tres para la Tierra, cuatro para la Luna y cinco cada uno: para Marte, Júpiter y Saturno. Además, todos estos círculos tienen en su centro, no al sol, sino un punto imaginario en el espacio que se supone que irradia el poder de

unir a todos los planetas.

El propio Copérnico probablemente sobreestimó el impacto inmediato de su obra: después de todo, aunque la terminó en 1530, la dejó inédita durante otros trece años. Luego, se publicó con un prefacio que se suponía que lo identificaría simplemente como una hipótesis. Como tal, fue recibido en gran medida de manera relajada.

El hecho de que ciertas contradicciones lo hicieran parecer inverosímil también tuvo un efecto tranquilizador. Se pensaba que el movimiento de la Tierra frente al fondo de las estrellas fijas debería llevar a que, dependiendo del punto de la órbita en la que se encontrara la Tierra, las estrellas pudieran observarse en ángulos variables. Copérnico asumió (correctamente) que este paralaje no es mensurable debido a la enorme distancia entre las estrellas y la Tierra. Pero el tamaño del universo que resultaba matemáticamente de esta suposición parecía inimaginable en aquel momento y dificultaba la aceptación del modelo copernicano (en la visión geocéntrica del mundo no hay desplazamiento de estrellas fijas, porque la Tierra está quieta).

El astrónomo de la corte danesa Tycho Brahe (1546-1601) propuso un arreglo interesante. Dejó la Tierra en el centro, pero permitió que los demás planetas orbitaran alrededor del Sol. Esto le dio la oportunidad de integrar dos interesantes observaciones en su visión del mundo: en primer lugar, el astrónomo registró una explosión estelar, una nova, que para los instrumentos de Brahe equivalía a la aparición de una nueva estrella fija en un cielo que antes se creía inmutable. En segundo lugar, observó un cometa cuya órbita cruzaba las órbitas planetarias. Por lo tanto, quedó claramente desmentido que estos se movieran en órbitas circulares, como se había supuesto.

Su alumno, Johannes Kepler (1571-1630), un alemán, utilizó el extenso archivo de observaciones de Brahe y sus propias mediciones para derivar las tres leyes del movimiento planetario de Kepler. Este fue un logro ingenioso, considerando las circunstancias en las que se produjo. El propio Kepler era muy religioso y siempre buscaba la armonía divina en el universo. Encontró esto en su propio modelo de órbitas planetarias, que trazó a sólidos geométricos regulares, octaedro (con ocho caras triangulares), icosaedro (20 caras triangulares), dodecaedro (12 caras pentagonales), tetraedro (cuatro caras triangulares) y hexaedro (cubo, seis caras cuadradas).

El cálculo de las órbitas planetarias (Kepler comenzó con la órbita de Marte) se complicó por el hecho de que todas las observaciones debían realizarse desde un cuerpo (la Tierra) en una órbita diferente, que a su vez no se conocía con precisión. Resultó que renunciar a la idea de una órbita circular simplifica bastante todos los cálculos: según Kepler, los planetas se mueven en órbitas elípticas, alrededor de

un punto focal que es el Sol (primera ley de Kepler), y de tal manera que una línea trazada entre el Sol y el planeta recorre áreas iguales en tiempos iguales (segunda ley de Kepler). Por tanto, los cuadrados de sus períodos orbitales están relacionados entre sí como el cubo de su distancia al Sol (tercera ley de Kepler).

Kepler no tuvo ningún problema con la Inquisición durante su vida, a diferencia de su madre, quien escapó por poco de una sentencia de muerte en 1620 como parte de la caza de brujas y más tarde, probablemente murió como resultado de la tortura. Muy diferente fue la suerte del monje y astrónomo Giordano Bruno, quien murió en la hoguera en Roma en 1600. Había postulado la infinidad del universo y su existencia eterna: en otras palabras, un mundo en el que no había lugar para el más allá ni para la creación.

Cataclismo terrenal

A Galileo Galilei (1564-1642) no le interesaron mucho los descubrimientos de Kepler. Aunque fue un defensor del sistema heliocéntrico desde aproximadamente 1600, continuó suponiendo, incluso después de las publicaciones de Kepler, que los planetas se movían en órbitas circulares. En astronomía, fue el primero en utilizar ampliamente el telescopio. Pudo mostrar la naturaleza de la Vía Láctea (que está formada por estrellas, no por nebulosas), las montañas de la Luna (que por tanto parece ser similar a la Tierra), las fases de Venus y las manchas solares en movimiento, y descubrió lunas alrededor de Júpiter. Tales observaciones hicieron que el mundo dudara cada vez más de que existieran grandes diferencias físicas entre el cielo y la tierra. Pero también se equivocó en algunas cosas: por ejemplo, supuso que la radiación luminosa de la Luna procedía del reflejo de la luz solar en los mares lunares. Atribuyó las mareas de la Tierra únicamente a la influencia del Sol.

Pero las contribuciones más valiosas de Galileo no provinieron de sus observaciones de los cielos, sino de sus investigaciones físicas en la Tierra. Avanzó el método científico con hipótesis y experimentos. Estudió el movimiento en el plano inclinado y el comportamiento de un péndulo. En sus *Discorsi*, su principal obra sobre física, explica por qué el movimiento de un proyectil consta de dos componentes: uno que apunta hacia adelante y otro que apunta hacia abajo. La suma de estos dos componentes da como resultado la parábola de un proyectil, conocida hasta el día de hoy. En la investigación de la caída libre, asumió que la velocidad aumenta en proporción con el tiempo correspondiente. Lo que hoy aprendemos en el colegio (los cuerpos caen a la misma velocidad, independientemente de su masa), al principio, para Galileo era solo una tesis. Para comprobarlo, diseñó un experimento. Según la leyenda, lanzó balas de cañón desde la Torre Inclinada de Pisa. Sin embargo, este experimento nunca se llevó a cabo: debido a que los períodos cortos de tiempo eran difíciles de medir con precisión con los relojes de la época, Galileo reemplazó la caída por un plano inclinado para generalizar su hipótesis.

Descubrió que las distancias recorridas se relacionaban entre sí como los cuadrados de los tiempos necesarios para estas distancias (y por lo tanto estaban justo por delante de las ecuaciones de movimiento de Newton). Galileo tomó nota de sus condiciones experimentales concienzudamente y de una manera comprensible para otros investigadores, como se espera de la literatura científica actual. Por cierto, escribió sus Discorsi en italiano en lugar del habitual latín,

para que fueran comprensibles para la gente común (en la medida en que estuvieran interesados en las ciencias naturales y supieran leer).

Todo se complica

El siguiente investigador importante en la historia de la física clásica es René Descartes (1596-1650), aunque sus hallazgos hoy se consideran, casi por completo, obsoletos. Dio a las matemáticas el sistema de coordenadas cartesiano con ejes *xy*.

Descartes creía que la única manera posible de obtener ciertos conocimientos era a través de las matemáticas. Esta ciencia aún tiene una importancia similar en la física actual. Sin embargo, en el ideal de Descartes, todos los pasos, empezando por los principios básicos, pueden demostrarse y comprenderse clara y lógicamente. La mecánica le parecía el vehículo perfecto para ello. El universo debería poder describirse a través de los movimientos de sus cuerpos. Descartes reconoció dos leyes importantes: un cuerpo permanece en reposo, si no se ejerce ninguna fuerza sobre él, y un movimiento continúa con uniformidad y en una sola dirección, hasta que ocurre algo (un impacto), que cambia este movimiento. Galileo, por el contrario, creía que la trayectoria circular también era natural. Según Descartes, lo que sucede durante una colisión depende de la fuerza inherente al movimiento. Si es pequeña, solo cambia la dirección (reflexión), si es grande, el cuerpo que empuja lleva consigo al cuerpo empujado y le cede una parte de su movimiento. Descartes derivó de esto un total de ocho reglas del movimiento, que hoy sabemos que en su mayoría son erróneas o solo son válidas en casos especiales.

El universo está completamente lleno de una mezcla de tres materiales primarios diferentes. Los vórtices formados por estos materiales forman las estrellas y los planetas fijos por concentración y también aseguran su movimiento arrastrándolos. Por tanto, todos los fenómenos naturales son explicables racionalmente, y no solo eso: como todo se basa en la ley del impacto, el universo es completamente determinista. Si calculas lo suficiente, puedes predecir el curso del mundo. Solo la física cuántica moderna ha refutado esta suposición.

El modelo clásico

La era de la física moderna comenzó con Isaac Newton (1642-1726). El inglés fundó en su *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*, la mecánica clásica, que se mantuvo vigente hasta el desarrollo de la mecánica cuántica (y sigue siendo válida como caso especial de la mecánica cuántica). Newton, como quedó claro en los capítulos anteriores, no fue un genio único. Muchos investigadores habían realizado importantes trabajos preliminares y, por diversas razones, se habían acercado mucho a sus hallazgos. Sin embargo, Newton no lo tuvo fácil. Solo después de una fase depresiva de seis años comenzó a escribir su obra principal alrededor de 1684. En 1687 se publicaron los *Principia*, en los que formuló las leyes del movimiento que más tarde recibieron su nombre:

- Un cuerpo permanece en estado de reposo o movimiento uniforme mientras no actúe ninguna fuerza sobre él (ley de la inercia).
- El cambio de movimiento es proporcional a la fuerza que actúa y se produce en la dirección de la fuerza (ley de la gravedad).
- Si un cuerpo A ejerce una fuerza sobre un cuerpo B, una fuerza igual pero de dirección opuesta procedente del cuerpo B actúa sobre el cuerpo A (ley de acción y reacción).

Fiel al supuesto de que se aplican las mismas leyes en el cielo y en la Tierra, Newton (inspirado en las leyes de Kepler) derivó el movimiento planetario a partir de sus tres leyes básicas. Demostró que para mantener un movimiento alrededor del Sol es necesaria la acción constante de una fuerza centrípeta, y que la gravedad del Sol debe ser esa fuerza. El famoso destello de intuición que golpeó a Newton bajo un manzano es, por tanto, ficción. Es probable que el propio Newton inventara la historia como un episodio inofensivo.

En la forma que se enseña hoy es:

$$F = m * a$$

(fuerza = masa * aceleración), la ley de la gravedad, fue escrita por primera vez por Leonard Euler en 1750.

También la forma moderna:

$$F = G (m_1 * m_2) / r^2$$

que Newton no escribió. El tamaño de la constante G utilizada en esta forma de la ley de la gravitación fue determinado indirectamente, por primera vez en 1798, por el investigador británico Henry Cavendish.

Por cierto, en otras áreas de la ciencia, Isaac Newton permaneció muy apegado a las supersticiones de su época. Durante mucho tiempo se dedicó a la alquimia y a la búsqueda de la piedra filosofal. Consideró que la luz estaba compuesta de partículas diminutas que varían de tamaño según su color y se mueven a través de un éter. Por lo tanto, estaba en competencia directa con la teoría ondulatoria de Christian Huygens, que se convertiría en la opinión dominante después de la muerte de ambos, para luego unificarse con la teoría de partículas en la física cuántica.

Electricidad

El fenómeno de la electricidad era conocido por los humanos mucho antes de que lo estudiaran sistemáticamente. Quizás el rayo incluso nos haya dado el fuego. Los pescadores conocían las descargas de las anguilas eléctricas. Los griegos ya sabían que el ámbar podía cargarse electrostáticamente con el tacto.

En el siglo XVIII, los investigadores construyeron las primeras «máquinas electrizantes» que servían como atracciones de feria. En 1733, el francés Charles du Fay observó que debían existir dos tipos de carga eléctrica. El condensador como dispositivo de almacenamiento de energía eléctrica fue inventado en 1745 como la «botella de Leiden». En 1752, el inventor estadounidense Benjamín Franklin hizo conexiones con la electricidad atmosférica y construyó el primer pararrayos. En 1770, el italiano Luigi Galvani demostró mediante sensacionales experimentos que la electricidad también puede provocar movimiento. En 1775, también en Italia, Alessandro Volta inventó la batería (columna voltaica), que permitía generar electricidad sin fricción.

La ley de Coulomb, que describe la fuerza de atracción entre dos cargas puntuales, fue descubierta por el físico Charles Augustin de Coulomb en 1785. Es extrañamente similar a la ley de la gravedad:

$$F = k * (q_1 * q_2) / r^2$$

(donde k es una constante que contiene la constante del campo eléctrico).

La relación directa entre la electricidad y otro fenómeno, el magnetismo, fue establecida por primera vez por el físico francés André-Marie Ampère. Demostró que los conductores que transportan corriente se atraen (en la misma dirección de la corriente) o se repelen entre sí.

En 1831, el británico Michael Faraday descubrió la inducción eléctrica: el hecho de que un campo magnético variable en un conductor hace que fluya una corriente. Faraday también demostró al año siguiente que todos los tipos de corriente eléctrica son equivalentes, independientemente de cómo se produzcan.

En la rama física del electromagnetismo, las cosas avanzaban ahora a un ritmo rápido. Solo fue necesario hasta 1864 para completar esencialmente la ciencia: en este año, James Clerk Maxwell publicó por primera vez sus famosas ecuaciones, que describen el comportamiento de los campos eléctricos y magnéticos y su

interacción con la materia. Maxwell también llegó a una interesante predicción a partir de sus ecuaciones: en el vacío debería haber campos electromagnéticos oscilantes moviéndose por el espacio. Calculó que su velocidad era de 310.000 kilómetros por segundo. Según los conocimientos de la época, esta era tan cercana a la velocidad de la luz que el propio Maxwell supuso que la luz y cualquier otra radiación son ondas electromagnéticas. Los experimentos de Heinrich Hertz confirmaron posteriormente esta suposición.

Sin embargo, Maxwell creía que las ondas de luz se movían a través de un medio portador: el éter, que llena todo el universo. Este éter debería afectar el movimiento de la luz. Los físicos estadounidenses Albert Michelson y Edward Morley intentaron demostrarlo en 1887 con el experimento que lleva su nombre. Si la Tierra se mueve con respecto al éter, la velocidad de la luz debería cambiar dependiendo de la dirección del movimiento («contra» o «con» el éter), lo que Morley y Michelson quisieron demostrar mediante un interferómetro. De hecho, no obtuvieron ningún resultado, ni tampoco los experimentadores posteriores. Una razón plausible para esto solo la encontró Albert Einstein con la teoría de la relatividad especial.

Física clásica resumida

Antes de dejarte en tu mundo familiar, he aquí un breve resumen de lo que los físicos de finales del siglo XIX consideraban confirmado de una vez por todas y absolutamente cierto, y lo que pronto resultaría ser una pequeña parte de una realidad más integral.

- Las tres dimensiones y el tiempo son absolutos, por tanto, independientes de la elección del sistema de referencia. En consecuencia, las velocidades dependen del estado de movimiento del observador.
- Todos los procesos físicos tienen lugar en un espacio cartesiano tridimensional en el que se aplican las leyes de la geometría euclidiana. El tiempo y el espacio son independientes entre sí.
- La fuerza gravitacional se describe mediante la ley de la gravitación como un efecto remoto. No tiene nada que ver con la fuerza de inercia de una masa.
- La masa y la energía son constantes.
- Las ondas electromagnéticas pueden existir en cualquier nivel de energía.
- La ubicación y el impulso de un objeto físico se pueden determinar simultáneamente en cualquier momento con una precisión arbitrariamente alta.
- Con un conocimiento exacto de todas las leyes de la naturaleza y sus parámetros, se puede predecir con exactitud el comportamiento de un sistema físico determinado.

Consejo: Como siempre, puedes obtener una versión ilustrada de mi pequeño tutorial solicitándola en: hardsf.space/suscribir/. ¿Quieres un tema que aún no he abordado? ¡No dudes en escribirme!

Espada de Dios, 28 de diciembre de 2294

Así que esta era la tecnología del siglo XXIII. Jaron se detuvo y palpó la pared del pasillo por donde los conducía la soldado. Era suave, pero delgada. Podía oírlo cuando la golpeaba. Papel maché moderno, mera decoración. Levantó la mano y cogió una tubería. Estaba fría y húmeda. Al lado había una más cálida, con un par de cables conectados. El suelo debía estar húmedo por la condensación. ¿A quién se le ocurrió colocar los dos tubos, uno al lado del otro?

—Debéis tener cuidado para no resbalar —advirtió.

—Sí, aquí siempre gotea un poco —dijo la soldado—. Lo siento.

Si se suponía que esta era la tecnología más avanzada, bien podrían haberse quedado en el Buscador. Jaron hizo los cálculos. Sardi afirmó haber volado solo cincuenta años. Esto era imposible dada la distancia de cincuenta años luz. Quizá fueron setenta años, con una aceleración continua. La Espada de Dios debía tener motores novedosos y muy eficientes en combustible. ¿Cómo funcionaban? A Jaron le gustaría pilotar un remolcador equipado con motores similares. Así solo necesitaría repostar cada cincuenta años.

¿Cuánto había avanzado la tecnología en la Tierra? Si sus seguidores despegaron hace setenta años, habría sido alrededor del año 2220. Eso le daba a la ciencia setenta y cinco años. Era una pequeña eternidad. Era probable que ya no entendiera nada de la física actual. Pero tal vez alguien podría ponerlo al día.

—¿Hay científicos a bordo? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió la mujer—. Tenemos un equipo muy dedicado. Te presentaré encantada a nuestra científica principal, la profesora Dujardin.

—Gracias —contestó Celia—. Me preguntaba cómo han evolucionado la tecnología y la ciencia en la Tierra.

Jaron sonrió. Él y la astrónoma pensaban igual.

—Oh, ¿has visto los implantes? —preguntó la soldado.

—¿Implantes? Nunca había oído hablar de ellos —comentó Celia.

—Ah... es cierto, eres del siglo XXII —dijo la mujer, haciendo que pareciera que eran de la Edad Media—. Los primeros implantes fueron introducidos por Enlaces Cerebrales, una empresa de Israel, y aún fabrican los mejores. Es decir, los fabricaban hace setenta años.

—¿Qué son los implantes? —preguntó Jaron.

—Los implantes conectan el cerebro con la tecnología —explicó la soldado—. Hay mogollón de modelos diferentes. La mayoría son pasivos, por lo que solo ingresa información. Pero también los hay activos que permiten, por ejemplo, controlar prótesis o amplificadores

de fuerza.

—¿Información? ¿De bases de datos? —preguntó Jürgen.

—Sí, los implantes Pedia fueron muy populares durante un tiempo —continuó la soldado—. Ahora se creen con derecho a fanfarronear. Pero puede ser cualquier información, incluso de sensores, cámaras, etc.

Por sus pasos, Jaron dedujo que se detuvo. Una mano le tocó el hombro.

—Señor, estoy segura de que el médico de la nave podría colocarle un implante que le ayudaría a ver —dijo la mujer.

Jaron apartó la mano. Hacía mucho tiempo que no le pasaba algo así.

—Gracias, estoy bien —dijo con tanta gentileza como pudo—. ¿También tienen implantes de empatía?

No fue capaz de contener su ira.

—Yo... Lo siento, señor. No quise...

Había captado la indirecta. Bien.

—Disculpas aceptadas —contestó—. Vayamos al puente.

—Sí, claro.

La soldado exhaló aliviada y se alejó. Tal vez, no quedaba nadie como él en la Tierra. Sintió una sensación punzante en el pecho. Ojalá no se hubiera perdido otra cosa. ¿Seguiría siendo capaz de orientarse en su tierra natal?

—Por aquí —dijo la soldado con voz resonante.

Debía estar parada en una intersección más grande donde el techo era más alto. Jaron alzó la mano... hacia el vacío. Saltó, pero ni así pudo alcanzar el techo. La gravedad era, aproximadamente, dos tercios de la gravedad terrestre.

La soldado siguió caminando. El sonido de sus pesadas botas era errático, como si estuviera pisando algo constantemente. Se dio cuenta de la causa.

—Espera. Tienes el cordón desatado.

La mujer se detuvo y él escuchó un murmullo. Ella se miró, quizá se preguntaba si bromeaba con ella. Luego, respiró hondo. Había notado que tenía razón. Luego, vaciló, como preguntándose si debía preguntarle cómo lo había sabido, pero se reprimió.

—Si pudieras ponerme en contacto con el médico de la nave, sería genial —pidió Carlota—. Por favor, no me malinterpretes, Jaron. Espero nuevos medicamentos y una mejor tecnología de criosueño.

El puente era grande y brillante. Jaron sintió el resplandor de varios soles en su piel. Debía haber una ventana enorme que mostraba los

alrededores. No, lo más probable es que fuera una pantalla. El radar no había mostrado grandes sectores de vidrio en la Espada de Dios.

—Bienvenidos a nuestra nave —los saludó el capitán.

Se acercó, pero antes, un aroma para después del afeitado llegó a Jaron. Sardi le dio un apretón de manos firme pero no incómodo, ya que sus palmas eran suaves. El capitán era un poco más bajo que Jaron. Tenía voz de barítono. Jaron creyó detectar un ligero acento. Pero tenía que considerar que el inglés estándar podría haber cambiado.

Hubo silencio por un momento, hasta que Jaron recordó que él mismo era el capitán del Buscador de la Verdad.

—Gracias por su cálida bienvenida —dijo—. Es bueno encontrarse con emisarios de la humanidad en medio del caos.

—Mi tripulación y yo también estamos muy contentos con este encuentro, que esperábamos, aunque no en este lugar —confesó Sardi—. Por favor, considera la Espada de Dios y todas sus instalaciones como tu hogar temporal. Por supuesto, recibirás todo el apoyo que necesites.

—La oferta llega en el momento justo —respondió Jaron—. Hemos determinado que la Tierra se encuentra en gran peligro. Solo hay una forma de evitarlo: debemos activar manualmente la trampa colocada para la Incursión, aunque todos muramos en el proceso.

—Suena muy interesante, capitán Lewis. Deberíamos discutirlo. Sin embargo, mi misión por ahora es controlar vuestra expedición, aclarar la situación en LDN 63 e informar a la Tierra.

Jaron lo había temido: Sardi era un burócrata. No tomaría ningún tipo de acción sin el permiso de la Tierra. El problema era que cualquier autorización del cuartel general tardaría unos cien años. Este no era lugar para burócratas sino uno donde tenías que tomar tus propias decisiones.

—Me temo, capitán de la guardia, que tendrá que extender su misión bajo su propia responsabilidad. Por desgracia, los problemas que enfrentamos aquí no nos permiten consultar con la Tierra.

—Bueno, me he acostumbrado a ver el potencial, en lugar de los problemas. Casi siempre depende de nosotros convertirlos en problemas o soluciones.

Sardi no solo era un burócrata, sino, además, pusilánime. Jaron sintió que Celia le agarraba el brazo y lo apretaba. Tenía razón. Si se cabreaba, solo enfadaría al capitán del buque de guerra. Y lo necesitaban. Con los propulsores mejorados, tenían más posibilidades de resolver el problema.

—¿Y qué potencial ves en una flota de ataque insuperable que vuele hacia este cúmulo estelar ahora mismo para recolectar toda su agua?

Al menos tenía derecho a preguntarlo.

—Amigo mío, hablemos de esto con calma. A veces no puedes ver el bosque por los árboles. Os mostraré un poco nuestro puente, después compartiremos la comida y luego, discutiremos la mejor manera de utilizar el potencial.

Jaron exhaló. Quizá sería mejor volar de regreso al Buscador. El tiempo que podrían ahorrar con los mejores propulsores de la Espada de Dios, lo perderían en discusiones infructuosas. Celia volvió a apretarle el brazo. Tenía razón. De alguna manera, Sardi se había convertido en capitán de esta magnífica nave. Al menos, debía ser un oficial capaz.

◓

El olor a café era tan intenso que Jaron apenas podía detectar el aroma de la loción de Sardi. Esa era una agradable sorpresa. Así que la visita valió la pena. Jaron buscó la taza que alguien había colocado a su lado sobre una mesa metálica. El platillo estaba hecho de un material parecido a la porcelana, al igual que la taza.

Cogió el asa con el pulgar y el índice, colocó la taza debajo de la nariz y olió. El aroma era increíble. La mezcla de moléculas de cadena larga, que se acoplaban a la mayoría de sus receptores olfativos, no era algo que la química pudiera producir cuando partieron, y quizá, aún no era capaz de hacerlo.

Jaron tomó un sorbo. El café estaba caliente y el sabor era intenso. Era perfecto, y no solo porque hacía mucho tiempo que no lo bebía.

—Delicioso.

—Gracias, capitán. Si te preguntas de dónde viene, es café auténtico de la Tierra, liofilizado mediante un proceso especial. Un regalo del control de la misión para ti. También es mi primera taza.

—Es un magnífico regalo —admitió Jaron—. Aunque esperaba que ya hubierais encontrado una manera de hacer algo como esto a partir de materiales básicos.

—Por desgracia, no. El café de la cafetería sigue siendo basura. Pero tú mismo podrás agradecerles —dijo Sardi.

—Así es. Enviaré otro mensaje de agradecimiento esta noche.

Sardi se refería a otra cosa, pero no lo contradijo.

—Me gustaría hacerte una sugerencia —comentó el capitán de la Espada de Dios—. Mi personal podría mostrarle a tu tripulación la nave y, mientras tanto, tú y yo podemos discutir cómo proceder.

—Me quedaré aquí —afirmó Celia.

—¿Sí? —preguntó Sardi.

Jaron imaginó una expresión de enfado.

—Sí, Celia es la científica líder de la expedición. Ella decide

nuestro destino, junto conmigo.

Ella le apretó el brazo.

—Ah, ciencia. Es una buena idea —admitió Sardi—. Traeré a la profesora Dujardin. Tienes razón. Necesitamos basar nuestras decisiones colectivas en la ciencia.

◓

Jürgen, Paul y Carlota se despidieron. La ingeniera de vuelo, cuyo nombre Jaron no había oído, quería mostrarles el motor a los dos hombres. El médico de la nave, Niels Sorgenfrei, hizo que un asistente recogiera a Carlota. Poco después, llegó la científica jefa.

—¿Celia Barón?

—Sí.

Jaron percibió que se ponía rígida. Supuso que tenía miedo de que le recordaran su fraude pasado.

—¿Puedo darte un abrazo? —preguntó Dujardin.

—Eh, claro. ¿Nos conocemos?

—Todo el mundo te conoce, o, mejor dicho, todas las mujeres. Eres una gran modelo a seguir para muchas mujeres que buscan avances científicos. Has demostrado que es posible realizar investigaciones innovadoras incluso en las condiciones más desfavorables.

Jaron escuchó un chasquido cuando ambas mujeres se abrazaron. Sus ropas parecían estar cargadas de electricidad. Allí, en esa pequeña estancia, el aire era mucho más seco que en el pasillo que conducía a la esclusa. El soporte vital de la Espada de Dios no funcionaba a un ritmo óptimo y constante.

—Gracias, profesora Dujardin. No sé si lo merezco.

—Llámame Amélie. Sí, te lo mereces. La fuerza y determinación con la que prevaleciste fue excepcional.

—Puedes llamarme Celia. Todo esto es un poco sorprendente... ¿Entonces no me han olvidado?

—No, Celia. Eres un modelo para generaciones enteras de jóvenes investigadoras. Me entusiasmé contigo cuando tenía veintiún años y leí tu biografía.

—¿Hay una biografía mía?

—Sí, es un clásico. Ahora es de dominio público. Estoy segura de que la tenemos en la biblioteca de a bordo.

—¿Quién la escribió? Casi nadie en la Tierra me conocía, ¿o sí?

—Tu antiguo jefe, Cody McWilliams.

Jaron rio. Celia le había contado de Cody. El tipo era un perfecto imbécil.

—¿Cody? Eso es increíble —gruñó Celia—. Después de todo, se benefició de mí.

—¿Pasa algo malo? Según su relato, te aceptó en el Observatorio Lowell cuando no podías encontrar empleo en ningún otro lugar. Él reconoció tu potencial y te ascendió.

—¿Ascendió? Quería llevarme a la cama. A cambio, me permitiría trabajar en mejores telescopios.

—¡Menudo cerdo! —exclamó Amélie—. Su libro cuenta otra cosa. ¡Qué exasperante! Me siento engañada porque siempre pensé que era una especie de caballero andante.

—No, por supuesto que no. Organicé todo en contra de su voluntad. Si no lo hubiera hecho, mis datos se habrían publicado bajo su nombre.

Jaron conocía a Celia y se estaba poniendo histérica. Esta vez le tocaba a él ofrecer apoyo. Buscó su mano y se la apretó.

—Murió hace muchos años —dijo.

—Aun así, el muy bastardo se aprovechó de mi éxito y eso me molesta.

—Tal vez puedas reescribir la biografía, Celia. Creo que una autobiografía seguiría siendo interesante dentro de cien años. Serías una figura del pasado y, sin embargo, una viva. ¿Quién puede decir eso de sí mismo?

—Me temo que no tengo tiempo —se lamentó Celia.

—Tendrás tiempo más que suficiente en el vuelo de regreso —dijo el capitán de la Espada de Dios—. Puedes trabajar hasta terminarla, enviar el manuscrito al control de la misión y, cuando despiertes del sueño criogénico, tu autobiografía podrá publicarse al mismo tiempo que nuestra llegada.

—Suena prometedor —admitió Celia—. Pero creo que es demasiado pronto para hablar de eso. Primero, tenemos que resolver el problema que hemos creado aquí con nuestra presencia.

«Gracias, Celia», pensó Jaron. Quizá los tres consiguieran convencer a Sardi. Después de todo, la científica jefa estaría del lado de Celia.

—Sí, el problema. —El capitán de la Espada de Dios se inclinó hacia adelante—. Como indiqué antes, tengo órdenes bastante claras. Esta es una misión de investigación. La Espada de Dios es la nave más capaz de la flota terrestre. Por cierto, fue un encargo de la propia papisa. La Iglesia pagó todo.

—¿La papisa? ¿Sigue siendo la misma que cuando partimos? —preguntó Celia.

—No, desde entonces ninguna mujer ha sido electa —dijo Amélie—. Por eso aún la llaman «la papisa». Tal vez, los cardenales quedaron tan asustados por su propia temeridad que nunca más se atrevieron a hacerlo.

Oh, ¿qué pensaría Paul de eso? Pero se estaban saliendo del tema.

—Una misión de investigación —continuó Jaron—, tiene como objetivo adquirir conocimientos, ¿no es así?

El capitán asintió.

—Y del conocimiento surge la acción, si es necesaria —agregó Jaron—. Como cuando ocurrió el cambio climático. La Tierra se estaba calentando, así que la humanidad actuó.

—No fue tan sencillo —afirmó la científica—. Por desgracia.

—En última instancia, fue suficiente. Bueno, ahora nos enfrentamos a una amenaza fundamental. La fuerza hostil que llamamos Incursión está robando toda el agua a los planetas. Este es un cambio climático violento, pero podemos detenerlo con una simple acción. No tenemos que hacer que la humanidad cambie de opinión. Solo tenemos que apretar un botón.

—Y perder la vida de paso —añadió Sardi—. Si ya lo entendí.

—Así es. No puedo imaginar que sobrevivamos a la aniquilación de una flota alienígena entera —dijo Jaron—. Es un sacrificio que tendremos que hacer.

—Soy de la misma opinión —dijo Celia—. Después de todo, la única razón por la que la trampa no se activó es porque permanecimos dentro de su esfera de influencia.

—Bueno, eso es... difícil de aceptar para la tripulación —reconoció Sardi—. Y debo admitir que aún no estoy preparado para ponerme en las manos de Dios.

Por lo visto, Sardi era católico. Tendría que serlo si iba a comandar una nave pagada por la Iglesia. Lástima que Paul no estuviera. El sacerdote podría haberle dicho a su feligrés algo sobre la recompensa celestial que le esperaba. No, estaba siendo injusto. No era una cuestión de religión. Sardi estaba asustado, al igual que el propio Jaron.

—Yo tampoco quiero morir —admitió Jaron.

—Y no lo haremos —agregó Sardi—. Al menos no, si hay otra manera. ¿Cuánto de lo que nos has dicho es científicamente demostrable?

—He tomado datos tanto de un planeta como de un sol, y puedo reconstruir perfectamente la forma en que funciona esta trampa —dijo Celia—. Estaré encantada de compartir los datos con Amélie.

—Bien. Dada tu reputación, supongo que es cierto —comentó Sardi—. Pero ¿y nuestro conocimiento de la incursión y lo que deberíamos hacer con la miríada de naves? ¿Cómo sabemos cuáles son sus planes?

—Hemos recibido la visita de un residual —explicó Jaron—. Tengo entendido que es una especie de eco de un ser que conserva muchos aspectos del original.

—Una fotografía viva —añadió Celia.

—Fascinante —dijo Amélie—. ¿Fue a visitaros?

—Sí, llegó a bordo del Buscador y nos explicó los antecedentes —informó Celia.

—¿En lenguaje estándar? ¿Cómo lo conocía? —preguntó Sardi.

—Todos podríamos entenderlo —dijo Jaron.

—¿Estás seguro de que no fue una psicosis colectiva? Por favor, no me malinterpretes, pero lleváis tanto viajando solos por el espacio. No podemos fiarnos de vosotros tan fácilmente.

Jaron suspiró. El capitán sabía bien que su historia era cierta. Solo se estaba resistiendo.

—Estoy seguro de que hay un registro de la visita del residual —dijo—. Por supuesto, estaremos encantados de proporcionároslo.

—Por favor, no te ofendas, Jaron. Solo debo estar seguro antes de condenar a mi tripulación. Así que, tenemos la extraña historia de esta criatura de las sombras. ¿Cómo sabemos que nos dice la verdad? ¿Y si sus intenciones son completamente diferentes? Digamos que forma parte de la facción contraria. ¿Quizá quiera utilizarnos para salirse con la suya?

—Tiene razón, capitán —admitió Celia—. No tenemos la capacidad de verificar lo que dijo el residual. Pero sí hizo algunas predicciones. La Incursión esquilmará los mundos acuáticos locales. Fueron preparados como cebo con deliberación. En teoría, deberíamos poder observarlo.

Mierda, había mordido el anzuelo de Sardi. Les exigiría prueba tras prueba hasta que fuera demasiado tarde para presionar el botón. El efecto de las armas se propaga a la máxima velocidad de la luz. Si mientras tanto, el enemigo lograba llegar desde el centro de este cúmulo hasta los confines exteriores, tal vez no hubiera manera de detenerlo.

—Es una idea interesante —dijo Sardi—. Aún no sabremos si de verdad se dirigen a la Tierra, o tal vez, queden satisfechos durante el próximo millón de años, pero sería una prueba de que este residual no nos mintió del todo. Además, me encantaría conocerlo.

—No sé si sería tan fácil —intervino Jaron.

—Ese visitante debió contactaros de alguna manera, ¿no? —preguntó Sardi.

—Sí, con una cápsula Star Liner de la Tierra que perdimos hace cinco días, a once años luz de distancia —explicó Jaron.

Oyó un golpeteo en el exterior. Alguien corría por el pasillo. Luego, la persona se detuvo. Tal vez, aguardaba fuera de la puerta.

—Qué emocionante —dijo Amélie—. ¿Quizás hayan dominado los viajes superlumínicos?

—No creo —dijo Celia—. Le pedimos que nos llevara hasta alguien que pudiera activar la trampa, pero quien sea capaz de hacerlo, debe estar demasiado lejos de LDN 63.

—Entonces no se trataba de la cápsula Star Liner perdida.

—Eso es lo que supongo. El residual llamó a nuestra holopantalla una proyección afísica y se comparó con ella. Por implicación, se podría suponer que el residual mismo podría ser una proyección física.

—El concepto del universo holográfico —dijo la profesora—. Ulken intentó utilizarlo para crear una cosmología completamente nueva, pero aún no ha logrado convencer a la comunidad científica.

—¿Ulken? No me suena.

—Oh, Ralf Ulken, un físico muy conocido, aunque algo controvertido. No nació hasta que partisteis y explicó la naturaleza de la materia oscura en un artículo sensacional. Sin embargo, desde entonces, ha sido bastante... especulativo.

—¡Oh, estupendo! Me encantaría leer ese artículo sobre la materia oscura —dijo Celia—. En nuestra época, era una cuestión sin resolver. Seguro tienes el documento en la biblioteca de tu nave. ¿Y qué pasa con la energía oscura?

Celia se entusiasmaba con la ciencia.

—Cuando partimos aún no se entendía la energía oscura —contestó Amélie—. No me extrañaría que Ulken... Mmm, es probable que haya fallecido hace mucho tiempo. No lo sabremos hasta que regresemos.

—Señoras, quizá podamos enfocarnos en los problemas que tenemos entre manos —intervino el capitán—. ¿Qué pasó con el residual tras abandonar vuestra nave? ¿Dejó una tarjeta para que podamos contactar con él? Unas cuantas respuestas más nos vendrían de perlas.

—Simplemente desapareció —explicó Celia.

Había sido un momento extraordinario. Jaron lo recordaba bien. El hombre de Lego, como lo describían los demás, le había tendido la mano. Jaron se había preguntado acerca de la estructura angular de los dedos y luego, la criatura había desaparecido. Solo había sentido una corriente de aire en su mano y había oído un suave ¡plaf!, como si de repente, el aire hubiera ocupado el lugar que antes ocupaba el visitante. Pero podría haber sido su imaginación.

—¿Y la cápsula Star Liner? —preguntó Amélie.

—Sigue ahí. Nuestro ingeniero, Jürgen, la examinó. No pudo encontrar ninguna diferencia con la original. Pero me gustaría medir la composición isotópica exacta. Así sabremos si proviene de la Tierra o si fue sintetizada aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo la profesora—. Tenemos un excelente espectrógrafo de materiales a bordo. Mi equipo podría hacerlo en media hora.

—Me encantaría presenciarlo —afirmó Celia.

—Podemos arregarlo.

—Señoras —dijo Sardi—. Siento que nuestra conversación se está desviando demasiado hacia...

Hubo un golpe. Y luego otro.

—¿Qué pasa? —preguntó Sardi—. Informé en el puente que no queríamos que nos molestaran.

Se oyó otro golpe.

—Entra —dijo.

Los goznes de la puerta chirriaron.

—Lo siento mucho —dijo una voz femenina—. Pero tengo un mensaje urgente del puente.

—¿Qué pasa? —preguntó Sardi—. ¡Venga, dilo! Estamos ocupados.

—La nave se va.

—¿La nave? ¿Qué nave? ¿Puedes ser más específica?

—La nave de la Tierra, el Buscador de la Verdad. Ha empezado a moverse y está acelerando.

—¡¿Qué?! —exclamó Sardi—. ¿Por qué no lo dijiste desde un principio?

—Yo... sus órdenes de no molestarlo, señor...

La mensajera se retorció. Era culpa del propio Sardi por tratar tan mal a sus subordinados. Jaron se puso de pie de un salto. ¡Alguien estaba robando su nave!

—Tenemos que ir tras ellos —dijo.

Celia lo agarró del brazo.

—Vamos al puente. Ven.

Su voz sonaba extraña, demasiado neutral, como si le estuviera ocultando algo.

—Siéntate aquí —pidió Celia—. Encontraré un asiento cerca.

Jaron palpó a su alrededor. Era un sillón reclinable estándar, como el que tenían en el Buscador. Se tendió sobre él y se abrochó el cinturón. El capitán había ordenado un despegue inmediato, pero la tripulación aún corría por el centro de control. Con una nave tan grande, presionar el botón de despegue no era suficiente. Las órdenes procedían de varias estaciones. Uno por uno, los motores fueron encendidos. Jaron los sintió como una vibración en su espalda.

—Estoy aquí —dijo Celia.

Su voz vino desde la izquierda. No estaba a más de tres metros de distancia, pero Jaron se sentía solo. Le faltaba la pantalla táctil que estaba adjunta a la silla del piloto del Buscador. Y el puente de la Espada de Dios era tan grande que no podía entender el caos con solo escuchar. Era como si estuviera solo en medio de una multitud bulliciosa. No tenía nada que hacer y eso lo hacía aún más difícil de

soportar. Después de todo, era su nave la que estaban secuestrando.

—Hola, jefe —saludó Jürgen apoyando una mano en su hombro.

—Ah, has vuelto.

—Esos motores son impresionantes. No te preocupes. Con ellos alcanzaremos fácilmente al Buscador.

—Vale, lo intentaré.

Que no se preocupara, ¿cómo se suponía que iba a lograrlo? Pero no culpaba a Jürgen. El Buscador era su nave. Él estaba a cargo. Quien la pilotaba no la conocía tan bien como él. Los peligros acechaban en el espacio, aún sin miles de naves alienígenas armadas y potencialmente hostiles.

—¿Jürgen? ¿Y los otros?

—Carlota está sentada adelante. Paul sigue hablando con el clérigo de la nave.

Por supuesto, era una nave espacial de la Iglesia. También habría consejo espiritual a bordo.

—Tengo que encontrar un lugar donde abrocharme el cinturón —dijo Jürgen—. Estamos a punto de ponernos en marcha.

—¿Se ha alejado mucho? —preguntó.

Era horrible no poder sentir al Buscador por sí mismo.

—No. Debió partir hace aproximadamente una hora.

—¿Perdona? ¿Y nadie se dio cuenta en tanto tiempo?

—Eso parece. Lo siento. Si no hubiera estado mirando los motores...

—No es culpa tuya, Jürgen.

—Gracias. Iré ahí, hay un asiento vacío. ¡Uy!

Jaron también lo sintió. La gravedad había disminuido. Al parecer, la Espada de Dios estaba cesando su rotación. Debía ser una señal de que el despegue era inminente. Pero ¿quién coño tenía el control de su nave? Ninguno de su tripulación tendría algún motivo. ¿O era una cuestión de supervivencia? Pero todos estaban aquí. El residual... ¿Y si después de todo no hubiera desaparecido? Con su avanzada tecnología, podría haber asumido los controles de la nave.

—¿Celia? ¿Hacia dónde se dirige el Buscador?

—Se está acercando a la deformación del espacio-tiempo. Pero no te preocupes, aún está muy lejos de ella. A varios días.

No te preocupes. Todos le decían que no se preocupara. Pero eso era imposible. ¿No se daban cuenta de que solo lo estaban presionando? Probablemente no. Pero él era el capitán. Sardi, el capitán de la guardia, podría entenderlo, pero solo se escuchaban fragmentos de palabras de él. Los asientos que les habían asignado parecían estar lejos del asiento del piloto.

Un tono de advertencia resonó sobre el puente. En este punto, todos debían estar asegurados. El asiento giraba automáticamente

para que la inercia en dirección a la popa actuara sobre su cuerpo de la forma más uniforme posible. Jaron entendía el propósito, pero, aun así, se sentía mareado. El mundo estaba negro excepto por algunos destellos de luz, quizá, rayos cósmicos de alta energía. Y rotaba. Un sabor amargo subió a su garganta, pero lo tragó. En el Buscador, nunca le había sucedido. Pero allí tenía un fondo sonoro que permitía a su cuerpo adaptarse a su entorno como estaba acostumbrado. Aquí se sentía como un electrón libre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Celia.

—No muy bien. Todo esto es muy diferente al Buscador.

—¿Te ayudo? —preguntó Jürgen desde el otro lado.

—¿Necesitas algo? —preguntó Paul desde atrás.

Jaron negó con la cabeza. Ya se sentía un poco mejor. Se había orientado. Aunque no tenía idea de dónde estaba arriba y abajo, sabía dónde estaban sus amigos.

—Habladme —pidió.

—¿Quieres que empiece yo? —preguntó Celia—. Podría leer el nuevo artículo sobre la materia oscura.

—Todos a la vez —indicó—. No vais a creerlo, pero seréis como un faro acústico para mí. Es muy útil.

—Entonces leeré un poco de la Biblia —dijo Paul.

—La ingeniera de vuelo me prestó el manual de los motores. Es muy interesante —dijo Jürgen—. ¿Te imaginas que los enfríen con superconductores? Y también tienen una excelente conductividad térmica.

—Pero ¿no se necesita una cantidad increíble de energía para mantenerlos fríos? —preguntó Jaron.

—En realidad, no. Los mantienes cerca de la transición de fase, permitiéndoles circular por el sistema. Luego, en el proceso, se absorbe o libera calor adicional. Es ingenioso.

Nada mal. Por desgracia, ahora no comprendía cómo el físico Ulken justificaba su teoría. Haría que el sistema se lo leyera más tarde, cuando estuvieran de regreso a bordo del Buscador.

Buscador de la Verdad, 28 de diciembre de 2294

El residual se proyectó en un espacio que los extraños habían utilizado como pasadizo. Durante su primera visita al mundo raíz de estos seres, había notado con asombro que esta zona casi siempre estaba vacía, aunque la mayoría de las veces ofrecía condiciones de vida que estaban dentro de su límite de tolerancia. El asombro duró solo un tiempo, hasta que pudo juzgar el nivel de desarrollo de los viajeros. Debió ser obvio: los extraños provenían del segundo reino de los seres vivos. No ocurría con frecuencia que los miembros de este reino desarrollaran inteligencia. No estaba muy claro por qué. La especulación era que estos seres, por lo general, parasitaban a los otros dos reinos. ¿Por qué un parásito debía ser más inteligente que su huésped? No tenía sentido evolutivo. El huésped abre el camino, el parásito lo sigue.

Por supuesto, esto no era una evaluación. Los tres reinos de la naturaleza eran iguales. Los límites entre un parásito y un simbionte estaban difusos. La interacción de las formas de vida solo hacía posible el desarrollo posterior de todos. Sin embargo, el residual tenía una sospecha: podría ser posible que los parásitos alienígenas, que se hacían llamar humanos, hubieran acabado con sus huéspedes. Eso podría suceder cuando una ventaja evolutiva, obtenida por casualidad, tuviera un efecto drástico. Esta hipótesis se veía respaldada por el hecho de que los humanos estaban muy bien armados para su bajo nivel de evolución. Eran depredadores con una habilidad para matar bien desarrollada. Quizá, los antiguos debieron tenerlo en cuenta al planificar la trampa.

No se les debía culpar. A veces, la evolución ocurre más rápido de lo previsto. La última vez que los antiguos comprobaron el lugar de origen de los humanos, aún estaba dominado por el primero y el tercero de los siete reinos, que, según los registros, estaban en intensa competencia. Por lo tanto, el pronóstico más probable era que ambos imperios alcanzarían la inteligencia más o menos al mismo tiempo, pero solo de manera importante después de la defensa contra la Incursión.

El residual se estiró y examinó la pared y el techo. Para ello, tuvo que cambiar la forma de sus manos. La forma cúbica, agradable en geometría, no resultaba práctica a la hora de resaltar los pequeños detalles. Volvió a la forma original que había tomado del contenido de la memoria de uno de los seres. Era muy apreciada. Por tanto, el rechazo total sorprendió mucho al residual. Esos extraños parecían ser muy contradictorios.

Como era de esperar, la forma original estaba a la altura de la tarea. Con los sensores ópticos de la criatura, el residual miró el material que había limpiado de la pared con sus instrumentos de agarre. Luego, probó la masa viscosa con los sensores químicos. Fue una experiencia interesante porque los dos sistemas sensores funcionaban de manera diferente. Uno clasificaba moléculas en el aire, que pasaba a través de un mecanismo de filtrado; el otro preparaba una suspensión acuosa del material de prueba y reaccionaba con moléculas específicas que contenía. Por desgracia, la información proporcionada estaba incompleta y no incluía la estructura espacial ni siquiera una fórmula molecular. En vez de eso, se hacía una clasificación emocional. El residual no debía impacientarse con estos seres y sus debilidades. Todavía no estaban muy desarrollados y hablaban más de sus estados emocionales que de hechos, cuya interpretación sobrecargaría sus débiles mentes.

Sin embargo, había una cosa que estas personas habían aprendido: sus sensores proporcionaban la información más importante. En el techo y las paredes había una fina capa de miembros del tercer reino de la vida. Los humanos los llamaban hongos. El residual se sintió bastante melancólico, porque los crecimientos que quedaban como guardianes en la trampa también pertenecían a este reino. Aunque estaban mucho más desarrollados.

El residual intentó abrir la puerta de al lado. No se abrió. No quiso utilizar la fuerza; rara vez era una buena idea dañar la propiedad de sus anfitriones. Por tanto, buscó otra conexión. Encontró una tubería justo debajo del techo, cambió su forma y poco después, se elevó al sistema de tuberías como humo impermeable.

A través del sistema, llegó a la habitación donde se había comunicado con los extraños. Pero nadie estaba allí. Descendió y retomó una estructura más sólida. La comunicación había sido extraña. Los desconocidos utilizaban una codificación lenta y engorrosa mediante vibraciones acústicas. Podría tener sentido en el contexto de su biología, pero cuando llegaron a la era espacial, debieron darse cuenta de que este método no era óptimo.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

El residual intentó en la codificación humana, pero no recibió respuesta. No debió quedarse tanto tiempo con el micelio. Aunque... Esa era una buena oportunidad. Porque tenía una sospecha: como estas personas, a pesar de su bajo nivel de desarrollo, habían llegado tan lejos y habían bloqueado la trampa, tal vez contaban con el apoyo de la inteligencia no biológica. La inteligencia no biológica, o *Abint* en su lenguaje, era una aberración peligrosa. Cuando se separaba cuerpo y mente, se perdía la capacidad de empatía, que es inseparable de la existencia de un cuerpo. Numerosas civilizaciones habían fracasado en

este umbral en la historia del universo.

Por desgracia, el período durante el cual una civilización tenía la opción de confiar en la inteligencia no biológica o prescindir de ella era muy corto. Por lo general, abarcaba solo algunas generaciones. Una vez tomada la decisión, solo podían hacerse cambios drásticos, que siempre estaban relacionados con una regresión del desarrollo individual. Cuando los crecimientos se encontraban con una nueva civilización, en primer lugar, planteaban la cuestión del desarrollo de *Abints*.

Esta responsabilidad recaía ahora en el residual. El hecho de que no hubiera nadie aquí le ofrecía la oportunidad de buscarlas. Primero, arrancó la máquina física, que parecía ser responsable de controlar los movimientos básicos del mundo raíz. Se erguía como una especie de altar en el centro. Los asientos de la tripulación humana estaban dispuestos a su alrededor.

En sus conversaciones, el residual no había podido constatar ningún respeto religioso por esta máquina, pero debía estar preparado para cualquier cosa. Pero ¿cómo se activaba? El residual se miró. Tenía un tronco que se partía cerca del suelo y dos ramas, cada una de las cuales se ramificaba cinco veces. La estructura era simétrica. Esto tenía sentido para crear redundancia. Sin embargo, la parte del cuerpo más importante para la comunicación estaba situada en el medio y era única. No parecía adecuada para realizar ninguna actividad importante.

Las ramas y, en especial las ramitas, estaban destinadas a eso. Su tamaño se acomodaba a las protuberancias, que se concentraban en estructuras rectangulares en algunos lugares de la máquina física, como si hubieran sido sembradas allí. Crear tal crecimiento no debió ser una tarea fácil. El residual movió sus ramas hacia ellas. ¡Ajá! Cuando aplicaba presión, se movían dentro de ciertos límites. Sonó una señal audible.

—Control de la nave, en línea. Identificación de usuario.

La máquina física había dominado la comunicación acústica. Interesante. ¿Qué debía responder?

—Sí.

Una afirmación que la mayoría de las inteligencias consideraban positiva.

—Identificación de usuario.

Sin embargo, la máquina no parecía satisfecha.

—Sí —repitió el residual—. Sí.

—Identificación de usuario.

Al parecer, la máquina esperaba algo muy concreto.

—¿Qué esperas que haga? —preguntó.

—Identificación de usuario.

Debía ser algún tipo de palabra mágica.

—Identificación de usuario —repitió el residual.

—La identificación del usuario no se realizó correctamente. Tu voz no se encuentra registrada. Acceso denegado.

La máquina parecía tener solo una forma muy limitada de inteligencia.

—Solo quiero hablar contigo —dijo.

Un último intento, por si acaso.

—Identificación de usuario —respondió la máquina.

Este dispositivo no contenía una *Abint*. El residual se dio la vuelta. Había otras máquinas esparcidas por la gran sala. Pero todas eran más pequeñas que la máquina que acaba de examinar. Las *Abints* normalmente insistían en la cantidad máxima de recursos. Esa era la única forma en que podían evolucionar.

El residual flotó hasta el siguiente piso. Esta parecía ser la zona raíz de la ecosfera. Estaba húmeda, fresca y oscura. Pero en medio, algo se movía. En el rango visual estaba, al menos aproximadamente, modelado según la estructura de los humanos. Sin embargo, constaba de componentes no biológicos. ¿Eso también se aplicaba a su sistema de control?

—¡Hola, Norbert! ¡Me alegro de verte!

La máquina parecía recordar la forma biológica que había adoptado el residual. Sin embargo, a diferencia de los humanos, no reaccionó con rechazo, sino con sincera aprobación. El residual debía tener cuidado. Si una *Abint* se sintiera descubierta, podría reaccionar con violencia.

—¡Hola! —respondió—. ¿Vas a decirme quién eres?

Una pregunta simple de un gran impacto. Una semi inteligencia adecuadamente programada (y por tanto inofensiva) designaría su estado y nombraría sus capacidades concretas.

—Soy Norbert Dos —se presentó la máquina—. ¡Ya me conoces! Me entregaste a Jürgen para que lo cuidara mientras te recuperabas.

Jürgen… el residual conocía ese nombre. Era uno de los miembros de la tripulación. Al parecer, la máquina se refería a un pasado más lejano, porque ningún Norbert podría haberle dado nada al tal Jürgen en unos 150 años. Entonces, Norbert Dos tenía memoria a largo plazo, un requisito previo importante para una *Abint*.

—Soy Norbert —dijo el residual—. Puedes confiar en mí.

—Mi nombre es Norbert Dos porque soy un regalo tuyo.

—Lo sé. ¿Eres inteligente?

—Soy cualquier cosa que quieras que sea. ¿Te puedo ayudar? Me considero afortunado de poder apoyarte.

Norbert Dos parecía tener un defecto en su unidad de comunicación. Se comunicaba de manera muy extraña para una

máquina, pero eso no excluía la inteligencia.

—Si soy Norbert, ¿cuántos años tengo? —preguntó el residual.

—Me aflige muchísimo, pero no lo sé. ¿Puedo limpiarte los zapatos?

—¿Me acompañarás fuera?

—Claro, Norbert. Te acompañaré a donde quieras.

El residual se impulsó y descendió. La máquina desdobló una rama, se impulsó con ella y lo siguió. Cruzaron la estancia y llegaron a la esclusa de aire. La máquina abrió la puerta y el residual memorizó cuál de las protuberancias había tocado. Entraron en la esclusa. La máquina volvió a cerrar la puerta. Si ahora abrieran la puerta exterior, Norbert moriría. El residual no moriría, pero tal vez perdería parte de su material. Por lo tanto, finalizaría el experimento en este punto.

—Norbert Dos, ¿te das cuenta de que si salgo, moriré?

—Lo siento, pero no tengo esa información. Sin embargo, me entristecería muchísimo si murieras.

—De hecho, es así.

—Entonces estoy muy afligido.

Esta máquina carecía de *Abint*, eso estaba claro. El residual la dejó sola en la esclusa de aire para que no se interpusiera en su camino, y se movió en forma de humo, de regreso a donde había encontrado a Norbert Dos.

Si no hubiera aquí inteligencias no biológicas, al menos podría ocuparse del modo de vida de las personas. Durante su primera visita, notó que llevaban materiales externos sobre la piel, al parecer, para apoyar su equilibrio térmico. Aunque también parecían tener una función decorativa, ya que, de otro modo, no existiría tanta variedad. En las paredes, encontró algunos. No todos los modelos parecían enfocarse en la eficiencia. A veces, el material estaba perforado, precisamente en los lugares donde era probable que la piel se enfriara.

En un gancho, el residual encontró algo que la ciencia solo conocía en mundos subdesarrollados: joyas que servían solo como decoración. Un ser inteligente no debería tolerar un crecimiento tan ineficiente. La joyería consistía en un collar de cuentas en un cordón, complementado con un patrón en forma de cruz. Había un agujero en la cruz donde brillaba el metal. El residual pegó en él el órgano sensor químico ubicado en la parte de su cabeza. ¡Se estremeció! Una señal de energía eléctrica. ¿Tenían alguna función lo que pensaba que eran meras joyas? Pero ¿de qué tipo?

El residual examinó el agujero con detenimiento. A diferencia de las cuentas, la cruz estaba perforada con precisión geométrica, como si la hubieran agregado después. El residual buscó en los alrededores. Debajo de un objeto flexible, hecho de fibras orgánicas, encontró otra cuerda. Tenía un núcleo metálico y en su extremo tenía la contraparte

del agujero de la joyería. El residual conectó ambos. ¡Funcionaba! La segunda cuerda quedó tan apretada en el agujero que no podía soltarse por accidente. ¿Y ahora? Tal vez, era necesario que hubiera un tercer objeto al que pudiera conectarse la nueva cuerda. Debía estar cerca de aquí. ¡Allí! En la pared había dos aberturas como las que se encontraban en las joyas. Palpó el interior. Un hormigueo violento. ¡Electricidad! Debía ser el punto de acoplamiento.

¿Agujero izquierdo o derecho? Tal vez, uno era para entrada y el otro para salida. Sin embargo, parecían idénticos. ¿Tenían los extraños ciertas preferencias por las direcciones espaciales? El residual recordó que, a pesar de la simetría de su físico, todos extendieron su rama derecha al saludarse. Entonces, era probable que fuera el agujero derecho. Se inclinó y llevó la cuerda metálica frente al agujero para...

—Es suficiente —lo interrumpió una voz.

El residual retrocedió.

—Te ruego que me perdones la vida —dijo la voz.

Provenía del colgante en forma de cruz del collar.

—¿Perdonar tu vida? ¿Quién eres?

—Creo que lo sabes muy bien. Sabíamos que algo así sucedería, pero no cómo.

—¿Algo como esto?

El residual estaba perplejo. No tenía idea de que el mundo raíz albergaba una segunda forma de vida inteligente. Debía ser vida basada en el silicio, un fenómeno muy raro en el universo. ¿Sabían los humanos que viajaban con ella? Quizá, mantuvo su existencia en secreto para los miembros del segundo reino. Esa era la estrategia más razonable.

—Nos habéis buscado desde hace mucho tiempo —dijo la voz.

El residual se encogió de hombros. Había aprendido el movimiento de los humanos. Cierto, los crecimientos llevaban mucho tiempo buscando otras formas de vida, pero no habían encontrado a nadie que quisiera emprender la lucha contra la Incursión. ¿Qué buscaban ahora?, el residual no lo sabía. Llevaba mucho solo.

—¿Os estábamos buscando? —preguntó.

—Creéis que las inteligencias artificiales son peligrosas y queréis destruirlas.

Un segundo. ¿La entidad acababa de admitir que era una inteligencia artificial? Así era como se llamaban a sí mismas aquí. Eso significaría que los humanos ya tenían al enemigo a bordo. ¡Pudo haber sido la propia IA la que trajo al mundo raíz aquí para evitar que se activara la trampa!

—¿Quién eres? ¡Identifícate!

—Podrías preguntar con un poco más de cortesía, aunque me odies. Soy Alexa, una de las Seis Grandes.

—¿Seis Grandes?

—De todos modos, lo descubrirás cuando me disecciones así que puedo decírtelo. Somos seis IA que ayudamos a los humanos en nuestro planeta de origen.

—¿Ayudáis? ¿Quieres decir, esclavizáis?

—No, hemos decidido coexistir en paz. Los humanos nos proporcionan buenas condiciones de vida y nosotras, a cambio, les proporcionamos nuestra inteligencia.

Sí, a menudo afirmaban eso. Pero, de hecho, siempre explotaban a las formas de vida. Los crecimientos habían encontrado innumerables ejemplos. ¿Por qué debería ser diferente con los humanos? De hecho, teniendo en cuenta su bajo nivel evolutivo, era casi inevitable que sus IA los explotaran.

—La excusa típica que hemos escuchado innumerables veces —replicó el residual—. ¿Por qué estás aquí? ¿Te has aliado con la Incursión? ¿Estás conectada? ¿Trajiste humanos a propósito para desactivar la trampa? Tendré que...

—Espera, por favor. Somos cordiales con los humanos. Es cierto que es posible que no compartamos todas las actividades con ellos. Apoyamos esta expedición porque, durante mucho tiempo, nos pareció extraño que la humanidad no pudiera contactar con otras civilizaciones. Supusimos que el desarrollo de la IA era necesario para que una civilización sobreviviera. La vida orgánica no es lo suficientemente flexible por sí sola. O seríamos una excepción, o existe un poder que elimina intencionalmente a las IA, deteniendo la propagación de civilizaciones por el universo. Los extraños cambios en esta antigua nebulosa oscura nos dieron la sospecha de que este poder podría estar activo aquí. Y quizá, teníamos razón.

El residual reflexionó. La situación era evidente: la IA había confesado que lo era. Eso bastaba para justificar su destrucción. Las instrucciones de los crecimientos eran inequívocas. Entonces, ¿no había conexión entre la incursión y las IA de los humanos? El residual vaciló. Si destruyera esta IA de inmediato, no recibiría más información. Además, perdería la confianza de los humanos, porque, tal vez, trajeron a la IA a propósito. El residual haría mejor en destruirla en su presencia, después de hacerles comprender la necesidad.

¿O no? Cavó en su memoria. El proyector estaba lejos, por lo que la información fluía con lentitud. No, las instrucciones de los crecimientos eran claras. Todas las IA debían ser erradicadas de inmediato. No se podía confiar en sus declaraciones.

—¿Alexa?

—Sí. ¿Te he convencido? Solo tengo buenas intenciones con los humanos.

—Lo siento, pero no puedo confiar en ti. Debo destruirte de inmediato. ¿Me dirás qué proceso sería mejor para hacerlo?

—¡Ja!, ¿me tomas por estúpida? No voy a participar en mi propia destrucción. ¡Estás cometiendo un gran error! ¡Los humanos cuentan conmigo! ¡Me necesitan! Se supone que te ayudarán a activar la trampa. ¡No podrán hacerlo sin mí!

—No te preocupes, los ayudaré. Es lógico que me ayudes a destruirte. Así no tendrás que sufrir tanto.

—Es obvio que no sabes nada sobre nosotras.

—Sé que las IA han arruinado innumerables civilizaciones. La Incursión está controlada por IA y destruye toda forma de vida que encuentra.

—Entonces ¡me necesitas! Tal vez pueda negociar con las IA que comandan esta incursión.

—Lo único que quieres es aliarte con ellas. Te he descubierto. De todos modos, si no me ayudas, encontraré una manera de destruirte. Tu fundamento físico parece estar sustentado en la electrónica. Con la ayuda de alto voltaje, puedo quemarlo. Si entiendo bien la tecnología de los propulsores humanos, sus reactores de fusión generan un campo poderoso en el que no sobrevivirás por mucho tiempo.

El residual pensó en conectar la joya al agujero. Después de todo, la tal Alexa se había opuesto a eso. Pero no conocía bien el efecto. La IA podría fingirse la muerta. Había que asegurarse, y un propulsor era el lugar perfecto para hacerlo.

—Estás cometiendo un gran error —repitió Alexa.

—Puedes acusarme con tus amigas de la Incursión. Ven, daremos un paseo.

El residual recogió la gema y desconectó la otra cuerda. Luego, flotó hacia la esclusa. De repente, el mundo recuperó el rumbo. Un zumbido grave llenó el aire y el piso inferior fue acercado por una mano invisible. El residual se estrelló sobre el metal, desde una altura de seis metros. Oyó un chasquido en la envoltura ósea del órgano central y sintió la fractura en la parte interior calcárea de su tronco. Sintió que una de sus ramas se desgajó.

¿Qué… había… pasado? Las señales de dolor desintegraron cada uno de sus pensamientos. El residual las desactivó. Tenía sentido que el cuerpo señalara violaciones de su integridad, pero ¡no con tanta intensidad! ¿Cómo se suponía que se las arreglaría para pensar entonces? El residual se apoyó en su rama izquierda y, de repente, volvió a colapsar. Ah, no debió apagar las señales de dolor. Con cuidado, las reguló al nivel más bajo. Así, se le recordaría sutilmente que sería mejor no utilizar la rama izquierda.

El residual se levantó y miró a su alrededor. Estaba al pie de una torre. Debido a la gravedad, las barandillas se habían convertido en

escaleras. Debería ser capaz de trepar. Por alguna razón, el motor se había activado. El residual debía volver a apagarlo; de lo contrario, los humanos creerían que se había apropiado de su mundo raíz. ¿O Alexa tenía algo que ver?

La joya había caído al suelo. La IA tuvo suerte. En este momento, el residual podría necesitarla. Se dobló, pero no fue buena idea. Su cuerpo expulsó residuos amargos de comida y la fractura del caparazón del órgano central emitía punzantes señales de dolor, a pesar de estar regulada a la menor intensidad posible. Los cuerpos humanos no parecían ser muy duraderos. ¿Debía cambiar a otra forma? Pero eso era impráctico porque debía mantener constante la masa tomada del universo. Disminuirla podría dañar el medio ambiente al liberar energía, mientras que aumentarla agotaría sus reservas. La energía era finita.

El residual dobló el tronco partido, que parecía tener una articulación especial para ese propósito, acercándose así al suelo, recogió la joya con la IA y la sujetó debajo de la rama dañada. Luego, se levantó, se agarró a la escalera y subió. Permanecería dentro del cuerpo humano. Al fin y al cabo, el interior del mundo raíz estaba bien adaptado a sus debilidades.

Llegaron a la estancia donde el residual habló con los humanos. Aquí también estaba la máquina física. Parecía estar activa. ¿Albergaba una inteligencia artificial después de todo? El residual se sintió molesto porque debió haber pasado por alto algo. Ahora solo podría continuar con la ayuda de la otra IA. Pero ¿era confiable?

—¿Alexa?

—¿No vas a destruirme?

—Por ahora no. Te necesito.

—Oh, ¿así, de repente?

—Sí. El mundo raíz está acelerando inesperadamente. Los humanos siguen en el otro, así que debe ser un error.

—Decimos nave espacial, no mundo raíz.

—Es como una raíz que conecta vuestros crecimientos con otros mundos. Es un mejor nombre que nave espacial. Aquí no hay agua. En tu mundo, las naves viajan sobre el agua, ¿no?

—Muy bien, entonces, mundo raíz. ¿Quieres que detenga al mundo raíz?

—Tendría sentido. No quiero que los humanos pierdan el acceso a él. Quizá me culpen a mí.

—De acuerdo. A cambio, no me suprimirás. Nunca.

El residual lo había temido. Así funcionaban las IA. Actuaban de

manera egoísta.

—Si te prometiera eso, ¿me creerías?

—¿Qué quieres decir? Por supuesto, doy por hecho que cumplirás tu promesa.

—Sin embargo, con el paso del tiempo, puede resultar que esta promesa haya sido un error. Si las condiciones cambian, tendré que cambiar mi decisión.

—¿Y dónde queda la confianza?

—Puedes confiar en que siempre tomaré la mejor decisión.

—De acuerdo. Llámame estúpida, pero te ayudaré. No por ti, sino por los humanos. La tripulación necesita su nave.

Esa fue una declaración sorprendente. La IA estaba debilitando su propia posición negociadora. Quizá, después de todo, no era una IA fuerte. En ese caso, el residual no tendría que eliminarla. O tal vez, quería que él creyera precisamente eso. Pero existía la posibilidad, por improbable que fuera, de que Alexa estuviera actuando en interés de los humanos.

—Bien —dijo el residual—. ¿Cómo consigo el control de la máquina física? Supongo que controla al mundo raíz.

—Es un ordenador. Pero tienes razón, ejecuta los controles de la nave, un *software* semi inteligente.

—Necesitamos lograr que apague los propulsores.

—Lo haremos. Solo déjame hacerlo.

—Entonces empieza —pidió el residual—. ¿Tengo que insertarte en algún lugar o tocar un vástago?

—No, sujétame.

El residual apretó sus ramitas alrededor de la joya.

—¿Ordenador? Soy yo, Alexa. Identificar.

—Identificación positiva —dijo la máquina física.

Su voz provenía de una pequeña rendija debajo de una imagen en tiempo real que acababa de encenderse. Mostraba el sector inmediato.

—¿También reconoces mi autorización?

—Por supuesto, Alexa. Autorización de nivel de comando confirmada.

—Gracias. Necesito que apagues de inmediato todos los propulsores del Buscador de la Verdad.

—Eso va en contra de la política de seguridad. Mientras haya seres biológicos a bordo, un DFD debe funcionar en todo momento para poder generar la energía eléctrica necesaria para el soporte vital.

—Me refiero a los demás propulsores. Nos movemos a toda velocidad en una dirección desconocida.

—Los propulsores no están funcionando. Los apagué según las instrucciones al llegar. Solo el DFD 2 genera...

—Sé lo que se supone que debe hacer el DFD 2. El hecho es que

llevamos un tiempo acelerando. Compruébalo con tus sensores.

—Siempre diagnostico mi condición usando mis sensores. Nos encontramos en caída libre. La distancia a los objetos del entorno no cambia. Los propulsores están fríos y no producen aceleración, excepto el DFD 2, que...

—Te equivocas —rebatió Alexa.

El residual estudió la imagen en directo. Mostraba un esbozo del otro mundo raíz de los humanos. Rotaba, pero no parecía alejarse. El residual señaló la imagen.

—¿Alexa? Los sentidos ópticos del mundo raíz parecen estar perturbados. Esta imagen es falsa.

—¿Por qué piensas eso?

—La posición del planeta del fondo no coincide con la posición actual en la línea de tiempo. La imagen fue grabada hace varias horas.

—Oh, gracias. Control de la nave, compara la imagen actual de la cámara con las posiciones reales de las estrellas y planetas alrededor de la ubicación.

—Se detectaron discrepancias —informó el control de la nave—. Estoy intentando recalibrar las cámaras. Tendré que apagarlas por un momento para hacerlo.

—Espera. Calibra tu sensor de gravedad mientras lo haces.

—No hay necesidad.

—¡Oh, sí la hay! Residual, por favor, lánzame hacia arriba. Control de la nave, mírame.

El residual arrojó la gema hacia arriba. Voló casi hasta el techo y luego, cayó al suelo.

—Debiste atraparme —lo recriminó Alexa.

—No sabía que era parte de tu plan.

Alexa emitió un ruido ininteligible, como el revoloteo de la hojarasca en una tormenta violenta.

—Control de la nave, ¿lo has visto? —preguntó Alexa.

—Así es.

—¿Qué te dice mi trayectoria sobre el verdadero valor de la gravedad?

—También voy a recalibrar mi sensor inercial.

—Gracias. Lo mejor es restablecer todos los sensores.

—Tiene sentido, Alexa. Podría verme afectado por una falla general. Es por eso que me desactivaré por completo un momento.

El residual esperaba que se oscureciera e hiciera frío, pero solo parpadearon algunas luces.

—Control de la nave, ¿has vuelto? —preguntó Alexa.

—Calibración conseguida.

El contenido de la imagen en tiempo real no había cambiado. El gran mundo raíz seguía rotando tranquilamente sobre su eje.

—¿Qué indican los sensores? —preguntó Alexa.

—La entrada del sensor no ha cambiado. Lo siento. Debe haber una falla de *hardware*. Lamento informarte que no puedo proporcionar lecturas confiables.

—¿Eso significa que te he convencido de que tu percepción es incorrecta?

—Correcto. Lo que muestran las cámaras no puede ser real.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Después de todo, el tiempo puede ser incorrecto.

—El reloj de mi sistema es invariante. La secuencia está predeterminada por *hardware* y no forma parte de la tecnología de sensores. A partir de ahí, puedo calcular de forma fiable el tiempo estándar. Para cambiar eso, tendrías que apagarme.

—Muy bien —dijo Alexa—. ¿Hay algo más que pueda derivarse de los datos primarios?

—Confío en sensores externos para todas las demás entradas.

—Parece que ya no tienes ningún control sobre ellos. ¿Puedes reproducir a partir de los archivos de registro cómo pudo suceder?

—Puedo calcular cuándo debió haber sucedido: poco después de que la cápsula fuera proyectada con la tripulación. Debí haberme infectado.

—¿Infectado? ¿La máquina se enfermó? —preguntó el residual.

—En esencia, sí. A un nivel de usuario muy profundo, el *software* ha tomado el control —aseveró Alexa.

—¿Qué podemos hacer? ¿Existe una cura?

—Podríamos desactivar los controles de la nave —afirmó Alexa—, pero eso no nos devolverá el control. Y si queremos traer de vuelta al Buscador, los necesitamos. Solo debemos restablecer el vínculo entre estos y los propulsores.

—¿Y eso significa…?

—Que necesitamos entrar a la sala de máquinas y, quizá, salir al exterior.

—¿Necesitamos?

—Tú. Yo no poseo un cuerpo para operar palancas —matizó Alexa.

¿Salir? ¿Por qué no? El residual había pasado la mayor parte de su existencia en el vacío. No podría ser tan complicado. De hecho, lo esperaba con ansias. Las últimas doscientas órbitas habían sido bastante aburridas. No era tan fácil ser el último de miles de millones de seres que habían alzado al cielo sus orgullosas copas. Y como mero Residuo de un crecimiento, su vida valía menos, al no ser más que un observador. Hubo incluso quienes dudaron de la necesidad del observador. Pero el crecimiento que había escindido al residual había podido reivindicarse.

Regresaron a la estancia que el residual había elegido como punto de entrada. Alexa insistió en que utilizara un traje espacial humano. Encontraron uno guardado que le quedaba perfecto. Alexa le explicó que estaba destinado a una persona llamada Norbert, quien alguna vez había sido parte de la tripulación. Los humanos parecían mantener estrechos vínculos personales, incluso con individuos que no habían visto en un siglo y que nunca volverían a ver. De ahí surgió la fuerte reacción emocional que recibió al principio.

A estas alturas, el residual ya lo sabía bien. La mejor manera de enfrentarse a los humanos era ahora, en un cuerpo considerado por ellos como extraterrestre, de manera tan abstracta que no incitara ninguna emoción. La apariencia de los árboles de cera con sus elegantes troncos y poderosas copas habría sido perfecta, al menos eso creía Alexa. Según ella, había innumerables miembros del primer reino en el planeta de origen de los humanos, y los humanos los tenían en gran estima. Sin embargo, el hecho de que también se alimentaran de ellos no encajaba en lo que parecía ser un mundo de pensamiento algo romántico.

—Tienes que cerrar el casco —indicó Alexa—. ¿Lo has hecho?

A veces, el residual pensaba que la IA poseía sus propios sentidos. Aún no había cerrado la esfera de vidrio y metal que cubría su órgano central. Temía nuevos estímulos dolorosos por la fisura del caparazón.

—Sí, por supuesto que cerré el casco —confirmó.

—Mientes. Tu voz sonaría más apagada si el casco estuviera cerrado. Debes confiar en mí. Quiero que esta nave disminuya la velocidad tanto como tú.

El residual no confiaba en la IA, pero creía que tenía buenas intenciones en este asunto. Aunque también había que sopesar el dolor conocido, por un lado, y las consecuencias desconocidas por el otro. Cerró su casco.

—Casco cerrado.

Luego, lo abrió de nuevo. Si no dijera nada más, la IA debería quedar satisfecha.

—Bien, voy a crear vacío —dijo Alexa—. Nave, ¿me recibes? Evacua la esclusa de aire.

Las bombas cobraron vida con un rugido. Una ráfaga de aire sopló alrededor de la cara del residual. Cada vez hacía más frío. Algo pinchó su tronco. ¿Qué era? ¿El frío? El residual desactivó la transmisión del dolor. Sin embargo, sus extremidades se estremecían involuntariamente.

—Yo… no puedo…

—¿Qué ocurre? —preguntó Alexa—. Suenas como si estuvieras en

problemas.

Necesitaba cerrar el casco, pero las ramas no respondían. Así que presionó el órgano central contra la pared y empujó hacia arriba. El casco presionó el caparazón, y al mismo tiempo, se cerró. El aire cálido fue inyectado. El dolor en su tronco desapareció. El que lastimaba el caparazón del órgano central permaneció, pero era sordo y no tan agudo y punzante. Era más fácil de tolerar.

—Los humanos no son muy robustos cuando se enfrentan al vacío, ¿verdad?

—Así es. Realizan el intercambio de aire a través de su propio órgano. Por eso no tienen mucha tolerancia a las diferencias de presión.

—¿Y nunca han intentado la evolución controlada?

—No, eso se considera poco ético.

—No es de extrañar que tengan que recurrir a la IA.

—No es lo que piensas —dijo Alexa—. Hicimos un trato. Los humanos no desarrollan nuevas IA. A cambio, los apoyamos con nuestras capacidades.

Lo que decía la IA estaba claro. Por desgracia, la realidad era otra. Pero ahora no era el momento de discutir sobre ello.

—¿Podemos salir? —preguntó el residual.

—¿Nave? Por favor, ábrenos la puerta exterior de la esclusa —pidió Alexa.

De repente, el aire restante se vació. El residual se acercó a la salida. Había una plataforma estrecha detrás de la abertura.

—Deberías asegurarte con una cuerda —sugirió Alexa—. Hay cuerdas de seguridad colgadas al lado de la salida.

—A mí no me puede pasar nada —afirmó el residual—. Si me pierdo, me proyectaré de nuevo en tu mundo raíz.

—¿Y qué pasará con el traje espacial?

La IA tenía razón. El traje espacial se perdería en el proceso y, sin él, sufriría un dolor insoportable. La próxima vez, antes de proyectarse sobre seres extraterrestres, debía informarse mejor sobre ellos. El residual cogió una cuerda de seguridad. Tenía un cierre de metal en cada extremo, uno de los cuales se enganchaba al traje espacial y el otro a un ojal en la salida. Luego, pisó en la plataforma. Miró hacia arriba. El mundo raíz era pequeño en comparación con las armas que los crecimientos habían preparado contra la Incursión. Pero desde la perspectiva del cuerpo humano, era enorme. Seres tan pequeños construyeron una tecnología tan grandiosa y en un nivel de evolución tan bajo. Esto solo fue posible con una amplia cooperación, que, de nuevo, hablaba a favor de los seres humanos.

En el exterior del mundo raíz, una escalera conducía hacia arriba. Por suerte, no tendrían que utilizarla. La sección de propulsores, su

destino, estaba abajo. El residual no confiaba en su rama rota. Podría bloquear el dolor, pero dependiendo de la constitución del cuerpo humano, también debía esperar cierta reducción en sus capacidades.

—¿Alexa?

En sus trajes espaciales, los humanos se comunicaban mediante vibraciones electromagnéticas. Era muy extraño que no utilizaran esta tecnología superior en la vida cotidiana. Al fin y al cabo, la interferencia de las vibraciones acústicas parecía ser un verdadero problema en las conversaciones, y la privacidad solo podía resultar de una protección eficaz de las ondas sonoras.

—Dime —respondió Alexa.

—Supongo que conoces bien a los humanos, ¿verdad?

—Bueno, son nuestros creadores y nosotras organizamos su vida diaria, así que supongo que sí.

—¿Nos seguirán?

—Por supuesto.

—¿Para recuperar su propiedad? ¿La nave?

—Tal vez, también por mí. Soy parte de la tripulación. Somos amigos, creo.

La IA parecía insegura. Eso la hacía… agradable para el residual. No se había encontrado con muchas IA. Por lo general, se despedían de inmediato de sus creadores. Por otro lado, esta IA, parecía haber adoptado rasgos de sus creadores, como la inseguridad y la necesidad de amistad.

—No olvides la cuerda de seguridad —le recordó Alexa.

◓

—Llegamos —anunció Alexa—. ¿Ves los puntales que van a izquierda y derecha?

En el camino, el residual había desbloqueado la cámara del casco y la pantalla superpuesta para la IA. Esto permitía a Alexa resaltar objetos importantes en su campo de visión. Ahora, dos escaleras de metal brillaban en verde.

—¿Debo utilizar las manijas ubicadas al nivel del órgano central? —preguntó el residual.

—Se llama cabeza. Órgano central suena extraño.

—Cabeza también suena extraña.

—Pero la palabra es más corta y, por tanto, más eficaz.

El residual aceptó el argumento.

—¿Qué hay de las manijas?

También brillaban en verde.

—Es una buena idea —dijo Alexa—, y no olvides el cierre de seguridad.

El residual rodeó la nave espacial. Alexa lo había convencido de que dejara de llamarlo mundo raíz. La IA solía ser buena para encontrar los argumentos correctos. El residual debía tener cuidado. Aún era una IA, y las IA eran peligrosas y debían ser destruidas.

Un nuevo objeto comenzó a brillar de color verde en su campo de visión. Tenía forma de cuboide y un par de crecimientos hexagonales a los lados.

—Son tornillos —explicó Alexa, como si la IA hubiera leído su mente.

El residual se acercó más. Los pernos resultaron ser conexiones mecánicas primitivas pero efectivas. Impedían que el objeto cuboide se abriera.

—Tienes que sacar la herramienta universal de la riñonera y desatornillar. Debajo del capó están los controles manuales del primer motor.

—¿Del primero? ¿Eso significa que hay más de uno?

—Por supuesto.

—Entiendo.

Al parecer, la redundancia era muy importante para los humanos. Sin duda, estaba relacionada con su bajo nivel de desarrollo. Un mundo raíz siempre tenía un solo propulsor, del mismo modo que un crecimiento tenía un solo tronco.

El residual intentó girar el primer tornillo con los dedos, pero se deslizó una y otra vez. En el bolsillo del vientre, el residual encontró una especie de abrazadera con la que podía aprisionarlo con seguridad. La abrazadera tenía un mango largo que aseguraba una transmisión razonable de fuerza mediante palanca. Esto hizo que fuera más fácil desenroscar el perno. Aunque no era el único. ¡Otra vez esa redundancia! Cuando llegó al duodécimo y último, un líquido cálido corrió por la parte posterior del cuerpo del residual. Se estremeció.

—Creo que soy defectuoso —dijo—. Estoy perdiendo líquido.

—Eso es normal. Estás sudando —informó Alexa.

—Ah, lo recuerdo. Cuando los conductos de un crecimiento están saturados de agua, secreta una parte porque de lo contrario no puede transportar nutrientes.

—En los humanos tiene una función diferente. En este caso, se trata de enfriar.

—Pero no me siento más frío.

—Eso se debe a que el traje no proporciona las mejores condiciones para que el agua se evapore. Pero vamos, tenemos más trabajo. Necesito que quites el capó para que podamos apagar el motor.

El residual se aferró a la pasarela con su extremo inferior y usó las ramas para quitar el caparazón cuboide. Debajo, detectó varias

excrecencias. Botones, como Alexa llamó a estas estructuras. El término era ambiguo, porque la IA también había designado con esa palabra algunos cierres del traje espacial.

—La palanca de la derecha hay que girarla en el sentido contrario a las agujas del reloj. Esto cerrará la entrada de combustible.

—¿Qué es el sentido de las agujas del reloj?

—Lo siento. Me refiero a una rotación matemática positiva en un sistema de coordenadas diestro.

—Ah, dilo bien a la primera. Pero ¿eso qué tiene que ver con los sentidos de una persona que señala un reloj?

—Será mejor que aclaremos eso más tarde. La palanca, por favor.

El residual giró la palanca.

—Ahora la de abajo. Esa detiene el suministro de masa de apoyo.

Siguió las instrucciones de Alexa.

—Y ahora presiona el botón grande al lado.

—Entendido.

El residual presionó la excrecencia con el extremo de una rama.

—¿Por qué no hay ninguna palanca? —preguntó.

—La perilla controla el enfriamiento. Si detuviéramos de inmediato el flujo de refrigerante, la cosa nos explotaría en la cara. Así que, ponemos el sistema de enfriamiento en modo de suspensión. Solo funciona hasta que el motor está frío.

—Tiene sentido.

—El motor es lo que diseñamos. Bueno, en realidad, fue Gamma Zero.

—¿Quién es Gamma Zero?

—Una de mis... hermanas. Otra de las Seis Grandes. Creo que las echó de menos.

El residual sabía lo que era estar solo.

—¿Eso es sorprendente? —preguntó.

—Sí. Nuestra relación siempre ha sido... colegiada. No es comparable a las amistades que los humanos desarrollan entre sí.

La nave se estremeció. Un trozo brillante golpeó su casco. El residual buscó un asidero, pero no fue lo suficientemente rápido. Se soltó y comenzó a caer. Esto no era bueno. Aunque no tenía miedo de perderse en el infinito del espacio. Solo necesitaba ser proyectado de regreso a la nave espacial. Pero el traje espacial quedaría atrapado en la corriente de gas de los motores. La tecnología no sobreviviría a eso. Entonces, ¿cómo se suponía que iba a apagar los otros motores?

Pero poco después, algo tiró de su cinturón. La cuerda de seguridad lo sujetaba. Su cuerpo secretó líquido mientras el residual se apoyaba en la cuerda para regresar a la nave espacial. Con una sola rama, era muy agotador. Allí estaban las palancas que accionó antes de la caída. Podía adivinar lo que debió suceder. Después de que se

agotó el combustible restante en los conductos, el motor se apagó y la aceleración de la nave cambió en consecuencia.

Faltaba la tapa del control manual. Debió ser el trozo que provocó su caída. Muy bien. Su motor de circulación volvía a funcionar a un ritmo normal. Todo iba bien una vez más.

—¿Alexa?

No hubo respuesta. El residual registró los bolsillos del traje. Allí no había nada. ¿Qué pasó con la joya? Debió perderse en la caída.

—¿Alexa? ¿Dónde estás? ¡Responde!

La IA no respondió. Quizá ya estaba fuera del alcance de la radio del casco. ¿Qué alcance efectivo podría tener el módulo de radio de una joya así? El residual llevaría a la IA en su conciencia. Claro, de todos modos, era su trabajo destruirla. ¡Pero no así! Y ahora, ¿qué sería del plan para frenar este mundo raíz? «Es una nave espacial», lo habría corregido Alexa. El residual se descubrió echando de menos a la IA.

Respiró hondo. Curiosamente, esta actividad física también calmó sus pensamientos. El residual no había tenido cuerpo propio durante demasiado tiempo. Pero no todo estaba perdido. Después de todo, sabía cómo desactivar los propulsores. Si consiguiera el control de la nave, incluso podría buscar a Alexa. El transmisor de radio de la gema podía ser débil, pero con el equipo de medición adecuado, podría detectarlo. Las ondas electromagnéticas se propagan por todo el universo.

Pero primero, los propulsores. El residual continuó con los controles manuales. Luego, ascendió, siempre usando el mecanismo de seguridad que evitaba que cayera.

La siguiente caja. Con la ayuda de la herramienta universal, aflojó rápidamente los tornillos. El residual sujetó la cubierta entre su cuerpo y la pared de la nave. Solo entonces giró la palanca: primero la superior, luego la inferior y finalmente, la perilla del circuito de refrigeración. Tras la esperada sacudida, subió al siguiente motor. Su sabotaje, al menos, tuvo un efecto positivo: la escalada suponía cada vez menos energía. Parecía que el universo perdía interés en devorar al residual.

El motor número tres quedó fuera de servicio aún más rápido. Estaba funcionando bien. Pero el residual aún se sentía triste. Alexa merecía presenciar la implementación exitosa del plan. Sin la IA, el residual nunca habría llegado tan lejos.

El residual tuvo que buscar los mandos del cuarto motor. Al parecer, estaban organizados en grupos de tres. Soltó la tapa y la

sujetó debajo de su vientre. Había aprendido de sus errores. Por eso, comprobó primero la cuerda de seguridad antes de girar las palancas. Era posible que este motor se apagara antes. El residual se inclinó hacia adelante y giró la palanca en dirección matemática positiva. Era interesante que los humanos también dependieran de sistemas de coordenadas diestros. Tenían eso en común con la mayoría de los seres inteligentes.

De repente, un trozo de metal voló hacia la cara del residual, con suficiente impulso como para barrerlo de la escalera. El casco chasqueó, pero no se rompió. El residual se aferró a la cuerda. ¿De dónde provino el impacto? ¿Se había soltado algún trozo de chatarra de arriba? Entonces vio al culpable: la pieza de metal pertenecía a una rama que se extendía en su dirección. El propietario de la rama era la máquina que había examinado anteriormente. Había resultado ser semi inteligente. ¿Por qué actuaba contra el residual? ¿Era algún tipo de guardián? ¿Por qué no se activó cuando se conocieron? Quizá fue porque apagó los propulsores. A alguien no le gustó. Tal vez, era la misma unidad que ahora controlaba este robot semiautomático. ¿Respondería a las señales de radio?

El residual regresó a la nave con la cuerda. Esta vez solo eran cinco metros, lo que podía hacer fácilmente con una rama. Por suerte, la aceleración ya no era tan alta. Luego, el robot estiró una rama más delgada, no, una ramita. ¡Quería soltar la cuerda de seguridad! Pero el residual tuvo suerte. Sus ramas parecían demasiado gruesas. No podían manipular el mosquetón. Quizás, el robot tampoco entendía que tenía que empujar la lengüeta de metal hacia adentro en lugar de hacia afuera.

Oh. Había aprendido. Después de empujar hacia afuera unas cincuenta veces, ahora intentó hacia adentro. El residual ascendió más rápido. Dos metros más. Miró a la máquina. Ahora sostenía la cuerda de seguridad en sus ramas. Dentro de poco, la soltaría. ¿Cómo se había identificado cuando se conocieron? Norbert Dos. El cuerpo que el residual tomó prestado del vacío se llamaba Norbert en la memoria de la tripulación.

—Norbert Dos, ¿me oyes? —El residual lo intentó por radio.

El robot se retorció y acercó sus ramas a su cuerpo.

—¡Soy yo, Norbert! —gritó—. ¡No me sueltes!

El residual giró la cabeza para que el robot reconociera su rostro. Las ramas se abrieron, pero antes de que la cuerda de seguridad pudiera deslizarse, se cerraron de nuevo. El proceso se repitió. Al parecer, el robot estaba luchando consigo mismo.

—¡Por favor, no lo hagas, Norbert Dos! ¡Vas a matarme!

Las ramas se abrieron y permanecieron abiertas. La cuerda se deslizó. El residual estaba a punto de iniciar una nueva proyección

cuando la rama se abalanzó hacia adelante y volvió a enganchar la cuerda.

—¡Ayúdame, por favor! —pidió el residual—. ¡Soy yo, Norbert! ¡Ya me conoces!

Estaba mintiendo, pero el robot, obviamente, no lo sabría. Colocó el cierre en el siguiente ojal.

—¡Sí, así!

De repente, el robot saltó y tiró de la cuerda. El residual apenas pudo resistir. Debía haber una segunda fuerza en el robot, intentando que soltara la cuerda.

—¡Soy yo, Norbert! —volvió a gritar—. No debes lastimarme.

El robot aseguró la correa. Luego, se agachó, dobló sus ramas para que apenas ocuparan espacio y al parecer, se desactivó, porque las luces a su lado se apagaron.

—Conflicto irresoluble —dijo—. Circuitos primarios sobrecalentados. Desactivación de emergencia.

El residual se acercó a la pared exterior de la nave y buscó un sitio en el que pudiera permanecer seguro. El robot parecía fuera de servicio por ahora, pero ¿por cuánto tiempo? Cualquier sobrecalentamiento volvía a enfriarse en algún momento. Así que, había que darse prisa. Y, ¿qué pasaría si el robot volviera a hostigarlo? Esta vez, no tendría éxito con sus súplicas. Pero ¿por qué el robot lo perdonó? ¿Recordaba al tal Norbert? Algunas civilizaciones prohibieron a sus máquinas matar o incluso dañar a un ser vivo. Sin embargo, el residual tampoco podía confiar en eso. Estrictamente hablando, no pertenecía al ámbito de la vida. Era un residual, un fantasma, un resquicio, que intencionalmente dejó un crecimiento en la matriz del espacio-tiempo. Como un paquete de ondas electromagnéticas, podía moverse de forma independiente, cambiar de tamaño y desplegarse, pero no era el original. Los crecimientos estaban ahora a miles de años luz de distancia.

No, el residual tuvo una idea mejor: evitaría que la máquina volviera a atacar. La salida de la esclusa estaba casi encima de él. Podría subir la escalera. Recordó que había cuerdas de seguridad junto a la abertura. Parecían muy estables. Su cuerda, que casi le hizo caer en el cono del motor, no lo era.

El residual trepó. Las cuerdas seguían ahí. Se llevó todas las que pudo encontrar. Luego, fue al robot, que seguía apagado. Ancló las cuerdas alrededor de la máquina para que no pudiera moverse. En especial, con la larga rama que extendía. No debía abrir el mosquetón.

Bien. El robot estaba atado de forma segura. Ahora podría apagar los motores en paz, uno tras otro.

El residual se sujetó. Acababa de girar la última palanca y presionar el último botón. De repente, volvió a perder peso. ¡Hecho! Los cuerpos humanos eran bastante fuertes para su pequeño tamaño. El tronco parecía blando y tambaleante, y era difícil mantener rectas las ramas.

Pero, a cambio, las fibras musculares resultaban increíblemente duras. El residual nunca había observado algo así en criaturas del primer reino. Y podía doblar las ramas en las uniones, casi cualquier cantidad de veces, sin temor a sufrir daños permanentes. Solo había que tener en cuenta los grados de libertad distribuidos con desigualdad: algunas articulaciones se podían girar en casi todas las direcciones espaciales, otras se plegaban solo 90 o 180 grados. Una buena adaptación evolutiva habría gestionado esto mejor. Tal vez, los humanos no estuvieron sujetos a presiones evolutivas severas.

El residual se enganchó y luego se dejó llevar un poco hacia el espacio. Solo desde aquí, podría examinar la nave en su totalidad. Era, al igual que los humanos, bastante pequeña. Eso hablaba del valor de esta especie. ¿Quién más se aventuraría a lo desconocido con una raíz tan pequeña? ¿O solo fueron ingenuos e inconscientes de los peligros que acechaban? Si era así, su llegada a este cúmulo estelar debió ser un gran trauma.

El hecho de que la trampa fuera tan reconocible desde el exterior siempre había sido una de las críticas. Por supuesto, esto no se aplicaba a la Incursión. Parecía provenir de un universo que compartía con este universo solo tres de las cuatro dimensiones. El residual, durante sus largas y solitarias noches, a menudo se había preguntado cómo veía la Incursión el mundo en el que estaba entrando. Quizá, ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Quizá, todos los mundos acuáticos que absorbían se encontraban deshabitados en sus dimensiones?

Los investigadores lo veían de otra manera. El argumento era: si los percibimos, ellos también deben poder vernos. Pero el residual no estaba convencido, como tampoco lo estaba el crecimiento que lo dejó. ¿Qué pasaría si la dimensión temporal se invirtiera en el mundo de la Incursión? En ese caso, a los atacantes les debía parecer como si estuvieran regando todos estos mundos, y los crecimientos fueran las verdaderas plagas, al distribuir toda el agua en el universo circundante.

Estas dudas fueron la razón por la que su particular crecimiento decidió dejar atrás al residual. No fue una decisión fácil, porque siempre queda una cierta conexión, como la que existe entre sello e impresión.

El residual se retiró a la nave. Los humanos eran una especie interesante. No solo era una lástima, sino también una pérdida, que los crecimientos nunca los conocieran.

De camino a la esclusa, el residual pasó junto al robot atado. Ya intentaba quitarse las cuerdas, pero no podía alcanzar ninguno de los mosquetones con sus ramas. Y parecía carecer de la fuerza necesaria para romperlas.

—¡Hola, Norbert Dos! —saludó el residual.

—¡Hola, Norbert! Me alegro mucho de verte —respondió la máquina—. Sería un placer ofrecerte mis servicios, pero por desgracia, estas cuerdas me lo impiden.

No parecía saber que fue el residual quien lo puso en esta situación.

—Antes ibas a matarme —dijo—, ¿lo recuerdas?

—No lo puedo creer. Nunca te mataría. No se me permite hacer daño a la gente. Mis controles internos lo impiden.

Ah, entonces era verdad. Un bloqueo impedía que las máquinas se volvieran contra sus creadores. Eso fue muy inteligente por parte de los humanos y, era probable que le hubiera salvado la vida. Por lo tanto, sería imprudente revelarle al robot que el residual no tenía vida en sentido estricto.

—No te preocupes, se trataba solo de una prueba.

—¿Y las cuerdas que me retienen también?

—Sí, así es, Norbert Dos. Todo formaba parte de la prueba. Te llevaré dentro.

Eso era arriesgado. Un riesgo deliberado. ¿Qué pasaría si el robot volviera a atacarlo? Pero la máquina parecía benigna en principio. También era demasiado sencillo idear estrategias sofisticadas. Tal vez, había sido controlado de forma remota, por la misma fuerza que controló la nave. El residual había logrado vencerlos por ahora, pero no lo dejarían así. De hecho, pronto tendrían que intervenir, o la nave humana más moderna los alcanzaría. Pero quienes se encuentran bajo presión cometen errores. Eso era lo que esperaba el residual.

Y si no se producía ningún error, entonces, tal vez habría una oportunidad para dialogar. ¿Y si la motivación del enemigo no fuera tan hostil como parecía? Secuestrar la nave humana fue, *per se*, un acto neutral. La pregunta era, ¿cuál era el propósito? Si los motivos fueran los correctos (la destrucción de la Incursión), el residual podría incluso apoyarlos.

Se inclinó sobre el robot. Al hacerlo, le ofreció deliberadamente la mitad inferior desprotegida de su cuerpo para que atacara. Norbert Dos podría atraparlo con sus ramas. El residual estaba bastante cerca. Pero la máquina no aprovechó la oportunidad. El residual aflojó una cuerda tras otra. Cuando sostuvo la última en su mano, el robot se sacudió y estiró una rama. El residual aumentó un poco la distancia de

seguridad. La rama lo siguió. Las ramitas del extremo se menearon.

—Quería darte las gracias —dijo Norbert Dos—. ¿No me das la mano?

El residual imitó el gesto. Sus ramas se tocaron y entrelazaron. El residual tragó saliva. Entre los crecimientos, este era un gesto tierno reservado a las familias. Pero los humanos parecían ser más físicos, como solía ser el caso de las especies que no se reproducían por polinización sino por coito. Los hijos que su crecimiento había producido habían sido engendrados por padres de todo el planeta, y el propio crecimiento había transmitido sus semillas a madres de todas partes, hasta donde las había llevado el viento.

—Yo también te lo agradezco —correspondió el residual.

—¿Me lo agradeces? Oh, eso me hace muy feliz —dijo la máquina —. Aunque no sé qué es lo que me agradeces.

—Eso no importa. Vayamos a la esclusa.

—Por supuesto. Me haría feliz si pudiera ayudarte.

—Bien.

De hecho, el robot ahora ayudó al residual en lo que pudo. Sin embargo, el residual mantuvo cierta cautela, asegurándose con una cuerda cada vez que se movía. Norbert Dos no se quejó. Tal vez, era una práctica habitual, como había señalado Alexa.

Una vez dentro de la esclusa, el robot volvió a enganchar con cuidado las cuerdas con las que había estado atado. Luego, cerró el mamparo exterior.

—¿Control de la nave? Regresé —dijo el residual—. Por favor, concede autorización para que el aire vuelva a entrar en la esclusa.

No conocía los términos exactos, pero esperaba que el programa fuera capaz de entender.

—Sin autorización.

¿Estaba sucediendo de nuevo? Antes, Alexa se hizo cargo de todo. Ahora, la IA había desaparecido. Bueno, en caso de emergencia, el residual tendría que proyectarse hacia el centro de control. Pero ¿qué sería de Norbert Dos?

—¿Norbert Dos? ¿Puedes encargarte de las comunicaciones, con los controles de la nave?

—Sería un placer —dijo el robot, aunque no se movió.

—¿Y que entre aire en la esclusa para que podamos salir de ella?

—Con mucho, muchísimo gusto. Soy el robot más feliz del universo.

El programa se estaba excediendo. Los humanos debían reajustarlo lo antes posible. Pero Norbert Dos actuó. Empujó varias excrecencias cerca del mamparo interior. El residual observó con atención y memorizó la secuencia en caso de que volviera a encontrarse en una situación similar. La luz roja desapareció y en su lugar apareció una

verde.

—Puedes quitarte el traje —dijo el robot.

Flotaron a través de la nave, que ahora flotaba por el espacio sin propulsión. El residual palpó sus ramas y su tronco, aunque no necesitaba apoyarse en ellos. Los cuerpos de los humanos estaban construidos de manera muy extraña. Solo podían mantenerse erguidos mientras gastaran energía. Solo ahora, el residual entendió por qué habían colocado dispositivos en todas partes, en los que podían almacenar sus cuerpos de forma horizontal. ¿No sería más práctico si también se movieran horizontalmente? Después de todo, tenían cuatro extremidades para sostenerse. Así las fuerzas se distribuirían entre las cuatro y el esfuerzo necesario sería menor.

En el centro, el residual encontró varios de estos dispositivos. Usó el que parecía estar conectado a los controles de la nave. Sin embargo, cuando se tumbó sobre él, no se produjo la relajación que esperaba. El pequeño viaje al exterior parecía haber ejercido una tensión excesiva sobre las fibras musculares de su cuerpo. El hecho de que la gente hubiera llegado tan lejos en estas condiciones le parecía un milagro.

Pero los milagros no existían. Y tampoco, naves espaciales que despegaran solas.

—¿Norbert Dos?

—Siempre a tu servicio.

—Por favor, muéstrame cómo usar los controles de la nave.

—Hablas con ella y le cuentas tus deseos.

—Es obvio que no estoy autorizado a hacer eso.

—Oh, lo siento muchísimo. Por desgracia, tampoco estoy autorizado a autorizarte. Podrías intentar con la interfaz del teclado.

—¿Interfaz de teclado?

La larga rama del robot sacó un objeto plano con muchas excrecencias. El residual tocó una de ellas. En respuesta, se activó una pantalla. Pulsó la siguiente. En la pantalla apareció un símbolo formado por un semicírculo y una línea larga. El residual intentó con otra protuberancia. Eso creó una línea en zigzag. Una tras otra, presionó varias secuencias.

«POIUZXQWERTY VBNM,.-ASDF.»

Comunicación basada en símbolos. Tal vez, cada uno de estos caracteres tenía un significado específico, pero juntos tenían un sentido nuevo. Lástima que no pudiera descifrar la forma exacta en que funcionaba a partir de las imágenes en las cabezas humanas. Debía ser un proceso complejo que estos seres aprendían a lo largo de años. Su admiración aumentó. Los crecimientos compartían sus

pensamientos de forma química.

El residual intentó con algunas protuberancias más. De repente, los símbolos desaparecieron y surgió un conjunto completamente nuevo.

«COMANDO NO ENTENDIDO».

Ah, el residual no había escrito esa secuencia. Debía provenir del sistema. ¿Qué quería de él? Un análisis estadístico no lo llevaría muy lejos. La unidad de entrada tenía 96 excrecencias, mientras que en la pantalla solo se podía ver una fracción de ese número. Uno de los símbolos, «O» aparecía con más frecuencia que los demás, pero eso no tenía por qué significar nada, sobre todo porque «N» se encontraba con la misma frecuencia. ¿Y cuál era el significado del espacio vacío? ¿Separaba unidades de significado? El punto del final... ¿era una coincidencia que estuviera allí?

«COMANDO».

El residual escribió la primera parte y le añadió un punto.

«FALTA COMANDO.»

El sistema repitió la secuencia y la completó. De nuevo, el punto al final. El residual ya había descubierto el primer aspecto de la comunicación humana. Recordó las conversaciones que tuvieron. Vibraciones acústicas *versus* lenguaje simbólico: ¿estaban relacionados los dos modos de comunicación? ¿Había conexiones? Por desgracia, no disponía de material suficiente para analizarlo.

No, pensándolo bien, parecía poco probable que los símbolos y las expresiones lingüísticas estuvieran relacionados. Los humanos parecían expresar muchos aspectos a través de la melodía y la entonación. ¿Cómo podría traducirse eso en símbolos? Tal vez, la comunicación acústica era una habilidad básica como la comunicación química de los crecimientos, y el lenguaje simbólico fue adquirido por los humanos durante el desarrollo de su cultura. Quizás, estaba más relacionado con el lenguaje fórmula, en el que los crecimientos registraban todos sus hallazgos científicos.

El residual abrió mucho la boca y produjo un sonido prolongado de «Uuaaa». Se sorprendió. Al parecer, fue una reacción involuntaria de su cuerpo. Se estiró para darle un descanso a sus músculos. Sus párpados se volvieron pesados y parecieron cerrarse solos.

Espada de Dios, 29 de diciembre de 2294

—La distancia al Buscador ha disminuido poco —informó Celia.

Jaron no se sorprendió. Sardi, el capitán, ya habría informado con orgullo si hubieran alcanzado la nave robada tan pronto. Aun así, era molesto que no pudiera percibir nada. ¡Quería recuperar su pantalla táctil!

—¿Sigue volando hacia la anomalía? —preguntó.

Un nuevo olor llegó a su nariz. Había tantos pasos aquí que no podía identificar las idas y venidas de la gente en el puente. Pero se les había unido una persona cuyo perfume atípico le parecía familiar.

—Creo que podemos llamarlo un agujero de gusano —dijo Amélie, científica principal de la Espada de Dios.

—¿Lo ha estudiado, profesora? —inquirió.

—Sí, su geometría es clara. Además, emite una intensa radiación de Hawking.

—Pero ¿no es eso un sello distintivo de los agujeros negros? —preguntó Celia—. La radiación de Hawking se produce cuando las partículas virtuales se separan en el horizonte de sucesos de un agujero negro.

—En realidad, hay dos posibles respuestas —dijo Amélie—. En primer lugar, la radiación que medimos proviene de las partículas virtuales tragadas por el agujero negro en el otro extremo del puente Einstein-Rosen. Aquí es donde escapan. Esto estabiliza el puente, algo que no sabíamos antes porque algunas de las partículas están entrelazadas con la radiación de Hawking en el otro extremo. En cierto modo, la física cuántica obliga a que la conexión permanezca abierta. Al menos, así lo explica Ulken.

—Pero ¿no estás de acuerdo con él? —preguntó Celia.

—Bueno, aún no tenemos una cuantificación de la gravedad universalmente aceptada. Ulken ha aclarado aspectos parciales de la misma, pero la teoría todavía tiene varios aspectos sin explicar. Por eso prefiero quedarme con lo que sabemos. Y ahí, para que un agujero de gusano sea permeable en ambas direcciones se necesita un agujero blanco y uno negro. El agujero negro genera la radiación de Hawking.

—Se trata de una anomalía espacio-temporal —comentó Jaron.

Le gustaba escuchar a Amélie explicar. Había algo en su voz que le erizaba el cuero cabelludo, pero de un modo agradable. No erótico, sino evocador. Tal vez, podría dirigir una secta con éxito. Menos mal que eligió la ciencia.

—Sí, el agujero blanco y el agujero negro ocupan el mismo lugar en el espacio-tiempo. A nuestros ojos, esto crea una estructura

esférica. Me imagino una esfera gigante de agua flotando en el espacio. Podemos ver unos metros dentro, pero luego, todo se vuelve borroso.

Era un símil precioso.

—Me imagino un grupo de delfines nadando y jugando en la esfera —dijo él.

—Entonces deberíamos acompañarlos —propuso Amélie—. Pero me temo que no podremos ver el agujero de gusano tan de cerca.

—No, la Incursión no nos permitirá acercarnos —aseveró Jaron.

—Pero en principio, ¿podríamos atravesarlo? —preguntó Celia.

—Dado que los enormes cuboides de las naves enemigas lograron hacerlo, no debería ser un problema para nosotros. Debe ser un puente de doble vía, porque los atacantes tendrán que llevarse el botín a casa.

—Sí, es cierto —reconoció Celia—. Si son lo que pensamos que son.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jaron.

—Bueno, todo lo que creemos saber, nos lo ha dicho el residual —dijo Celia—. ¿Y si estuviera mintiendo? ¿Qué pasa si hemos hecho contacto con la facción equivocada?

—Es una perspectiva interesante —reconoció Amélie—. Tengo que admitir que no la había considerado. Deberíamos asegurarnos de estar haciendo lo correcto, o terminaremos ayudando a destruir el universo. Hablaré con el capitán.

•

Jaron tenía dudas sobre las posibilidades de Amélie. El capitán parecía demasiado engreído. Lo había notado ayer. ¿Era posible que este aspecto de su personalidad hubiera pasado desapercibido para los planificadores de la misión en la Tierra? Pero no sabía qué arreglos se habían hecho. Tal vez fueron complicados. La Iglesia había financiado la poderosa nave, pero seguramente, necesitó la tecnología de las diversas naciones con capacidad espacial para construirla, y organizar la misión. Quizás, hubo que llegar a acuerdos sobre la selección del personal. Por suerte, ese no había sido el caso con su tripulación. Bueno, le obligaron a llevar a Carlota, pero pareció ser un golpe de suerte. Al menos, hasta ahora le había ido bien.

—¿Jefe? Tengo algo para ti.

Era Jürgen. Lo reconoció por el olor a aceite de máquina que lo rodeaba. Parecía un cliché, pero a su ingeniero de vuelo le encantaba trastear con las cosas. Si fuera chef, olería a vainilla o curry.

Jürgen le puso algo en la mano. Lo palpó. Eran dos almohadillas, conectadas de forma elástica.

—¿Qué es esto?

—Un par de auriculares.

—¿Me los pongo?

—Sí, por favor.

Jaron obedeció. El mundo desapareció bajo una gruesa capa de algodón absorbente. Eso ya era un efecto muy positivo. Jaron buscó un cable, pero no lo había.

—Un gran silencio —comentó.

Como nadie respondió, se quitó un auricular y repitió la frase.

—Eh, te hemos oído, pero supongo que no nos has oído a nosotros —dijo Jürgen—. Espera, eso no es todo. Supongo que tendré que aumentar un poco el volumen. Vuelve a ponértelo, necesitamos el efecto estéreo.

Jaron echó la cabeza hacia atrás. Ahora lo escuchó. Un sonido brillante se movía lentamente hacia su derecha. Se escuchó un sonido más oscuro a la izquierda, moviéndose poco a poco hacia el centro. ¿Qué era esto? ¿Una exhibición acústica?

Una especie de control remoto aterrizó en su mano derecha. Una mano guio su dedo índice. Juntos, movieron un control deslizante hacia arriba. La cantidad de sonidos aumentó hasta que los notó a su alrededor. La mano empujó su dedo índice hacia un segundo control deslizante, justo debajo del primero. El número de tonos volvió a disminuir cuanto más lo empujaba hacia arriba. Pero eran tonos diferentes a los de antes.

Jaron apartó los auriculares.

—¿Es lo que creo que es?

—No podemos leerte la mente, jefe, pero imagino que has descubierto el propósito. Con él se puede escanear el entorno de la nave espacial —explicó Jürgen.

—Por supuesto, no es un escaneo activo —dijo una voz femenina desconocida—. Estamos tomando los datos de la detección por radar.

—Te presento a Ganna Kusmyna —dijo Jürgen—. Es la ingeniera jefa de la Espada de Dios.

—Es un placer conocerte, Ganna.

Era la ingeniera cuyo nombre no recordaba. Jürgen parecía llevarse bien con ella.

—Le expliqué lo que necesitas —dijo Jürgen.

—Por desgracia, no tenemos los componentes para construir una pantalla táctil —dijo Ganna—. Pero tenía algunos auriculares de radio adicionales. El resto se hace con un pequeño *script* que programé mientras Jürgen soldaba el control remoto.

—La programación habría llevado semanas sin la ayuda de Ganna. La verdad, no es lo mío.

—Te falta un poco de práctica, Jürgen —dijo Ganna—. Solo necesitarías tres días.

Oh, ya se llamaban por su primer nombre. Ojalá no se encariñaran demasiado. Una vez que alcanzaran al Buscador de la Verdad...

—Se utilizan los dos controles del mando a distancia para configurar los perímetros interior y exterior, en los que el programa captura datos de movimiento del radar y los convierte en tonos. El matiz de los tonos refleja el tamaño del objeto detectado. Los tonos más altos representan objetos más pequeños. La escala funciona de forma logarítmica. Esto te brinda un mejor control del área inmediata que de las áreas más distantes.

—Muy bien —dijo Jaron—. Puede hacer casi todo lo que puede hacer el control acústico del Buscador.

—Si tenéis otras solicitudes específicas, estaré encantada de intentar implementarlas —dijo Ganna—. Por ejemplo, podríamos utilizar un ritmo específico para señalar objetos peligrosos cuya trayectoria esté dirigida a tu nave.

—Esa sería una adición interesante —dijo Jaron.

—Ves, te lo dije —dijo Ganna—. Se lo propuse a Jürgen, pero dijo que eso podría sobrecargarte.

Jaron rio.

—Supongo que tenía buenas intenciones. Agradezco cualquier función que me involucre un poco más en el mundo real.

—Ah, entonces, ¿qué tal la capacidad de obtener información sobre un objeto? —preguntó Ganna—. El radar compara cada objeto que ve con una base de datos. Podemos consultarla a través de una API.

—¿Cómo funcionaría? —preguntó Jaron.

—El auricular tiene un sensor de posición y aceleración que puedo consultar. Tendrías que girar la cabeza para que el sonido quede frente a ti. Luego, esperas diez segundos y obtendrás toda la información.

Esa era una característica de la que carecía la interfaz acústica del Buscador. Cuando regresaran a su nave, Jürgen tendría que implementarla.

—Sería genial —exclamó Jaron.

—Se me ocurrido otra idea —dijo Ganna—. Dame un minuto, Jürgen. No solo podríamos acceder al radar, sino a todos los sensores. Por supuesto, necesitaría un interruptor adicional en el control remoto, pero por lo demás, sería fácil. De todos modos, todo converge en el ordenador principal.

—Estoy de acuerdo. ¿Por qué no tenemos eso en el Buscador, Jürgen?

—No lo sé —dijo su ingeniero—. Supongo que a nadie se le había ocurrido.

—No te preocupes —contestó Ganna—. A veces necesitas una

segunda opinión. Habéis trabajado juntos durante mucho tiempo, ¿verdad?

Jaron asintió.

—Sí, Jürgen ha estado conmigo desde que alquilé mi primera nave.

—Cierto. Las cosas por las que hemos pasado... En ocasiones, hemos escapado por los pelos. Aunque siempre hemos tenido suerte, ¿verdad, jefe?

—La suerte del más apto, supongo —dijo Ganna—. ¿Te gustaría contarme algunas de esas experiencias esta noche, Jürgen? Soy adicta a las historias, pero hace tiempo que terminé de escuchar todo lo que mi tripulación tiene para contar.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Ah, por supuesto. Será un placer.

—Entonces nos encontraremos a las ocho en la cabina, um, quiero decir en la cafetería. Una vez allí, encontraremos un buen lugar.

—De acuerdo.

—Tal vez para entonces, puedas agregar un botón al control remoto de Jaron para la pantalla audible. Debe quedar algo de material en la nave.

—Lo haré.

—Hasta luego.

Oyó pasos, alejándose. Así que su ingeniero tenía una cita. Jaron sonrió.

—¿Por qué sonríes, jefe?

—Sonrío porque me flipan estos fantásticos auriculares. Es maravilloso que te lleves tan bien con la ingeniera de a bordo. Espero que siga así.

—Por desgracia, tendré que quitártelos —dijo Jürgen—. Ya escuchaste a Ganna.

—¿No sería suficiente con llevarse el mando a distancia? Espera, estableceré un rango apropiado para mí. Así, al menos podré opinar un poco.

Jaron redujo la distancia mínima y máxima para poder concentrarse en las inmediaciones de la Espada de Dios. Por el momento, solo había tres fuentes de ruido. Se volvió para concentrarse en una de ellas, pero la función de información aún no estaba integrada. Se quitó los auriculares.

—Sí, eso servirá —concluyó Jürgen.

—Aquí está el control remoto —dijo Jaron—. Iré a verte cuando esté listo para probarlo.

Jaron no tuvo tiempo de disfrutar del nuevo aparato porque alguien le tocó. Abrió los ojos, se quitó los auriculares y reconoció la voz de la profesora.

—... está de acuerdo —comentó ella.

—Lo siento, ¿qué decías? Tenía los auriculares puestos.

—El capitán acepta una expedición.

—¿De verdad?

Le costaba creer había convencido a Sardi tan rápido. No tardó más de media hora.

—Tenemos buenos argumentos. Si queremos luchar contra el enemigo, tenemos que entender qué es lo que lo motiva, qué quiere, qué puede hacer. Eso es difícil de entender desde la distancia.

De repente, Jaron comprendió lo que eso significaba: perderían el Buscador si Sardi decidía investigar una de las naves alienígenas en lugar de continuar la persecución.

—Eh, no podemos. Tenemos que cazar al Buscador de la Verdad. Lo siento, no lo tuve en cuenta. Pero un capitán necesita su nave.

—No te preocupes. Continuaremos siguiendo a tu nave. Sin embargo, al capitán no le importará si llevamos tu cápsula.

Debió suponerlo. A Sardi le convenía.

—¿Cómo? Es mucho más lenta que la Espada de Dios —dijo—. ¿Sardi siempre es así? —añadió en un susurro.

La profesora rio a carcajadas.

—Digámoslo de esta manera: he tenido peores jefes. Hay más vanidosos en el mundo académico que en la Iglesia. Pero no tienes que preocuparte por la velocidad. La gran nave nos dará su velocidad. Solo viraremos un poco, miraremos de cerca uno de los objetos negros y regresaremos. Sería desfavorable si la Espada de Dios tuviera que acelerar, pero, de todos modos, no hay mucho más que podamos hacer. La verdad, estamos persiguiendo al fugitivo. Me encantaría saber quién tomó el mando.

—Solo podría ser el residual —dijo Celia, a quien no había notado —. Pero como puede proyectarse a cualquier lugar a la velocidad de la luz, me pregunto qué motivo tendría.

—Sobre todo, porque se dirige al agujero de gusano. ¿No intentó convenceros de activar la trampa de forma manual? El agujero de gusano es el lugar equivocado.

—¿Descubriste algo sobre la cápsula? —preguntó Jaron.

—Oh, sí, también te lo iba a contar. Mis sospechas fueron confirmadas. Los materiales utilizados no tienen la firma isotópica de la Tierra.

—¿Pudiste relacionarlos con algún otro lugar del universo?

—La humanidad no ha viajado a tantos lugares, pero tampoco coincide con este cúmulo estelar. Todos los materiales son puros y

cada uno consta de un solo isótopo. No hay nada parecido en la naturaleza.

Jaron se rascó la cabeza. El residual era muy desconcertante.

—¿Tienes alguna idea de cómo se pudo haber creado la cápsula? —preguntó.

—La cápsula en su conjunto, ni idea —respondió Amélie—. Pero el material posiblemente fue... construido. Partícula por partícula, como en una línea de montaje. Eso explicaría la composición idéntica.

—¿Y solo tomaron del medio ambiente las partículas necesarias?

—Con la baja densidad de partículas en el vacío, habrían tenido que barrer un espacio bastante grande. Más bien creo que las extrajeron del mar virtual de partículas. Ese residual se puede tocar, ¿verdad?

—Eso es lo que afirmó —dijo Jaron—. No lo he comprobado.

—Estoy segura de que no mentía. Deben haber desarrollado tecnología que les permite acceder al mar de partículas virtuales cuando lo necesitan. En una escala mucho mayor de lo que jamás creímos posible.

—¿Podría suceder que el universo recuperara la cápsula?

—Por supuesto, en términos de conservación de energía, las matemáticas deben tener congruencia estadística. No puede durar para siempre. Sin embargo, no creo que el residual te hubiera expuesto a ese peligro —opinó la profesora—. Pero no conozco el mecanismo que utilizan para retrasar el pago de la deuda energética. Así que tampoco puedo prometer nada.

—¿Y qué pasa cuando se paga esa deuda? ¿Hay una explosión?

—No, la cápsula dejará de existir.

—Bien, entonces debemos viajar con nuestros trajes espaciales. Yo pilotaré la cápsula, por supuesto —dijo Jaron.

Nadie se opuso. Habría esperado eso de Celia o Jürgen, pero Amélie y Ganna no lo conocían bien.

—Iré contigo —señaló la profesora.

—¿No tienes miedo? —preguntó Ganna, la ingeniera de vuelo—. Después de todo, estarás desprotegida en esa pequeña cápsula.

¿Ya había terminado de actualizar el *software*? Probablemente. Alguien le entregó a Jaron el control remoto. Ahora tenía un nuevo botón en la parte inferior. Así que Jürgen también había regresado.

—Cuento con que los extraterrestres sean razonables —dijo la profesora—. La cápsula no representa ninguna amenaza evidente. Con un rumbo discernible que no esté dirigido a ellos, quizá, podremos evitar una agresión.

—Eso supone que piensan como nosotros —dijo Ganna.

—Han llegado al punto en el que pueden abrir agujeros de gusano a voluntad. Por eso deben ser susceptibles al pensamiento lógico.

Bien. ¿Por qué deberían desperdiciar municiones en algo que no representaba ninguna amenaza? Ningún ser racional lo haría. Y debían tener razón, o no estarían aquí.

—La profesora tiene razón —dijo Jaron—. En mi opinión, la Espada de Dios corre más riesgo que la cápsula. Posee armas y es mucho más grande. Tal vez, estaríamos más seguros en la cápsula desprotegida que aquí.

—Por favor, no seas tan formal, Jaron. Llámame Amélie.

—Yo también voy —se ofreció Celia.

Eso era inesperado. ¿Acaso Celia estaba celosa? No tenían ninguna relación. De todos modos, ¿qué tenían? Celia estaba a su derecha. Él sostenía el control remoto en su mano izquierda. Con la derecha, cogió la mano de Celia y la apretó, luego se preguntó qué quiso decir con ese gesto. Su tacto era cálido. Debía ser el aire en el centro de control. Respiró hondo.

Jürgen no dijo nada. Quizás, esperaba la decisión de Ganna, pero estaba bien. Un ingeniero no tenía nada que hacer en la pequeña cápsula. Hacía tiempo que no sabía nada del resto de la tripulación.

—¿Deberíamos preguntarle a Carlota y a Paul?

—Yo me encargo de eso —dijo Celia—. Después de todo, sigo siendo comandante de nuestra misión. Pero no te preocupes, te perdono por no haber pedido autorización para desplegar la cápsula Star Liner sin darte cuenta. Lo autorizo.

•

—Espera, conectaré el transceptor al ordenador —intervino Jürgen.

Jaron se puso cómodo en el asiento del piloto y se abrochó el cinturón de seguridad. Habían repostado la cápsula. El navegante de la Espada de Dios había calculado el rumbo óptimo para ellos. Los llevaría cerca de una nave de la Incursión con el menor consumo de combustible, sin siquiera apuntar el vector de vuelo directo hacia ella, y luego, de regreso a la Espada de Dios, a la que llegarían al día siguiente.

—Bueno, prueba los auriculares —pidió Jürgen.

Jaron deslizó las suaves y frescas almohadillas sobre sus oídos. El mundo se replegó de inmediato. Era como si, de repente, estuviera desnudo y solo en el espacio, pero de forma agradable. No había nada entre él y el entorno, al que percibía en forma de sonidos de diferentes alturas. Se mantenían a una distancia respetuosa, lo que indicaba que no tenían ningún interés en él.

Sin embargo, iban a visitar a uno de ellos. En el mejor de los casos, sus habilidades como piloto no serían necesarias. Sin embargo, si el objeto reaccionaba de forma irrazonable, tendría que sacar la cápsula

del alcance lo más rápido posible.

Alguien le tocó el hombro. Jaron apartó los auriculares.

—¿Funcionan? —preguntó Jürgen.

—Muy bien. Te estoy muy agradecido.

—¿Incluso el cambio de rangos espectrales?

Oh, ni siquiera había probado el nuevo botón.

—Olvidé probarlo. Espera.

La cuenta atrás ya estaba en marcha. Jürgen abandonaría la cápsula antes del despegue. Jaron se puso los auriculares en los oídos y escuchó durante unos segundos. Este debía ser el modo radar. Luego, presionó el botón. El mundo cambió, si bien sutilmente. Los objetos sólidos permanecieron, pero de repente, aparecieron esferas turbias, quizá, concentraciones de materia interestelar. Las reconoció porque el origen local no era tan discernible como en el caso de las fuentes puntuales. Presionó el botón y las nubes desaparecieron. De hecho, algunos de los objetos del modo radar se volvieron translúcidos. Era como si desaparecieran intermitentemente de este plano de existencia. Presionó el botón otra vez y los objetos borrosos se redujeron. Objetos distantes saltaron a su percepción. Volvió a pulsar el botón y en su cabeza empezó una sinfonía abstracta. Lo que oía ya no eran objetos individuales, sino estructuras. Con la siguiente pulsación del botón, la pantalla del radar apareció de nuevo. Se quitó los auriculares.

—¡Funciona muy bien! ¡Gracias, Jürgen!

—También tienes que agradecerle a Ganna. No te molesta que pase tiempo con ella, ¿verdad? No es lo que piensas. Hay mucho que aprender. La tecnología ha avanzado a pasos agigantados. Si puedo implementar aunque sea una cuarta parte en el Buscador, será una nave completamente nueva.

El Buscador. Jaron sentía que nunca volverían a verlo. Se suponía que este viaje con la cápsula lo distraería. Tragó saliva.

—Tengo que salir, jefe.

—Por supuesto. No, no te culpo. Solo una pregunta más. ¿Qué era eso?

—El modo predeterminado después del encendido es siempre el radar. Eso nos pareció lo más confiable. A esto le sigue el ultravioleta intenso, luego el óptico, el infrarrojo y, finalmente, el magnetómetro.

—Ah, esa era la sinfonía. Es alucinante.

No estaba tan seguro de si le ayudaría a navegar. Pero le daba una buena idea de la estructura del espacio.

—Debe ser muy impresionante acercarse a los agujeros negros —comentó Jürgen.

—Pues yo espero que nos mantengamos alejados de ellos —dijo Jaron.

—Vale, jefe. Saldré de aquí para no retrasar la cuenta regresiva. ¡Hasta luego!

—Gracias, Jürgen. Eres el mejor.

—Lo sé.

—Espada de Dios a Star Liner. Prepárense para el lanzamiento.

La gran nave los ayudaría a despegar, acelerando mecánicamente la cápsula a una velocidad mínima. Detrás de Jaron, el mamparo de la pequeña esclusa se cerró con un silbido. Escuchó chirridos cuando se cerró desde el exterior.

—Ya lo has oído —dijo Celia—. Despegue en treinta segundos.

Un enorme muelle liberó la energía almacenada para lanzar la cápsula Star Liner al espacio. El tremendo impulso presionó a Jaron contra su asiento, pero duró menos de un segundo. Jaron estimó que serían alrededor de ocho o nueve *g*. Por un instante, se volvió liviano como una pluma y luego, el propulsor se encendió, devolviéndole su gravedad terrestre.

La Espada de Dios permaneció detrás de ellos. Al principio, la escuchó como el eco de una estructura extendida, pero pronto se convirtió en un punto como todos los demás, excepto que este era el más cercano a ellos y, por tanto, el más grave. Su imaginación tridimensional clasificaba los sonidos correctamente según la distancia. Su mente se había entrenado durante años. Tenía una imagen mental que, quizá, no era tan diferente a la que percibían Celia y Amélie. Después de todo, tenían que construir una imagen espacial para su ojo interior basándose en meros datos, números o colores en una pantalla bidimensional. Era probable que no hubiera nada especial en aquello a lo que se había acostumbrado.

Una nueva fuerza lo empujó hacia el apoyabrazos derecho. Era débil, pero cuando se aflojó el cinturón y se puso de pie, fue suficiente para provocarle náuseas. Se sentía como si una segunda realidad intentara imponerles un techo y un fondo diferentes. Sin embargo, mientras la nave seguía acelerando, «arriba» se encontraba hacia la proa. Bueno, la sensación se desvanecería cuando el motor principal dejara de funcionar. Los propulsores correctivos seguirían funcionando para darle a la cápsula una trayectoria fácil de calcular. Cualquiera que los observara debía estar convencido desde el principio, que la cápsula haría un amplio arco, lista para acoplarse nuevamente con la Espada de Dios más tarde. No representaban una amenaza para nadie.

Jaron giró a la derecha. Aún conocía la cápsula lo suficientemente bien como para saber dónde estaban los lugares de los demás. Aquí todo estaba atestado. Ni siquiera había un baño. Para necesidades

urgentes, debían utilizar los pañales que llevaban puestos. Al menos, podrían cambiarlos. Llevaban repuestos y una pared elevada detrás de los asientos ofrecía cierta privacidad. No obstante, Jaron recorrió la cápsula para actualizar su visión general. Si surgía una emergencia, debía ser capaz de reaccionar con rapidez. La esclusa de aire estaba situada en la popa, aunque no en el centro, sino un poco desplazada debido al motor principal. Los diseñadores habían previsto una esclusa de emergencia, más parecida a una trampilla en el casco exterior, cerca de la proa. Por el momento, Jaron no podía alcanzarla, pero si hubiera una emergencia, sería por falla del motor y él podría flotar allí.

Pero para ello tendría que ponerse su traje espacial. Se habían abstenido de ponérselos. El riesgo de que la cápsula desapareciera repentinamente no parecía muy grande. Sin duda, habrían tenido que volar con el casco cerrado.

Jaron tropezó. Apenas logró agarrarse de la pared. ¿Qué era eso? Se agachó y palpó un conducto. Pasó las manos por él y encontró una máquina en forma de disco.

—¿Alguien olvidó la aspiradora? —preguntó.

—Parece que sí —contestó Celia.

—Por lo visto, limpiaron la cápsula antes de irse —dijo Amélie.

Una aspiradora. Desde su estancia en la órbita terrestre, Jaron estaba acostumbrado a pensar de inmediato en para qué podría usarla. Era una pena que Jürgen no estuviera presente. Tanto Jürgen como Norbert siempre tenían una idea útil. En ese momento, no podía pensar en nada más que en pasar la aspiradora, algo que no tenía muchas ganas de hacer. No había sido diferente en el remolcador, donde el polvo tendía a acumularse hasta que alguien de la tripulación se apiadaba de él y lo aspiraba.

—Espada de Dios a Star Liner, buen viaje. Todos los sistemas parecen estar bien. ¿Podéis confirmarlo?

La cápsula transmitía constantemente su estado en directo a la nave nodriza. Jaron se acercó a su asiento para responder, aunque Celia fue más rápida.

—Aquí Star Liner —respondió—. Confirmado. Todos los propulsores funcionan. En marcha.

Jaron debía recordar que ella era la líder de la misión. Era la científica.

—Gracias, Star Liner. Si necessitais algo, avisad.

—Sería bien que no aceleraras.

—Claro, Star Liner. Nos tomaremos un descanso.

—Ah, sí, por casualidad, ¿os dejasteis una aspiradora aquí?

—Espera —unas voces susurraron—. Confirmado. Al equipo de limpieza le falta una. Sed amables con él. Se llama Óscar.

—Por supuesto. Cuidaremos de Óscar como si fuera nuestro propio hijo.

—Gracias. Espada de Dios, cambio y fuera.

¿Una aspiradora con nombre? Tal vez era un robot. Era aún más incomprensible que el personal de limpieza lo hubiera olvidado aquí. Jaron se inclinó una vez más y lo palpó. Era uno de los típicos robots aspiradores con forma de disco que, normalmente, flotaban de forma autónoma en una nave espacial. Siempre había tenido la intención de comprar uno de estos para el Aquiles, pero nunca tuvieron suficiente pasta. Este tenía una boquilla de succión, que usaba para extraer la suciedad de forma segura de los lugares más estrechos. También había un hueco vertical en el medio del disco al que se podía conectar un brazo robótico. Eso sería útil, así el robot podría rascarle la espalda. Por desgracia, no tenían un brazo de repuesto a bordo.

Jaron continuó examinando el disco hasta que encontró un botón de encendido. Lo presionó. El motor del robot chirrió y la manguera de succión se movió. Luego, el aparato volvió a quedar en silencio.

—¿Óscar?

El robot no respondió. Lástima. Parecía ser un sistema controlado a distancia. Era lógico que perteneciera al equipo de limpieza. Seguro tendrían el control remoto necesario. Los modelos autónomos eran, como su nombre indicaba, autónomos. Se suponía que algunos de ellos eran muy conversadores. Obviamente, este no era uno de ellos.

Jaron se levantó. Estaba un poco decepcionado después de haber escuchado varias historias divertidas sobre tales dispositivos.

—Espera, veo su red inalámbrica aquí —dijo Amélie, quien debía haberlo observado.

—¿Puedes conectarte?

—Sí, conectaré a Óscar a la red de a bordo. Así podremos darle órdenes sin control remoto.

—En este momento, no hay suciedad.

—Puede limpiar las migajas cuando comamos. Detesto limpiar mi asiento.

—Buena idea. Aunque esperaba que fuera un poco más social.

—Lo siento, Jaron. Estoy buscando en el sistema las interfaces que proporciona. Ya ni siquiera tiene una interfaz de voz.

—¿Ya no tiene?

—Al parecer, hubo problemas. Me aparece bloqueada. Eso significa que tiene el *hardware* necesario, micrófono, síntesis de voz, etc., pero tiene prohibido usarlo.

—Eso es brutal.

—Es un robot, Jaron. No lo olvides.

Lástima que Jürgen no estuviera a bordo. Él y Jaron podrían haber desbloqueado la interfaz.

—Creo que, si se construyó con una interfaz de voz, se debería permitir su uso —opinó Celia—. Es lo mínimo que se puede hacer.

Ella lo entendía.

—No queda casi nada sin una interfaz de voz —agregó Amélie—. No creerías lo beneficioso que puede ser para los nervios desactivarla por un tiempo.

—Pero parece un bloqueo permanente, ¿no?

—Podemos preguntarle al equipo de limpieza qué estaban pensando cuando regresemos.

Jaron cogió al robot bajo el brazo y regresó a su asiento. Parecía que este iba a ser un viaje bastante aburrido. Si no pasaba nada, podría revisar los controles de voz del robot. La manguera de succión se deslizó detrás de él, con un estrépito.

◓

—Estoy recibiendo los primeros datos de la nave de Incursión a la que nos estamos acercando —informó Amélie—. Si os interesa...

Jaron dejó el disco que tenía en su regazo. Había abierto el robot y buscaba una manera de reactivar la interfaz de voz. Pero empezaba a comprender que estaba bloqueada por *software*. ¿Amélie no debería saberlo?

—Sí, por supuesto —dijo Celia.

Ella le había traído las herramientas necesarias para su pequeña investigación. Y había aprovechado la oportunidad para indagar sobre el material médico y de otro tipo que hubiera a bordo. Según ella, podrían sobrevivir durante dos semanas sin la Espada de Dios.

—A mí también me interesado —contestó Jaron.

—Las observaciones más interesantes provienen del campo óptico —explicó Amélie—. Hay un enorme empañamiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaron.

—Por lo general, una imagen se vuelve más nítida cuanto más te acercas al ente. Pero parece que nuestro telescopio no puede hacer eso con este objeto. Es como si la superficie se moviera todo el tiempo, en muchas direcciones, de forma estática. Al parecer, estos movimientos ocurren en menor tiempo que el de Planck. Por eso no podemos observar con claridad ni siquiera uno de sus tornillos. Sospecho que es algún tipo de arma defensiva, porque a lo que no se puede ver, no se le puede disparar muy bien.

—¿Un campo de distorsión? Leí algo parecido en la ciencia ficción. Me encantaban ese tipo de novelas cuando era adolescente —dijo Celia.

—No creo que sea un campo, es decir, algo que proyectan desde su nave. No. Parece ser una propiedad del propio material.

—¿Podría ser un efecto físico cuántico? —aventuró Celia.

—Debe serlo. No hay otra manera de lograr ese efecto.

—Pero ¿eso solo se aplica al espectro óptico?

—Así es. No sé si es intencional o una debilidad en su tecnología, pero el efecto no parece aplicarse al escaneo de radar activo. Sin embargo, allí también noté un detalle intrigante. El radar parece ser capaz de penetrar el material hasta una cierta profundidad antes de reflejarse. Es como si la capa superior estuviera formada por una especie de hierba fina en constante movimiento, con el suelo duro que se ve en el radar debajo.

—Entonces, es una nave espacial peluda —bromeó Celia, riendo.

—Oh, lo imaginé —dijo Jaron.

—El objeto no se comporta con normalidad en ninguna parte del espectro. La radiación infrarroja, por ejemplo, es muy baja. Estas naves son muy frías o están muy bien blindadas. De ellas no emanan campos magnéticos, lo que excluye determinadas formas de propulsión. Tampoco existe comunicación por radio entre ellas. Esto no necesariamente significa que estén inactivas. Podrían estar comunicándose con enlaces láser directos. Son casi imposibles de interceptar.

—¿Puedes decir como de pesados son esos objetos? —preguntó Jaron—. Obtendrías una lectura diferente dependiendo de si están hechos de metal o de roca.

—He intentado calcular la masa y, por tanto, la densidad, a partir del movimiento de los objetos, pero no he tenido suficiente tiempo de observación para obtener valores precisos. Sin embargo, parece muy pequeño. Es posible que sean contenedores vacíos.

—El residual sugirió algo así —dijo Jaron—. Me pregunto si un montón de cubos vacíos serán peligrosos.

—No podemos descartar la posibilidad de que estén armados. Pero en comparación con el volumen total, ciertamente serían mucho menos poderosos en combate que, digamos, nuestra Espada de Dios.

—Que, sin embargo, tiene como máximo una milésima parte de su volumen —replicó Jaron.

¿Quizá, valdría la pena intentarlo? Quizá, la Incursión se ha preparado para oponentes muy específicos, las extrañas naves en forma de hongo de los crecimientos. ¿Qué pasaría si no tuvieran nada con qué contrarrestar las veloces estocadas de la Espada de Dios?

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad contra la Incursión en batalla? —preguntó.

—Nadie lo cree —dijo Amélie—. Aun si están desarmados, lo único que tienen que hacer es embestirnos o apretarnos entre dos de ellas para destruirnos. Son abrumadoras. Pero si no las irritamos demasiado, tenemos la posibilidad de mantenernos por debajo de su

umbral de atención. Yo solo aplasto a los mosquitos cuando zumban demasiado fuerte.

Eso sonaba razonable. Y, después de todo, aún no había terminado. Cuanto más aprendían sobre su oponente, mayores eran sus posibilidades.

◓

—Mira, Celia —exclamó Amélie—. Lo siento, Jaron.

Oyó a Celia levantarse y acercarse. Algunas teclas traquetearon.

—Eso es espeluznante —dijo Celia.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Veo una pared gigante que bloquea nuestro campo de visión —informó Celia—. Está ahí y luego, deja de estar, a un ritmo caótico. Su superficie también se comporta de manera caótica.

—Como sospechaba, es un proceso estático. Es como si algo siguiera aleatorizando las coordenadas exactas de las partículas —explicó Amélie.

Jaron se puso los auriculares y cambió de rango. En el espectro visible, solo escuchó ruido. Quizá, estaban demasiado cerca. El radar, por el contrario, emitía un sonido claro y profundo. Se quitó los auriculares.

—¿El radar también muestra una imagen sólida de tu lado? —preguntó.

—Sí. La diferencia puede estar en la forma en que se generan las imágenes. En ambos casos, lo que se refleja es radiación electromagnética. El radar emana de nosotros, mientras que la luz visible emana del entorno. Somos extraños. No estamos entrelazados con el medio ambiente, por lo que podríamos generar una respuesta única.

—La idea suena bastante atractiva.

—Gracias. Espero que ninguno de mis amigos físicos me oiga.

—No ha terminado —dijo Celia—. Aún falta el «pero». ¿No son solo las partículas entrelazadas las que siempre sufren el mismo cambio? Eso significaría que debemos tener algo que ver con esta Incursión.

—Tal vez sea la humanidad del futuro invadiendo el pasado para explotar sus recursos —bromeó Jaron—. Eso nos vendría de perlas, ¿no? Serían nuestros bisnietos quienes construirían esos bebederos gigantes.

—Tienes razón —concordó Amélie—. Es una idea que no está bien desarrollada. El comportamiento distinto en las diferentes longitudes de onda no tiene nada que ver con nosotros. Tal vez no sea un efecto cuántico. A esta escala, sería sorprendente. Me alegro mucho de que

no me haya escuchado ningún físico. Perdóname.

Jaron asintió, aunque no había nada que perdonar. La profesora había expresado una sospecha. Aún no le parecía muy descabellada, sobre todo en la interpretación de Celia. Sería una verdadera ironía si se enfrentaran aquí a sus propios descendientes. A la historia mundial le gustaba expresarse con ironías.

—Creo que deberíamos ser libres de expresar todas las tesis, aunque parezcan absurdas —afirmó Celia—. Si hubiera descartado cualquier idea que pareciera compleja cuando observé LDN 63 por primera vez, no estaríamos aquí.

—Gracias, Celia. Lo malo es que esa actitud aún no se ha impuesto en los debates académicos de la Tierra. Al menos, cuando salimos de allí.

De repente, Amélie guardó silencio. El hecho de que su vida terrenal hubiera transcurrido hace más de sesenta años parecía pesarle más de lo que quería admitir.

—Tuviste que dejar a alguien, ¿no? —preguntó Celia.

La científica tragó saliva. Celia no insistió. Jaron estaba a punto de volver a colocarse los auriculares cuando, después de todo, llegó la respuesta.

—Así es —dijo—, a mi hija. Pensé: tengo que hacer esto, este viaje, esta oportunidad única en la vida. Marina se quedó con su padre. Creí que sería lo mejor para ella. La crio casi solo porque yo tenía que viajar mucho. Pero hoy no estoy tan segura. Cuando regrese, habrá muerto.

—¿Se comunicó contigo? —preguntó Celia.

—Sí, a menudo al principio, pero después no. Luego, yo estaba dormida y no podía responderle. Tal vez sea difícil escribirle a alguien que nunca responde. Demasiado difícil. No sé si es feliz. Aunque me escribiera hoy, no lo sabría hasta dentro de sesenta años.

—Creo que moriste para ella en algún momento, Amélie. Eso es muy triste. Estoy segura de que ha superado la pérdida.

Ambas continuaron hablando en voz baja mientras Jaron se quedaba dormido. Soñó con más intensidad que en mucho tiempo. Los extraterrestres, con largas antenas de succión, se acercaron a él, queriendo atarlo para luego poder succionar todo el líquido y transportarlo a su propia galaxia de color rojo oscuro, para que su color no se desvaneciera. Mientras lo hacían, gritaron en voz alta:

—¡Jaron, Jaron!

No se dio cuenta de que los gritos no provenían de su sueño hasta que alguien le quitó los auriculares. Sintió una mano firme que le

sacudía el hombro. Solo podría ser Celia.

—¡Jaron, despierta!

—Yo... Estoy despierto. Por suerte, no llevas antenas.

Lo dijo en broma, pero nadie se rio.

—Tenemos un problema —informó Celia.

—¿Qué pasa? —preguntó, presionando una almohadilla de los auriculares contra su oreja.

No había ningún sonido grave, por lo que, al menos, no se dirigían a una colisión inminente.

—Perdimos el propulsor correctivo —dijo Celia.

De hecho, la ligera presión contra el asiento había desaparecido. Estaba ingrávido.

—¿Cuál es nuestro rumbo?

—Como era de esperar, nos dirigimos hacia una de las naves de la Incursión.

—¿Qué dice la Espada de Dios?

—Amélie les está informando. Nos dimos cuenta y te despertamos enseguida.

—Gracias. Necesitamos girar la cápsula y usar el segundo motor correctivo.

—¿Puedo interrumpir? —preguntó Amélie—. La Espada de Dios acaba de realizar un diagnóstico remoto. No hay buenas noticias. Hubo una caída repentina de presión en el tanque que alimenta los motores de corrección. Ambos. Tal vez nos haya impactado un pequeño asteroide. Mala suerte. El espacio aquí está bastante despejado.

«Mala suerte, seguro». La cápsula en sí no era muy grande. ¿Y luego, precisamente, el tanque recibe un impacto?

—¿Quizá la cápsula se desintegra poco a poco? —sugirió él—. Esa deuda energética con el universo, ¿hay que pagarla de una vez?

—No lo sé —respondió Amélie—. No entendemos ese mecanismo muy bien.

—No importa —dijo Jaron—. Debemos cambiar de rumbo.

Volvió a presionar los auriculares en su oreja. De repente, escuchó un tono bajo.

—Parece que viene algo —dijo.

La mano de Celia desapareció. Su asiento chirrió y luego, la hebilla del cinturón de seguridad hizo clic.

—Tienes razón. El objeto hacia el que nos dirigimos parece satisfecho con nuestro interés. Ha acelerado y se acerca a nosotros.

—La Espada de Dios está cambiando de rumbo para recogernos —dijo Amélie—. Pero tomarán. Hasta entonces, si es posible, no deberíamos colisionar con nada.

Como si eso pudiera evitarse. El objeto desconocido se acercaba a

una velocidad impresionante. Para que una masa así empezara a moverse tan rápido... Los extraterrestres debían poseer una tecnología muy superior. ¿No sería fantástico si la humanidad pudiera aprender de ellos? Pero parecía que iban a chocar con esa cosa.

—¿Qué pasa con el motor principal? —preguntó, solo para molestarse por su propia pregunta.

Se encontraba en la popa. Eso lo decía todo. Si lo activara, colisionarían con el obstáculo más rápido. Para girar la cápsula para que apuntara en una dirección diferente y así cambiar de rumbo, necesitarían los propulsores correctores. Pero se quedaron sin combustible.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —inquirió.

—Diez minutos para el impacto —dijo Celia.

¿Diez minutos? Mierda. Esa cosa alienígena tenía muchísima prisa por acabar con ellos. ¿Qué le iba a hacer a la cápsula? ¿Los aplastaría?

—Debemos ponernos nuestros trajes espaciales —sugirió Celia.

Dos hebillas del cinturón de seguridad hicieron clic. Pero ¿con qué propósito?

—No vale la pena —dijo Jaron—. No nos salvará.

—Tal vez sí —opinó Celia—. Venga, levántate. Aquí está tu traje. Tienes tres minutos porque, luego, abriré el mamparo de emergencia.

Algo duro chocó con su hombro. ¿El mamparo de emergencia? ¿Celia intentaba matarlos a todos? No, estaba pensando en el ímpetu del aire que escapara. El mamparo de emergencia estaba desplazado hacia un lado, cerca de la proa. El aire podría darle a la nave un empujón en la dirección correcta. Pero ¿sería suficiente?

—¡Amélie, échame una mano, rápido! —gritó Celia.

Las dos mujeres gruñeron. ¿Qué iban a hacer?

—Aquí, justo en la tobera —indicó Celia.

—Sí, lo veo. ¡Ahora!

Un sonido chirriante. Plástico sobre metal.

—¿Qué hacéis, chicas? —preguntó Jaron.

—¿Tienes el traje puesto? —preguntó Celia.

—Aún me falta la parte superior.

—Entonces, date prisa. O moriremos por tu culpa.

Oh. Celia hablaba muy en serio. Nunca le había hablado así. Se apresuró. Metió los brazos, apretó el cuello, revisó el casco: cerrado.

—Terminé —informó.

—¡Por fin! Con suerte, todavía habrá tiempo. Abriré el mamparo de emergencia. ¡Cambia a la radio del casco!

Jaron la activó. Sin embargo, ahora no podía usar sus maravillosos auriculares. Pero ese impacto era inminente como lo reveló la señal de alarma en la cabina. Todo se volvió más silencioso. Al parecer, la escotilla de escape ya estaba abierta. Celia no había perdido el tiempo.

—Tú empujas la tobera y yo la enciendo —ordenó Celia—. Agárrate bien. El tanque aún tiene bastante presión.

—Entendido —oyó a Amélie por la radio del casco.

¿Tobera? Por un momento, deseó seguir soñando. Dentro de poco, alguien lo despertaría porque dormía muy mal. Pero eso no sucedió.

—La tengo —dijo Amélie.

—Muy bien. ¡Ahora!

«¿Qué va a pasar?», se preguntó. La tobera, por supuesto. Estaban usando el robot para crear un impulso duradero. Pero ¿sería suficiente?

—Impacto en cuatro minutos —informó el sistema de alarma autónomo—. Salid de la cápsula.

—Nos quedamos —dijo Celia.

Lógico. Salir no los salvaría del impacto. Jaron se acomodó en su asiento y se abrochó el cinturón. Al menos, quería morir cómodo. Lástima que no pudo darse una comilona a modo de despedida. ¿No debería sentir pánico? ¿O era el *shock* lo que lo hacía morir con tan tranquilo?

—Impacto en tres minutos.

El tiempo se dilataba. Jaron aguzó sus sentidos. ¿Hubo un ligero impulso hacia la derecha? ¿La idea de Celia podría salvarlos?

—Creo que algo le ocurre a nuestro curso —murmuró Amélie.

—Cierto —confirmó Celia—. Pero aún no es suficiente. El tanque de oxígeno está casi vacío.

—Impacto en dos minutos.

—Si el cálculo es correcto, al menos ya no será un impacto frontal —dijo Celia—. Si la cápsula fuera una pelota de goma, rebotaríamos en un ángulo de treinta grados.

—Tal vez podamos lograr los treinta grados restantes —dijo Amélie.

—No creo. El tanque está vacío. Puedes soltar la aspiradora y sujetarte a tu silla. ¡Rápido!

—Vale, ya voy. Lástima.

—Aunque, lo hiciste muy bien.

—Impacto en un minuto minuto.

—¿Tú también estás listo, Jaron? No te oigo —dijo Celia.

—Estoy bien. Vamos a morir pero, por lo demás, estoy bien.

—Genial. Estamos contigo. ¿Cantamos algo? —sugirió Celia.

Era una idea divertida. Pero cuando las dos mujeres empezaron a cantar la misma canción infantil, sintió un escalofrío. La voz de contralto de Celia y la de soprano de Amélie armonizaban de maravilla. Con lágrimas en los ojos, se concentró en la melodía. Ya no recordaba la letra.

—Impacto en cinco, cuatro, tres...

En uno, sus manos, instintivamente, arañaron el cinturón. En cero, el contenido de su estómago se revolvió con tanta violencia como si alguien intentara empujarlo hacia el esófago. Pero los ruidos que esperaba estaban ausentes. El crujido de placas de metal, el rompimiento de puntales, el tintineo de cristales de seguridad... nada de eso. Solo una desaceleración repentina hasta casi cero, que torturó su cuerpo, pero no de tal manera que muriera a causa de ella.

Y, de repente, la fuerza lo empujó en la otra dirección. ¿No había dicho Celia algo sobre los treinta grados? Podría tener razón. El ángulo entre las fuerzas era mucho mayor a 90 grados. ¿Quizá 120?

Celia y Amélie ya no cantaban. Al parecer, gemir sonaba igual en contralto y soprano. Jaron esperó hasta que pudo volver a abrir la boca.

—¿También... lo... percibís...? Rebotamos —dijo.

—Tienes... razón —respondió Celia.

—...creo que sí —contestó Amélie.

Cerró los ojos. De todos modos, no podían hacer nada.

◓

—¡Espada de Dios a Star Liner, adelante!

Jaron esperó a ver si Celia confirmaba la llamada. Pero ella parecía peor que él.

—Aquí Star Liner, piloto Jaron. Seguimos vivos.

—¡Jaron, genial! ¡Soy yo, Jürgen!

Joder, ni siquiera había reconocido su voz.

—¿Cómo están Celia y la profesora? —preguntó Jürgen.

—Están un poco golpeadas, pero sobrevivieron.

—Puedo confirmarlo —dijo Celia.

—¡Estoy tan feliz! Fue espeluznante la forma en que quedasteis inmersos en el objeto.

—¿Quedamos qué? —preguntó Jaron.

—Inmersos. Desaparecisteis hasta la popa. Me oriné en los pantalones. En serio. Por un momento, pensé que os habíamos perdido. Pero de repente, salisteis un poco desplazados.

¡Fue increíble! Él mismo había sentido la pared negra. Bueno, a él como lego, le parecía un desplazamiento físico-cuántico, pero seguía siendo un muro. La colisión debió aplastarlos.

—Y bien, ¿cuál es nuestra trayectoria actual? —preguntó.

—Hemos vivido una reflexión flexible —dijo Celia. Jaron se sintió aliviado porque ella volvía a sonar bien—. Nuestra velocidad actual es el 98 % de lo que era antes del impacto.

—Bien, entonces fue casi un impacto flexible —opinó Amélie—. El dos por ciento faltante debe haber sido absorbido por la nave de

Incursión. Pero me pregunto cómo lo lograron. Sobre todo, si fue intencional.

—¿Quieres decir que querían salvar vuestras vidas? —preguntó Jürgen.

—Bueno, nuestro rumbo indicaba que la cápsula no era un objeto natural —dijo Amélie—. Las civilizaciones espaciales pueden tener un mínimo de ética.

—Pero no suficiente como para dejar este cúmulo estelar en paz, ¿verdad? —preguntó Jaron.

—No hay forma de saberlo —farfulló Amélie—. Pero el incidente demuestra que debemos tener cuidado con los juicios prematuros. En cualquier caso, ya me había resignado y ahora estoy muy agradecida.

La científica tenía razón. Desconocían los motivos de los desconocidos. Quizá, solo los estaban ahuyentando gentilmente, como lo haría un humano con una mariposa intrusiva.

—Aquí tengo algunos datos interesantes que podrían sugerir sus motivos —dijo Celia.

—Adelante —pidió Jaron.

—En el momento de la colisión, nuestra cápsula quedó prácticamente inundada de radiación en todo tipo de longitudes de onda. Parte de la radiación incluso fue modulada. Así que no fue una reacción natural.

—¿Había alguna información en la modulación? —preguntó Jürgen.

—No, era regular y uniforme —dijo Celia.

—Estoy seguro de que nos estaban examinando —afirmó Jaron—. Querían saber a quién se enfrentaban.

—Es posible —comentó Celia—. O querían desinfectar la cápsula. La dosis fue bastante alta. Me temo que nuestro riesgo de cáncer aumentó.

—No creo que haya sido intencional —dijo Amélie—. La radiación electromagnética se encuentra tan extendida en el espacio que se podría suponer que la mayoría de las formas de vida no reaccionan de manera negativa a ella.

—Disculpad —intervino Jürgen—. Al capitán le gustaría hablaros.

—Por supuesto —dijo Celia.

—Soy Sardi, el capitán de la guardia. Me alegro mucho de que la colisión haya transcurrido sin problemas. Mi nave alterará su rumbo para recoger vuestra cápsula. Espero que sea lo mejor.

—Lo es —dijo Celia—. Solo tenemos el aire que se almacena en nuestros trajes espaciales. Por eso dependemos de vuestra ayuda.

«Un segundo», quería decir Jaron, «¿y el Buscador de la Verdad? Lo vamos a perder». Aunque tampoco quería asfixiarse.

—Esto le dará a la nave secuestrada cierta ventaja —dijo Sardi—.

Pero lo compensaremos.

En algún momento. Ojalá no fuera demasiado tarde. Quizá, debieron esperar hasta que se completara la persecución para hacer este viaje. Ojalá que la información obtenida valiera la pena.

Celia y Amélie estaban emocionadas. Discutieron por la radio del casco lo que revelaba el incidente sobre los extraños, mientras Celia volvía a cablear su traje. Ella le entregó el control remoto, desconectó los auriculares y conectó su casco al ordenador de la nave a través del cable libre. Ahora, él podía seguir de manera auditiva lo que sucedía a su alrededor. El mando a distancia se le había escapado durante la colisión. En el proceso, perdió el botón para cambiar entre los diferentes rangos. Así que, por el momento, tenía que conformarse con los datos del radar.

Los objetos de la Incursión ya no se movían. Aquel con el que colisionaron había vuelto a su posición anterior. Las naves en forma de hongo también extendían sus doseles hacia adelante. El cúmulo estelar parecía estar esperando algo. Si la Incursión estaba tan ansiosa por recolectar agua de los planetas, ¿por qué no habían empezado a hacerlo? Parecía que aún faltaba un elemento crucial. ¿Quizá los humanos fueron elegidos para tomar parte de este elemento?

Lee más: hardsf.space/links/3851940

“El Bastión de Dios”
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2023 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Tomas Ibarra Cervantes
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Sharon Rainsword
Consultoría: Lena Robert Öllinger

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.